

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN
LIBRARY

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECA

02

HEINE

CUADROS
DE VIAJE

3

PT2318

.S8

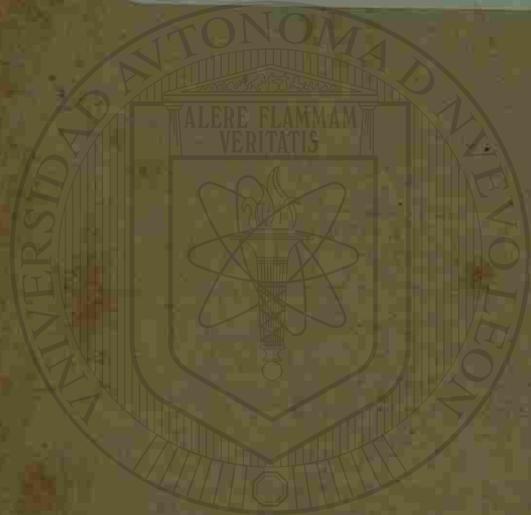
C8

v.3

H4168c



1020028865



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

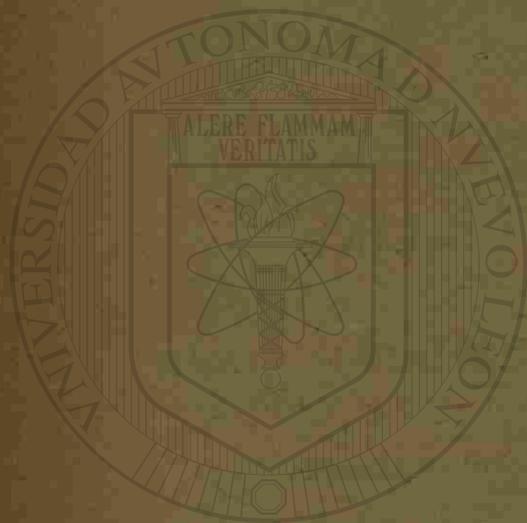
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HEINE

CUADROS DE VIAJE

PARTE TERCERA

Núm. Clas. 838.8
Núm. Autor. H 4680
Núm. Acq. 29.44
Procedencia 8
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó 69



BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CCXV

CUADROS DE VIAJE

POR

ENRIQUE HEINE

PRIMERA VERSIÓN CASTELLANA HECHA DIRECTAMENTE
DEL ALEMÁN CON ARREGLO AL TEXTO REVISTO Y COMPLETADO
POR ADOLFO STRODTMANN, ANOTADA Y COMPARADA
CON LA VERSIÓN FRANCESA DEL AUTOR

POR

LORENZO GONZÁLEZ AGEJAS

con un estudio de Renato Doumic sobre la Poesía de Heine.

TOMO III

APÉNDICE

seguido de la traducción en verso del

INTERMEDIO LÍRICO

MADRID

LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1906

099254 29144

833

H.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PT2318

.88
C8
v.3

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FONDO RICARDO COVARRUBIAS
ALFONSO REYES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

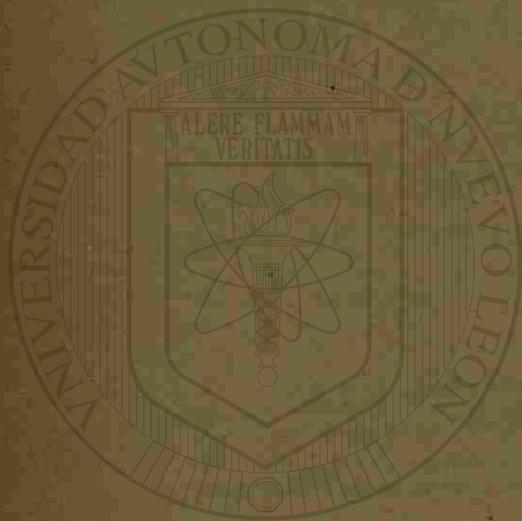
MADRID.—Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

CUADROS DE VIAJE

(REISEBILDER)

PARTE TERCERA

APÉNDICE



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

PRÓLOGO

Diez y siete años casi han transcurrido ya desde la fecha en que se publicaron los dos primeros tomos de las obras de Heine en lengua castellana, ó sean los *Cuadros de Viaje*, primera y segunda parte, que el editor consideró terminados, ateniéndose al punto final puesto por el propio autor al término del segundo tomo, y hasta encargó al autor de estas líneas dedicarse á la versión del *Guillermo Meister* de Göthe sus ratos libres, cosa que éste no ha podido llevar á término, primero por necesario descanso exigido por su salud, á la publicación de aquéllos, y después por trabajos de su profesión, y trabajos literarios originales publicados algunos en libros y revistas.

Al cabo de diez años se enteró el ya difunto Sr. Calvo y Navarro de que, aprovechando largas noches de días tristes, en busca de algo que abreviara su lento paso, había vuelto á ocuparme de Heine, de que éste no sólo viajara al Hartz y á Italia, sino también á Inglaterra, y de que para acabar realmente los *Reisebilder* faltaba dar á conocer una nueva é interesante serie de artículos, y se disponía á publicar este tercer tomo, mas le impidió realizarlo esta vez su enfermedad y

muerte, no siendo ya culpa del traductor la prolongación del interregno.

La crítica que, como las abejas, niega la miel y prodiga el aguijón, no me ha maltratado, que yo sepa. La única crítica que de esta traducción he leído, en la obra del Sr. Perés titulada *A dos vientos*, consigna que se encuentra en ella á Heine con todas sus rarezas y contrastes, y me hace el honor de reproducir largos párrafos de mi trabajo. ¿Qué tengo que decir más que darle las gracias por haberse ocupado de mi tan desinteresadamente, sin conocerme, cuando hasta me hace creer que he logrado mi propósito, haciendo hablar español á Heine, sin empañar el brillo de su elegante prosa?

Los *Fragmentos ingleses* que ocupan este tomo, según Strodtmann, se publicaron por vez primera, y sólo en parte, en los tomos XXVI y XXVII de los *Nuevos anales generales políticos* (*Neuen allgemeinen politischen Annalen*) que Heine redactaba en compañía de F. L. Lindner, allá por el año 1828 (1). Después aparecieron dichos artículos, á excepción de los publicados posteriormente, y de los pasajes completados por Strodtmann, en la edición que me sirve de texto,

(1) Al principio, las notas de la redacción, á las que los editores comúnmente acompañaban los artículos por ellos admitidos, sólo iban firmadas con iniciales, y esto mismo se hacía al fin, por lo general, desde que en el cuaderno 4.º del tomo II de los *Anales*, pág. 365, tuvo Heine que declarar que una de dichas notas, inserta en el cuaderno anterior, pág. 227, que iba dirigida contra la escuela de Hegel, y afirmaba que en ella estaba expuesta la filosofía en la lengua de los locos, «no había brotado de su pluma ni de su pensamiento». — (Nota de Strodtman.)

en la que se adicionan cinco artículos nuevos, que son: *Londres*, *Los ingleses*, *La bailía vieja*, *Wellington* y *La emancipación de los pueblos*, incorporándolos como apéndice á los *Reisebilder* bajo el título de *Fragmentos ingleses*, esto es, como parte cuarta de aquéllos, cuya primera edición apareció en 1831. El artículo *La Deuda* se titulaba en los *Anales*, *La Hacienda inglesa*, y *La emancipación* se titulaba *La emancipación de los católicos*; mas para distinguirlo del último de los nuevos, titulado tan sólo *La emancipación* (*Die Befreiung*), le hemos añadido *de los pueblos*.

En dicha edición se suprimió el primer periodo del prólogo de Heine por corresponder exclusivamente á *La ciudad de Lucca* (tomo II de esta traducción española, pág. 299).

Con los *Anales políticos* ha completado Strodtman:

Págs. 47-54: La característica de John Bull traducida por Heine.

Pág. 60: «Siempre sucede que según son los hombres...»

Pág. 60: «y adora á su Wellington».

Págs. 73-75: Las observaciones que Heine añadió en los dichos *Anales políticos* al artículo de un anónimo autor acerca de los *Castigos corporales*. Dichas observaciones comienzan allí con estas frases: «No puedo dar á la estampa el artículo que precede sin añadirle algunas palabras. Estoy completamente conforme con los sentimientos del autor, cuyo juicio sobre la disciplina militar es seguramente de más competencia que el mio. No puedo asegurar con precisión bastante lo contrario que soy á la aceptación del palo, etc.»

Pág. 80: «y los guardias de ésta... fácilmente serán vencidos».

Págs. 91 y 92: Desde el 22: «Es el caso...» hasta la página fin del 25: «... pronto hubiera echado á rodar todo el sistema».

Pág. 117: «y el desdichado Wellington».

Pág. 125: «Pero me he apartado de mi tema...» hasta la pág. 129: «para que las generaciones posteriores...» (¡Oigan! ¡oigan!)

Desgraciadamente, no llegó á dar Heine la conclusión del discurso de Spring Rice, prometida para el cuaderno siguiente de los *Anales*.

En la edición francesa sólo aparecen siete de los artículos que componen los *Fragments ingleses* y van incorporados al primer tomo de los *Reisebilder* bajo el título general de *Angleterre* (1). La crítica de la *Vida de Napoleón* de Walter-Scott, va en dicha edición unida á la conocida crítica anticipada de este libro (*Norðerney*, tomo I, págs. 164-168).

El artículo *La emancipación de los pueblos* lleva el título de *L'emancipation*.

Faltan por completo, pues, en la edición francesa, además del motivo y de los pasajes completados por Strodtmann, los artículos: *John Bull*, *Castigos corporales*, *La Deuda*, *Los partidos de oposición* y *La emancipación de los católicos*.

Además, hay en ella las siguientes omisiones y variantes:

(1) Véase tomo I de los *Cuadros de viaje*, prólogo: Comparación de las ediciones francesa y alemana.

Pág. 21: «Cualquiera que sea la causa de la revolución...» falta en la versión francesa: «hay que buscarla en el presupuesto».

Pág. 21: Falta: «... é introducir una noble igualdad en vez de una desigualdad burguesa».

Pág. 21: En vez de: «considerando su menor edad» dice: «... y considerando la incapacidad de estos prodigos...»

Pág. 62: Faltan las palabras: «y algunas relaciones... también merecen fe».

Pág. 78: En vez de «Vizlipuzli» se lee «Astaroth».

Los comentarios á las *Doncellas y damas de Shakespeare* aparecieron en un tomo en 8.º mayor, elegantemente ornamentado con 45 grabados en acero, en 1839 (París y Leipzig, Brockhaus y Avenarius), y después de esta primera y única edición, agotada ya en 1866, no ha vuelto á reimprimirse hasta que diez años después la incluyó Strodtmann en la edición que traducimos, aunque desprovista ya de los grabados comentados por Heine.

Á pesar de la falta de las láminas, estos comentarios, sobre todo los referentes á las *Tragedias*, constituyen, literariamente considerados, una serie de artículos en que campea la originalidad de Heine, pero la parte referente á las *Comedias* se reduce á meras citas de pasajes de Shakespeare, que Strodtmann, con buen acuerdo, ha creído deber conservar, pues dichos pasajes no están tomados de la traducción de Schlegel y Tieck, ni de otra más antigua, sino que á todas luces

están traducidas por el mismo Heine, habiendo añadido Strodtsmann las indicaciones de acto y escena que en su mayor parte faltaban; y en cuanto á la ortografía de los nombres propios, la ha puesto, en general, de acuerdo con la edición estereotípica de Tauchnitz, del original inglés.

Pero en la versión castellana, si bien hemos traducido cuidadosamente los comentarios referentes á los personajes femeninos de las tragedias, hemos tenido que prescindir de lo correspondiente á los de las comedias. Y la razón es obvia, pues siendo meras citas de Shakespeare traducidas por Heine, ¿qué valor había de tener para nosotros una mera subscripción de una lámina que falta, y un texto que al ser traducido nuevamente distaría mucho más del original, para evitar lo cual todas las citas que en los anteriores se hallan las hemos traducido directamente de las obras del autor inglés?

Como las páginas omitidas llenaban un pliego, á fin de que el tomo no sea menor que los anteriores, hemos añadido al final de este Apéndice á los *Reisebilder* una versión del lindo estudio de Renato Doumic acerca de la poesia de Heine, en que se habla también del libro de Jules Legras *Henri Heine poète*, que tiene doble lectura que la parte del original suprimida, y viene á ser también como un apéndice á nuestro ensayo biográfico crítico que encabeza el tomo primero.

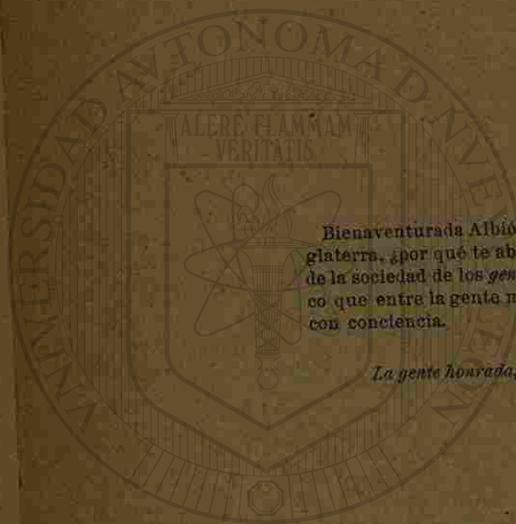
L. G. A.

INGLATERRA

(1828-1838)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Bienaventurada Albión, alegre Vieja-Inglaterra, ¿por qué te abandono?—Por huir de la sociedad de los *gentlemen* y ser el único que entre la gente menuda vive y obra con conciencia.

La gente honrada, de W. ALEXIS.

PRÓLOGO DE HEINE Á LA PRIMERA EDICIÓN

Los *Fragmentos ingleses* fueron, en parte, escritos hace dos años para los *Anales generales políticos* que publicaba entonces con Lindner; con arreglo á las necesidades de la época, teniendo en cuenta su utilidad, los he incorporado como complemento á los *Reisebilder*.

Deseo que el benévolo lector no se empeñe en asignar á estos fragmentos el propósito de información. Acaso, siguiendo el espíritu de la época, dé alguna noticia de esta clase, pues nuestra literatura no es muy rica en este punto. Aunque con frecuencia ha sido pintada Inglaterra por nuestros novelistas, Willibald Alexis es el único que ha sabido describir sus localidades y su indumentaria con sus verdaderos contornos y colores. Creo que no ha estado una sola vez en el país y que conoce su fisonomía nada más que por esa intuición maravillosa que hace innecesaria al poeta la contemplación de la realidad. Así escribía yo hace once años el *William Ratcliff*, al cual solamente me permitiré aquí remitir al lector, donde no sólo se contiene una pintura fiel de Inglaterra, sino también el germen de mis observaciones posteriores acerca de este país, que entonces aún no había visitado.

Respecto á descripciones de viaje, fuera de los de Archenholz y Göde, no hay ciertamente un libro sobre Inglaterra que nos represente mejor el estado del país que el que este año ha publicado Franckh en Munich, titulado *Cartas de un difunto*, que es un Diario fragmentario de Inglaterra, Gales, Irlanda y Francia, escrito en los años 1828 y 1829. Aun bajo otros muchos aspectos es éste un libro importante y digno en un todo de las alabanzas que le han tributado, en el *Berliner Jahrbüchern für wissenschaftliche Kritik* (1), Goethe y Varnhagen de Ense.

ENRIQUE HEINE.

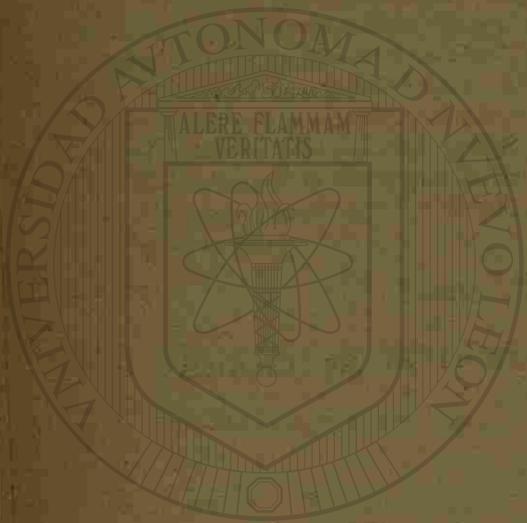
Hamburgo, 15 de Noviembre de 1839.

(1) Anuario de crítica científica de Berlin.

I

FRAGMENTOS INGLESES

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO K. DE S."
CALLE 1625 MONTERREY, N. L.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

I

Diálogo en el Támesis.

... Hallábase en pie á mi lado el hombre amarillo cuando distinguí las verdes orillas del Támesis, y en todos los rincones de mi alma se despertaron los ruidos. — «¡Tierra de la libertad — exclamé, — yo te saludo!... ¡Salve, oh libertad, joven sol de un mundo rejuvenecido! El amor y la fe, esos soles antiguos se han marchitado y enfriado y no pueden ya iluminar ni dar calor. Abandonados se ven los antiguos bosques de mirtos, que un tiempo se vieron exuberantemente poblados; ya sólo algunas tímidas tortolillas anidan en sus amorosas frondas. Húndense las viejas catedrales elevadas un tiempo á tan gigantescas alturas por razas tan soberbiamente piadosas, que quisieron erigir su fe en el cielo; se resquebrajan y derrumban, pues ni sus dioses creen ya en sí propios. Estos dioses están ya decrepitos, mas nuestra época no tiene fantasía bastante para crear otros nuevos. Toda la fuerza del corazón humano se convierte hoy en amor á la libertad, y la libertad es tal vez la religión de los nuevos tiempos, siendo además una religión que no se predica á los ricos, sino á los pobres, y que tiene igualmente sus evangelistas, sus mártires y sus Iscariotes!»

— «¡Oh, joven entusiasta—me dijo el hombre amarillo,—no encontrará usted lo que busca. Tal vez tenga usted razón en considerar la libertad como una religión nueva que se difundirá por la tierra toda. Pero así como en otro tiempo al adoptar el cristianismo, cada pueblo le amoldó á sus necesidades y á su carácter peculiar, tampoco de la libertad, de la religión nueva tomará cada pueblo más que lo que bien se avenga con sus exigencias locales, con su carácter nacional.

»Los ingleses son un pueblo en que predomina el hogar doméstico, un pueblo que vive una vida de familia, limitada, pacífica; en el círculo de los suyos busca el inglés esa satisfacción de ánimo que, á causa de su desmaña innata social, se ve privado fuera de su casa. El inglés se contenta, pues, con esa libertad que pone á salvo sus derechos personales y protege incondicionalmente su cuerpo, su propiedad, su lecho conyugal, su fe religiosa y hasta sus excentricidades. Nadie más libre que el inglés en su casa; y para valerme de una frase célebre, él es rey y obispo (1) entre sus cuatro paredes, no dejando de tener razón su aforismo popular: *My house is my castle*; mi casa es mi castillo señorial.

»Pero si la mayor necesidad es entre los ingleses la de la libertad personal, los franceses, en caso de necesidad, pueden pasarse sin ella con tal que se les deje gozar de esa parte de libertad general que llamamos igualdad. Los franceses no son un pueblo en que domine el hogar doméstico, sino un pueblo sociable;

(1) Pontífice, en la versión francesa.

no gustan de esas reuniones silenciosas á que llaman *une conversation anglaise*; ellos acuden con su eterna charla del café al casino, del casino á los salones; su sangre ligera como de *champagne*, y su talento habitual é innato, les lleva á la vida de sociedad, cuya primera y última condición, su alma es la igualdad. Del perfeccionamiento de la sociabilidad debió resultar en Francia la necesidad de igualdad, y cualquiera que sea la causa de la revolución, hay que buscarla en el presupuesto (1), pues encontró ante todo voz y voto en aquellos ingeniosos plebeyos que vivían, en los salones de París, en un pie de igualdad aparente con la alta nobleza, pero á quienes, de cuando en cuando, una sonrisa feudal, no menos profundamente punzante por ser casi imperceptible, les recordaba su ignominiosa desigualdad. Y si la *canaille roturière* se tomó la libertad de decapitar á aquella alta nobleza, no fué quizá tanto por heredar sus bienes como sus abuelos é introducir una noble igualdad en vez de una desigualdad burguesa (2). Tanto más debemos creer que esta tendencia á la igualdad fué el principio capital de la revolución, cuanto que los franceses se sintieron bien pronto felices y contentos bajo la dominación de su gran emperador, quien, considerando su menor edad, tomó toda su libertad bajo su severa curatela, y sólo les dejó la alegría de una completa y gloriosa igualdad.

»El inglés, más paciente que el francés, soporta la

(1) En la versión francesa falta esta última frase.

(2) En la versión francesa falta esta última frase. Más adelante, en vez de *tendencia (Streben)* hay *sed (soif)* de igualdad.

vista de una privilegiada aristocracia; se consuela con que él posee sus derechos, los cuales hacen imposible á aquélla venir á perturbarle en sus comodidades domésticas y en sus proyectos de vida. Tampoco esta aristocracia hace ostentación de sus derechos como en el Continente. En las calles y en los salones de público recreo de Londres sólo se ven cintas de colores en los sombreros de las damas é insignias de oro y plata sobre las libreas de los lacayos. Pero esas hermosas libreas multicolores que entre nosotros dan á conocer un estado militar privilegiado, en Inglaterra no son más que una distinción honorífica; y como un comediante se desembaraza de sus afeites, una vez terminada la representación, así se apresura el oficial inglés á despojarse de su casaca roja, tan luego como ha pasado la hora del servicio, y, bajo el sencillo *rendingote* de *gentleman*, se convierte en un caballero particular. Sólo en el teatro de *Saint James* se da importancia á estas decoraciones y vestuarios que se han conservado de las barreduras de la Edad Media; allí es donde flamean las bandas de las órdenes de caballería, chispean las estrellas, crujen los calzones de seda y las colas de raso; allí resuenan las espuelas de oro y las locuciones del viejo francés; allí se espeta el *lord* y se pavonea la joven *miss*. Mas ¿qué le importa al libre inglés la comedia cortesana de *Saint James*? ¡No se molesta por ello, ni nadie le prohíbe que represente, si así lo quiere, en su casa la misma comedia y haga arrodillar en su presencia á sus domésticos ó se divierta con la *jarretiere* de su cocinera: *honnei soit qui mal y pense!*

»Respecto á los alemanes, éstos no necesitan ni

libertad ni igualdad. Son un pueblo especulativo, ideólogo, pensador inductivo y deductivo, soñador, que sólo vive en el pasado y en el porvenir y que carece de presente. Los ingleses y los franceses tienen un presente; entre ellos cada día tiene su ataque, su defensa y su historia. El alemán no tiene nada por qué combatir, y cuando empezaba á sospechar que había cosas cuya posesión era deseable, sus filósofos le enseñaron sapientísimamente á dudar de la existencia de tales cosas. No puede negarse que los alemanes amen la libertad, pero la aman de un modo distinto que los demás pueblos. El inglés ama la libertad como á su legítima esposa, la posee, y si bien no la trata con singular ternura, no obstante, en caso de necesidad, sabe defenderla como hombre, y ¡ay del barbilindo de casaca roja que ose penetrar en el santuario de su cuarto de dormir, sea como galán ó como corchete! El francés ama la libertad como á su prometida; se enardece por ella, se inflama, se arroja á sus pies y le hace las más exageradas protestas; se bate por ella á muerte ó á vida y comete por ella millares de locuras. El alemán ama la libertad como á su anciana abuela».

¡Qué extraños somos los hombres! En nuestra patria murmuramos de todo; cualquier tontería, cualquier torpeza nos subleva, y como niños, quisiéramos todos los días huir de ellas á través del vasto mundo; pero he aquí que nos hallamos realmente recorriendo ese vasto mundo, y entonces nos parece demasiado vasto para nosotros, y, con frecuencia, volvemos á suspirar secretamente por aquellas mezquinas necedades y torpezas de la patria, y quisiéramos vernos de nuevo sentados

en nuestra vieja habitación tan bien conocida, y, á ser posible, construirnos una casa detrás de la estufa para acurrucarnos allí al calorcillo á leer el *Indicador general de los alemanes*. Esto fué lo que me pasó cuando hice mi viaje á Inglaterra. Apenas perdí de vista las costas alemanas se despertó en mí un extraño amor póstumo hacia aquellos gorros de dormir, hacia aquel bosque de pelucones teutónicos de que acababa de alejarme malhumorado, y, cuando la patria desapareció á mis ojos, volví á encontrarla en mi corazón.

Por esto mi voz debió sonar con cierta ternura cuando contesté al hombre amarillo:—«Mi buen señor, no hable usted mal de los alemanes. Si es verdad que son soñadores, muchos de ellos han soñado cosas tan hermosas que no sé si podría cambiarlas por el despierto realismo de nuestros vecinos. Puesto que todos nosotros dormimos y soñamos, quizá podamos pasar-nos sin libertad; porque nuestros tiranos duermen también y sueñan meramente su tiranía. Tan sólo despertamos cuando los católicos romanos nos arrebataron nuestra libertad de soñar; entonces luchamos, vencimos y volvimos á reclinarnos y á soñar. ¡Oh, señor; no se burle usted de nuestros soñadores, porque de cuando en cuando, como los sonámbulos, dicen en medio de su sueño cosas admirables y sus palabras se convierten en semillas de libertad! Nadie puede prever el giro de las cosas. El esplínico inglés, cansado de su mujer, quizá la eche un día una sogá al cuello y la vaya á vender á Smithfield. El voluble francés quizá llegue á ser infiel á su amada desposada, la abandone y se vaya cantando y bailando en pos de las cortesanas de su

Palais-royal. Pero el alemán no echará nunca de su casa á su anciana abuela; siempre le concederá un pequeño rincón junto á su hogar, desde el que pueda referir á sus atentos nietecillos sus consejas... Si un día, lo que Dios no quiera, hubiera desaparecido la libertad del mundo entero, un soñador alemán volvería á descubrirla en sus ensueños».

Mientras que el barco de vapor, y con él nuestro diálogo, bogaban río arriba, llegaba el sol á su ocaso, y sus últimos rayos iluminaban el hospital (1) de Greenwich, imponente edificio á modo de palacio, que propiamente consiste en dos alas, cuyo espacio intermedio está vacío y deja ver, á los que por el río navegan, una montaña cubierta por un bosque de verdura y coronada por un lindo castillejo. Sobre el agua aumentaba por instantes la muchedumbre de los buques, y me causaba admiración el ver cuán hábilmente se evitaban, para no chocar unos con otros, aquellos grandes navíos. Se ve uno saludado al paso por tal cual semblante seriamente amistoso que jamás ha visto y que acaso jamás vuelva á ver.

Navegábamos unos tan cerca de otros, que pudiéramos estrecharnos la mano, darnos al mismo tiempo la bienvenida y despedirnos. Se hincha el corazón á la vista de tantas velas hinchadas y se siente uno poseído de extraña emoción al oír llegar de la orilla un rumor confuso, la lejana música de baile y las sor-das voces de los marineros. Pero poco á poco se des-vanecen entre el blanco velo de la bruma vespertina

(1) La versión francesa dice *hospice*.

los contornos de los objetos, y sólo queda visible un bosque de altos y pelados mástiles.

El hombre amarillo permanecía en pie á mi lado y miraba al cielo pensativo, como si buscara una pálida estrella en el nebuloso firmamento. Siempre con la vista elevada, puso su mano en mi hombro, y en ese tono que adoptamos cuando los pensamientos íntimos se convierten involuntariamente en palabras, dijo: «¡Libertad é igualdad!, ni se les encuentra aquí abajo ni allá arriba. Allá, esas estrellas no son iguales, una es más grande y más brillante que otra, ninguna de ellas se mueve libremente, todas obedecen á leyes prescriptas y férreas. La esclavitud existe así en el cielo como en la tierra».

— ¡Esa es la Torre! — exclamó de pronto uno de nuestros compañeros de viaje, al tiempo que señalaba un elevado edificio que surgía de Londres, envuelto en niebla, y como el espectro de un sombrío ensueño.

II

Londres.

He visto la cosa más digna de notarse que ofrecer puede el mundo á un espíritu atónito; la he visto y sigue creciendo mi asombro. Sigue irguiéndose ante mi pensamiento este roquizo (1) bosque de casas y el río que le cruza, animado por rostros humanos llenos de vida, con todas sus pintorescas pasiones, con toda su inveterada precipitación en el amor, en el hambre y en el odio. Hablo de Londres.

Enviad á Londres un filósofo, ¡pero guardaos de enviar un poeta! Enviad aquí un filósofo, situadle en un ángulo de *Cheapside*, y aprenderá aquí más que en todos los libros de la última feria de Leipzig; y, á medida que las olas humanas vayan zumbando en torno suyo, un mar de pensamientos nuevos se irá formando ante él, y el espíritu eternal que sobre él flota le animará con su aliento, y los secretos más recónditos del orden social se revelarán á él de pronto, las pulsaciones del mundo se le harán perceptibles al oído y hasta

(1) La versión francesa: *de ladrillo*.

á la vista; pues si Londres es la mano derecha del mundo, activa y poderosa mano derecha, la calle que conduce desde la Bolsa á *Downingstreet* debe ser considerada como la arteria en que puede tomarse el pulso al universo.

¡Mas no enviéis á Londres un poeta! Esta seriedad en todo (1), esta colosal uniformidad, este movimiento de mecanismo, que hace enfadosa la alegría misma, este Londres exagerado, ahoga la fantasía y desgarrá el corazón. Y, sobre todo, si queréis enviar un poeta alemán, un soñador, que se detenga ante cada fenómeno aislado (2), quizá ante una mendiga desarrapada ó ante una brillante tienda de orfebrería, ¡oh! entonces le acarrearéis un gran mal; se verá llevado á empujones de un lado á otro ó bien derribado en tierra con un cariñoso *¡God damn!* *¡God damn!* (3); ¡condenado traqueteo! (4).

Bien pronto observé que este pueblo tiene mucho que hacer. Vive sobre un gran pie; aunque los alimentos y los trajes son más caros en su país que en el nuestro, quiere, no obstante, alimentarse y vestirse mejor que nosotros, como corresponde á gentes de calidad; tiene también grandes deudas, lo cual no le impide arrojar á veces, por un exceso de presunción, sus guineas por la ventana, y paga á otros pueblos porque

(1) En la versión francesa: *Esta seriedad de negociante (d'argent comptant), de la que todo lleva el sello, etc.*

(2) La versión francesa: *ante la menor aparición, quizá...*

(3) Dios le confunda.

(4) La versión francesa: *condenadas buznadas!*

le *boxeen* para darle gusto, haciendo para ello, además, un buen obsequio á sus respectivos monarcas. Por esto es preciso que *John Bull* trabaje día y noche á fin de procurarse dinero para tales dispendios; día y noche debe torturar su cerebro para inventar una nueva máquina, y permanece sentado y calculando, con la frente bañada en sudor ó corre y vuela, sin casi mirar por dónde va, desde el puerto á la Bolsa, desde la Bolsa al *Strand*, y entonces es muy perdonable que si, en un ángulo de *Cheapside*, un pobre poeta alemán que está con la boca abierta ante una tienda de estampas, le cierra el paso, le eche á un lado nada dulcemente: *¡God damn!*

En efecto, el cuadro que contemplaba embebecido desde un ángulo de *Cheapside* era el del paso de los franceses por el Beresina.

Cuando, arrancado á esta contemplación, miré hacia la alborotada calle, en la que volteaba un amasijo confuso de hombres, mujeres, niños, caballos (1), coches de posta, y hasta una comitiva fúnebre entre ellos, murmurando, gritando, lamentándose y crujiendo, me pareció que todo Londres era un puente sobre el Beresina, en el que cada cual, poseído de angustia delirante, procuraba abrirse camino para salvar un resto de vida; en el que el insolente jinete pisoteaba al pobre infante; en el que el que caía á tierra era hombre perdido; en el que, ajenos á todo sentimiento, los mejores camaradas pasaban apresuradamente los unos sobre los cadáveres de los otros, y donde morían á

(1) En la versión francesa: *gígs. cabriolés ligeros.*

millares, unos de fatiga, otros ensangrentados, los que después de haber pretendido en vano asirse á las planchas, se precipitan en la fosa glacial de la muerte.

Al contrario, ¡cuánto más tranquila y habitable es nuestra querida Alemania! ¡Con qué soñador sosiego, con qué tranquilidad dominical (1) se mueven allí las cosas! ¡Se monta la guardia tranquilamente, los uniformes y los edificios brillan á la luz de un sol tranquilo; las golondrinas revolotean junto á los arroyuelos (2), á las ventanas sonríen las obesas consejeras de justicia, en las resonantes calles hay espacio suficiente: los perros pueden olfatearse á su gusto, los hombres detenerse cómodamente y discutir acerca del teatro y aun saludar profundamente, muy profundamente, á algún insigne bribonzuelo ó vicebribonzuelo que luce algunos cintajos de colores sobre su raído traje, ó á algún mariscalejo de la corte muy empolvado y dorado que al pasar contoneándose se digna devolver el saludo!

Me había propuesto no asombrarme de la grandeza de Londres, del que tanto había oído hablar, pero me sucedió lo que al muchacho de la escuela que se había propuesto no sentir el castigo que iba á recibir. Todo ello estribaba en la circunstancia de que él esperaba recibir los acostumbrados golpes con el acostumbrado puntero, sobre la espalda, y en vez de ésto recibió una tunda des acostumbrada y en des acostumbrado sitio,

(1) *Sabática*, dice el original alemán.

(2) La versión francesa dice: *en torno de las palomas*; pero el original alemán *an den Fliesen*, generalmente escrito *Fliesen*.

propinada mediante un delgado junquillo. Yo esperaba grandes palacios y vi tan sólo casitas. Pero precisamente la uniformidad de ellas y su incalculable muchedumbre es lo que más poderosamente impone.

Estas casas de ladrillo revisten, á causa del aire húmedo y del humo del carbón, un color uniforme verde oliva obscuro; son todas de la misma arquitectura, ordinariamente con dos ó tres ventanas á lo ancho y dos á lo alto, y encima están adornadas con pequeñas chimeneas rojas, que semejan dientes recién arrancados y sangrientos; de modo que las calles anchas y tiradas á cordel las hacen parecer solamente dos casas interminablemente largas en forma de cuarteles. Esto tiene su fundamento en la circunstancia de que cada familia inglesa, aunque no conste más que de dos personas, quiere, no obstante, vivir en una casa entera, en su propio castillo, y en que ricos especuladores, á fin de concurrir á esta necesidad, construyen calles enteras y venden después las casas separadamente.

En las calles principales de la *City*, parte de Londres que es el centro del comercio y de la industria, donde aún antiguos edificios se ven intercalados entre los nuevos, y donde las fachadas de las casas están cubiertas hasta el tejado de nombres y números de una vara de altos, ordinariamente dorados y en relieve, es donde menos se nota esa uniformidad característica, tanto menos cuanto que la vista del extranjero está incesantemente ocupada ante el aspecto maravilloso de tantos nuevos y bellos objetos como se ostentan en los huecos de las tiendas.

Ya solamente estos objetos producen grande efecto,

porque el inglés acaba por completo todo cuanto hace, y no sólo cada artículo de lujo, cada lámpara astral, cada bota, cada caja de te y cada vestido de señora nos atraen é invitan por lo acabados (*finished*), sino que también el arte de exponerlos, el contraste de los colores y la variedad, dan un encanto especial á las tiendas inglesas. Hasta los objetos destinados á las necesidades ordinarias se exhiben con un aparato asombroso y encantador; los comestibles ordinarios nos atraen mediante la novedad con que están iluminados; hasta los pescados crudos están tan agradablemente dispuestos, que nos regocijan con el brillo irisado de sus escamas; la carne cruda está como pintada en limpios platitos de porcelana de colores, ceñida por riente corona de perejil; en fin, todo se nos ofrece como una pintura y nos recuerda los brillantes cuadros, no por eso faltos de naturalidad, de Franz-Mieris. Solamente los hombres carecen de la apacibilidad de los cuadros holandeses, pues con las fisonomías más severas venden los más risueños juguetes, y el corte y el color de sus trajes es tan uniforme como el de sus viviendas.

En el extremo opuesto de Londres, llamado la extremidad occidental, *the west end of the town*, donde vive la gente más distinguida y menos ocupada, aun domina dicha uniformidad; hay calles enteras largas y espaciosas en que todas las casas, grandes como palacios, exteriormente en nada se distinguen, si no es en que como en todas las moradas de Londres que no son completamente ordinarias, los huecos del primer piso están decorados con balcones de hierro y se ve también en el piso bajo (*au rez de chaussée*) un enrejado

negro de hierro que protege otro piso ó sótano subterráneo.

Se encuentran también en esta parte de la ciudad grandes plazas (*squares*) constituidas por hileras de casas iguales á las anteriormente descritas, alineadas en forma de cuadrado, en cuyo centro, y rodeado por negra verja de hierro, se encuentra un jardín decorado con algunas estatuas. En todas estas casas y calles no hiere la vista del extranjero la presencia de las ruinosas cabañas de la miseria. Por todas partes se ostenta la riqueza y la distinción; en recónditos y apartados callejones y en oscuros y húmedos pasajes es donde vive la pobreza con sus harapos y sus lágrimas.

El extranjero que recorre las grandes calles de Londres y no acierta á llegar precisamente á los verdaderos barrios populares, ve muy poco ó nada de la mucha miseria que existe en esta ciudad. Sólo acá ó acullá, á la entrada de algún oscuro callejón, ve inmóvil y silenciosa alguna desarrapada mujer que, con un niño aplicado al exhausto seno, pide limosna con los ojos. Acaso cuando estos ojos son todavía hermosos, se les mira más atentamente y se asusta uno del mundo de dolores que en ellos ha entrevisto.

Los mendigos ordinarios son ancianos, en su mayor parte negros, que están parados en las esquinas de las calles, y, lo que es muy útil, dado el lodo de Londres, barren un paso para los que caminan á pie y piden por su trabajo una moneda de cobre. La pobreza, asociada al vicio y al crimen, se desliza, allá hacia la noche, de sus cubiles. Evita la luz del día tanto más tímidamente cuanto que contrasta entonces su miseria más

horriblemente con la arrogancia y la riqueza que se ostenta por todas partes; sólo el hambre la arroja en medio del día fuera de sus oscuros callejones, y entonces se detiene muda, con los ojos elocuentes, y extiende una mano suplicante hacia el rico mercader que cruza apresurado, haciendo resonar el dinero de sus negocios, ó hacia el ocioso *lord* que, como un dios satisfecho, cabalga sobre su alzado corcel, y lanza por encima de esta muchedumbre que ve á sus pies, de cuando en cuando, una altiva é indiferente mirada, como si se tratase de diminutas hormigas ó sólo de un montón de criaturas inferiores, cuyo dolor ó cuya alegría nada tuvieran de común con él; pues la nobleza inglesa, como si fuera de otra naturaleza superior, se cierne por encima de esta canalla que está como aferrada al suelo, y considera la pequeña Inglaterra tan sólo como su apeadero; Italia como su jardín de verano; París como su salón de sociedad, y todo el mundo, en fin, como propiedad suya. Sin cuidados y sin temores vuela de aquí para allí, y su oro es un talismán que realiza sus más insensatos deseos.

¡Desgraciada pobreza! ¡Qué penosa debe ser tu hambre, donde otros se regodean en mofadora superfluidad! Y cuando por casualidad se arroja en tu regazo con mano indiferente un mendrugo de pan, ¡cuán amargas deben ser las lágrimas con que le humedeces! Tú te envenenas con tus propias lágrimas. Razón tienes en asociarte al vicio y al crimen. Algunos rechazados criminales llevan, con frecuencia, en su corazón más humanidad que esos fríos é intachables ciudadanos de la virtud, en cuyo marchito corazón se ha extinguido la

fuerza para hacer el mal, pero también la necesaria para hacer el bien. Y que hasta el vicio no es siempre vicio. Yo he visto mujeres en cuyas mejillas estaba pintado el vicio de rojo, y en cuyo corazón moraba celestial pureza. ¡He visto mujeres... que quisiera volver á verlas!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

III

Los ingleses.

Bajo las arcadas de la Bolsa de Londres cada nación tiene determinado su sitio, y, en unas tablitas clavadas á bastante altura, se leen los nombres: Rusos, Españoles, Suecos, Alemanes, Malteses, Judíos, Hanseáticos (Hamburgueses), Turcos, etc. En otro tiempo cada mercader se colocaba bajo la tablilla en que estaba escrito el nombre de su nación; pero ahora en vano se le buscaría allí: los hombres han progresado. Donde antes estaban los Españoles están ahora los Holandeses; los Hanseáticos ó Hamburgueses han substituído á los Judíos; donde se busca á los Turcos se encuentra ahora á los Rusos; los Italianos están donde antes estuvieron los Franceses; en fin, hasta los Alemanes han ido un poco más allá.

Como en la Bolsa de Londres, también en el resto del mundo las tablillas han quedado en su respectivos sitios, en tanto que los hombres bajo ellas establecidos, se han visto empujados hacia adelante y otros han venido á ocupar su puesto, cuyas cabezas nuevas convienen ya muy mal con las antiguas inscripciones. Los antiguos caracteres estereotípicos de los pueblos, tales como se encuentran en los compendios eruditos y en

las cervecerías, no pueden servir más que para hacernos incurrir en deplorables errores. Como hemos visto cambiar sensiblemente á nuestros ojos de carácter en los últimos diez años (1) á nuestros vecinos occidentales, podemos también reconocer que, desde que se levantó el bloqueo continental, se ha verificado la misma transformación allende el canal.

Los tiosos y callados ingleses pasan en rebañíos á Francia para aprender allí á hablar y á moverse; y á su regreso ve uno con asombro que se ha desatado su lengua y que ya no tienen, como antes, dos manos izquierdas, ni se contentan con *beefsteack* y *plumpudding*. Yo mismo he visto á uno de estos ingleses en la *Tawistock Tavern* pedir un poco de azúcar para sus coliflores, herejía contra la estricta cocina anglicana, que por poco no hace caer de espalda al bodegonero, pues sabido es que, desde la invasión romana, la coliflor no se ha cocido en Inglaterra más que en agua, y se ha comido sin ningún condimento dulce. Este mismo inglés, á pesar de que nunca le había visto antes, se sentó á mi lado y comenzó á pronunciar un tan ocurrente discurso en francés, que no pude menos de confesarle que me alegraba mucho de haber encontrado un inglés que no fuera reservado con los extranjeros, á lo que me replicó seriamente y con toda franqueza, que me hablaba sólo por ejercitarse en la lengua francesa.

Lo sorprendente es que los franceses se hacen cada

(1) En la versión francesa *quinos*, por diferencia de fechas de edición.

día más pensadores, más profundos y más serios, precisamente al compás que los ingleses tienden á apropiarse una manera de ser más ligera, más superficial y más regocijada, así en su vida como en su literatura. Las prensas de Londres no se han ocupado más que en reproducir escritos *fashionables*, novelas que se mueven en la brillante esfera de la *high life* ó la reflejan, como, por ejemplo: *Almacks*, *Vivian Grey*, *Tremaine*, *The Guards*, *Flirtation*, la última de las cuales sería la mejor designación de todo el género, de esa coquetería de maneras y giros exóticos, de esa delicadeza burda, de esa ligereza pesada, de esa agria dulzarronería, de esa grosería refinada, de todas esas tendencias aburridoras; en fin, de todas esas mariposas de madera que revolotean en los salones del West-End de Londres.

Al contrario, ¿qué literatura nos ofrecen ahora las prensas francesas, esa verdadera representante del espíritu y de la voluntad de los franceses? Como su gran emperador empleó los ocios de su cautiverio en dictar su vida, en revelarnos las más recónditas decisiones de su divina alma, y convirtió las rocas de Santa Elena en una cátedra de historia, desde cuya cima se juzgaba á los contemporáneos y se instruía á la posteridad, los franceses han comenzado á utilizar todo lo gloriosamente posible sus días de desventura, el tiempo de su inactividad política, y también escriben la historia de sus hechos. Esas manos que durante tanto tiempo blandieron la espada, vuelven á ser espanto de sus enemigos al asir la pluma; toda la nación está, por decirlo así, ocupada en la edición de sus Memorias, y

á seguir mi consejo, preparará una edición especialísima *ad usum Delphini*, con lindas láminas iluminadas de la toma de la Bastilla, del ataque á las Tullerías (1), etc., etc.

Pero si antes he indicado que los ingleses procuran hoy día hacerse ligeros y frívolos y disfrazarse bajo esa piel de mona de que ahora se despojan los franceses, debo hacer notar además que esta tendencia domina más en la *nobility* y en la *gentry*, en el mundo distinguido que en la burguesía. Al contrario, la parte industrial de la nación, especialmente los comerciantes de las ciudades fabriles y en casi toda Escocia, llevan el sello exterior (2) del pietismo, hasta pudiera decir del puritanismo, así que esta parte beata del pueblo contrasta con los mundanos distinguidos y cultos, de la misma manera que los caballeros y cabezas redondas, que, con tanta verdad, pinta Walter Scott en sus novelas.

Se tributa demasiado honor al bardo escocés cuando se cree que su genio ha creado, inspirándose en la historia, tanto las exterioridades, como la íntima manera de pensar de estos dos partidos, y que es un signo de su grandeza como poeta el que, libre de todo prejuicio, como un Dios justiciero, ha dado á cada uno lo suyo, tratando á ambos con el mismo cariño (3). Pero dirijase una mirada á los oratorios de Liverpool y Manchester y otra después á los *fashionables* salones del

(1) En la versión francesa, *del 21 de Enero, etc.*

(2) En la versión francesa, *exterior*.

(3) Este trozo está echado á perder en la versión francesa.

West-London, y se verá claramente que Walter Scott no ha hecho meramente más que copiar su época y vestir figuras completamente modernas con antiguos trajes.

Piénsese también que, como escocés por una parte, mediante la educación y el espíritu nacional, ha adquirido una manera puritana de pensar, y, por otra parte, como *tory* que se creía descendiente de los Stuardos, tenía que ser, con toda el alma, realista y aristócrata; y de aquí que su sentimiento y su pensamiento abraza ambas tendencias con el mismo amor, y al mismo tiempo las neutralice por el contraste.

Así se explica fácilmente su imparcialidad en la pintura de la aristocracia y de los demócratas de la época de Cromwell, imparcialidad que nos ha inducido á creer que debía esperarse de él en su *Historia de Napoleón* una pintura tan fiel (*fair-play*) del héroe de la Revolución francesa (1).

El que observe atentamente en Inglaterra, hallará á diario ocasión de notar las dos tendencias dichas, en su contrapuesto florecimiento, y, como es natural, en lucha. Una de estas ocasiones, especialísima, proporcionó el famoso proceso de Mr. Wakefield, un caballero alegre que había robado de improviso la hija de un Mr. Turner, rico comerciante de Liverpool y se había casado con ella en *Gretna Green*, donde vive un famoso forjador que hace las más sólidas cadenas. Toda la

(1) La crítica profética de la anunciada *Vida de Napoleón Bonaparte*, de Walter Scott, se encuentra en los *Cuadros de Viaje*, tomo I, págs. 165 y siguientes.

29144

UNIVERSITÄT
BIBLIOTEK
"ALFONSO X EL S.
Año. 1625 MONTERRAT, ALICANTE

gente de tonsura, el pueblo entero de los elegidos de Dios puso el grito en el cielo ante semejante abominación; en los oratorios de Liverpool se pidió á Dios castigase á Wakefield y á sus cómplices, á quienes debía tragar la tierra en su abismo, como á la banda de Korah, Dathan y Abiran; y para estar más seguros del castigo celeste, acudieron al mismo tiempo á los tribunales de Londres para atraer sobre los profanadores del más santo de los sacramentos, la cólera del *King-Bench*, del gran canciller y hasta de la Cámara alta. Entretanto, en los salones *fashionables* se sabía ser tolerante con el atrevido raptor de doncellas y reir y bromear sobre el lance.

Este contraste de ambas maneras de pensar se me mostró, del modo más divertido, una vez que en la Grande Ópera estuve sentado junto á dos gruesas damas de Manchester que asistían por primera vez en su vida á una de estas reuniones del gran mundo. Cuando comenzó el baile y las lindas bailarinas, en tonelete corto, hicieron sus voluptuosamente graciosos movimientos, estiraron sus bellas, largas é impúdicas piernas y se precipitaron de repente como bacantes en brazos de sus respectivas y flexibles parejas, no hallaron nada bastante fuerte para expresar el horror de sus corazones. La apasionada música, los trajes primitivos de malla color de carne, los saltos naturales, todo vino á reunirse para hacer sudar de angustia á las pobres señoras, cuyos pechos se inflamaban de indignación, y:— ¡Shockin! ¡forshame! ¡for shame! (1), ex-

(1) ¡Qué escándalo! ¡qué vergüenza! ¡qué vergüenza!

clamaban dolorosamente á cada momento, y tan poseídas de espanto quedaron, que no podían apartar de sus ojos los gemelos, y en esta situación, permanecieron inmóviles hasta el último momento, hasta que se bajó el telón.

Á pesar de esta oposición entre la dirección del espíritu y de la vida, vuelve otra vez á hallarse en el pueblo inglés una unidad de sentimiento, en la que precisamente estriba el que él mismo se sienta tal pueblo. Los modernos *cabezas redondas* y *caballeros* pueden seguir aborreciéndose y despreciándose mutuamente, pero no dejan por eso de ser ingleses, y, como tales, están unidos y ligados entre sí como plantas nacidas del mismo suelo y en él admirablemente arraigadas. De aquí esa misteriosa unanimidad de toda la vida y de todo el movimiento de Inglaterra que á primera vista nos parece una escena (1) de confusión y de contradicciones. Opulencia y miseria, ortodoxia é incredulidad, libertad y esclavitud, crueldad y dulzura, honradez y rapacidad; estos contrastes llevados á sus más irracionales límites, y, por cima de todo, el cielo envuelto en niebla grisácea, rumor de máquinas por todas partes, cifras, luces de gas, chimeneas, periódicos (2), cántaros de aguador, bocas cerradas, todo esto se unifica de tal modo, que no podemos figurarnos una cosa sin la otra, y lo que visto aisladamente excitaría nuestro asombro ó nuestra risa, nos parece, en su conjunto, completamente natural y serio.

(1) En la versión francesa *dédalo*.

(2) En la versión francesa *periódicos gigantescos*.

Pero yo creo que lo mismo nos sucedería en cualquier parte, hasta en el país del que nos hubiéramos formado el más extraño concepto y en el que esperaríamos hallar una aun más rica mina (1) de risa y asombro. Nuestro gusto por los viajes, nuestro deseo de conocer extranjeros países, que especialmente le sentimos en la edad juvenil, nace principalmente de esa mal fundada esperanza en contrastes extraordinarios, de ese gusto por fantásticas mascaradas en que nos imaginamos hallar, en extranjero suelo, hombres é ideas de nuestra patria, y en las que disfrazamos hasta cierto punto á nuestros mejores amigos bajo trajes y costumbres exóticas. Pensamos, por ejemplo, en los hotentotes, pues son las damas de nuestra ciudad natal, pintadas de negro y con su complemento posterior correspondiente, las que danzan en nuestra imaginación, mientras que nuestros jóvenes de talento trepan á las palmeras como salvajes (2); pensamos en los habitantes de los países del polo Norte, pues vemos todavía allí los semblantes más conocidos: nuestra tía patina sobre el hielo en su trineo tirado por perros; el flaco Sr. Corrector está reclinado sobre una piel de oso y saborea tranquilamente su desayuno de aceite de ballena; la Sra. Receptora de impuestos, la Sra. Inspectora y la Sra. Consejera de infibulación están acurrucadas una junto á otra y mascan velas de sebo, etc. Pero llegamos, efectivamente, á tales países, y vemos muy luego que los hombres se

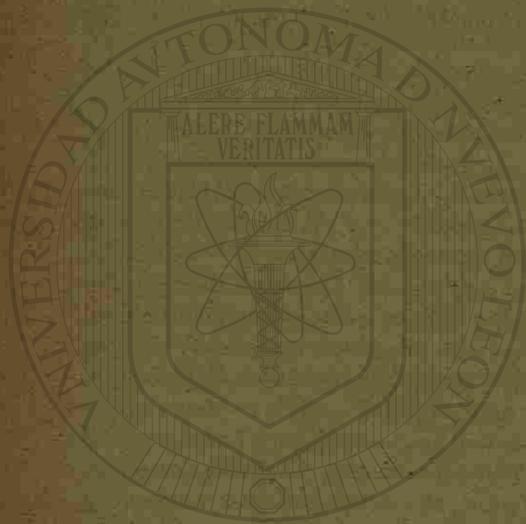
(1) En la versión francesa cosecha.

(2) En la versión francesa con toda la agilidad de los salvajes.

— Pero el texto alemán dice: *Buschklepper* = recorre malezas.

han desarrollado á la par que sus costumbres y sus trajes, que sus rostros convienen con sus pensamientos y los trajes con las necesidades, y que las plantas, los animales, los hombres y el país forman un conjunto armónico.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1960. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

IV

John Bull ⁽¹⁾

(Traducido de una descripción inglesa de Londres.)

Parece que los irlandeses, por una inmutable ley de su naturaleza, consideran la ociosidad como el más genuino y característico signo por que puede conocerse á un *gentleman*, y aunque á todos los individuos de ese pueblo les pudo suceder que, á causa de su pobreza, no pudieran cubrir nunca su gentil parte posterior, á pesar de esto, son *gentlemen* (2) por su nacimiento; así

(1) Todo este artículo falta en la versión francesa. — Lo de traducido de una descripción inglesa de Londres es, á todas luces, una humorada de Heine, pues no parece creíble que de ser tal se analizara con tan cruel escalpelo á sí propio el pobre John Bull (Juan Buey), por más que al fin no queda malparado. Además, las ideas y el estilo no cabe duda que son de Heine. (Nota del traductor.)

(2) *Gentleman*, plural *gentlemen*, que quiere decir en inglés, primero, *hombre benévolo, educado, culto*, es un título que se emplea por los ingleses como por los españoles al *Don*, y es aplicado á toda persona de educación ó posición que carece de otro título nobiliario ó académico, y también su uso es análogo al de el español *caballero*, en su acepción moderna y usual, fuera de órdenes militares, etc. (N. del T.)

como ocurre que son relativamente pocos los vástagos de la verde Erin que se mezclan con los comerciantes de la *City*.

Aquellos irlandeses que cuentan con escasa educación ó casi con ninguna, y éstos bien puede decirse que son los más, son caballeros jornaleros (*gentlemen day-labourers*), y los restantes son *gentlemen* ante sí y por sí. Si pudieran, mediante un rápido *golpe de mano* (1), lograr el goce de una riqueza mercantil, fácilmente, y aun con gusto, se decidirían á darle; pero no pueden resignarse á permanecer sentados en el trípode del escritorio, inclinados ante el pupitre sobre los largos libros comerciales, para hacerse lentamente una fortuna.

Completamente lo mismo le pasa al escocés. Su deseo de llegar á la copa del árbol es bastante vivo; pero sus esperanzas son menos violentas y más perseverantes: la difícil constancia substituye al momentáneo fuego.

El irlandés salta y brinca como una ardilla; y cuando, lo que sucede con frecuencia, no se agarra bien al tronco y á las ramas, cae, se precipita en su cabaña y allí se está empolvado, cuando no maltrecho, hasta que una multitud de saltos dados en distintas direcciones, sirven de preparación á un nuevo ensayo, que probablemente resulta tan infructuoso como el anterior.

Al contrario, el tardo escocés escoge su árbol con gran cuidado; examina si está bien desarrollado y si es bastante fuerte para soportarle, y si está sólida-

(3) En el original *coup de main*.

mente plantado en sus raíces, á fin de que no le derribe el soplo de la tempestad del acaso. Procura también que todas las ramas inferiores sean vigorosas y que aseguren el éxito de sus oscilaciones, mediante una conveniente sucesión de nudos salientes en su corteza. Empieza por abajo, considerando atentamente cada rama antes de confiarse á ella, y nunca mueve un pie sin haberse asegurado de que el otro está en firme. Otros, más acelerados y menos reflexivos, pronto le adelantan y se burlan de la lentitud y angustia de su avance; pero esto le importa poco: él sigue trepando con paciencia y constancia, y, si alguno de aquéllos viene á tierra y él se mantiene arriba, entonces empieza á reírse de él, y se ríe de todo corazón.

Esta admirable y preciosa capacidad del Escocés se manifiesta en las ocupaciones mercantiles. Su extraordinaria complacencia hacia sus superiores, la constante prontitud con que tiende su vela á todos los vientos, ha hecho que no sólo se puedan encontrar en las casas de comercio de Londres un sinnúmero de escribientes escoceses, sino también de escoceses asociados. Sin embargo, á pesar de su número é influencia, de ningún modo han logrado los escoceses imprimir su carácter nacional en esta esfera de la sociedad de Londres, sino que precisamente aquellas propiedades por las cuales, al principio de su carrera, son los mejores servidores de sus principales y después sus mejores asociados, hacen también que ellos imiten las costumbres y los gustos de los que les rodean.

Además, encuentran que son menos considerados en su nuevo país aquellos objetos á que en el suyo asig-

nan el valor más subido. Su pequeña constitución feudal, su jactancioso parentesco con cualquier intonso propietario de dos ó tres montañas peladas, sus leyendas de dos ó tres hombres extraordinarios, cuyos nombres jamás se han oído fuera de Escocia, la moderación puritana en que han sido educados, y la economía, de que han hecho algo propio, todas estas y otras análogas cualidades no se avienen con las costumbres positivas y pródigas de *John Bull*.

La impronta de *John Bull* es tan profunda y vigorosa como la de una medalla conmemorativa griega; dondequiera y como quiera que se le halle, sea en Londres ó en Calcutta, como señor ó como sirviente, no puede jamás desconocérsele. Por doquiera es un ser que tiene algo del hecho grosero; muy honrado, pero absolutamente antipático. Tiene en un todo la solidez de una substancia material, y nunca se puede mirar alrededor suyo, esté donde esté ó con quienquiera que esté que no sea *John Bull*, considerado como la primera persona; como tampoco se verá que admita nunca lección ó consejo de nadie, sin haber antes puesto cara de necesitarle. Y dondequiera que esté se observa su propio *confort*, pues su propio, inmediato y personal *confort* (1) es el objeto supremo de todos sus deseos y esfuerzos.

Cuando consiente en entrar en relación con alguien, es porque piensa *John Bull* que en ello hay alguna ganancia en perspectiva. Pero si se quiere tener en él

(1) *Comodidad* en todos sus aspectos.

un amigo íntimo, hay que hacerle la corte como ó una doncella, y una vez que al fin se ha conseguido su amistad, bien pronto se encuentra uno con que no merecía la pena. Primero, cuando anda uno solícito en torno suyo, no pasa de corresponder con fría y escasa política; pero lo que tiene que dar después no es mucho más. Se encuentra en él una formalidad mecánica y una pública confesión de ese amor propio que otras gentes tal vez poseen en más alto grado, pero que le ocultan también cuidadosamente; de manera que el más espléndido banquete de un inglés apenas si nos agrada la mitad que el puñado de dátiles que nos ofrece el beduino en el desierto.

Pero, en tanto que *John Bull* es el más frío de los amigos, es, no obstante, el vecino más seguro, y el más franco y generoso enemigo; al par que guarda su propio castillo como un *bajá*, jamás trata de introducirse en el ajeno.

¡*Confort* é independencia! Por lo uno entiende él el derecho que tiene de adquirir cuanto pueda convenir á su más refinada comodidad; por la otra entiende el sentimiento de que puede hacer todo lo que quiera y decir todo lo que piense. Estas dos son para él las cosas principales, y se preocupa poco de las fortuitas y quizá quiméricas distinciones que al resto del mundo tantas plagas y necesidades reporta.

Su orgullo, porque tiene orgullo en abundancia suficiente, no es el orgullo de Haman; poco le importa si el judío Mardachai se tendía á sus anchas á la puerta de su casa; sólo se cuida de que el susodicho Mardachai no se meta en la suya sin su especial permiso, que

seguramente sólo le otorgaría cuando esto coincidiera con su propia ventaja y *confort*.

Su orgullo es una planta inglesa; aunque es bastante engreído, su engreimiento no es análogo al de los demás pueblos. Jamás se le ve adoptar un aire de dignidad á cuenta y según la categoría de sus predecesores; cuando *John Bull* tiene el bolsillo lleno de guineas, se ha hecho un hombre, y está bien acomodado, no le importa un bledo que su abuelo haya sido un duque ó un carretero. «Cada uno es cada uno y uno mismo no es su padre», es la teoría de John, y con arreglo á ella dirige sus negocios.

Se jacta solamente de ser inglés, de que vió la luz del día, dondequiera que fuera, entre Lowestoft y Saint Davids, y entre Pensance y Berwick, y hace alarde de ello como si hubiera nacido en algún otro fragmento del planeta. Que la vieja Inglaterra le pertenece y él pertenece á la vieja Inglaterra, sea; mas para él ésta no se parece nada al resto del mundo, pues ella puede alimentar al mundo todo, instruir al mundo todo, y cuando esto lo haya realizado, hasta conquistarle.

Esto no es más que hablar en general, pero trátese de hacer descender á John á particularidades; apriétese algo y se encuentra uno con que en esa cacareada Inglaterra no hay nada con que él pueda estar contento, fuera de sí propio.

Háblesele del monarca, del mismo monarca cuyo trono con tanto orgullo sustentan sus hombros, y al punto se queja de las prodigalidades de la corona, de sus corruptelas, del real favoritismo, del creciente y amenazador influjo del trono, y llega á asegurar que,

si no existiesen importantes y súbitos cohechos y restricciones, pronto sería Inglaterra nada más que Inglaterra. Cítensele los Parlamentos y murmura y condena á ambos, se queja de que la Cámara alta está henchida del favor de la Corte, y la Cámara baja de cuestiones de partido y de corrupción, y llegará á asegurar, acaso, por último, que Inglaterra estaría mejor si no tuviera Parlamento alguno. Cítensele la Iglesia y prorumpirá en clamores contra diezmos y sacerdotes llenos de tachas, que han convertido en negocio la palabra de Dios y devoran en eclesiástica ociosidad el penoso fruto del trabajo ajeno. Cítensele la opinión pública y la gran ventaja de la rápida difusión de toda clase de comunicaciones, y se lamentará, con toda seguridad, de que el error se propaga por estos mejorados caminos tan rápidamente como la verdad, y que el pueblo abandona su antigua ignorancia para formarse de nuevo á favor de ellos.

En suma, no hay en Inglaterra una sola institución con la que John pueda estar completamente contento. Pues, cuando le da por vituperar á los elementos, desde el principio hasta el fin del año, murmura del clima tan duramente como de las cosas que dependen de los hombres. Hasta con los bienes que ha adquirido está descontento, si de cerca se le explora. Aunque haya acumulado grandes riquezas es, no obstante, su eterna muletilla: que está arruinado, que es un pobre mendigo, cuando vive en un palacio entre tesoros amontonados; que se muere de hambre, cuando su obesidad delata de tal suerte su buena nutrición, que le cuesta trabajo el arrastrar su panzudo abdomen de un extremo

á otro de la habitación. Sólo hay una cosa que logre su completa alabanza, y esta es la flota, los buques de guerra, los baluartes de madera de la vieja Inglaterra; y la alaba, quizá porque nunca la ha visto.

Sin embargo, no queremos vituperar esta manía crítica. Ella ha llevado á Inglaterra á hacerse y á conseguir ser lo que ahora es. Este afán de murmurar del áspero y obstinado, pero honrado *John Bull*, es quizá el baluarte de la grandeza británica en el extranjero, y de la libertad británica en el propio país, y aun algunas provincias de la Gran Bretaña, que no saben lo bastante para enriquecerse, tienen que agradecer más los bienes reales que poseen al perseverante gruñir de *John Bull* que á la complaciente filosofía de los escoceses ó al tormentoso fuego de los irlandeses.

Estos dos pueblos, actualmente amordazados, no parecen poseer suficiente fuerza ni perseverancia para reivindicar sus propios derechos y procurarse su propio bienestar; y, si alguien ha de realizar un acto de oposición contra algún atentado á la libertad general ó escogitar alguna medida de bien común, los Diarios del Parlamento y las peticiones que para ello hay que presentar, nos muestran que, en la mayoría de los casos, nadie más que el gruñón, el egoísta, el murmurador *John Bull*, fué quien se adelantó á hacer tal oposición ó á proponer tal medida; porque *John Bull* es también atrevido, viril, independiente, inflexible; sabe vencer los obstáculos y llegar á su objeto.

V

La vida de Napoleón Bonaparte,
por Walter Scott. ⁽¹⁾

¡Pobre Walter Scott!, si hubieras sido rico no hubieras escrito este libro y no te hubieras convertido en un pobre Walter Scott. Pero los curadores de la Junta del *Constable* (2) se reunieron y calcularon, y tras largas substracciones y divisiones sacudieron la cabeza, y no le quedó al pobre Walter Scott más que laureles y deudas. Entonces ocurrió lo extraordinario: el cantor de los grandes hechos quiso también ensayarse en el heroísmo, se decidió á una *cessio bonorum*, y el laurel del gran desconocido fué justipreciado para pagar grandes deudas conocidas; y así nació con precipitación hambrienta, con inspiración de fallido, la *Vida de Napoleón*, libro que, dadas las necesidades del público, curioso en general, y del ministerio inglés en particular, había de ser bien pagado.

¡Alabad al bravo burgués! ¡Alabadle vosotros, todos los filisteos de todo el globo terrestre! ¡Alábase tú,

(1) En el original alemán en inglés, así: *The life of Napoleon Buonaparte by Walter Scott*. Véase nota tomo 1.º. *Reisebilder*, páginas 168 y 169.

(2) Que entiende en las bancarrotas y deudas.

amada virtud tenderil, que todo lo sacrificas al pago de una letra en el día de su vencimiento (1); pero no me exijas que yo también le alabe!

¡Cosa extraña! (2), el muerto emperador es todavía en su tumba la ruina (3) de Inglaterra, y por él acaba de perder ahora sus laureles el poeta más grande de la Gran Bretaña!

Dígase y objétese lo que se quiera, era el poeta más grande de la Gran Bretaña. Cierto es que los críticos de sus novelas escudriñaron manchas en su grandeza, le reprocharon el extenderse demasiado y descender excesivamente á detalles, el crear sus grandes figuras tan sólo mediante la asociación de una multitud de rasgos pequeños, el necesitar de innumerables accesorios para producir los grandes efectos; pero sí, á decir verdad, se parecería en esto á un millonario que tuviera toda su fortuna sólo en moneda divisionaria, y que, cuando hubiese de abonar una suma considerable, tendría que hacerse seguir de tres ó cuatro carros cargados de sacos llenos de chelines y peniques (4), también podría contestarse con entera razón á los que se quejaran de tan mala costumbre y de lo penoso de contar y

(1) En la versión francesa falta *en el día de su vencimiento*.

(2) La versión francesa dice: *¡Cosa admirable!*

(3) La versión francesa dice: *azotó*. Pero la traducción de *Verderben* es aquí *ruina*, que *acaba de arruinar* al gran poeta. Juego más bien de pensamiento que de palabra que desaparece en la versión francesa.

(4) En inglés *schilling* y *pence*, monedas análogas á las alemanas *groschen* y *pfennige*, usadas en el texto alemán, y más apropiadas al caso por tratarse de Inglaterra.

apilar tantas monedas: lo mismo da; el caso es que él paga la suma exigida; la paga, y, en el fondo, es tan solvente y hasta tan rico como cualquier otro que sólo tenga lingotes de oro que dar; hasta tiene la ventaja de la facilidad mayor del cambio, pues mientras que ese otro en el gran mercado de hortalizas no sabría cómo arreglarse con sus grandes lingotes de oro, que allí no circulan, todas las verduleras recibirían á manos llenas los buenos chelines y peniques que se les ofreciesen.

El poeta inglés ha acabado con esta riqueza popular, y él, cuya moneda era tan corriente que la duquesa y la costurera la admitían con el mismo interés, ahora ha venido á ser el pobre Walter Scott. Su destino recuerda la leyenda de los elfos de las montañas (1), jocosos bienhechores que regalan á las pobres gentes dinero, que se conserva tan lindo, brillante y provechoso mientras se le emplea bien; pero que se trueca en sus manos en deleznable polvo en cuanto se le mal emplea en objetos indignos.

Abrimos saco por saco el nuevo envío de Walter Scott, y ved: ¡en lugar de los brillantes y risueños chelines no encontramos más que polvo y siempre polvo! Le han castigado los elfos del Parnaso, las Musas, que, como todas las mujeres de elevados pensamientos, son apasionadas napoleonistas, y se han revuelto doblemente contra él, por el mal uso que ha hecho de los tesoros del ingenio que le atribuyeran (2).

(1) La versión francesa dice: *la tradición de los hados de nuestras montañas*.

(2) La versión francesa dice: *que ellas habían regalado al gran poeta*.

El mérito y la tendencia de la obra de Scott han sido dilucidados por todos los periódicos de Europa. No solamente los indignados franceses, sino también los consternados compatriotas del autor han pronunciado juicio condenatorio. Hasta los alemanes tuvieron que asentir á este general descontento: la *Hoja literaria de Stuttgart* (1) habló con mal contenida indignación, y el *Anuario de crítica científica* de Berlín (2) y el *Critico* (3) se expresaron, aquél con calma y frialdad y éste, á quien la calma le era tanto más fácil cuanto menos querido el héroe del libro, caracteriza la obra con estas excelentes palabras:

«No hay en esta narración ni contenido ni color, ni orden ni vivacidad. Su poderoso asunto se arrastra inseguro y fugitivo, perdido en una confusión nada profunda, si no superficial, en la que carece de relieve lo característico; ningún hecho aparece con su determinada fisonomía; los puntos culminantes no se dejan ver por ninguna parte, no hay acontecimiento que resulte claro ni necesario, y como la trabazón es puramente externa, apenas se sospecha su sentido y alcance. En semejante exposición tiene que extinguirse por completo la luz de la historia, y esta misma debe convertirse en un cuento nada maravilloso, sino vulgar. Los discursos y consideraciones que con frecuencia se mezclan á la narración, son inoportunos. Está nuestro público hace mucho tiempo demasiado desarrollado

(1) *Stuttgarter Literaturblatt*.

(2) *Berliner Jahrbücher für wissenschaftliche Kritik*.

(3) *Der Recensent*.

para contentarse con tan exigua preparación filosófica (1). No satisface á nadie el mezquino corte de una moral que se ase no más que á hechos aislados».

De buena gana perdonaría á Walter Scott las mismas y otras peores cosas aún que expuso el perspicaz crítico berlinés Varnhagen de Ense, porque todos somos hombres (2) y el mejor de nosotros puede alguna vez (3) escribir un mal libro, y con decir entonces que éste está muy por bajo de toda crítica, es asunto concluido. Pero lo que hay, en verdad, de admirable es que en esta nueva obra no se vuelve á encontrar absolutamente el bello estilo de Walter Scott. En vano se ven acá y allá esparcidas en esta narración incolora y vulgar algunas palabras rojas, azules y verdes; en vano pretende cubrir su prosaica desnudez con brillantes girones de poetas; en vano se ha saqueado toda el arca de Noé para proporcionarse comparaciones bestiales (4), en vano hasta se ha invocado la palabra de Dios para escudar necios pensamientos. Lo más admirable todavía es que, ni una sola vez, ha logrado Walter Scott ejercitar su natural talento de retratista y pintar siquiera el exterior de Napoleón.

Nada ha aprendido Walter Scott de esos bellos cuadros que representan al emperador rodeado de sus generales y estadistas, cuando quien les contempla

(1) La versión francesa dice: *Nuestro mundo de lectores está hace largo tiempo demasiado fuerte para una preparación filosófica tan exigua.*

(2) La versión francesa: *mortales.*

(3) La versión francesa: *por casualidad.*

(4) La versión francesa: *animales.*

desapasionadamente queda profundamente sorprendido ante la trágica calma y la serenidad antigua de los rasgos de aquella fisonomía que contrasta tan dramáticamente con los movibles y pintorescos rostros del día, y delata un algo sublime y aun divino.

Pero ya que el poeta escocés no pudo concebir el retrato del emperador, mucho menos logró comprender su carácter, y de buena gana le perdono el haber blasfemado contra un dios que no conoce. También he de perdonarle el que tenga por un dios á su Wellington, y en la apoteosis del mismo extreme tanto su devoción, que él, tan fuerte en retratos de animales, no sepa con cuál compararle (1). Siempre sucede que según son los hombres así son sus dioses. El estúpido negro adora una serpiente sagrada, el baskiro de oblicuos ojos adora un feo tronco, los vulgares lapones adoran un perro marino; Sir Walter Scott, imitando á estas gentes, adora á su Wellington.

Mas yo, que soy tolerante con Walter Scott y le perdono la vaciedad, los errores, las blasfemias y las tonterías de su libro, perdonarle también el aburrimiento que me ha causado; pero lo que de ningún modo debo perdonarle es la tendencia, que no es nada menos que la exculpación del ministerio inglés en lo concerniente al crimen de Santa Elena. «En este proceso entre el ministerio inglés y la opinión pública — como dice el crítico berlinés — hace Walter Scott el oficio de abogado»; amalgama las triquiñuelas del abogado con su talento poético para embrollar el hecho de autos y la

(1) Aquí termina el párrafo en la versión francesa.

historia, y sus clientes, que son al mismo tiempo sus patronos, debieron á buen seguro ponerle en la mano una propina además de sus honorarios.

Los ingleses no habían hecho más que asesinar á Napoleón, pero Walter Scott le ha vendido. Es un acto propiamente escocés, un acto de verdadero carácter nacional, y se ve que la codicia es siempre la misma sórdida codicia, que en nada ha cambiado desde la jornada de Naseby, donde los escoceses vendieron á su propio rey, que había confiado en su protección, á sus verdugos ingleses, por la suma de 400.000 libras esterlinas. Y aquel rey es el mismo Carlos Stuardo, á quien tan magníficamente cantan hoy los bardos de Caledonia. El inglés asesina, pero el escocés vende y canta.

Con el antedicho objeto ha abierto el ministerio inglés á su abogado el archivo del *Foreign-office*, y éste, en el noveno tomo de su obra, ha utilizado concienzudamente cuantos documentos pudieran arrojar un rayo de luz favorable á su partido y una dañina sombra sobre sus contrarios (1). Por esta razón este noveno tomo, aunque no menos carente de todo valor artístico que los anteriores, adquiere cierto interés; se esperan importantes documentos, y como no se encuentra ninguno — y esto es una prueba de que no existía — que hable en pro del ministerio inglés, este contenido negativo del libro es un resultado importante.

Todo el botín que proporciona el archivo inglés se reduce á algunas comunicaciones dignas de fe del no-

(1) La versión francesa dice: *sobre los contrarios de sus clientes*.

ble Sir Hudson Lowe y sus mirmidones y algunas relaciones del general Gourmand, que, si realmente están hechas por él, aunque desvergonzado traidor á su imperial amo y bienhechor, también merecen fe (1). No quiero examinar el *factum* de estas relaciones; parecen también ser verídicas, puesto que el barón Stürmer, uno de los tres estadistas (2) de la gran tragedia, así lo ha comprobado; pero no veo lo que, en caso favorable, podría mediante ella demostrarse, si no es que Sir Hudson no fué el único ballaco (3) en Santa Elena.

Con semejantes medios auxiliares y piadosas sugerencias trata Walter Scott la historia de la prisión de Napoleón en Santa Elena, y se esfuerza en persuadirnos de que el ex emperador — así le denomina el ex poeta — no pudo hacer cosa más prudente que entregarse á los ingleses, aunque debió prever su deportación á Santa Elena; que allí fué tratado de un modo encantador, puesto que, después de todo, tenía que comer y beber, y que, finalmente, murió tan sano y tan fresco, y hasta como buen cristiano, de un cáncer en el estómago.

Mientras que Walter Scott hace prever, hasta cierto punto, al emperador hasta dónde había de llegar la generosidad de los ingleses, hasta Santa Elena, le libra del acostumbrado reproche de haberse dejado exaltar

(1) En la versión francesa falta desde: *y algunas relaciones* hasta el fin del punto.

(2) En la versión francesa *comparsas*.

(3) En la versión francesa *gredin*; en el original alemán *Lump*, de significado vaguísimo, en la gradación de lo malo que se atribuye.

tan poderosamente por la trágica sublimidad de su desdicha, que tomara á los civilizados ingleses por bárbaros persas y las cocinas de *beefsteak* de Saint James por el hogar de un gran rey, cometiendo así una heroica tontería. También hace Walter Scott al emperador el más gran poeta que en este mundo ha existido, pues nos insinúa, con toda seriedad, que todos esos memorables escritos que nos dan cuenta de sus sufrimientos en Santa Elena, todos fueron por él mismo dictados.

No puedo dejar de hacer aquí la observación de que esta parte del libro de Walter Scott, y principalmente los escritos mismos de que aquí habla, especialmente las Memorias de O'Meara y la narración del Capitán Maitland, me recuerdan á veces la historia más chistosa del mundo, de modo que la más dolorosa indignación de mi alma está á punto de convertirse de pronto en la más alegre carcajada. No es otra esta historia que *Las aventuras de Lemuel Gulliver*, libro que me hizo reír mucho allá cuando muchacho, y en el que es bien divertido leer cómo los diminutos liliputienses no saben qué hacer de su colosal prisionero; cómo trepan á millares por su cuerpo y le ligan fuertemente con innumerables y finísimos cabellos (1); con qué grandes aprestos le erigen una gran casa *ad hoc*; cómo se lamentan de la gran cantidad de víveres que diariamente tienen que procurarles; cómo le ennegrecen en el Consejo de Estado y se quejan continuamente de que cueste tanto al país; cómo de buena gana le darían

(1) La versión francesa dice: *cuerdas gruesas como caballos*.

muerte, si no le temieran aun muerto, pues su cadáver podría acarrear una peste; cómo, en fin, se decidieron por la más gloriosa magnanimidad, y le quisieron dejar su título, contentándose con sacarle los ojos, etc.

En efecto, Lilliput está dondequiera que un grande hombre cae en manos de hombres pequeños, que infatigables en atormentarle del modo más mezquino, tienen á su vez que sufrir por él bastantes tormentos y angustias; pero si el decano Swift hubiera escrito su libro en nuestra época, no se vería en su limpidísimo espejo más que la historia de la cautividad del emperador y se reconocería hasta el color de los trajes y del rostro de los enanos que le atormentaron.

Solamente el final del cuento de Santa Elena es distinto: el emperador murió de un cáncer en el estómago, y Walter Scott nos asegura que ésta fué la única causa de su muerte. No quiero contradecirle en este punto; la cosa no es imposible. Posible es que un hombre á quien se acaba de colocar sobre el potro del tormento muera repentina y naturalísimamente de una apoplejía; pero las malas lenguas dirán que le dieron muerte sus verdugos, y las malas lenguas se han empeñado en considerar la cosa de una manera completamente distinta que el bueno de Walter Scott.

Cuando este buen hombre, que por otra parte es muy versado en la Biblia y cita con gusto el Evangelio, en aquella revuelta de los elementos, en aquel huracán que estalló á la muerte de Napoleón, no ve más que un suceso que también tuvo lugar á la muerte de Cromwell, el mundo tiene sobre ello sus ideas propias. Él considera la muerte de Napoleón como el más ho-

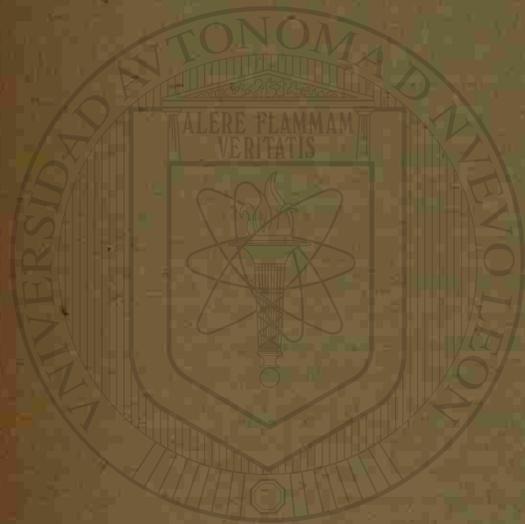
roroso crimen, y la explosión de su doloroso sentimiento se trueca en adoración.

En vano se hace Walter Scott el *advocatum diaboli*; de todos los nobles corazones surge la santificación del muerto emperador; todos los nobles corazones de la patria europea desprecian á sus pequeños verdugos y al gran bardo que se ha hecho su cómplice (1). Las musas inspirarán á mejores cantores para que celebren á su héroe favorito, y si un día los hombres enmudecen, las piedras hablarán, y la roca del mártir de Santa Elena surgirá medrosa de las olas del mar y narrará á los siglos (2) su gigante historia (3).

(1) La versión francesa añade: *con su libro*.

(2) El original alemán dice: *Jahrtansenden* = millares de años.

(3) La versión francesa dice: *su leyenda imperial*.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

VI

Old-Bayley.

Ya el nombre de *Old-Bayley* (1) llena de terror el alma. Al punto se figura uno un edificio grande, negro y melancólico, un palacio de la miseria y del crimen. El ala izquierda, que forma la verdadera *Newgate* (2), sirve de prisión criminal, y no se ve allí más que un gran paredón de piedras cuadradas, ennegrecidas por el tiempo, en el que hay dos nichos con sus respectivas figuras alegóricas, también negras, y, si no me equivoco, una de ellas, la que representa la Justicia, como es corriente, tiene rota la mano que sostenía la balanza, y no queda más que una mujer ciega que empuña una espada. Próximamente hacia el medio del edificio se halla el altar de esta diosa, es decir, la ventana donde se adosa el tablado de la horca, y, finalmente, á la derecha, se encuentra la sala del tribunal criminal donde se celebran las sesiones trimestrales. Aquí hay una puerta que, como la puerta del infierno del Dante, debía tener la inscripción:

(1) *La bailía vieja.*

(2) *La puerta nueva.*

Per me si va nella città dolente
 Per me si va nell' eterno dolore
 Per me si va tra la perduta gente.

Por esta puerta se va á un pequeño patio donde se reúne la espuma del populacho para ver pasar á los criminales; también están allí sus amigos, enemigos, parientes, hijos, pordioseros, idiotas, y, especialmente, viejas que tratan la causa del día quizá con más penetración que los jueces y el jurado, á pesar de toda su chistosa solemnidad y de su enojosa jurisprudencia. Yo he visto á la puerta del tribunal una vieja que, en el círculo de sus comadres, defendía mejor al pobre negro William (1) que dentro, en la sala (2), su abogado, hombre profundamente instruido; y cuando hubo enjugado la postrera lágrima de sus enrojecidos ojos con su desgarrapizado delantal, pareció también que todo el crimen de William se había borrado con ella.

En la sala del tribunal, que no es muy grande, abajo, ante lo que se llama la barra, hay poco espacio para el público; pero arriba, á uno y otro lado, hay galerías muy espaciosas, con altos bancos, donde los espectadores se apilan unos sobre otros.

Cuando visité la *Old-Bayley*, encontré sitio en una de estas galerías, que me fué abierta por una anciana portera, me liante un chelín de gratificación. Llegué en el momento en que el jurado se levantaba para retirar-

(1) La versión francesa dice: *William le Noir*, cuya segunda mayúscula convierte en apellido lo que no lo es.

(2) La versión francesa añade: *de la Audiencia*.

se á deliberar sobre si el negro William era culpable ó no del crimen que se le imputaba.

En éste como en los demás tribunales de Inglaterra, se sientan los jueces envueltos en su toga negra azulada con vueltas de color violeta claro, y cubierta la cabeza con una peluca empolvada de blanco, que con frecuencia contrasta algo ridículamente con las cejas y las patillas negras. Siéntanse en elevados sillones ante una larga mesa verde, al extremo superior de la sala, en cuya pared, grabado en letras de oro, se ve un pasaje bíblico que les advierte no deben pronunciar fallos injustos. A uno y otro lado están los bancos de los individuos del jurado y los sitios donde se colocan de pie los acusadores y los testigos. Precisamente enfrente de los jueces está el sitio de los acusados; no se sientan éstos en el banquillo de los criminales, como en los tribunales públicos de Francia y de las provincias del Rhin, sino que permanecen de pie tras una plancha singular que está cortada, en su parte superior, á modo de una puerta de arco estrecho, en la cual hay un espejo sabiamente colocado, que permite al juez observar perfectamente la expresión del rostro de los acusados. También se ponen ante estos últimos algunas hierbas frescas, para fortificar sus nervios, y esto puede ser necesario (1) á veces, cuando la acusación afecta á su cuerpo y á su vida. También vi sobre la mesa de los jueces las mismas hierbas verdes y hasta una rosa. Yo no sé cómo fué, pero la vista de aquella rosa me produjo una emoción profunda. ¡La encendida y fragante

(1) La versión francesa dice *utile*; el original alemán *nöthig*.

rosa, la flor emblema del amor y de la primavera, yacía sobre la terrible mesa de los jueces de Old-Bayley! Había en la sala una atmósfera tan sofocante y pesada; reinaba por doquier una tristeza y un malestar indefinibles; aquello era el delirio de la seriedad. ¡Parecía que les corrieran á los hombres horribles arañas por los aterrados semblantes! ¡Parecían oírse chirriar sobre la cabeza del negro William los férreos platillos de la balanza de Themis! (1).

En la galería se formó también el respectivo jurado.

Una gruesa dama, en cuyo rostro abotagado y encendido centelleaban sus ojillos como gusanos de luz, hizo la observación de que el negro William era todo un buen mozo. Entretanto, su vecina, alma tierna y arrulladora, alojada en un cuerpo de mal papel de cartas (2), afirmó que llevaba los cabellos negros demasiado largos é incultos, y que relampagueaban sus ojos como los de M. Kean en *Othello*. — «Al contrario — continuó, — Thomson es un hombre completamente distinto, con sus cabellos claros y brillantes peinados á la moda. Y es un hombre hábil, toca un poco la flauta, pinta algo y habla un poco francés». — «Y roba un poco» — añadió la dama gruesa. — «Y qué, ¡robar! — replicó la escuálida vecina. — Eso no es tan bárbaro como la falsificación; pues un ladrón, supongamos que ha robado un carnero, es transportado á Botany-Bay; mientras que al criminal que ha falsificado una firma

(1) Estos tres últimos puntos están estropeados en la versión francesa, y no es extraño, pues hay que entenderlos.

(2) La versión francesa dice *valín*; pero el original *Postpapier*.

se le ahorca sin piedad ni misericordia» — «¡Sin piedad ni misericordia! — suspiró junto á mí un hombre flaco, que vestía un traje de color negro dudoso — ¡Ahorcar!, ningún hombre tiene derecho de matar á otro, y los cristianos mucho menos debieran pronunciar una sentencia de muerte, porque debían acordarse de que el fundador de su religión, nuestro Señor y Salvador, fué sentenciado y ejecutado siendo inocente» — «¡Cómo! — exclamó la minúscula dama, á la vez que reían sus delgados labios. — Si semejante falsario no fuese ahorcado, ningún rico tendría segura su fortuna; por ejemplo: el judío grueso de Lombard-Street, Saint-Sivinthin's-Lane ó nuestro amigo Mr. Scott, cuya letra ha sido perfectamente imitada. Y Mr. Scott ha ganado bien duramente su fortuna; hasta se dice que se ha hecho rico recibiendo dinero por tomar para sí las enfermedades de los demás, hasta el punto de que los muchachos corren todavía por la calle tras él, y gritan: — «Te doy una moneda de seis peniques si me tomas mi dolor de muelas; te doy un chelín si quieres tomar la joroba de Godofredillo» (1).

— «Es curioso — interrumpió la dama gruesa, — es curioso que habiendo sido antes el negro William y Thomson los mejores camaradas, que han habitado, comido y bebido juntos, ahora Edward Thomson haya acusado de falsificador á su antiguo amigo. ¿Por qué no está aquí la hermana de Thomson, que antes corría por doquiera en pos de su querido William?»

Entonces, una linda joven, sobre cuyo dulce rostro

(1) En la versión francesa *petit Georges*.

se veía extendida una sombría aflicción, como un velo negro sobre un florido rosal, refirió en voz baja una larga y llorosa historia, de la que no comprendí más que su amiga, la bella *Mary*, había sido cruelmente golpeada por su hermano, y que estaba en cama medio muerta.

— «¡No la llares la bella *Mary*! — murmuró malhumorada la dama gruesa — Está demasiado delgada, está demasiado delgada para que se la pueda llamar bella, y ahorcan á su *William*... »

En este momento aparecieron los individuos del jurado, y declararon que el acusado era culpable de falsificación. Cuando sacaron de la sala al negro *William*, dirigió una mirada intensa, muy intensa á *Edward Thomson*.

Según una leyenda oriental, Satán fué en otro tiempo un ángel, y vivía en el cielo con los otros ángeles, hasta que queriendo inducirlos al mal, Dios le precipitó en la eterna noche del infierno. Pero, mientras bajaba precipitado del cielo, miraba sin cesar hacia arriba, miraba siempre al ángel que le había acusado, y cuanto más descendía tanto más terrible, tanto más terrible se hacía su mirada. Espantosa debió ser la mirada, pues el ángel á quien la dirigió se tornó pálido, jamás volvieron á enrojarse sus mejillas, y desde entonces se le llama el ángel de la muerte.

Edward Thomson se puso pálido como el ángel de la muerte.

UNIVERSIDAD DE GUAYMAS
BIBLIOTECA DE GUAYMAS
"ALFONSO ALVAREZ"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO
VII

Los castigos corporales en Inglaterra. ⁽¹⁾

No puedo asegurar con precisión bastante cuán contrario soy á la aceptación del palo, en general, y cuánto se sublevar mis sentimientos, en particular, cuando veo apalearse al prójimo. El orgulloso señor de la Tierra, el elevado espíritu que se enseñoorea del mar, y que investiga las leyes que presiden á los astros, de ningún modo puede ser, seguramente, más humillado que mediante el castigo corporal. Los dioses crearon el palo para moderar el ardiente orgullo de los hombres; pero éstos, cuyo espíritu de invención se fué aguzando con el disimulo de su altivez, creó, en oposición á él, el pundonor ⁽²⁾. Franceses, japoneses, brahmanes, indios y toda la oficialidad del continente han perfeccionado, de la más hermosa manera, este descubrimiento, y han ensalzado la venganza del honor en parágrafos y duelos, que, aunque condenados por las leyes del Estado, por la religión y hasta por la conciencia, son, no obstante, una bella floración de la humanidad.

Entre los ingleses donde, por otra parte, todos los

(1) Este artículo falta en la versión francesa.

(2) En el original alemán en francés: *point d'honneur*. La palabra castellana es idéntica: *pun d'honor*.

inventos son llevados á la más alta perfección, el pun-donor no ha recibido todavía su verdadero pulimento. Los ingleses siguen considerando el apaleamiento como un mal no tan grande como la muerte, y, durante mi estancia en Inglaterra, presencié varias escenas, por las que llegué á convencerme de que los palos no producen en la libre Inglaterra tan mal efecto sobre la honra personal como en la despótica Alemania. He visto apalear *lores*, y parecía que no sentían más que la materialidad de esta pena. En las carreras de caballos, en Epsom y Brighton, vi *jokeys* que, para abrirse camino en una carrera de apuesta, iban repartiendo golpes á diestro y siniestro con un largo látigo, y fustigaban á cuantos *lores* y *gentlemen* encontraban en su camino. ¿Y qué hacían aquellos señores, hasta cierto punto tranquilos? Pues reían, aunque con semblante algo ceñudo.

Pero, aunque no sea tan deshonroso en Inglaterra el castigo corporal, no por eso ha de considerársele menos cruel. Aunque esto no sólo afecta al pueblo inglés, sino también á la aristocracia, pues, entre los buenos ingleses, no se concibe de otro modo sino como seguridad de su propio señorío. Hombres libres, con libre sentimiento del honor, no soportan este signo de despotismo; éste necesita ciegos súbditos, esclavos apaleados.

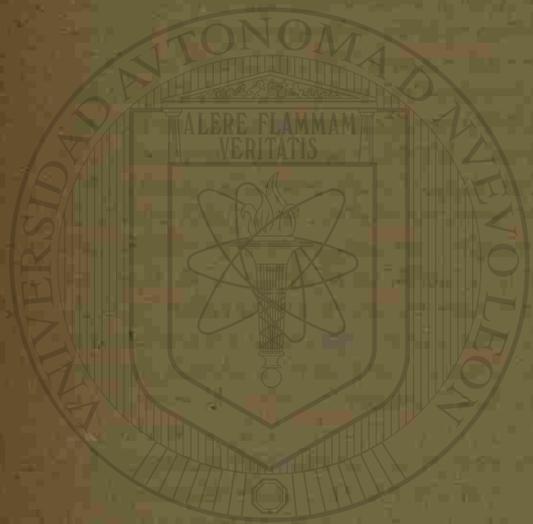
El soldado inglés tiene que ser completamente una máquina, un autómeta que, á la voz de mando, marcha ó dispara; de aquí que no necesite tampoco un jefe de personalidad importante, como le necesitan los libres franceses, á quienes guía el entusiasmo, y quienes, ante todo, bebieron el fuego de su alma en la de su gran

caudillo, y, en su embriaguez, conquistaron el mundo. Los soldados ingleses no necesitan un general, ni siquiera un bastón de general, sino tan sólo un bastón corpóreo que ejecute, como es de esperar de un pedazo de madera, con toda tranquilidad y exactitud, las mediatas instrucciones del ministerio. Y ¡hola!, puesto que alguna vez he de glorificarla, reconozco que un bastón de esta clase, completamente superior, es... Wellington, ese arlequín, angulosamente recortado, que se mueve por medio de una cuerdecilla, de la que tira la aristocracia; ese vampiro de palo que, con su mirada de palo (*wooden look*, como diría Byron), y yo pudiera añadir con su corazón de palo, chupó la sangre de los pueblos. En verdad que la vieja Inglaterra puede considerarle como ese muro protector de madera, de que continuamente hace alarde.

El general Foy en su *Historia de la guerra de la Península pirenaica* (1) ha descrito, muy exactamente, el contraste que ofrecían los militares franceses é ingleses y su disciplina, y esta pintura nos muestra lo que hacen del soldado el sentimiento del honor y el palo.

Debe esperarse que no se mantenga ya, durante mucho tiempo, el cruel sistema que la aristocracia inglesa sigue practicando, y que *John Bull* parta en dos trozos el palo corporal vigente, pues *John* es un buen cristiano, es dulce y benévolo, le arranca suspiros la dureza de las leyes de su país y vive la humanidad en su corazón. Á este propósito pudiera referir una linda historia. Otra vez será.

(1) Nuestra guerra de la Independencia.—(N. del T.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

VIII

El nuevo ministerio.

El verano pasado conocí en Bedlam á un filósofo que, con ojos llenos de misterio y bajando mucho la voz, me dió varias importantes explicaciones acerca del origen del mal. Como muchos de sus colegas, pensaba él también que hay que admitir algo histórico en este asunto. Yo por mi parte, me inclinaba de buena gana á este parecer, y explicaba el origen del mal en el mundo por la circunstancia de que Dios creó demasiado poco dinero.

— «Dices bien — contestó el filósofo; — Dios tenía muy vacía la caja cuando creó el mundo. Tuvo que pedirle al diablo dinero prestado, é hipotecarle toda la creación. Y como Dios á la presente, en Dios y en justicia, le debe aún el universo (1), por delicadeza, no puede impedirle que se mezcle en todo y siembre el desorden y el mal. Pero á su vez el diablo está, por su parte, muy interesado en que el mundo no perezca por completo, pues él perdería, por consiguiente, su hipoteca; por esto se cuida de no embrollarlo todo, y Dios, que tampoco es tonto, y sabe muy bien que en el pro-

(1) La versión francesa dice: *los gastos del mundo*.

pio interés del diablo tiene una secreta garantía, va con frecuencia tan allá, que le confía el gobierno absoluto del mundo, es decir, que da al diablo el encargo de formar un ministerio. Entonces ocurre que, como es natural, Samiel empuña el mando de las huestes infernales, Beelzebud se hace canciller, Vizliputzli (1) secretario de Estado, la vieja abuela (2) recibe las colonias, y así sucesivamente.

Estos asociados administran entonces á su modo, y, no obstante, á pesar de la malevolencia de su corazón, por interés propio, se ven obligados á procurar el bien del mundo; pero se desquitan de esta coacción, aplicando siempre á fines buenos los medios más detestables. Tan mal lo hicieron últimamente, que no pudo contemplar Dios, desde el cielo, un instante más tal execración, y dió á un ángel el encargo de formar un nuevo ministerio. Éste reunió en torno suyo todos los buenos espíritus. Un alegre calor penetró de nuevo el universo, se hizo la luz, y los malos espíritus desaparecieron. Pero no se quedaron tranquilamente cruzados de zarpas; trabajaron secretamente contra todo bien, envenenaron las nuevas fuentes de salud, deshojaron todos los botones de rosa de la nueva primavera, destruyeron con sus reformas el árbol de la vida; caótica ruina amenaza devorarlo todo, y al fin, se verá obligado Dios á devolver al diablo el gobierno del mundo, para que éste pueda siquiera subsistir, aunque

(1) Horrible ídolo mejicano; pero la versión francesa dice: *Astaroth*.

(2) La versión francesa añade: *de Satán*.

sea por los peores medios. He aquí las malas consecuencias de una deuda».

Esta revelación de mi amigo de Bedlam explicaría tal vez el último cambio del ministerio inglés. Han debido sucumbir los amigos de Canning, á los que yo llamo los buenos espíritus de Inglaterra, porque sus contrarios son sus demonios; y éstos, con el necio diablo Wellington á su cabeza, lanzan ahora su grito de victoria. Nadie me insulte al pobre Jorge; ha tenido que ceder á las circunstancias. No se puede negar que después de la muerte de Canning no se hallaban los *whigs* en estado de mantener la tranquilidad de Inglaterra, porque las medidas que tenían que adoptar con este objeto eran desbaratadas por los *torys*. El rey, á quien el mantenimiento de la tranquilidad pública, esto es, la seguridad de su corona, le parecía lo más importante, ha tenido que volver á confiar á los mismos *torys* la administración del Estado.

¡Oh!, ahora volverán, como antes, á administrar en provecho de su propia bolsa los frutos todos de la laboriosidad del pueblo; como gobernantes logreros (1) aumentarán el precio de sus granos; *John Bull* adelgazará á fuerza de hambre, y al fin tendrá que venderse en cuerpo y alma á tan altos señores por un bocado de pan; ellos le uncirán al arado, le fustigarán y no le será dado murmurar, pues por un lado le amenaza con su sable el duque de Wellington, y por otro el arzobispo de Cantorbery le golpea en la cabeza con la Biblia, y habrá tranquilidad en el país.

(1) *Treadmill* (en inglés) en la versión francesa.

La fuente de este mal es la Deuda, *the national debt*, ó, como dice Cobbett, *the king's debt* (1). Cobbett hace, en efecto, notar con razón: mientras que á todas las instituciones se les prepone el nombre del rey, por ejemplo, *the king's army, the king's navy, the king's courts, the king's prisons, etc.* (2), la deuda, que en realidad proviene de todas estas instituciones, nunca es llamada *king's debt*, y es la única en que se ha concedido á la nación el honor de dar su nombre.

El mayor de los males es la Deuda. Sin embargo, ella hace que se sostenga el Estado inglés, y que ni aun los diablos más malvados le empujen á su ruina; pero también hace que la Inglaterra toda se haya convertido en un molino de pie, en que el pueblo está obligado á trabajar noche y día para mantener á sus acreedores; que á fuerza de no pensar más que en pagos, se vayan aviejando y encaneciendo y perdiendo todos los alegres sentimientos de la juventud; que, como suele suceder á las gentes cargadas de deudas, esté deprimida hasta entregarse á la más estúpida resignación, y no sepa ayudarse, aunque tiene en la Torre de Londres nevecientos mil fusiles y otros tantos sables y bayonetas (3), y los guardias de ésta, los gruesos alabarderos de casaca roja fácilmente serían vencidos.

(1) La deuda del rey.

(2) El ejército real, la armada real, los tribunales reales, las prisiones reales.

(3) Aquí termina la versión francesa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX

La Deuda. (1)

Cuando aun era yo muy joven, daba las tres cosas que más pudieran interesarme por leer periódicos. Ante todo, buscaba en el artículo *Gran Bretaña*, á ver si Ricardo Martin había presentado al Parlamento alguna nueva petición acerca de que fueran mejor tratados los pobres caballos, perros y asnos. Después, en el artículo *Francfort*, buscaba á ver si el Sr. Dr. Schreiber no había vuelto á la Dieta, á fin de adquirir los dominios del gran ducado de Hesse. Tras esto caía de pronto sobre Turquía y atravesaba la larga Constantinopla, sólo para ver si no había sido honrado algún otro gran visir con el cordón de seda.

Esto último era lo que siempre me proporcionaba más asunto para mis reflexiones. Encontraba completamente natural el que un déspota hiciese estrangular sin más ni más á un servidor suyo, pues había visto un día, en la casa de fieras, cómo el rey de los animales de tal modo montó en mayestática cólera, que seguramente hubiera descuartizado á algunos inocentes espectadores, á no haber estado encerrado en una segura

(1) Falta todo este artículo en la versión francesa.

constitución, provista de sus correspondientes barras de hierro. Pero lo que me admiraba más era la circunstancia de que, después de la estrangulación del antiguo señor gran visir, siempre se encontrara otro que tuviera el gusto de serlo.

Ahora que ya soy más viejo y me ocupo más de los ingleses y de sus amigos los turcos, me siento sobrecogido del mismo asombro cuando veo que, tras la caída de un primer ministro inglés, ocupa otro inmediatamente su puesto, y este otro es un hombre que podría vivir sin semejante cargo, y hasta (suponiendo que sea un Wellington) no es nada menos que un majadero. Más terriblemente que por medio del cordón de seda acaban, en efecto, todos los ministros ingleses que ocupan este pesado cargo durante más de un semestre. Este caso se da especialmente desde la época de la revolución francesa; los cuidados y los apuros han aumentado en la calle de *Downing*, y apenas si puede sobrelevarse el peso de los negocios.

Un tiempo fué en que las relaciones eran muy sencillas en el mundo, y los poetas conspicuos compararon el Estado con un barco y al ministro con el piloto. Pero ahora todo tiene más complicación y perfeccionamiento: la tradicional nave del Estado se ha convertido en un buque de vapor, y el ministro no tiene que gobernar ya un sencillo timón, sino que, como ingeniero responsable, está allá abajo entre la colosal maquinaria, examinando angustiosamente cada tornillo, cada ruedecilla, á ver dónde puede haber un entorpecimiento; vela día y noche por inflamables intereses y suda de calor y de cavilaciones, puesto que, al menor

descuido de su parte, estalla la gran caldera, y, en este caso, buque y tripulación pueden irse á pique. El capitán y los pasajeros se pasean entretanto tranquilamente sobre cubierta, flamean reposadas las banderas en los palos laterales, y el que ve al buque bogar tan tranquilo, no sospecha qué peligrosa maquinaria y qué cuidados y angustias se ocultan en su vientre.

De prematura muerte perecen en ella los pobres ingenieros responsables de la nave del Estado inglés. Gloriosa es la temprana muerte del gran Pitt, más gloriosa aún la del aun más grande Fox. Percival hubiera muerto de la acostumbrada enfermedad ministerial, si una puñalada no le hubiera despachado más pronto. Esta enfermedad ministerial fué igualmente la que llevó á Lord Castlereagh á la desesperación y á degollarse en North-Cray, en el condado de Kent. Lord Liverpool pereció, del mismo modo, de la muerte de los imbéciles. Canning, al divino Canning, le vimos, envenenado por las calumnias de los altos *torys*, caer como un Atlas enfermo bajo el peso de su mundo. Uno tras otro van siendo enterrados los pobres ministros en Westminster, los pobres ministros que tienen el deber de velar día y noche por los reyes de Inglaterra, mientras éstos, con poco en qué pensar y buenas condiciones de vida, alcanzan las máximas cifras de longevidad humana.

¿Cómo se llama la gran preocupación que el ministro inglés revuelve día y noche en su cerebro y que al fin le mata? *The debt*, la Deuda.

La Deuda, como el amor patrio, la religión, el honor, etc., pertenecen, á decir verdad, á las excelencias

del hombre — pues los animales carecen de Deuda — pero son también un completamente excelente tormento de la humanidad, y como echan á pique á los particulares, llevan también á su perdición á toda la especie, pareciendo substituir al antiguo *fatum* en las tragedias nacionales de nuestra época. Inglaterra no puede evitar este *fatum*, sus ministros ven acercarse sus horrores y mueren con la desesperación de la impotencia.

Si yo fuera un Real calculador de la alta Prusia, ó miembro del cuerpo de ingenieros, pudiera calcular de la manera acostumbrada la suma total de la Deuda inglesa en *groschen* de plata, y determinar exactamente cuántas veces se podría cubrir con ella la gran calle de Federico (1) ó todo el globo terráqueo. Pero no son mi fuerte las cuentas, y pudiera más bien dejar á un inglés el fatal asunto de enumerar su Deuda y de apreciar la angustia ministerial que ella origina. Nadie mejor para esto que el viejo Cobbett; presentaré las siguientes conclusiones tomadas del último número de su Registro.

«El estado del asunto es el siguiente:

1.º Este gobierno, ó más bien esta aristocracia é iglesia, ó también, si lo queréis, este gobierno, tomó prestada una gran suma de dinero, con la que ha comprado muchas victorias, así terrestres como marítimas, una multitud de victorias de todas suertes y tamaños.

2.º No obstante, debo hacer notar, ante todo, con qué ocasión y con qué objeto se han comprado las victorias; la ocasión fué la revolución francesa que había

(1) Friedrichstrasse.

echado por tierra todas las prerrogativas aristocráticas y diezmos eclesiásticos; y el objeto era impedir una reforma parlamentaria en Inglaterra, que probablemente hubiera traído por consecuencia una abolición análoga de todas las prerrogativas aristocráticas y diezmos eclesiásticos.

3.º Para impedir que el ejemplo de los franceses no fuera imitado por los ingleses, fué necesario atacar á los franceses, detenerlos en su progreso, poner en peligro su recién adquirida libertad, arrastrarlos á negociaciones desesperadas, y, finalmente, hacer de la revolución un cuadro tan horrible, un espantajo popular para que éste se representara bajo el nombre de libertad nada más que crímenes, horrores y sangre, y el fuego inglés fuera llevado, en la exaltación de su terror, hasta el punto de preferir ordinariamente caer en un gobierno tan horriblemente despótico como el que un tiempo floreció en Francia, y que todo inglés había aborrecido siempre, desde los tiempos de Alfredo el Grande hasta los de Jorge III.

4.º Para llevar á cabo tales propósitos, se necesitaba la cooperación de varias naciones extranjeras: estas naciones debían ser ayudadas (*subsidizet*) con dinero inglés; los emigrados franceses debían ser mantenidos con dinero inglés; en suma, se sostuvo una guerra de veintidós años, para hollar al pueblo que se atrevió á levantarse contra los *privilegios aristocráticos y los diezmos eclesiásticos*.

5.º Nuestro gobierno, pues, obtuvo *innumerables victorias* contra los franceses, los que, según parece, siempre fueron batidos; pero estas nuestras innumera-

bles victorias eran *compradas*, esto es, fueron alcanzadas por mercenarios que nosotros habíamos alquilado para ello por dinero, y teníamos á sueldo á un mismo tiempo verdaderas muchedumbres de franceses, holandeses, suizos, italianos, rusos, austriacos, bávaros, hessios, hannoverianos, prusianos, españoles, portugueses, napolitanos, malteses y Dios sabe de cuántas naciones más.

6.º Mediante este alquiler de extranjeros servidores, y utilizando nuestra propia flota y nuestro poder terrestre, *compramos* tantas victorias sobre los franceses, pobres diablos que no tenían un penique para comprarlas á su vez; así que, al fin, vencimos su revolución, restablecimos hasta cierto punto su aristocracia, esto para que todo el mundo no pudiera también restaurar por gusto los diezmos eclesiásticos.

7.º Después que llevamos felizmente á cabo esta gran tarea y mediante ella hubimos impedido toda reforma parlamentaria en Inglaterra, lanzó nuestro gobierno un mugiente grito de victoria, en el que no sólo empleó toda la fuerza de sus pulmones, sino que también fué ayudado, en la medida de sus fuerzas vocales, por todas las criaturas de este país que de una ó de otra manera vivían de esta pública carga.

8.º Cerca de dos años duró la inmensa embriaguez de alegría en esta entonces feliz nación; para celebrar aquellas victorias hubo jubileos, fiestas populares, arcos de triunfo, simulacros y otras diversiones que costaron más de doscientas cincuenta mil libras esterlinas, y la Casa consistorial otorgó por unanimidad una monstruosa suma (creo que tres millones de libras es-

terlinas) para erigir arcos de triunfo, columnas conmemorativas y otros monumentos y eternizar con ellos *los gloriosos éxitos* de la guerra.

9.º Desde esta época tenemos continuamente la felicidad de vivir bajo el gobierno de las mismas personas que dirigieron nuestros negocios durante la gloriosa guerra citada.

10. Desde esta época veníamos viviendo en profunda paz con todo el mundo; y debe creerse que todavía ahora nos hallamos en este caso, á pesar de nuestra pequeña camorra de entremés habida con los turcos; y de aquí puede pensarse que no pudiera existir en el mundo causa para que no seamos ahora felices. Tenemos, en efecto, alegría; nuestro suelo produce abundantemente sus frutos, y, como los sabios y los legisladores del mundo en nuestra época aseguran, somos la nación más ilustrada de toda la tierra. Tenemos, en efecto, escuelas por todas partes para instruir á la generación presente; tenemos no sólo un rector, ó vicario ó cura en cada diócesis, sino quizá, en cada una de estas diócesis, seis maestros de religión, cada uno de los cuales es de distinta clase que sus cuatro colegas; de suerte que nuestro país está suficientemente provisto de toda clase de instrucción; ningún individuo de este dichoso país debe vivir en estado de ignorancia, y de aquí que cada vez sea mayor nuestro asombro cuando vemos que, uno que va á ser primer ministro, considera este puesto como una carga pesada y difícil.

11. ¡Ah!, una sola desdicha tenemos, pero es una verdadera desdicha. Es decir, hemos comprado algunas victorias; éstas eran magníficas, era un bonito ne-

gocio, valían tres ó cuatro veces más de lo que dimos por ellas—como solía decir Miss Tweazle á su marido cuando volvía del mercado.—Hubo grandes informaciones y muchos apetitos después de las victorias; en fin, no podemos obrar más razonablemente que proveyendo á tan justa alabanza de una gran porción de gloria.

12. Pero lo confieso con el corazón apenado; nosotros, como muchas otras gentes, hemos tomado prestado el dinero con que compramos esas victorias, cuando de estas victorias necesitábamos y de las cuales ahora de ningún modo podemos desprendernos, como tampoco un hombre puede desprenderse de su mujer, una vez que ha tenido la dicha de imponerle el dulce tributo.

13. Por esto se da el caso de que cada ministro que se encarga de nuestros negocios tiene que cuidarse de contar nuestras victorias, sin que en realidad se haya descontado de ellas un solo penique.

14. Verdaderamente no tiene necesidad de cuidarse de esto, porque todo el dinero que tomamos prestado para comprar victorias con él, ha de contarse en junto capital é intereses; mas para satisfacer con regularidad los intereses es preciso, ¡Dios piadoso!, tener especialísimo cuidado; y estos intereses, acumulados á los sueldos de la armada y otras atenciones que de nuestras victorias provienen, son tan importantes que un hombre que quiera encargarse de nuestros negocios, debe tener un sistema nervioso bastante enérgico para tomarse el trabajo de contar esta suma.

15. Tiempos atrás, antes de comprar los citados

triumfos y de preocuparnos tan excesivamente de la gloria, arrastrábamos ya una deuda que pasaba de *doscientos millones*, mientras todo el *poor-rate* (1) en Inglaterra y Gales no llegaba en junto más que á *dos millones* anuales, en tanto que aun no temíamos nada de esta carga que hoy nos ha caído encima con el nombre de *dead weight* (2), y que procede en un todo de nuestra sed de gloria.

16. Además de este dinero que se había tomado prestado á los acreedores que lo dieron de buena voluntad, ha hecho nuestro gobierno otro gran empréstito indirecto sobre los *poor*; esto es, subió la cantidad ordinaria hasta cierta altura, de modo que los *poor* se vieron mucho más deprimidos que antes, y el número de los pobres y los *poors-rate* aumentaron de un modo asombroso.

17. Los *poors-rate* subieron de *dos millones* anuales á *ocho millones*; los *poor* tienen ahora, al mismo tiempo, un derecho hipotecario, una hipoteca sobre el territorio; y de aquí se sigue además una deuda de *seis millones*, que hay que añadir á las otras deudas que nuestra pasión por la gloria y la compra de nuestros triunfos ha causado.

18. El *dead-weight* consiste en rentas vitalicias, que bajo el nombre de pensiones asignamos á una multitud de hombres, mujeres y niños, como recom-

(1) Impuesto para sostenimiento de los pobres. En el original alemán *Armengeld*.

(2) Impuesto muerto. En el original en inglés. *Clases pasivas*, entre nosotros.

pensa de servicios que dichos hombres prestaron ó deben haber prestado en la adquisición de nuestras victorias.

19. El capital de la deuda que este gobierno ha contraído, para procurarse victorias, consiste poco más ó menos en la siguiente suma:

| | Libras esterlinas. |
|---|---------------------------|
| Suma total de la deuda de la nación. | 800.000.000 |
| Suma total de los verdaderos <i>poor-rate</i> | 150.000.000 |
| <i>Dead-weight</i> considerado como capital de una deuda..... | 175.000.000 |
| | <hr/> 1.125.000.000 <hr/> |

Esto es; mil ciento veinticinco millones al 5 por 100 es el importe de esos cincuenta y seis millones anuales. En efecto; esto es próximamente el total actual, sólo que la deuda de los *poor-rate* que se presenta al Parlamento no se incluye en las cuentas, pues el país la satisface directamente en diferentes parroquias. Si se quieren descontar de aquí aquellos seis millones de los cincuenta y seis, se tendrá que los acreedores de la Deuda del Estado y del *dead-weight* del pueblo devorarán realmente todo lo restante.

20. Entretanto, el *poor-rate* es una deuda tan deuda como la de los acreedores de la del Estado, y proceden á ojos vista una y otra de la misma fuente. Los *poor* vinieron á tierra á causa del excesivo peso del impuesto; los otros acaso también caigan por lo mismo; pero todos, excepto los *poor*, supieron descargar más ó menos este peso de sus hombros, y cayó por fin todo él,

abrumador, sobre los *pobres*, y éstos perdieron sus pipas de cerveza, su caldero, su plato de zinc, su reloj de pared, su cama, todo, hasta sus instrumentos de trabajo; perdieron sus ropas y tuvieron que cubrirse con harapos; perdieron hasta la carne de los huesos. No pudieron ser más extremadamente hollados, pues de lo que se les quitara se les devolvió, es cierto, algo, pero bajo el nombre de *poor-rate* aumentada. Ésta es, pues, una verdadera deuda, una verdadera hipoteca sobre el territorio. Es cierto que pueden ser retenidos los intereses de esta deuda, pero cuando esto ocurre, tienen que concurrir en masa las personas que han de exigirlo y determinar en qué cantidades se ha de descontar la totalidad. Es, pues, ésta una verdadera deuda, y una deuda que se cuenta en chelines y peniques, y en verdad — hago expresamente la observación — se la ha privilegiado sobre todas las demás deudas.

21. No hay por qué admirarse mucho de esto, cuando lo juzgan necesario los que se encargan de tales asuntos. Lo que de admirar es que, ante todo, cualquiera que entiende de tales asuntos, aunque no se le haya pedido su parecer, se pronuncia en pro de un cambio radical de todo el sistema.

22. Es el caso que las dos antedichas deudas, tanto la deuda del Estado como la del *dead-weight*, se pagaban tiempos atrás, ó mejor dicho, los intereses de las mismas, se descontaban tiempos atrás en un papel-monedero autorizado, del que cincuenta chelines apenas valían tanto como una fanega de trigo de Winchester. Esta era la forma en que se pagó á los acreedores durante muchos años; pero en 1819, un ministro más avisa-

do, Mr. Peel, hizo el gran descubrimiento de que sería mejor para la nación que se descontaran sus deudas en efectivo, en dinero contante, evaluando cincuenta chelines en papel-moneda en cinco chelines efectivos, [valor de una fanega de trigo de Winchester]

23. Jamás se cambió el valor nominal. Éste siguió siendo siempre el mismo; no ocurrió nada más que Mr. Peel y el Parlamento *cambiaron el valor de la totalidad*, y consiguieron que se descontara la deuda en una especie de moneda en que cinco chelines equivalen, ó mediante ellos se pudo obtener tanto trabajo ó tantas cosas reales, como con cincuenta chelines del valor *en que fueron contraídas las deudas, y en el que se descontaron durante muchos años los intereses de aquellas.*

24. Desde 1819 hasta el día, ha vivido la nación en el estado más desconsolador, devorada por sus acreedores, que ordinariamente son judíos, ó mejor dicho, cristianos que como judíos comercian, y á los que no podría citar aquí sin revolverme furioso contra sus rapiñas.

25. Algún ensayo se hizo después para modificar, hasta cierto punto, la alteración del valor del dinero establecida en 1819, pero estos ensayos tuvieron mal éxito, y ante todo, pronto hubieran echado á rodar todo el sistema.

26. No hay posibilidad alguna de ayuda, cuando se trata de rebajar el importe anual de la deuda de los acreedores del Estado y del *dead-weight*; para hablar al país de semejante rebaja, de semejante reducción; para evitar que ésta produzca grandes trastornos; para impedir que tenga que morir de hambre medio

millón de personas en Londres y sus alrededores, es necesario que se emprendan, ante todo, *en otra parte*, reducciones más equitativas, antes de tratar de la reducción de las dos deudas antedichas ó de sus intereses.

27. Según hemos visto ya, se compraron las victorias con el designio de impedir una reforma parlamentaria en Inglaterra, y de mantener en pie los privilegios aristocráticos y los diezmos eclesiásticos; mas fuera una acción execrable, que clamaria al cielo, el que despojáramos de sus legales intereses á esas gentes que nos prestaron su dinero, ó privásemos de su recompensa á los que nos alquilaron las manos con que conseguimos las victorias; fuera un acto horrible que atraería sobre nosotros la cólera divina semejante conducta, mientras que permanecen intactos los lucrativos cargos honoríficos de la aristocracia, sus pensiones, rentas, reales mercedes, recompensas militares, y, por último, los diezmos del clero!

28. Aquí es donde está la dificultad. El que llega á ser ministro, es ministro de un país que ha tenido una gran pasión por la gloria, que aunque se cree de ella suficientemente provisto, aun se procura mil inauditas glorias militares; pero, desgraciadamente, estas magnificencias no las ha pagado, y ahora confía al ministro la rectificación de la cuenta, sin que sepa éste de dónde ha de tomar el dinero.

Estas son cosas que llevan á la tumba á un ministro, ó al menos pueden arrebatárle la razón. Inglaterra debe más de lo que puede pagar. No es más que una ponderación lo de que posee la India y ricas colonias.

Según se desprende del último debate parlamentario, no saca el Estado inglés un penique de verdadera renta de su grande, de su inmensa India; antes bien, tiene que abonar en ella algunos millones de suplemento. Este país sirve á Inglaterra puramente para que algunos ingleses se enriquezcan allí y, mediante sus tesoros, favorezcan la industria y la circulación del dinero de su madre patria, y otros mil ganen su pan y un porvenir. Las colonias tampoco entregan al Estado ninguna renta; necesitan suplemento y sirven para favorecer el comercio y para enriquecer á la aristocracia, cuyos paniaguados son enviados allí como gobernadores y empleados. El pago de la deuda nacional recae todo entero sobre la Gran Bretaña é Irlanda. Pero también aquí están los recursos, aunque no tan considerables como la deuda misma. Dejemos también aquí hablar á Cobbett:

«Hay gentes que hablan de los recursos del país para prestar una especie de ayuda. Son éstos los discípulos del difunto Colquhoun, un *cázalas al vuelo* que escribió un voluminoso libro, para probar que no nos es dado procurar que nuestra denda se reduzca al *minimum*, mientras sea tan *pequeña* en relación con los recursos del país; y para que con ella el prudente lector pueda llegar á formarse una idea determinada de la inmensidad de estos recursos, hace una evaluación de todos los que existen en Inglaterra, desde abajo, empezando por los conejos, y hasta parece lamentarse de no poder contar cómodamente las ratas y los ratones. Él valora los caballos, vacas, ovejas, lechoncillos, volateria, caza mayor, conejos y peces, el mobiliario do-

méstico, ropas, hornaje, azúcar, especias; en fin, hace una evaluación de cuanto hay en el país; y después, cuando lo ha sumado todo, el valor de tierras, árboles, casas y minas, el producto de los pastos, de los granos, los rábanos y el lino, y ha reunido una suma de Dios sabe cuántos millares de millones, con figa jactanciosa, á lo escocés, casi se esponja como un pavo real (1), y sonriendo desdeñosamente pregunta á gentes cual yo: ¿Con recursos como éstos, teméis aún una *bancarrota nacional*?

»Este hombre no considera que se necesitan las casas para vivir en ellas; las tierras para que produzcan pastos; los vestidos para cubrir uno con ellos su desnudez; las vacas para que den leche con que apagar la sed; el ganado vacuno, el lanar, el de cerda, las aves y los conejos para comer de ellos; vamos, ¡llévase el diablo al lunático escocés!; esas cosas no están ahí para venderlas y pagar con ellas la deuda nacional. ¡Cierto, pues hasta ha contado entre los recursos de la nación los jornales de los trabajadores! Este necio diablo de *pillalo todo*, á quien sus hermanos de Escocia hicieron doctor por haber escrito un libro tan importante, parece haber olvidado por completo que los trabajadores necesitan su jornal para procurarse algo que *comer y beber*. ¡Lo mismo podía también haber apreciado el valor de la sangre de nuestras venas, como un producto con el que igualmente se podían hacer morcillas!»

Basta de Cobbett. Mientras transcribo sus palabras

(1) En alemán *Truthahn*. ¿Vendrá de aquí nuestra palabra *truán*?

en lengua alemana, se me aparece en la imaginación él mismo, en carne y hueso, como le vi el año pasado en la ruidosa comida de la *Crown-and-Anchor-Tavern* (1); le veo con su rejizo y regañón semblante y su radical sonrisa, en la que se mezclan, de un modo horrible, el venenoso odio mortal con la melosa alegría, cuando prevé con toda seguridad la caída de los enemigos.

¡Nadie me vitupere porque cite á Cobbett! Podrá siempre tachársele de falta de hombría de bien, de manía de regañar y de tener unas maneras completamente ordinarias; pero no se puede negar que poseía un espíritu recto y que con mucha frecuencia tenía razón, como la tiene por completo en la exposición arriba citada. Es un perro de presa que no conoce á nadie, y, en cuanto se enfurece, al mejor amigo de la casa le muerde las pantorrillas; ladra siempre, pero á causa de su extraño ladrido, no se le oye cuando ladra alguna vez á un verdadero ladrón, por lo cual hay ladrones distinguidos en Inglaterra que roban, no por necesidad, sino por arrojar un mendrugo al gruñón Cobbett y taparle con él la boca. Esto enfada muchísimo al perro y le hace castañetear los hambrientos dientes. ¡Oh viejo Cobbett! ¡Perro de Inglaterra! Yo no te amo, pues es fatal para mí toda vulgar naturaleza, pero te compadezco desde el fondo de mi alma, porque veo que no puedes desembarazarte de tu cadena y alcanzar á esos ladrones que, riéndose en tus barbas, siguen arrastrando su botín y se burlan de tus inútiles ardides y de tus aullidos de impotencia.

(1) Fonda de la corona y el áncora.

X

Los partidos de oposición.

Un amigo mio ha comparado, con mucho acierto, la oposición en el Parlamento con la competencia de los coches. Sabido es que un carruaje público que establece á su costa una sociedad especuladora, ofreciendo su servicio á precios baratísimos, obtiene fácilmente la preferencia de los viajeros sobre todos los carruajes que ya existían. Estos últimos tienen también que rebajar sus precios para obtener pasajeros; mas bien pronto son sobrepujados, ó más bien *bajo-pujados* por otra nueva competencia cocheril; se arruinan á consecuencia de esta lucha y, al fin, tienen que encerrar sus vehículos definitivamente. Pero la competencia cocheril, en cierto modo, ha progresado, y es hoy una treta especial, única, para elevar con frecuencia hasta el precio del carruaje suplantado; y el pobre viajero no ha ganado nada, antes bien, con frecuencia, ha perdido, y paga y huye hasta que una nueva competencia vuelve á renovar el pasado juego y á producir nuevas esperanzas y nuevas decepciones.

¡Qué arrogantes estuvieron los *whigs* cuando cayó el partido de los Stuardos y subió al trono de Inglaterra la dinastía protestante! Los *tories* formaron entonces la

en lengua alemana, se me aparece en la imaginación él mismo, en carne y hueso, como le vi el año pasado en la ruidosa comida de la *Crown-and-Anchor-Tavern* (1); le veo con su rejizo y regañón semblante y su radical sonrisa, en la que se mezclan, de un modo horrible, el venenoso odio mortal con la melosa alegría, cuando prevé con toda seguridad la caída de los enemigos.

¡Nadie me vitupere porque cite á Cobbett! Podrá siempre tachársele de falta de hombría de bien, de manía de regañar y de tener unas maneras completamente ordinarias; pero no se puede negar que poseía un espíritu recto y que con mucha frecuencia tenía razón, como la tiene por completo en la exposición arriba citada. Es un perro de presa que no conoce á nadie, y, en cuanto se enfurece, al mejor amigo de la casa le muerde las pantorrillas; ladra siempre, pero á causa de su extraño ladrido, no se le oye cuando ladra alguna vez á un verdadero ladrón, por lo cual hay ladrones distinguidos en Inglaterra que roban, no por necesidad, sino por arrojar un mendrugo al gruñón Cobbett y taparle con él la boca. Esto enfada muchísimo al perro y le hace castañetear los hambrientos dientes. ¡Oh viejo Cobbett! ¡Perro de Inglaterra! Yo no te amo, pues es fatal para mí toda vulgar naturaleza, pero te compadezco desde el fondo de mi alma, porque veo que no puedes desembarazarte de tu cadena y alcanzar á esos ladrones que, riéndose en tus barbas, siguen arrastrando su botín y se burlan de tus inútiles ardidés y de tus aullidos de impotencia.

(1) Fonda de la corona y el áncora.

X

Los partidos de oposición.

Un amigo mio ha comparado, con mucho acierto, la oposición en el Parlamento con la competencia de los coches. Sabido es que un carruaje público que establece á su costa una sociedad especuladora, ofreciendo su servicio á precios baratísimos, obtiene fácilmente la preferencia de los viajeros sobre todos los carruajes que ya existían. Estos últimos tienen también que rebajar sus precios para obtener pasajeros; mas bien pronto son sobrepujados, ó más bien *bajo-pujados* por otra nueva competencia cocheril; se arruinan á consecuencia de esta lucha y, al fin, tienen que encerrar sus vehículos definitivamente. Pero la competencia cocheril, en cierto modo, ha progresado, y es hoy una treta especial, única, para elevar con frecuencia hasta el precio del carruaje suplantado; y el pobre viajero no ha ganado nada, antes bien, con frecuencia, ha perdido, y paga y huye hasta que una nueva competencia vuelve á renovar el pasado juego y á producir nuevas esperanzas y nuevas decepciones.

¡Qué arrogantes estuvieron los *whigs* cuando cayó el partido de los Stuardos y subió al trono de Inglaterra la dinastía protestante! Los *tories* formaron entonces la

oposición, y John Bull, el pobre pasajero del Estado, tuvo razón para rebosar de alegría cuando éstos conquistaron el poder. Pero su alegría fué de corta duración: tuvo que pagar anualmente más ó menos precio de transporte; le cobraron mucho y le llevaron mal; los cocheros estuvieron muy groseros desde el pescante, sin hacer más que dar traqueteos y tropezones, amenazando á cada guardacantón un vuelco, y el pobre John dió gracias á Dios, su Criador, cuando, poco tiempo después, las riendas del vehículo del Estado cayeron en mejores manos.

Por desgracia, tampoco esta vez duró mucho la alegría; el nuevo cochero en competencia cayó muerto del pescante, el otro cayó con pesado vuelo en cuanto se le asustaron los caballos, y la antigua gente de tralla, los antiguos caballeros de doradas espuelas, reconquistaron su antiguo puesto y restalló el antiguo látigo.

No quiero seguir describiendo este cuadro de mortífera cacería, y vuelvo sobre las palabras *whigs* y *tories* que antes he usado para denominar los partidos de oposición, pues una discusión acerca de estos nombres será quizá tanto más fructífera, cuanto que hace mucho tiempo que se han servido de ellas para embrollar las ideas.

Como en la Edad Media los nombres de *gibelinos* y *guelfos* tomaron las más vagas y cambiables significaciones, á causa de cambio de intereses y nuevos acontecimientos, así también sucedió en Inglaterra á los nombres de *whigs* y *tories*, cuya acepción originaria apenas si puede hoy determinarse. Afirman algunos que han sido en su origen nombres burlescos, los que

al fin se convirtieron en decorosos nombres de partido, cosa que con frecuencia ha ocurrido, como, por ejemplo, los *Mendigos*, que se bautizaron á sí mismos con el nombre burlesco de *les gueux* (1), y como después los *Jacobinos*, que ellos mismos se denominaron á veces *sans culottes* (2), y que, como los modernos *serviles* y *obscurantistas*, quizá se añadieron este nombre como glorioso y honorífico, cosa que, en verdad, hoy no puede hacerse.

La palabra *whig* parece haber significado en Irlanda una cosa desagradable, así como *cabeza dura*, y allí ha sido usado, sobre todo, para burlarse de los presbiterianos, principalmente de las nuevas sectas. La palabra *tory* que, por la misma época, comenzó á emplearse como denominación de partido, significaba en Irlanda una especie de *ratero desarrapado*. Ambos nombres depresivos estaban en uso hacia la época de los Estuardos, durante las luchas entre las sectas y la Iglesia dominante.

El aspecto general es éste: el partido de los *tories* se inclina completamente al lado del trono y lucha por las prerrogativas de la corona; al contrario, el partido de los *whigs* se inclina más al lado del pueblo y defiende sus derechos; sin embargo, estas afirmaciones son vagas y prevalecen solamente en los libros.

Dichas denominaciones pudieran más bien considerarse nombres de agrupación. Designan hombres que se reúnen para mantener discusiones sobre cosas que

(1) Los mendigos.

(2) Sin calzón.

en cierto modo discutieron ya sus jefes y amigos, y que suelen reunirse en momentos de tormenta política, de alegría y de desgracia, ó bien á causa de la enemistad del partido contrario. No hay que hablar de principios; no están de acuerdo en ciertas ideas, sino respecto de ciertas medidas referentes á la administración del Estado: sobre la abolición ó conservación de ciertos malos usos, sobre ciertos proyectos de ley y ciertas *questions* hereditarias, no importando, al menos estas es la costumbre, el punto de vista.

Los ingleses no se dejan engañar por nombres de partido. Cuando hablan de *whigs*, no tienen de ellos un concepto determinado, como, por ejemplo, nosotros cuando hablamos de *liberales*, que al punto nos imaginamos hombres que están completamente de acuerdo acerca de ciertas franquicias, sino que piensan en un grupo de personas, cada una de las cuales juzga según su manera de pensar, aun cuando por sí solo el grupo forme un partido, y que, como antes queda dicho, combate no más contra los *tories* por motivos puramente externos, por intereses fortuitos, por amistades ó enemistades. No necesitamos aquí pensar tampoco en lucha alguna contra la aristocracia; éstos, aunque *tories* no tienen sentimientos más aristocráticos que los *whigs*, y, con frecuencia, no lo son más que los burgueses, que consideran á la aristocracia tan intangible como el sol, la luna y las estrellas; juzgan los privilegios de la nobleza y del clero no sólo como útiles al Estado, sino como una necesidad natural y hasta acaso lucharán por estos privilegios con mucho más celo que la aristocracia misma, precisamente por-

que creen en ellos más firmemente que ésta, en la que la mayoría de sus individuos han perdido la fe en sí mismos. En este sentido reina aún la noche de la Edad Media sobre el espíritu de Inglaterra; la sagrada idea de la igualdad de todos los hombres no se ha esclarecido todavía, pero á muchos estadistas burgueses de Inglaterra que piensan como *torys*, tenemos que guardarnos, no obstante, de llamarlos *serviles* y de contarlos entre aquellos bien conocidos perros serviles, que pudiendo ser libres, volvieron á agazaparse en su perruno agujero, para ladrar desde él al sol de la libertad.

Son completamente inútiles los nombres de *whigs* y *tories* para dar idea de la oposición inglesa; con razón dijo Francisco Burdett, al principio de las sesiones del año pasado, que estos nombres han perdido hoy toda significación; y Tomás Lethbridge, á quien el creador del mundo y de la inteligencia no proveyó de demasiado ingenio, tuvo, no obstante, una feliz ocurrencia, acaso la única que ha tenido en su vida, al exclamar, refiriéndose á la afirmación de Burdett: *He has untorried the tories and unwhigged the whigs* (1).

Bien significativos son los nombres *reformers* ó *radical reformers*, ó brevemente *radical*. Se usan ordinariamente como sinónimos; atacan al mismo mal del Estado, con el mismo saludable remedio, y se distinguen tan sólo por más ó menos intensidad de color. Dicho mal es la conocida mala forma en que se efectúa la representación popular, en la que ciertos *rotter bo-*

(1) Conservando el juego de palabras: Ha destorizado á los *torys* y demohigizado á los *whigs*.

rougs (1), lugarejos deshabitados, ó mejor dicho, los oligarcas á quienes pertenecen, tienen el derecho de enviar representantes al Parlamento, mientras ciudades populosas, especialmente muchas nuevas ciudades fabriles, no tienen el de nombrar un solo representante. El saludable remedio de este mal es la llamada reforma parlamentaria. Mas, á la verdad, no se considera ésta como objeto, sino como medio; pues se espera que por medio de ella podría ganar el pueblo, además de una mejor defensa de sus intereses, la abolición de los abusos aristocráticos y un auxilio en sus necesidades.

Fácil es figurarse que la reforma parlamentaria, y estas legales y equitativas pretensiones, encontrarían defensores hasta entre hombres templados que son casi jacobinos; y cuando á tales gentes se llama *reformers*, se acentúa completamente de otro modo la palabra, y mucho más cuando se les distingue con la palabra *radical*; acentuándose de un modo completamente distinto cuando se habla, por ejemplo, de Hunt ó Cobbett, en fin, de esos vehementes y rabiosos revolucionarios, que gritan pidiendo la reforma parlamentaria, para subvertir todas las reformas, hacer triunfar la codicia, y acarrear la completa ruina de la soberanía popular.

Los matices de pensamiento de los corifeos de este partido son infinitos; pero, como he dicho ya, los ingleses conocen muy bien á sus gentes, el nombre no engaña al público, y éste distingue perfectamente cuando es sólo aparente la lucha y cuando es seria. Con fre-

(2) *Villorrios infectos.*

cuencia no es la lucha en el Parlamento durante largos años más que un inútil juego, un torneo en que se pugna por los colores que á capricho se han elegido; pero una vez que se declara seriamente la guerra, entonces cada cual corre á situarse bajo la bandera de su natural agrupación.

Esto vimos en tiempo de Canning. Los más vehementes contrarios se unieron, como cuando se trata de luchar por intereses positivos; *tories*, *whigs* y *radicals* se agruparon, como una falange, en torno del atrevido ministro burgués que trataba de combatir la soberbia de los oligarcas. Pero tengo, no obstante, para mí que muchos linajudos *whigs*, que orgullosamente se sentaban tras de Canning, se hubieran pasado al punto al antiguo bando de Fox y Hunt, si de pronto se le hubiera ocurrido pedir la abolición de todos los privilegios nobiliarios. Creo, ¡Dios me perdone el pecado!, que el mismo Francisco Burdett, que en su juventud había pertenecido á los más fervientes radicales, y ahora no se le cuenta entre los más suaves reformistas, en caso semejante, se hubiera ido á sentar bien pronto al lado de Sir Tomás Lethbridge.

Esto lo sienten perfectamente los radicales plebeyos, y por esta razón odian á los llamados *whigs*, que hablan de reformas parlamentarias, y los odian casi más que á los verdaderos *tories*, sus encarnizados enemigos.

En estos momentos, consiste la oposición inglesa más bien en los verdaderos reformistas que en los *whigs*; mas el jefe de la oposición en la cámara baja, *the leader of the opposition*, pertenece sin disputa á los últimos, y al decirlo, me refiero á Brougham.

Á diario se leen en los periódicos los discursos de este héroe parlamentario, y debemos, por tanto, suponer generalmente conocidos sus pensamientos. Menos conocidas son las cualidades personales que se manifiestan en sus discursos, y deben conocerse éstas seriamente, para comprender todo el alcance de aquéllos. Merece presentarse aquí el cuadro que traza un ingenioso inglés al describir la aparición de Brougham en el Parlamento:

«En el primer banco, á la izquierda del orador, se sienta una figura que tan largo tiempo parece haber estado encorvada junto á la lámpara de estudio, que no sólo la flor de la vida, sino hasta las fuerzas mismas de la vida han empezado á extinguirse en él; y, no obstante, esa figura, al parecer de desahuciado, es la que fija sobre sí las miradas todas de la casa, y la que, cuando de un modo mecánico, automático, que le es propio, pugna por levantarse, todos los taquígrafos, á una, corren precipitadamente á sentarse, mientras que todos los huecos de las galerías se llenan, hasta convertirse en maciza bóveda de piedra, y por las puertas de ambos lados penetra humana muchedumbre, empujada por el peso de la que queda fuera. Abajo, en la casa, parece manifestarse el mismo interés; pues, tan pronto como aquella figura se desenvuelve lentamente en una curvatura vertical, ó más bien en un zig-zag vertical de rígidas y convergentes líneas, si por acaso tuviera á cada lado un coloso, y ambos gritando quisieran como oponerle un dique, pronto volverían á desplomarse sobre su banco, como si hubieran visto una escopeta de viento oculta bajo las ropas del orador.

»Después de estos rumores preparatorios y durante el profundo silencio que sigue después, Enrique Brougham se ha acercado lentamente y con medurado paso á la mesa, permaneciendo ante ella en pie, inclinado, alzados los hombros, y la cabeza echada hacia adelante, con el labio superior y las alas de la nariz temblorosos, como si temiera pronunciar una palabra. Su aspecto, sus modales son casi los de uno de esos predicadores que disertan al aire libre, pero no los de ningún hombre moderno de esta clase, de esos que llaman la atención de la ociosa muchedumbre dominiguera, sino los de un predicador de los antiguos tiempos que, desterrados de la ciudad y hasta de la iglesia, procuraban mantener la pureza de la fe y difundirla en el desierto. El tono de su voz es lleno y melodioso, pero le eleva con lentitud, con circunspección tal, que está uno tentado á creer que le cuesta mucho trabajo, y no se sabe si el poder espiritual de aquel hombre es incapaz de dominar su asunto, ó si su fuerza física es incapaz de expresarle.

»Su primer frase, ó mucho mejor, el primer miembro de ella—pues pronto se ve que cada frase en él es más rica en forma y contenido que un discurso entero de muchos otros—resulta muy fría é insegura y, sobre todo, tan lejano de la cuestión que se dilucida, que no se puede comprender cómo va á apoyarse en él. Cada una de estas frases es, en verdad, profunda, clara, comprensible por sí misma, visiblemente deducida con gusto artístico de selectísimos materiales, pues cualquiera que sea la rama del saber de donde proceda, contiene siempre su más pura esencia. Se siente que

todas ellas marchan en una determinada dirección y que, sin duda, van con poderosa fuerza; pero esta fuerza es invisible como la del viento, y como de la de éste, no se sabe de dónde viene ni adónde va.

»Pero, cuando ha presentado suficiente número de estas frases iniciales, cuando cada frase auxiliar ha puesto á su servicio la ciencia humana para pedirla bases en que fundar una serie de conclusiones, cuando cada afirmación contraria ha sido derribada de un solo golpe rico en consecuencias, cuando todo un ejército de verdades políticas y morales está en orden de batalla, entonces las hace avanzar decididamente, en masas compactas como la falange macedónica, é irresistibles como los montañeses cuando embisten á bayoneta calada.

»Una vez ganada una principal afirmación con esa debilidad é inseguridad aparentes, bajo las cuales se ocultan una fuerza y una firmeza verdaderas, elévase el orador así corporal como espiritualmente, y con más atrevido y breve ataque gana una segunda, tras ésta una tercera, tras la tercera una cuarta y así sucesivamente, hasta que todos los principios y toda la filosofía del asunto quedan igualmente conquistados; hasta que en la casa, cuantos tienen oídos para oír y corazón para sentir, atestiguan de las verdades que acaban de escuchar como de su propia existencia; si es que Brougham quería llegar hasta aquí, no podría lograrlo más incondicionalmente que él, el lógico más grande de la capilla de San Esteban.

»Las fuentes auxiliares psicológicas de este hombre son admirables, y casi recuerda la antigua leyenda no-

ruega, en que siempre uno da muerte al primer maestro en cada rama de la ciencia, viniendo á ser de este modo el único heredero de su capacidad espiritual. Sea el que quiera el asunto, levantado ó vulgar, abstracto ó práctico, Enrique Brougham le conoce, y le conoce completamente á fondo. Otros podrán rivalizar con él, alguno que otro podrá sobrepujarle en el conocimiento de la belleza externa de la literatura antigua, pero nadie profundiza más que él la elevada y florida filosofía, que resplandece, en verdad, como en su estuche una preciosa joya que la antigüedad nos ha legado.

»No usa Brougham el claro, correcto y, por tanto, algo cortésano lenguaje de Cicerón; mucho menos se parecen en la forma sus discursos á los de Demóstenes, aunque llevan en sí algo de su colorido; pero no le faltan ni las rigurosamente lógicas conclusiones del orador romano, ni las airadas y terribles frases del griego. De aquí que nadie mejor que él sabe utilizar la ciencia moderna en sus discursos parlamentarios, de modo que éstos, á veces, aparte de su tendencia y significación política, merecen nuestra admiración, aun como meras disertaciones filosóficas, literarias ó artísticas.

»Entretanto, es imposible por completo analizar el carácter del hombre mientras se le oye hablar. Cuando él, como antes hemos dicho, ha cimentado el edificio de su discurso sobre buenas bases filosóficas y en lo profundo de la conciencia; cuando, volviendo de nuevo sobre su trabajo, ha echado la escuadra y la plomada para examinar si todo está en orden, y, con mano de gigante, parece tantear á ver si todo se mantiene firme

y compacto; cuando se halla en estado de destrozarse uno á uno los pensamientos de todos sus oyentes con argumentos tan firmemente ligados entre sí como si estuvieran amarrados con cuerda, entonces salta valientemente sobre el edificio que él propio se erigiera, yergue el cuerpo y eleva la voz, evoca las pasiones en sus más secretos escondrijos, y domina y sacude á sus colegas de Parlamento, que oyen con la boca abierta, y toda la casa se ve sacudida por borrascosos estremecimientos. Aquella voz, al principio tan tenue é inexpressiva, semeja ahora al fragor de los truenos y al bramido de las infinitas olas del mar; aquella figura, que antes parecía hundirse bajo su propio peso, se yergue ahora como si tuviese nervios de acero y músculos de cobre, como si fuera tan inmortal é inmutable como las verdades que acaba de exponer; aquel semblante, antes pálido y frío como de piedra, está ahora vivo y luminoso, como si su espíritu fuera aun más poderoso que las palabras que pronuncia; y aquellos ojos, que al principio, en sus azules y mudas órbitas, tan desanimados parecían, como si quisieran demandar nuestra indulgencia y nuestro perdón, de esos mismos ojos surge ahora un fulgor meteórico, que inflama de admiración todos los corazones. Así termina la segunda parte, la parte pasional ó declamatoria de su discurso.

»Cuando ha llegado á lo que pudiera considerarse como el pináculo de la elocuencia; cuando hasta él mismo pasea la mirada en torno suyo para contemplar con dulce sonrisa la admiración que ha causado, entonces vuelve á encogerse su cuerpo y hasta su voz vuelve á

descender hasta un cuchicheo singular que jamás pecho humano ha emitido. Esta extraña voz baja, ó más bien descenso de expresión, gesto y voz, que Brougham posee á la perfección, como no se ha visto en orador ninguno, produce un admirable efecto; y esa palabra profunda, solemne, casi murmullo, que no obstante deja percibir perfectamente la articulación de cada sílaba, lleva consigo un poderoso encanto al que no puede uno resistirse, aun cuando por primera vez le oiga y no haya uno llegado á conocer su verdadera importancia y efecto. Se cree uno quizá que el orador ó el discurso se han agotado. Pero ese dulce mirar, ese tono contenido no significan más que el principio de una peroración, con la cual el orador, que, en su sentir, ha ido algo más allá de lo que deseaba, quiere calmar á su contrario.

»Ese encorvamiento del cuerpo no es un signo de debilidad, y ese descenso de voz tampoco es síntoma de temor ó de sumisión, ni mucho menos; la vacilante curvatura de su cuerpo forma un anillo con que acecha la ocasión de poder más poderosamente estrujar á su contrario; es el salto atrás del tigre, que al punto, con más segura garra, va á precipitarse sobre su presa; es señal de que Enrique Brougham hace todos sus preparativos y empuña sus más poderosas armas. Era claro y convincente en sus argumentos; quizá algo soberbio al conjurar las pasiones, pero también potente y victorioso; más ahora pone la última y más tremenda de sus flechas en el arco y será terrible en sus invectivas. ¡Ay del hombre sobre quien aquellos ojos, antes tan tranquilos y azules, descarguen ahora de su misteriosa

obscuridad esas condensadas amarguras! ¡Ay del pobre diablo para quien esas semibalbucientes palabras son presagio del desastre que sobre él se cierne!

»El extranjero que visita entonces por primera vez la galería del Parlamento, no sabe lo que va á ocurrir. No ve más que un hombre que le convence con sus argumentos, que le caldea con sus pasiones, que, por último, con su singular cuchicheo, pone trabajosamente, un final á su discurso, al parecer, imperfecto y débil. ¡Oh extranjero!, si hubieras conocido á los asiduos de la casa, y hubieras asistido á una sesión en la que hubieras podido pasar revista á todos los miembros del Parlamento, pronto hubieras notado que éstos no eran de tu opinión en eso del final imperfecto y débil. Hubieras visto zozobrar muchas veces el espíritu de partido ó la presunción, sin el lastre correspondiente y el necesario piloto, en este borrascoso mar, mirando en torno de un modo tan asustado y angustioso como mira el marino en el mar de China, cuando á un lado del horizonte descubre esa sombría calma que es presagio seguro de que antes de un minuto el tifón va á desatar su soplo destructor. Hubieras visto á algún hombre prudente que casi hacía pucheros y tan poseído de temor estaba, en cuerpo y alma, como el pajarillo que, adivinando la proximidad de una culebra de cascabel, siente terriblemente su riesgo, y, no sabiendo cómo evitarle, se ofrece á la muerte con gesto doloroso y alelado. Hubieras reparado en un tallado antagonista que, temblándole las piernas, se asegura en el banco para que no se le lleve la tempestad que se acerca; ó hasta hubieras visto un pomposo

y lucio representante de algún épimo condado que, con los puños sobre los cojines, se sepultaba en su banco, completamente decidido á guardarle, y aun á llevárselo consigo, si se diera el caso de que fuese arrojado del Parlamento un hombre de su importancia.

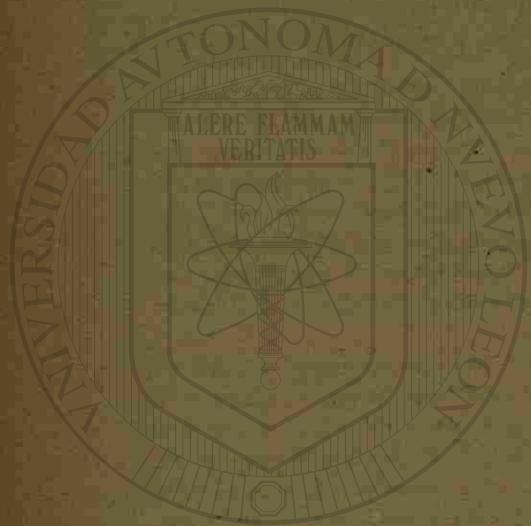
»Y entonces es ella! Aquellas palabras tan tenuemente emitidas, casi murmullos, se hinchan, crecen de tal modo en intensidad, como si entonaran el himno de victoria de su propio partido; y cuando ya ha molido los huesos y mutilado los miembros de su contrario, entonces el cuerpo del orador, como dormido y quebrantado por la fuerza de su propio espíritu, cae de nuevo sobre su asiento, y entonces estalla inmediatamente el estruendo de los aplausos de la concurrencia».

No he tenido nunca la dicha de poder contemplar tranquilamente á Brougham durante un discurso análogo en el Parlamento. Sólo á trozos y de cosas sin importancia le he oído hablar, y sólo rara vez le pude ver el semblante. Pero siempre— y esto lo noté al punto, —en cuanto él tomaba la palabra, seguíase un silencio profundo, casi angustioso. El retrato que de él acabamos de trasladar, no tiene nada de exagerado. Su figura, la ordinaria de un hombre alto, es delgada, y su cabeza está cubierta de escasos y cortos cabellos negros que se deslizan sobre las sienes. El rostro pálido y alargado parece por esto aun más pequeño; los músculos están agitados por visible temblor, y el que los observa ve los pensamientos del orador antes de que los exponga. Esto daña á sus ingeniosas ocurrencias, pues á ocurrentes y sablistas lo que les conviene es sorprendernos sin previo aviso. Aunque su traje

negro y hasta el corte de su frac son completamente propios de *gentleman*, hay en su persona algo que le da cierto aspecto eclesiástico. Quizá provenga esto más bien del frecuente movimiento de arquear los hombros y de la acechadora é irónica flexibilidad de todo su cuerpo. Uno de mis amigos fué el primero que me hizo reparar en este algo clerical de las maneras de Brougham, y mediante el retrato que precede, queda confirmada su observación. Por mi parte encontré, ante todo, en las maneras de Brougham algo de «abogado», especialmente por la manera de demostrar continuamente extendiendo el dedo índice, y de mover la cabeza en sentido de afirmación, con aire de suficiencia.

Lo más digno de admiración en este hombre es su actividad incesante. Pronuncia un discurso tal después de haber dedicado ocho horas diarias á los asuntos de su profesión, esto es, después de vegetar como abogado en las salas de la Audiencia, y de haber estado quizá media noche escribiendo para la *Revista de Edimburgo* sobre sus *Mejoras de la instrucción popular*, y de haber trabajado en la *Ley criminal*. El primero de estos trabajos, el de la instrucción popular, ha dado, en verdad, hermosos frutos. El último, el de la penalidad criminal, en el que Brougham y Peel se ocupan ahora, sobre todo, es quizá el más útil, al menos el más urgente, pues las leyes de Inglaterra son aun más terribles que sus oligarcas. El proceso de la reina fué el que sirvió de fundamento á la celebridad de Brougham. Peleó como un caballero en pro de tan alta dama, y, como es natural, nunca olvidará Jorge IV el servi-

cio que á su amada esposa prestara. Por esta razón, cuando en el pasado Abril se sentó en la oposición, no llegó á ser ministro, aunque como *leader of the opposition*, en este caso, y según antiguos usos, le correspondía de derecho.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

La emancipación de los católicos. (1)

Si habla uno con el más estúpido inglés acerca de política, siempre sabrá decir algo razonable; mas tan luego como la plática gira sobre religión, el inglés más sensato no sabe más que emitir necedades. De aquí nacen esos errores de concepto, esa mezcla de sabiduría é insensatez que aparecen tan luego como en el Parlamento se habla de la emancipación de los católicos, asunto en que la religión y la política entran en pugna. Rara vez es posible á los ingleses en sus discusiones parlamentarias sentar un principio, sino que discuten tan sólo sobre la utilidad ó inconveniencia del asunto, acumulando hechos en pro y en contra para demostrarla.

Mas con hechos quizá se puede luchar, pero no vencer, porque no dan materia más que para algunos golpes dirigidos acá y allá, y el espectáculo de semejante disputa nos hace recordar las bien conocidas contendas *pro-patria* de los estudiantes alemanes, cuyo resultado fué que, cuantos más avances se dieron, más y

(1) Todo este artículo falta en la versión francesa.

más estocadas en cuarta y terciá á su sabor se propinaron, y nada se probó con ello.

Como es de suponer, en el año 1827 volvieron á luchar los *emancipacionistas* contra los *oránianos* en Westminster, y, como es natural, no resultó nada. Los mejores campeones de los *emancipacionistas* eran Burdett, Plunkett, Broughan y Canning; sus contendientes, excepto Mr. Peel, eran al contrario, los conocidos ó, mejor dicho, los desconocidos cazadores de raposas.

Siempre estuvieron de acuerdo los más conspicuos estadistas ingleses acerca de que debía reconocerse la igualdad de derechos políticos á los católicos, ya fundándose en los más hondos sentimientos de justicia, ya también en la previsión política. El mismo Pitt, el inventor del sistema de estabilidad, tomó partido por los católicos. Igualmente Burke, el gran renegado de la libertad, no pudo ahogar hasta tal punto la voz de su conciencia que procediese contra Irlanda. Canning, aun en otro tiempo, cuando todavía no era servidor de los *tories*, no podía contemplar, sin afectarse, la miseria de dicho país, y expresó con natural emoción cuán caro le era este asunto, cuando un tiempo se le acusó de tibieza. Ciertamente es que un grande hombre puede muchas veces, para lograr un gran fin, obrar contra sus propias convicciones, y pasarse otras equivocadamente de un partido á otro; pues es fácil pensar que el que quiere mantenerse á cierta altura, tiene precisamente que ceder ante las circunstancias, como el gallo de la veleta de la torre de una iglesia, que, aunque de hierro, cualquier corriente de viento le rompería y echaría por tierra si permaneciese obstinadamente inmóvil

y no poseyera el noble arte de girar en la dirección de cada viento. Pero jamás un grande hombre desmentiría hasta tal punto los sentimientos de su alma, que pudiera ver con indiferente tranquilidad la desventura de sus compatriotas y hasta aumentarla.

Como amamos á nuestra madre amamos también la tierra en que hemos nacido, y amamos las flores, los aromas, la lengua y los hombres que en esa tierra se han desarrollado; ninguna religión es tan mala, ni ninguna política tan buena que puedan sofocar amor semejante en el corazón de sus adeptos; aunque protestantes y *tories*, jamás Burke ni Canning pudieron tomar partido contra la pobre verde Erin; pero irlandeses hay que esparcen sobre su patria terrible miseria y sufrimientos sin nombra, tales como el dichoso Castlereagh y el desdichado Wellington.

Que la gran masa del pueblo inglés esté unánimemente en contra de los católicos, y que influya todos los días en el Parlamento para que no se les concedan más derechos, cosa es que está muy en el orden; porque en la humana naturaleza hay cierto anhelo de opresión, y si, como ahora continuamente ocurre, nos quejamos de la desigualdad política, es porque alzamos los ojos y vemos tan sólo á aquellos que sobre nosotros están y cuyos privilegios nos perjudican; mas al exhalar tales quejas no miramos nunca hacia abajo; jamás se nos ocurre contemplar á los que, por consuetudinaria injusticia, se hallan bajo nosotros colocados, para elevarlos, sino que nos desagrada siempre que tiendan á subir y les damos en la cabeza. El criollo anhela los derechos de los europeos, pero se jacta de ser superior

al mulato, y se encoleriza si éste quiere ponerse á su altura. Igualmente el mulato se opone al mestizo y éste á su vez al negro. El plebeyuelo de Francfort se indigna contra los privilegios de la nobleza; pero aun se indigna más de que se le suponga dispuesto á emancipar á sus judíos. Tengo un amigo en Polonia que delira por la libertad y la igualdad, pero, hasta la hora presente, aun no ha sacado á los labradores de su país de la servidumbre.

Por lo que respecta al clero inglés, no necesita explicación alguna el por qué los católicos son perseguidos por este lado. Lo que los disidentes persiguen, sobre todo, es el monopolio eclesiástico, y también la Iglesia anglicana afirma vigorosamente sus derechos. La verdad es que los diezmos son el asunto principal, y que mediante la emancipación de los católicos, perdería aquella gran parte de sus rentas, y el del sacrificio de los propios intereses es un talento que lo mismo falta á los sacerdotes de la caridad que á los profanos pecadores. Únese á esto aún aquella gloriosa revolución á la que debe Inglaterra la mayor parte de sus libertades actuales, que fué consecuencia del religioso celo protestante; circunstancia que, al mismo tiempo, impone también á los ingleses un especial deber de gratitud hacia la dominante Iglesia, y tienen que considerarla como el principal baluarte de sus franquicias.

Algunos pusilánimes quizá temen, en realidad, al catolicismo, y temen su restablecimiento, pensando en las hogueras de Smithfield, por aquello de que el muchacho que una vez se ha quemado, teme el fuego. También hay meticulosos miembros del Parlamento que

temen un nuevo *complot de pólvora* (1), y los que sobre todo temen á la pólvora, que no inventaron, les ocurre que cuando sienten que los bancos verdes, en que se sientan en la capilla de San Esteban, se van caldeando cada vez más, si algún orador, como con frecuencia ocurre, cita el nombre de Guy Fawkes, exclaman sobrecogidos: ¡Oigan!, ¡oigan! (2). Por último, y pasando á lo que respecta al rector de Göttinga, que en Londres ocupa el cargo de rey de Inglaterra, todo el mundo conoce su moderación política; él no se pronuncia por ninguno de los dos partidos; ve con gusto cómo un u otro se debilitan en la lucha; dibuja su habitual sonrisa cuando se le acercan pacíficos, lo sabe todo y no hace nada, y en caso de apuro confía en su bedel general Wellington (3).

Hay que perdonarme que trate así, en tono de broma, un asunto de cuya solución depende, primero el bien de Inglaterra, y en segundo término el del mundo todo. Pero, precisamente cuanto más importante es un asunto tanto más regocijadamente debe tratarse; la sangrienta carnicería de los combates, los espantosos

(1) Alude al *Gunpowder plot*, extensa conspiración descubierta en Londres en 1605, bajo el reinado de James I, cuya intención fué acabar mediante una explosión, con el rey, los ministros y el Parlamento. *Fawkes* era el encargado de dar fuego á la mecha de los treinta y cinco barriles de pólvora colocados en un sótano del Parlamento.

(2) Hear him!, hear him!

(3) Ironía contra el rey de Inglaterra, á quien compara con el rector alemán Schallmayer. Véase el Prólogo biográfico y crítico. Tomo I págs. VI y XIII.

tajos de la guadaña de la muerte no serían soportables si no se mezclase con ellos la aturdidora música turca con sus tambores y cornetas. Esto lo saben los ingleses, y piden á su Parlamento les dé un alegre espectáculo de chistes espontáneos y de espontaneidades jocosas; y así, en los debates más serios en que entran en juego la vida de millares de personas y la salud del país entero, no se le ocurre, ni por casualidad, á nadie adoptar el semblante rígido de los miembros de la dieta alemana, ó declamar patéticamente á la francesa, sino que gesticulan á sus anchas con alma y cuerpo, y chistes, burlas, sarcasmos, sensiblerías y sabiduría, malicia y bondad, lógica y versos brotan por doquiera en pintorescos fuegos de artificio, cuya narración chispeante conservan hace años los Anales del Parlamento. ¡Qué contraste entre esto y los hueros, rellenos y voluminosos discursos de nuestras Cámaras del Sur de Alemania, cuya pesadez no pueden vencer los más pacienzudos lectores de periódicos; si, su nebulosidad es para aterrar á todo lector viviente, pues tal es que, tentados estamos por creer tenga la secreta intención de asustar al público, para que renuncie á la lectura de tales mamotretos, y, á pesar de su publicación, hacer que el asunto quede completamente ignorado.

Si bien la forma en que los ingleses tratan en el Parlamento la cuestión católica es poco á propósito para producir resultados, la lectura de estos debates es mucho más interesante, porque los hechos divierten más que las abstracciones, y es especialmente recreativa, cuando, á manera de fábula, se refiere alguna historia paralela que en determinados casos fustiga ingenio-

samente lo presente, ilustrándolo así de la más ingeniosa manera. En el debate acerca del discurso de la Corona, oímos en la Cámara de los Lores una de esas historias paralelas de que he hablado, y que voy á trascribir textualmente. (Vid. *Parliamentary history and review during the session of 1825-26*. Pág. 31.) «Hizo notar Lord King que, si bien podría decirse que Inglaterra era feliz y estaba floreciente, allende el canal de Irlanda hallábanse aún seis millones de católicos en situación completamente distinta, y que el mal gobierno de allí es una vergüenza para nuestra época y para todos los ingleses. El mundo todo — decía — está ahora, con razón, de acuerdo en acriminar á los gobiernos que oprimen á sus súbditos ó les arrebatan algún derecho por diferencias de religión. Irlanda y Turquía pudieran considerarse como los únicos países de Europa en que toda clase de personas se ven oprimidas y ahogadas por sus creencias. El gran sultán ha trabajado por convertir á los griegos, del mismo modo que el gobierno inglés procuró la conversión de los católicos de Irlanda, pero sin resultado.

»Cuando los infelices griegos expusieron sus sufrimientos y pidieron humildemente ser tratados un poco mejor que los mahometanos tratan á sus perros, mandó llamar el sultán al gran visir para pedirle consejo. Este gran visir había sido antes amigo de la sultana y ahora era su enemigo, y por esto había perdido bastante en la gracia del monarca, y en su mismo *diván* había tenido que sufrir la contradicción de sus propios funcionarios y servidores. (*Risas*.) Era enemigo de los griegos.

»La segunda persona influyente en el *diván* era el joven Effendi, que miraba con simpatía la justificada demanda de aquel desgraciado pueblo. Sabido es que este funcionario era ministro de Negocios Extranjeros, y que su política mereció y obtuvo general aplauso. Mostró en su cargo extraordinaria liberalidad y talento, hizo mucho bien, granjeó mucha popularidad al gobierno del sultán, y más hubiera logrado, á no impedírselo sus menos avisados colegas, oponiéndose á todas sus medidas. Él era, en efecto, el único hombre de verdadero genio en todo el *diván* (*Risas*), y se le consideraba como una gloria entre los hombres de Estado turcos, pues hasta dotado estaba de talento poético.

»El *Kiaya-Bey* ó ministro del Interior y el *Kapudan-Pachá* eran, al contrario, enemigos de los griegos; pero el corifeo de toda la oposición, en contra de la pretensión de derechos de este pueblo, era el gran *mufti* ó sea el cabeza de la religión mahometana. (*Risas*.) Este funcionario era enemigo de todo cambio. El se había opuesto constantemente á toda mejora mercantil, á toda mejora de justicia y á toda mejora de política exterior. (*Risas*.) Mostrábase y se declaraba siempre el mayor campeón de los malos usos existentes. Era el más consumado intrigante de todo el *diván*. (*Risas*.) En sus primeros tiempos se pronunció por la sultana, pero se puso frente á ella así que temió poder perder, por serle adioto, su puesto en el *diván* y se pasó al bando de sus enemigos.

»En una ocasión iba á tomarse el acuerdo de admitir algunos griegos en el cuerpo de tropas regulares ó

genizaros; pero el gran *mufti* lanzó contra él el desesperado y glorioso grito análogo á nuestro *No-popery*; de modo que los que aceptaran tal medida tenían que ser separados del *diván*. Ganó la partida; mas no bien lo hubo logrado, se declaró en pro de la misma cosa á que tan rudamente se había opuesto. (*Risas*.) Cuidaba de la conciencia del sultán y de la suya; pero es preciso notar que nunca su conciencia estuvo en oposición con sus intereses. (*Risas*.) Como había estudiado en todos sus detalles la Constitución turca, había encontrado que ésta era esencialmente mahometana (*Risas*), y, por consiguiente, debía ser eterna enemiga de toda prerrogativa en pro de los griegos. Por esta razón, estaba decidido á permanecer firmemente consagrado á sostener la intolerancia, y pronto se vió rodeado de *Mollahs*, *Imanes* y *deriviches*, que le fortalecieron en su noble propósito.

»Para completar el cuadro de esta escisión producida en el *diván*, hay que recordar que sus miembros se pusieron de acuerdo, quisieron estar conformes en unas cosas y tener opiniones opuestas en otras, sin romper los lazos que les unían. Después de ver los males que semejante *diván* originara, y de ver cómo el imperio musulmán se destruyó, precisamente á causa de su intolerancia con los griegos y de la propia desunión, cosa es de pedir al cielo libre á la patria de tal escisión en el gabinete».

No se necesita ser muy sutil para adivinar quiénes sean las personas disfrazadas bajo nombres turcos, y menos aun es preciso para traducir en áridas palabras la moral de la historieta. Bastante claro han hablado

los cañones de Navarino, y si un día se hace astillas la Sublime Puerta, y se lo hará, pese á los lacayos plenipotenciarios de Pera, que se oponen á ello, á despecho de los pueblos, entonces *John Bull* pensará para sus adentros: aunque cambiando nombres, la fábula habla de ti. Algo análogo puede pensar ahora Inglaterra, en tanto que sus mejores publicistas se declaran en contra de la intervención armada, y cándidamente indican que con igual derecho se interesan los pueblos de Europa por los católicos de Irlanda, y podían obligar al gobierno inglés á que los tratara mejor. Creen haber refutado con esto el derecho de intervención, y lo que han hecho únicamente es ponerle más en claro.

Cierto es que los pueblos de Europa tendrían el sacratísimo derecho de protestar, con las armas en la mano, contra las vejaciones de Irlanda, y este derecho hubiera sido ejercitado si no fuera aún la injusticia la más fuerte. No sólo las testas coronadas, sino también los pueblos mismos, son héroes en los modernos tiempos, y estos héroes han pactado una santa alianza, están unidos en todo lo que respecta al derecho común, al derecho de gentes de la libertad religiosa y política, están ligados por la idea, han jurado defenderla y hasta han derramado por ella su sangre; sí, la idea ha encarnado en ellos (1), y por eso late al mismo tiempo dolorosamente el corazón de todos los pueblos cuando la idea se ve atropellada, sea donde sea, aun en el último extremo de la tierra.

(1) *Ja sie sind selbst zur Idee geworden.* Literal: Si, se han convertido ellos mismos en ideas.

Pero me he apartado de mi tema. Quería referir las bromas del viejo Parlamento, y he aquí que la historia de la época deduce ahora hasta de las bromas algo serio. Recordaré aún algún pasaje alegre, también un discurso, el de Spring Rice pronunciado en la Cámara Baja, en 26 de Mayo del mismo año, en el que se burla donosísimamente de la angustia de los protestantes ante la presumible superioridad de los católicos. (Vid. *Parliamentary history and review*, etc. Pág. 252.)

«En el año 1753, decía, se presentó al Parlamento un *bill* para la naturalización de los judíos, medida á la que hoy en este país quizá no se opusiera más que alguna vieja, pero que en su día encontró la más ruda oposición, y tuvo por consecuencia la presentación de una multitud de escritos procedentes de Londres y otras plazas, de la propia manera que ahora los vemos llegar respecto al *bill* de los católicos. En el escrito súplica de los ciudadanos de Londres se dice: «Para que el dicho *bill* en pró de los judíos alcanzase una sanción legal, sería preciso mancillar horriblemente la religión cristiana, sepultar la Constitución del Estado y de nuestra Santa Iglesia (*Risas*) y perjudicar los intereses del comercio en general de un modo extraordinario, y especialmente del de la ciudad de Londres». (*Carcajadas.*)

«No obstante, el canciller del *Exchequer* siguiente, que no daba valor alguno á tan tremenda denuncia, creyó que las inminentes y temerosas consecuencias sobrevendrían si se admitía á los judíos en la *City* de Londres y hasta en la calle de *Downing*. (*Carcajadas.*) Había entonces un periódico, *El Forzudo*, que se ex-

presaba, al denunciar las innumerables desdichas que semejante medida había de acarrear, en estas extravagantes palabras: «Con vuestro permiso, voy á particularizar las consecuencias de este *bill*. Se halla gracia en Dios, pero entre los judíos no se encuentra y tienen mil setecientos años de castigo que vengar en nosotros. Si pasase ese *bill*, todos seríamos esclavos de los judíos y no nos quedaría esperanza alguna de salvarnos ni mediante la bondad divina. El monarca vendría á ser súbdito de los judíos y no serían más repetados los libres propietarios. Nuestros soldados ingleses serían licenciados y se alzaría un gran ejército compuesto exclusivamente de hebreos que nos subyugaría; nuestra familia real tendría que abjurar y tal vez someterse á un rey judío naturalizado. ¡Hermanos míos, cristianos y protestantes, despertad! ¡No es Anibal el que tenéis á vuestras puertas, sino los judíos, que os piden las llaves de las de vuestras iglesias!» (*Sonoras é insistentes carcajadas*).

»En los debates que tuvieron lugar en la Cámara baja con motivo de dicho *bill*, un barón de los más principales (*Risas*) dijo, que, si se autorizaba la naturalización de los judíos, se corría el peligro de que pronto tuvieran mayoría en el Parlamento. «Ellos, decía, repartirán nuestros condados entre los de su raza y venderán al mejor postor nuestros bienes territoriales» (*Risas*). Otro miembro del Parlamento era de opinión de «que si se aprobaba el *bill*, se aumentarían los judíos tan rápidamente que se extenderían por gran parte de Inglaterra, de modo que el pueblo tendría que acudir á las armas para defender su territorio y su

soberanía». El diputado por Londres, Sir John Bernard, consideraba el asunto desde un punto de vista teológico, punto de vista que volvía á encontrarse por completo en la nueva petición de Leicester, cuyos firmantes reprochaban á los católicos ser descendientes de los que quemaron á sus antepasados, y á pesar de ello, exclamaban: «Los judíos son descendientes de los que crucificaron al Salvador, y por ello llevarán la maldición de Dios hasta el último de su raza».

Él (*Spring Rice*) exhuma todos esos datos para mostrar que aquella antigua alarma era tan fundada como la actual en lo que se refiere á los católicos. (*¡Oigan!, ¡oigan!*) En la época del *bill* de los judíos se publicaba un periódico satírico hebreo, en el que se daban las siguientes noticias: «Después de la publicación de nuestro número último ha llegado el correo de Jerusalén. La pasada semana, en el hospital de maternidad, calle de Brownlow, veintidós niños fueron públicamente circuncidados. Ayer tarde fué desechada en el Sanhedrín, por mayoría de votos, la naturalización de los cristianos. Es completamente infundado el rumor de haber tenido lugar un levantamiento de cristianos en Nord-Wales. El lunes último se ha celebrado con gran regocijo en todo el reino el aniversario de la crucifixión».

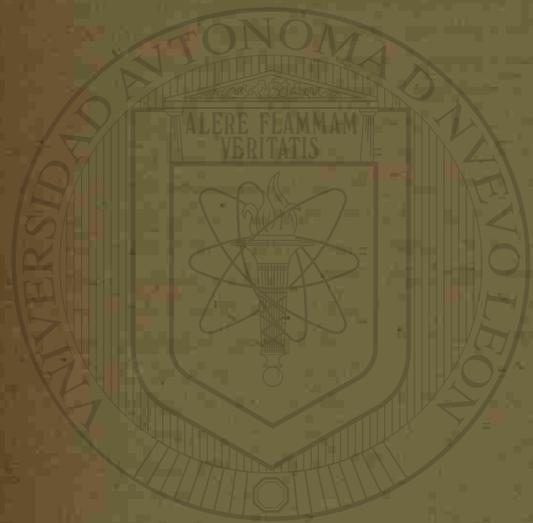
En esta forma y en todo tiempo, así cuando lo del *bill* de los judíos como en lo del *bill* de los católicos, se ha excitado por los más insensatos medios una ruidosa oposición, en extremo risible; y si queremos buscar la causa de semejante ruido, hallamos que siempre ha sido la misma. Si inquirimos la causa de la oposición

al *bill* de los judíos en 1753, encontramos como primera autoridad á Lord Chatham, que decía en el Parlamento que «él, así como la mayor parte de los demás *gentlemens*, estaban convencidos de que no tenía nada que ver la religión con estas cuestiones, y que sólo el antiguo espíritu de persecución del alto clero (*the old high church's persecuting spirit*) había logrado hábilmente que el pueblo se opusiera». (*¡Oigan!, ¡oigan!*)

Ahora nos hallamos en el mismo caso, y otra vez es el antiguo amor del alto clero á su exclusivo poder y privilegios el que arrastra al pueblo á trabajar en contra de los católicos; y él (*Spring Rice*) está convencido de que muchos de los que tales artes emplean, saben muy bien que tan poco atañe á la religión el último *bill* de los católicos, como atañería otro sobre reglamentación de pesas y medidas, ó uno en que se determinara el largo de los péndulos con arreglo al número de sus oscilaciones. También, respecto al *bill* de los judíos, se encuentra en el *Hardwick*, periódico de entonces, una carta del Dr. Birch á Mr. Philipp York, en la que dice aquél que todo el ruido contra el *bill* de los judíos era no más que una fuerza encaminada á influir en las próximas elecciones». (*¡Oigan! Risas.*) Ocurrió entonces lo mismo que ocurre en nuestros tiempos, que un experto obispo de Norwich fué ascendido gracias al *bill* de los judíos. El Dr. Birch refiere, que de vuelta en su diócesis fué insultado á causa de sus manejos; «cuando iba á Ipswich, donde tenía que confirmar algunos niños, fué insultado en el camino, y se añade que le circuncidaron». Entonces se anunció que el señor obispo había sido confirmado por los judíos el sábado anterior, y

«que algunos días después serían circuncidados los cristianos». (*Risas.*) Tal era la gritería levantada contra todas las disposiciones liberales de los pasados tiempos, inconsciente y brutal. (*¡Oigan!, ¡oigan!*)

Compárese aquella preocupación respecto de los judíos con la alarma que se ha producido en ciertos lugares con el *bill* de los católicos. El peligro que se veía en que los católicos acrecentaran su poder, es completamente absurdo; el poder trae desdicha, y si á él fueran inclinados, podían alcanzarle por la ley y no escaso, como han logrado alguno por la opresión misma. Mediante esta opresión se han hecho tan influyentes personas como O'Connell y Mr. Sheil; y no los nombro para hacérselos respetables; al contrario, ellos merecen vuestro respeto, le han conquistado en el servicio de la patria. ¡Cuánto mejor sería que el poder estuviera más bien en las leyes que en las manos de los individuos! ¡Cuanto más respetables fueran ellas tanto mayor sería nuestra tranquilidad! Dice que llegará día en que se mire no sólo con admiración, sino hasta con desprecio esa oposición del Parlamento á toda concesión de derecho. La sabiduría religiosa de los tiempos primitivos ha sido, con frecuencia, objeto de escarnio para las generaciones posteriores. (*¡Oigan!, ¡oigan!*)...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

XII

Wellington.

Este hombre ha tenido la desgracia de ser afortunado en todo aquello en que fueron infortunados los hombres más grandes de la tierra, y esto es lo que nos subleva y nos le hace aborrecible. No vemos en él más que el triunfo de la necedad sobre el genio: ¡que Arturo Wellington alcanza la victoria donde sucumbe Napoleón Bonaparte! Jamás hombre alguno fué más irónicamente mimado por la fortuna, que parece sólo quiso hacer patente su huera pequeñez al alzarle sobre el pavés de la victoria.

La fortuna es hembra, y tal vez abriga secreto resentimiento hacia el hombre que derrocara á su favorito de otros días, aun cuando tal caída ella misma la quiso. Ahora le da el triunfo de nuevo en la emancipación de los católicos, en otro combate en que sucumbe Jorge Canning. Quizá se le hubiera amado si hubiera sido el pobre Londonderry su predecesor en el ministerio; pero sucede al noble Canning, al llorado, al adorado, al gran Canning, y vence allí donde Canning sucumbe.

Sin tan malhadada fortuna, quizá Wellington podría pasar por un grande hombre; no se le aborrecería, no

se le mediría, al menos, por la medida heroica con que se mide á un Napoleón ó á un Canning, y no se habría descubierto cuán pequeño hombre era.

Es un hombre pequeño, más aún que pequeño. No han podido decir los franceses cosa más cruel de Polignac que: «fué un Wellington sin gloria». En efecto, ¿qué le queda á Wellington si se le quita su gran uniforme de glorioso mariscal de campo?

Acabo de hacer la mejor apología de Lord Wellington — en el sentido inglés de la palabra — (1). Pero lo que causará estupor es que, lo confieso lealmente, en una ocasión hice un completo elogio de este héroe y de sus victorias. Es, á fe, una buena anécdota, y voy á referirla.

Era mi barbero en Londres un radical llamado Mister White, un pobre hombrecillo envuelto en su traje negro y raído de blanquecino reflejo. Era tan mezquino, que su rostro, visto de frente, no parecía más que un perfil, y sus suspiros eran visibles en su pecho antes que de él salieran, y estaba siempre suspirando, sobre todo por las desdichas de la vieja Inglaterra, y por la imposibilidad de que llegara nunca á solventarse la deuda nacional.

— «¡Ah! — oíale continuamente suspirar — ¿Qué le importaba al pueblo inglés que Fulano ó Zutano reinasen en Francia, ni que los franceses hicieran en su país lo que quisieran? Pero la alta nobleza y el alto clero temían los principios liberales de la revolución francesa, y para sofocarlos tuvo John Bull que derra-

(1) Falta esta frase en la versión francesa.

mar su sangre y su oro y contraer todavía cuantiosas deudas. El objeto de la guerra está ya conseguido; la revolución está ahogada; se han cortado las alas á las águilas de la libertad francesa; la alta nobleza y el alto clero pueden estar ya completamente seguros de que ninguna de ellas pueda tender el vuelo y atravesar el canal; pero la alta nobleza y el alto clero debían, al menos, pagar ahora las deudas que se han contraído en su propio interés y no en el del pobre pueblo. ¡Ah, pobre pueblo!

Siempre que llegaba á lo de «pobre pueblo!» suspiraba Mister White más profundamente, y sacaba el estribillo de que el pan y la cerveza estaban demasiado caros, y que el pobre pueblo se tenía que morir de hambre para dar pasto á lucios lores, perros de caza y clérigos, y que no quedaba más que un recurso. Y, mientras decía estas frases, solía ponerse á afilar la navaja, y, al pasó que la frotaba en una y otra dirección contra la badana, murmuraba lenta y coléricamente: «¡Lores, perros, clérigos!»

Pero contra el Duque de Wellington era contra el que se desbordaba siempre su ira radical con mayor impetu, y escupía bilis y veneno en cuanto ocurría hablar de él; y si en este momento me daba jabón, lo hacía con espumarajos de rabia. Un día llegó á inspirarme verdadera inquietud, pues al tiempo que se desataba en dicerios contra Wellington me estaba afeitando precisamente junto al cuello, y entre rapa y rapa no dejaba de murmurar: «— Si le tuviera al alcance de mi navaja, le ahorraría la pena de cortarse el cuello como su cofrade y paisano Londonderry, que se dego-

lló en North-Cray, en el condado de Kint. ¡Así Dios le confunda!»

Ya sentía que le temblaba la mano, y, temeroso de que en su arrebato se llegase á figurar de repente que yo era el Duque de Wellington, procuré calmar su violencia é irle tranquilizando poco á poco. Teniendo en cuenta su orgullo nacional, le hice ver que Wellington había aumentado las glorias de los ingleses, que había sido siempre tan sólo una máquina inocente en manos de un tercero, que gustaba mucho del *beefsteak* y que, en fin, Dios sabe lo que añadí en loor de Wellington mientras tuve el cuello bajo su navaja.

*
* *

Lo que más me irrita es el pensar que Arturo Wellington sea tan inmortal como Napoleón Bonaparte, pues, de análoga manera, tan inolvidable se ha hecho el nombre de Poncio Pilatos como el de Cristo. ¡Wellington y Napoleón! Es un fenómeno extraño que el espíritu humano pueda pensar en los dos al mismo tiempo. No puede ser mayor el contraste que existe entre ambos, hasta en su aspecto externo. Wellington, vulgar fantasma, alma incolora en cuerpo de maniquí (1), sonrisa inexpresiva en un rostro de hielo; después de esto, figuraos la imagen de Napoleón, y ¡á cada divinidad su ofrenda! (2).

(1) *Aschgrauen. Seele in steifeinem Körper.* Literal: Alma gris ceniza en cuerpo de tela engomada.

(2) Esta frase falta en la versión francesa: *Jeder Zoll ein Gott!*

Jamás se borra esta imagen de mi memoria. Le veo siempre sobre su caballo de gran alzada, con aquellos ojos eternos que brillan en su marmóreo rostro imperial, que, tranquilo como el Destino, ve desfilar á sus pies su guardia. La enviaba á Prusia, y los viejos granaderos elevaban hacia él su mirada con adhesión sombría, con severo aspecto de iniciados y orgullo de moribundos...

¡Te, Cæsar, morituri salutant!

A veces me asalta una secreta duda; la de si realmente le he visto, la de si realmente somos sus contemporáneos, y entonces me parece que su imagen se desprende del estrecho marco del presente, y cada vez más altivo, más majestuoso, retrocede en el crepúsculo del pasado. Su nombre suena ya para nosotros como una leyenda del antiguo mundo y precisamente tan antiguo y tan heroico como los nombres de Alejandro y de César. Es ya una palabra de fusión y alianza entre los pueblos, y cuando el Oriente y el Occidente se encuentran se entienden mutuamente con sólo pronunciar su nombre.

Cuál es su significación y cuán mágicamente puede sonar este nombre, lo sentí con toda su profundidad un día en que subí en el puerto de Londres, en el sitio do se hallan los *docks*, á bordo de un buque de las Indias orientales, que precisamente acababa de llegar de Bengala. Era un gigantesco buque con numerosa tripulación indostánica. Las grotescas figuras, los grupos con extraños y abigarrados trajes, su aspecto enigmático,

la maravillosa agilidad de sus movimientos, los salvajes y extraños sonidos de su lenguaje, su algazara y risa, que contrastaba con la seriedad de algunos semblantes de color azafranado, cuyos ojos como negras flores me contemplaban con inconcebible melancolía, todo ello despertaba en mí una sensación como la que producen los cuentos de encantos. Me sentí transportado á los de Scheherezada, y aun pensé iban á aparecer las palmeras con sus largas hojas, los camellos cuelludos, los elefantes cargados de oro y tantos otros árboles y animales fabulosos. El sobrecargo, que se hallaba en el buque y que entendía tan poco como yo la lengua de aquella gente, en su buen exclusivismo británico, apenas pudo decirme nada acerca de qué casta de pueblo era aquél, compuesto en su mayoría de mahometanos recogidos acá y allá de todos los extremos del Asia, desde las fronteras de la China hasta el mar de Arabia, entre los que había algunos africanos de tez negra y lanudo cabello.

Tan hastiado como estaba de la vida monótona de Occidente, tan cansado de Europa como me sentía entonces, fué para mí aquel trocito de Oriente, que alegre y pintoresco ante mis ojos se movía, como un refrigerante; mi corazón se sintió reanimado al menos por algunas gotas de aquel licor por el que había suspirado con frecuencia en las brumosas noches invernales de Hannover y de Prusia, y aquellas extrañas gentes bien podían ver cuán grata me era su vista y de qué buena gana les hubiera dirigido una frase cariñosa. Yo también comprendí, viendo sus afectuosas miradas, que también hubieran querido decirme algo amistoso,

y era una lástima que ninguno comprendiera la lengua de los otros. Por fin encontré un medio de darles á entender en una palabra mis sentimientos de amistad, y tendiendo respetuosamente la mano como para saludarles, pronuncié este nombre: ¡Mahoma!

De pronto se iluminaron los oscuros rostros de aquellas extrañas gentes, cruzaron ceremoniosamente los brazos y contestaron á mi amistosa salutación pronunciando este otro nombre: ¡Bonaparte!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

XIII

La emancipación (de los pueblos).

Si algún día vuelvo á tener tiempo que dedicar á ociosas disquisiciones, demostraré, con toda la prolijidad de razones posible, que no fué la India, sino el Egipto, el que produjo ese régimen de castas que hace dos mil años se está disfrazando con el traje de cada país, y ha sabido engañar á cada época, adoptando su propio lenguaje; que si acaso ahora está muerto, simulando apariencias de vida, sigue viajando entre nosotros, insalubre y de mal agüero, envenenando nuestra lozana existencia con su hedór de cadáver, y, como vampiro medioeval, extrae del corazón la sangre y la vida de los pueblos. El fango del valle del Nilo no sólo produjo los cocodrilos que sabían llorar perfectamente, sino también esos sacerdotes que aun saben hacerlo mejor, y ese privilegiado y hereditario estado militar que sobrepuja á los cocodrilos en voracidad y espíritu sanguinario.

Dos hombres profundos, alemanes ambos, descubrieron los más eficaces talismanes contra el encanto de la peor de las plagas de Egipto, y por medio de la magia negra — la pólvora y la imprenta — quebrantaron el poder de esa jerarquía espiritual y temporal que se formó mediante la alianza de las castas sacerdotal y

guerrera, esto es, de la llamada Iglesia católica y del feudalismo, y que esclavizó á la Europa entera espiritual y socialmente.

La prensa de la imprenta aplastó el edificio de los dogmas en que el gran sacerdote de Roma aprisionara los espíritus, y el Norte de Europa respiró otra vez libremente, aliviado de la presión nocturna de ese fantasma llamado clero que, aunque es cierto que se continuaba en la forma de la casta egipcia, hereditariamente, podía permanecer tan fiel al sistema sacerdotal egipcio que no sólo se perpetuase naturalmente por replantación, sino de un modo contranatural, por reclutamiento, á la manera de los cuerpos de mamelucos, como corporación de célibes que aun más austera es. También vemos cómo la casta guerrera ha perdido su poderío desde que la vieja rutina del oficio carece de utilidad, dada la nueva táctica de la guerra; pues los sonidos de las trompas de los cañones pueden derribar á su soplo los más fuertes castillos torreados, con la misma facilidad que las de antaño los muros de Jericó; el férreo arnés del caballero protege contra la lluvia de plomo tan poco como la chaqueta de tela del campesino; la pólvora hace á los hombres iguales; lo mismo mata el fusil del noble que el del plebeyo. El pueblo se levanta.

* * *

Los antiguos esfuerzos que se reconocen en la historia de las repúblicas lombarda y toscana, en los condejos españoles y en las ciudades libres de Alemania y de otros países, no merecen el honor de ser considera-

dos como un despertar del pueblo; no hay en ellos anhelo alguno de libertad, sino sólo de libertades; no se lucha por el derecho, sino por fueros; las corporaciones batallaban por obtener privilegios y así todo quedaba encerrado en los estrechos límites de la Gilda y del gremio.

En tiempo de la reforma es cuando por vez primera se generaliza y se hace más inteligente el combate; se reclama ya la libertad, no como un derecho recibido, sino como un derecho primordial; no como algo que se ha poseído, sino como algo que es ingénito. Ya no se sacan á luz antiguos pergaminos, sino principios, y los campesinos en Alemania y los puritanos en Inglaterra invocan el Evangelio, cuyas sentencias representaban entonces la razón y aun mucho más, pues era una revelada razón divina. Allí está claramente expreso que los hombres todos son del mismo noble origen, que la orgullosa soberbia debe ser condenada, que la riqueza es un pecado y que también los pobres son llamados á gozar en el hermoso paraíso de Dios, padre de todos.

Con la Biblia en una mano y la espada en la otra, recorrieron los campesinos la Alemania del Sur é hicieron decir al opulento estado llano de la ciudad de Nüremberg que no había de quedar en pie en el reino, en adelante, casa que discrepara de la de un labrador (1). De tan verdadero y profundo modo habían

(1) Mal traducido en la versión francesa. El original: *das anders aussere*; que pareciese otra cosa, no que fuese más alta. No multiplicaremos las notas, remitiendo á lo dicho en el prólogo al tomo I.

comprendido la igualdad. Aun hoy día, en Franconia y Suabia, vemos las huellas de esta igualitaria teoría, y un respeto rayano en terror sobrecoge al viajero en presencia de este espíritu santo, cuando, al resplandor de la luna, considera las ruinas sombrías del tiempo de la guerra de los campesinos. Si éste es de una inteligencia parca, no ve más; pero si es clarividente—y lo es todo el que conoce la historia—verá también la tremenda cacería que la nobleza alemana, la más brutal del mundo, llevó á cabo en los vencidos, que fueron acuchillados, torturados, enrodados y martirizados, y verá aún que, entre los ondulantes campos de mieses, las ensangrentadas cabezas de los labriegos se hacen misteriosas señas, y que hasta se oye á una maravillosa alondra silbar, en agudo tono, un canto de venganza que remeda el del pífano de Helfenstein.

Algún mejor éxito tuvieron los *hermanos* en Inglaterra y en Escocia; su caída no fué tan ignominiosa ni tan sin consecuencias; y aun hoy se ven los frutos de su régimen. Pero tampoco lograron fundar nada estable; dominan otra vez como antes los linajudos caballeros y se regocijan con la chistosa historia de los viejos y rudos cabezas redondas que el bardo su aliado (1) tan lindamente describiera para entretener su ocio. No ha tenido lugar en Inglaterra revolución social alguna, la armazón de las instituciones civiles y políticas sigue en pie, el régimen de castas y la agremiación subsisten aun hoy día en ella, y aunque saturada de la luz y del calor de la civilización moderna, continúa Ingla-

(1) Walter Scott.

terra en un estado medioeval, ó, mejor dicho, en el estado de una Edad Media *fashionable* (1).

Las concesiones hechas allí á las ideas liberales han sido penosamente arrancadas á esa medioeval rigidez; todas las modernas mejoras, en vez de ser consecuencias de un principio, sólo deben su origen á la fatalidad de los hechos, y llevan todas consigo ese maldito estigma de desacuerdo que acarrea siempre nuevas angustias y nuevos duelos á muerte con todos sus consiguientes peligros. La reforma religiosa se verificó sólo á medias, y, entre las cuatro frías paredes de calabozo de la Iglesia episcopal anglicana, se encuentra uno mucho peor aún que en la amplia, lindamente pintada y muellemente almohadonada cárcel espiritual del catolicismo. No ha sido mucho mejor conducida la reforma política; la representación del pueblo es todo lo deficiente posible, pues si las clases sociales no se distinguen ya por el traje, siguen distinguiéndose, como siempre, por jurisdicciones separadas, patronato, nobleza, prerrogativas, derechos consuetudinarios y otras desdichas; y si la propiedad y las personas del pueblo no dependen ya del capricho aristocrático, sino de las leyes, estas leyes no son otra cosa que una nueva clase de dientes con los que la ralea aristocrática se apodera del botín, y también otra forma de puñal con que asesina al pueblo. Seguro es que ningún tirano del continente hubiera tenido el capricho de prescribir tantos impuestos como tiene que pagar el pueblo inglés por exigencia de la ley, y ningún tirano fué jamás tan

(1) Como si dijéramos *elegante, de moda*.

cruel como esas leyes criminales inglesas que dan muerte todos los días por valor de un *shilling*, con toda la frialdad de su texto.

Aunque hace algún tiempo se están preparando muchas mejoras que introducir en este triste estado de cosas, por más que acá y allá se pongan vallas á la codicia de seculares y eclesiásticos, aunque se mejore, hasta cierto punto, la gran mentira actual de la representación popular, concediendo de cuando en cuando á grandes centros fabriles el derecho electoral de algún extinguido *rotten borough* (1), y se dulcifique también en uno ú otro sitio la dura intolerancia, privilegiando á la vez á alguna otra secta, todo ello no será más que composturas de viejo, de bien poca duración, y el sastre más tonto de Inglaterra ha de prever que pronto ó tarde el viejo uniforme del Estado caerá deshecho en miserables andrajos.

«Nadie cose un trozo de paño nuevo á un vestido viejo, pues el trozo nuevo se llevará lo viejo tras sí, y el desgarrón será mayor. Nadie encerrará mosto en odres viejos, pues de otro modo el mosto destrozará los odres, el vino se derramará y los odres quedarán inútiles. Al contrario, se envasará el mosto en odres nuevos» (2).

La más profunda verdad sólo brota del amor más profundo; de aquí la conformidad de miras entre el an-

(1) *Hedondo villorrio*.

(2) En la versión francesa añade: (*Evangelio*).

tiguo predicador de la montaña que habló contra la aristocracia de Jerusalén y los predicadores posteriores montañeses que, desde las alturas de la Convención de París, predicaron un Evangelio tricolor, según el cual no sólo la forma del Estado, sino toda la vida social tenía que ser, no remendada, sino nuevamente rehecha, con nuevos cimientos, en fin, como si acabara de nacer (1).

Hablo de la Revolución francesa, de esa época del mundo en que la doctrina de la libertad y de la igualdad salió triunfante de esa fuente general de conocimiento que llamamos razón, y que como revelación continua que se repite en cada hombre y funda un saber, debe ser con mucho preferida á esa revelación tradicional, conocida tan sólo por unos pocos elegidos, y que, no obstante, tiene que ser creída por las muchedumbres. Esta última fórmula de revelación citada, que es de suyo de naturaleza aristocrática, jamás pudo combatir el reinado de los privilegios, el privilegiado régimen de castas, con la misma seguridad que le combate ahora esta otra revelación de origen democrático. La historia de la Revolución es la historia militar de esta lucha en que todos, más ó menos, hemos tomado parte; es la lucha á muerte con el Egipto.

Aunque la espada del enemigo se embote más cada día, aunque ya seamos dueños de las mejores posiciones, no podemos aun entonar el canto de triunfo, antes de que la obra quede terminada. Tan sólo en las noc-

(1) En la versión francesa: *neufs ou complètement régénérés*. Lo que no es lo mismo.

turnas horas, en que las armas callan, provistos de una linterna, podemos dirigirnos al campamento para sepultar los muertos. ¡De poco sirven las breves oraciones fúnebres! La calumnia, ese impudente espectro, se sienta en las más nobles tumbas.

¡Ah! trátase aun de combatir á esos enemigos hereditarios de la verdad, que tan sutilmente saben envenenar la buena reputación de su contrario y que hasta supieron rebajar la dignidad de aquel primer predicador de la montaña, el más puro héroe de la libertad; pues ya que no pudieran negar que fuese el más grande de los hombres, le hicieron el más pequeño de los dioses. El que lucha con los clérigos debe estar prevenido, pues con la más diestra mentira, con la mejor urdida calumnia, desgarrarán su buen nombre y le ennegrecerán.

Pero así como esas banderas destrozadas del todo por las balas en el combate, y ennegrecidas por el humo de la pólvora, son más respetadas que las aun intactas y brillantes de los reclutas, y al fin se exponen en las catedrales como nacionales reliquias, así los nombres de nuestros héroes, cuanto más desgarrados y ennegrecidos, serán un día más entusiastamente venerados en la Santa Genoveva de la libertad (1).

También la Revolución ha sido calumniada como sus héroes, y se la ha presentado como terror de príncipes y espantajo de pueblos en libelos de toda clase. Se ha hecho aprender de memoria á los muchachos en las escuelas todas las llamadas hecatombes de la Re-

(1) En la versión francesa: en el Panteón de la libertad,

volucion, y, durante algún tiempo, no se ha visto en las ferias otra cosa que pinturas de la guillotina con colores rabiosos. No hay, en verdad, que negar que esta máquina, inventada por el médico francés, ortopédico universal, *Monsieur Guillotin*, con la cual se podía separar tan fácilmente las cabezas necias de los malos corazones; que esta saludable máquina se usó con alguna frecuencia, pero sólo en enfermedades incurables, tales como, por ejemplo, la traición, la mentira y la debilidad, y no se hizo sufrir largo tiempo á los pacientes, no se les torturó ni enrodó, como un día se hiciera con millares de ellos, con millares de plebeyos y villanos, de ciudadanos y labriegos que fueron torturados, atormentados y enrodados en los buenos tiempos antiguos (1).

Es verdaderamente terrible que los franceses amputaran también por medio de esta máquina la más alta cabeza del Estado, y no se sabe si por ello debe acusárseles de parricidio ó de suicidio: pero considerando las circunstancias atenuantes, hallamos que Luis de Francia fué, más bien que de las pasiones, víctima de los acontecimientos, y que los hombres que impulsaron al pueblo á tal sacrificio, los mismos que derramaron en todos los tiempos en gran abundancia sangre de príncipes, no suelen aparecer como francos acusadores.

Sólo dos reyes ha sacrificado el pueblo, y ambos más que reyes suyos lo eran de la nobleza, y no los sacrificó en tiempo de paz ni por mezquinos intereses, sino entre las más extraordinarias calamidades de una

(1) Este párrafo está atenuado en la versión francesa.

guerra, cuando se vió vendido y cuando no perdonaba ni á su propia sangre. Pero es seguro que más de mil príncipes cayeron, sacrificados á la codicia y á frívolos intereses, bajo el puñal, la espada y el veneno de nobles y de los sacerdotes. Diríase que estas castas consideran el regicidio como uno de sus privilegios, y por esta razón están interesados en lamentar la muerte de Luis XVI y de Carlos I. ¡Oh, si los reyes lo comprendiesen al fin, como reyes del pueblo, protegidos por las leyes, podrían vivir más seguros que bajo la custodia de sus nobles asesinos!

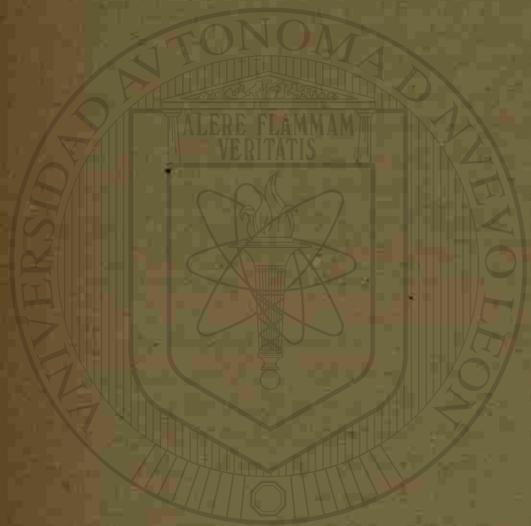
Mas no sólo la Revolución y sus héroes han sido calumniados, sino que lo ha sido también toda nuestra época; toda la liturgia de nuestras ideas más santas ha sido parodiada con frivolidad inandita, y cuando se oye ó lee á nuestros miserables detractores, llaman al pueblo canalla, á la libertad desenfrenada licencia, y, elevando los ojos al cielo, entre piadosos suspiros, deploran y lamentan que seamos frívolos y que no tengamos, desgraciadamente, religión alguna. Hipócritas devotos que se arrastran agobiados bajo el peso de sus culpas, se atreven á acriminar á una época que es quizá la más santa de cuantas la precedieron y la han de seguir, á una época que se sacrifica por los pecados de las pasadas y por la dicha de las futuras, Mesías de los siglos que apenas podría con la corona de espinas y la pesada cruz que se impusiera, á no musitar de cuando en cuando algún *vaudeville* y reír algunos chis-

tes lanzados contra los nuevos fariseos y saduceos.

No se podrían soportar tan colosales dolores sin tales burlas y esparcimientos del ánimo. ¡Cuánto más potente no resulta lo serio cuando es lo cómico quien lo anuncia! Aseméjase el siglo á esos franceses hijos suyos que han escrito libros terriblemente frívolos, y que á pesar de ello, supieron ser austeros y serios, allí donde la seriedad y la austeridad eran precisas; Laclós y aun Louvet de Couvray, por ejemplo, se batieron cuando fué necesario por la libertad con el valor y la abnegación de unos mártires; ¡no obstante, escribieron frívola y licenciosamente, y, por desgracia, carecían de religión!

¡Como si la libertad no fuese precisamente una religión tan buena como cualquiera otra! Como es la nuestra, podíamos, midiendo con el mismo rasero, declarar frívolos é irreligiosos á sus despreciadores.

Si, repito las palabras con que comencé este libro: La libertad es una nueva religión, la religión de nuestros tiempos. Si Cristo no es el dios de esta religión, es, al menos, su sumo sacerdote, y su nombre irradia venturosamente en el corazón de la juventud. Los franceses son el pueblo elegido de la religión nueva, y en su lengua se han formulado sus primeros evangelios y prístinos dogmas; París es la nueva Jerusalén, y el Rhin es el Jordán que separa el país de los filisteos de la tierra de la libertad.



II

DONCELLAS Y DAMAS DE SHAKESPEARE

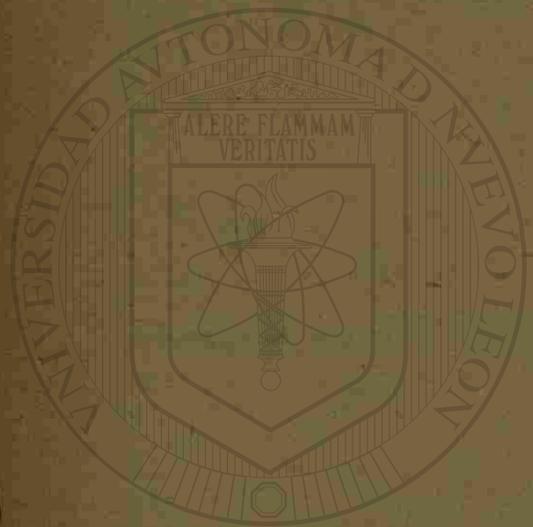
(1838)

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

INTRODUCCIÓN

Conozco á un buen cristiano de Hamburgo que no podía habituarse á que Nuestro Señor y Salvador Jesucristo fuera de origen judío. Profundo disgusto se apoderaba de él cuando tenía que confesarse que el hombre que se mostrara perfecto y mereciera la veneración más alta, pertenecía, no obstante, á esa laya de inmundos narizotas á quien veía establecer en las calles sus tenduchos de ropavejeros, á los que tan en alto grado despreciaba, pues hasta le eran perjudiciales, si consideraba sus propios intereses, al dedicarse, como él mismo lo hacía, al comercio en grande de especias y trapos de color.

Lo que á este excelente hijo de Hammonia le pasaba respecto de Jesucristo, me ocurre á mi con Guillermo Shakespeare. Siento frío en el alma al pensar que, al fin y al cabo, es un inglés, y que pertenece al pueblo más antipático que Dios en su ira creara.

¡Qué pueblo tan repulsivo, tan desanimado, tan metido en casa, tan egolista, tan estrecho y tan inglés, en fin! Es un país que el Océano se le hubiera tragado hace tiempo si no hubiera abrigado el temor de que le

produjera una enfermedad gástrica... Es un pueblo, un terrible monstruo de abiertas fauces, cuyo aliento no produce más que sensación de asfixia y mortal pesadez, y que hasta debería suspenderse al extremo de un cable colosal.

En un país tal y en semejante pueblo vió la luz primera Guillermo Shakespeare en Abril de 1564.

Pero la Inglaterra de aquellos días, en la que, en ese Betlehem del Norte llamado Stradford del Avon, nació el hombre á quien debemos el evangelio social, como pudieran denominarse los dramas de Shakespeare, la Inglaterra de aquellos días era seguramente muy distinta de la de hoy; entonces se llamaba «la alegre Inglaterra» (1) y vivía entre vistosas galas, chistosas mascaradas, necedades llenas de profundo sentido, en un mar de aventuras y de insoportables desventuras. La vida era en ella aún un torneo pintoresco en el que si es cierto que los nobles caballeros, en burlas y veras, desempeñaban siempre el primer papel, también el sonido de las trompetas estremecía el corazón de los ciudadanos. En vez de la sombría cerveza se bebía el alegre vino, esa bebida democrática que hace iguales en la embriaguez á hombres que en el despejado escenario de la realidad se diferencian según su rango y nacimiento.

Todo aquel irisado ambiente ha desaparecido, han dejado de oírse los alegres sonidos de las trompas, se ha disipado la hermosa embriaguez... Pero el libro que se llama *Obras dramáticas de Guillermo Shakes-*

(1) *Merry England.*

peare ha quedado en manos del pueblo, para consuelo en los malos tiempos y como prueba de que en realidad existió esa *alegre Inglaterra*.

Es una dicha que Shakespeare proceda de esos buenos tiempos, que sea coetáneo de Isabel y de Jacobo, en cuya época, si bien se manifestaba ya el protestantismo en la desenfrenada libertad del pensamiento, no había aún trascendido en modo alguno á la vida y al sentimiento, y la monarquía, iluminada por los últimos fulgores de la caballería que tocaba en su ocaso, aun florecía y brillaba en todo su esplendor poético.

Sí, la fe del pueblo de la Edad Media, el catolicismo, había ya sido teóricamente derrocada, pero vivía aún con todos sus encantos en el corazón de los hombres y se hallaba todavía en sus usos, costumbres y manera de ver las cosas. Sólo más tarde, y deshojando flor tras flor, lograron los puritanos arrancar de raíz la religión del pasado, y extendieron sobre todo él, como una triste gasa de niebla, esa torva melancolía que le robó el ingenio y la fuerza para anegarle en un tibio, regañón y estúpidamente soñoliento pietismo. Como la religión, tampoco la monarquía inglesa del tiempo de Shakespeare había sufrido todavía ese incoloro cambio que se designa hoy día bajo el nombre de forma de gobierno constitucional, que si redundó en bien de la libertad en Europa, de ningún modo fué beneficioso para el arte. Con la sangre de Carlos I *el Grande*, verdadero y último rey, huyó toda poesía de las venas de Inglaterra; y tres veces feliz fué el poeta que no alcanzó la época de este penosísimo suceso, que tal vez entristeciera su ánimo.

En nuestros tiempos, con frecuencia se ha llamado á Shakespeare aristócrata. No quisiera contradecir en modo alguno esa denominación, sino más bien disculpar sus inclinaciones políticas, pues pienso que en su clarividencia del porvenir, como poeta, previó, á juzgar por significativos y veraces indicios, el advenimiento de la época niveladora de los puritanos, que puso fin, á la vez que á la monarquía, á la jovialidad de la vida, á toda poesía y á todo artístico goce.

Sí, durante el dominio de los puritanos, el arte fué despreciado en Inglaterra; el celo protestante se encarnizó especialmente contra el teatro, y hasta el nombre de Shakespeare quedó largo tiempo borrado de la memoria del pueblo. ¡Qué admiración causa el leer en los folletos de aquel tiempo, por ejemplo, en el *Histrio-Mastix* del famoso Prynne, la explosión de cólera con que se anatematiza al pobre arte dramático! ¿Deberíamos incomodarnos seriamente con los puritanos á causa de tales excesos de celo? En verdad que no; en la Historia todos tienen derecho á permanecer fieles al principio que informa su vida, y los sombríos *cabezas-redondas* sólo deducían las consecuencias de aquel espíritu de enemiga contra el arte, que sabido es tuvo lugar durante los primeros siglos de la Iglosia, y que, más ó menos iconoclasta, ha regido hasta hoy. Esta antigua é irreconciliable aversión al teatro no es más que un aspecto de aquella enemiga que existe desde hace diez y ocho siglos entre dos maneras completamente heterogéneas de considerar el mundo, de una de las cuales surgió el árido suelo de Judea y del otro el florido país griego.

Sí, ya hace diez y ocho siglos que existe el odio entre Jerusalén y Atenas, entre el Santo Sepulcro y la cuna del Arte, entre la vida del espíritu y el espíritu de la vida; y los rozamientos, las provocaciones públicas y secretas que por ellos se han hecho, bien patentes son para el esotérico lector de la historia de la humanidad. Si encontramos en un periódico actual que el señor arzobispo de París se opone á que se celebren las honras fúnebres acostumbradas á un pobre cómico muerto, no se funda la prohibición en ninguna genialidad particular del prelado, y sólo los miopes lo atribuyen á malévolá estrechez de miras. Lo que existe más bien es la rivalidad, consecuencia de una antigua lucha, de un duelo á muerte contra el Arte, que muchas veces utilizara el espíritu griego á guisa de tribuna, para desde ella predicar la vida contra el matador judaísmo. La Iglesia perseguía en los histriones el órgano de la tolerancia griega, y esta persecución alcanzaba á veces, no muy raras, al poeta que recibía su inspiración de Apolo y de los proscritos dioses y héroes, asegurando así el influjo de la tierra de la poesía.

¿Hay también algo de rencor en juego? Los insoportables enemigos de la oprimida Iglesia durante sus dos primeros siglos fueron los actores, y los *Acta Sanctorum* con frecuencia refieren cómo estos despreciables histriones se dedicaban en los teatros de Roma á parodiá la vida y los misterios de los nazarenos, para divertir al populacho pagano. ¿O había mutua rivalidad entre los servidores de los eclesiásticos y atestiguaban las palabras de los seglares tan amarga escisión?

Muy parecido al ascético celo de los creyentes fué

el fanatismo republicano que animó á los puritanos en su odio contra la antigua escena inglesa, en la que no sólo la gentilidad y su gentil manera de pensar, sino también el monarquismo y la nobleza resultaban glorificados. He mostrado en otra parte (1) cuánta analogía hay en este respecto entre los puritanos de otro tiempo y los republicanos de hoy. ¡Plegue á Apolo y á las eternas musas guardarnos de la dominación de estos últimos!

En el torbellino de los importantes cambios eclesiásticos y políticos se perdió durante largo tiempo el nombre de Shakespeare, y transcurrió casi un siglo antes de que su gloria y su renombre triunfaran. Desde que empezó á alborear su semblante, un día tras otro vino á reemplazar, á manera de sol espiritual, al sol de la realidad de que se ven privados, casi durante los doce meses del año, en este país, en esta isla condenada, vergel de laureles sin clima meridional, en esa ebria y odiosa Inglaterra por su asfixiante humareda de carbón mineral, su rumor de máquinas y sus iglesias andariegas. Pero la bondadosa naturaleza no deshereda nunca completamente á sus criaturas, y al paso que negó á los ingleses todo cuanto es bello y amable y no les concedió ni voz para cantar ni ingenio con que regocijarse, habiéndoles dotado de odres de cerveza en vez de almas humanas, otorgóla en cambio un trozo de libertad política, el talento de crearse un cómodo hogar y un Guillermo Shakespeare.

(1) En la discusión del carácter de Julio César en las páginas que siguen.—Nota de Strodtmann.

Si, éste es el sol espiritual que ilumina este país con su más amiga luz, con sus más graciosos rayos. ¡Todo en él nos recuerda á Shakespeare, y qué claro nos aparece á la luz de las más vulgares circunstancias! Por doquier sentimos agitarse en torno nuestro las alas de su ingenio; en cada objeto importante sus claros ojos nos saludan, y, en casos extraordinarios, creemos muchas veces verle hacer señas, sonriéndonos dulcemente.

Este continuo recuerdo de Shakespeare me lo aclaraba todo, durante mi estancia en Londres, mientras como novel viajero recorría desde la mañana á la noche sus pretendidas maravillas. Cada *lion* me hacía pensar en el gran *lion*, en Shakespeare. Todos aquellos sitios que yo visitaba viven con vida inmortal en sus dramas históricos, y venían á ser para mí, por esta causa, como antiguos conocidos de mi primera juventud. Pero allí, en el país, estos dramas no sólo son conocidos por la gente ilustrada, sino por la del pueblo. El tosco *bee-feater* (1) que, vestido con su uniforme tan rojo como su cara, sirve de guía en la Torre y te muestra, detrás de la central, el calabozo donde Ricardo hizo asesinar al joven príncipe su sobrino, te remite á Shakespeare, que ha descrito hasta las menores circunstancias de esta terrible historia. También el sacristán que sirve de *cicerone* en la abadía de Westminster habla siempre de Shakespeare, en cuyas tragedias aquellos reyes y reinas difuntos que allí se hallan reproducidos en piedra, aparecen yacentes sobre sus sarcófagos, y por

(1) Alabardero, guardia real.

un *shilling* y seis peniques se puede oír representar tan terrible ó lamentable papel. El mismo, la estatua del gran poeta, aparece allí en la plenitud de su vida, arrogante figura coronada por inteligente y pensadora cabeza, y con un rollo de pergamino en la mano. Quizá en él hay escritas algunas mágicas palabras, y al rayar la media noche agitanse los pálidos labios, se alzan los muertos que allí yacen en sus tumbas, surgen de ellas cubiertos con sus enmohecidos arneses ó con sus antiguos trajes de corte los caballeros de la rosa blanca y de la rosa encarnada, y álzanse también las damas, suspirando, de su marmóreo asilo: se escucha el choque de las espadas, una carcajada y una maldición. Completamente lo mismo que en Drurylane, donde tantas veces he visto representar los dramas históricos de Shakespeare y donde Kean conmovía poderosamente mi ánimo cuando recorría incierto la escena gritando:

«¡Un corcel, un corcel y os doy mi reino!» (1)

Tendría que transcribir toda la *Guta de Londres* si quisiera seguir citando los sitios que despertaron en mí el recuerdo de Shakespeare. Donde me ocurrió esto sobre todo fué en el Parlamento, no sólo porque el local de éste es aquel *Westminster-Hall* del que se habla con frecuencia en sus dramas, sino porque mientras asistía yo al debate allí sostenido, se habló alguna vez de Shakespeare y hasta se citaron sus versos, no por

(1) En el original: «A horse, a horse, my kingdom for a horse».

su importancia poética sino por su significación histórica. Con admiración observé que no sólo se le elogiaba como poeta, sino que era considerado como historiador por las primeras autoridades en materia de Estado que formaban parte del Parlamento.

Esto me llevó á hacer la observación de que está equivocado el que quiera formar juicio de los dramas históricos de Shakespeare si se contenta con considerar su principal fin como meramente dramático ó puramente la poesía y su artístico ropaje. El tema de Shakespeare no era sólo la poesía, sino también la historia; supo no modelar á su capricho la materia dada, supo no crear á su gusto hechos y caracteres; y aunque observó tan poco la unidad de tiempo y de lugar, supo observar la unidad de intereses respecto de una persona ó de un hecho. Además, en estos dramas históricos se desborda un torrente de poesía tan rica, poderosa y dulce como la de las tragedias de esos poetas que inventan sus fábulas ó las refunden á su gusto, que se proponen llegar al más completo equilibrio en la forma y que especialmente en el *encadenamiento* de las escenas sobrepujan al pobre Shakespeare.

Sí, esto es, el gran inglés no es sólo poeta, sino también historiador; no sólo empuña el puñal de Melpómene, sino también el aguzado estilete de Clío. Considerado desde este punto de vista, iguala á los primitivos historiadores, que no distinguían tampoco entre poesía é historia, y no nos hubieran dado más que una mera nomenclatura de acontecimientos, un herbario polvoriento de sucesos, si no aclararan la verdad con el canto, y si en éste sólo hicieran cantar la voz de la

verdad. La pretendida objetividad de que tanto hoy se habla no es más que una pura farsa; no es posible pintar lo pasado sin matizarlo con el color de nuestros propios sentimientos. Si, puesto que el llamado historiador objetivo, dirige su palabra á la generación actual, escribe á su arbitrio dentro del espíritu de su época, y este espíritu de época es tan visible en sus escritos, como manifiesto queda en las cartas no sólo el carácter del que las escribe sino el del que las recibe. Esa pretendida objetividad que se jacta de su falta de vida, se cierne sobre el calvario de los hechos, y por esta razón debe rechazarse como falsa, pues no sólo son necesarios datos exactos acerca de la verdad histórica, sino también cierta coparticipación de la impresión que el hecho produjo sobre sus coetáneos. Estas coparticipaciones son el punto más difícil, pues no basta para ellas una noticia ó conocimiento vulgar, sino que es preciso también el poder intuitivo del poeta, mediante el cual, como dice Shakespeare, se hace visible «la esencia y el cuerpo de los tiempos pasados».

A él le eran visibles no sólo los acaecimientos de la historia privativa de su país, sino también los que nos legaron los anales de la antigüedad, como con asombro lo observamos en esos dramas en que pinta con verdaderos colores la caída del Imperio romano. Como las figuras caballerescas de la Edad Media ha visto los héroes del antiguo mundo en el riñón, y les hace pronunciar las palabras más profundas de su alma. Mas siempre supo realzar la verdad por medio de la poesía, y así, los romanos, desprovistos de ingenio, el duro y sobrio pueblo de la prosa, esa mezcla brutal de sed de

rapiña y fino espíritu de abogado, esa soldadesca ca-suística, ha sabido presentarla poéticamente.

No obstante, y respecto de sus dramas romanos, tuvo á su vez que escuchar Shakespeare el reproche de falta de forma, y que, hasta un escritor muy versado, Dietrich Grabbe, les llamara «Crónicas rimadas» (1) en que falta todo punto central, donde no se sabe quién es el protagonista ni cuál la segunda figura, y en los que se renuncia también á las unidades de lugar y de tiempo, sin hallarse tampoco la unidad de interés. ¡Singular error del más sutil de los críticos! No sólo la unidad citada en último término, sino tampoco las de lugar y tiempo faltan de ningún modo á nuestro gran poeta; sólo que estos conceptos son más elásticos en él que entre nosotros.

El lugar de la escena en sus dramas es el globo terrestre, he aquí su unidad de lugar; el periodo de tiempo en que se desarrolla su obra es la eternidad, he ahí su unidad de tiempo; y en proporción con ellas está el héroe de su drama, que irradia como centro y representa la unidad de interés. Ese héroe es la humanidad, ese héroe que continuamente está muriendo y continuamente renace, que continuamente está amando y aborreciendo, aunque amando más que aborreciendo; que hoy se arrastra como un gusano y vuela mañana como un águila hacia el sol; que hoy usa una caperuza de loco y mañana una corona de laurel, y con frecuencia

(1) En su artículo «Sobre la shakespeareomanía», impreso en el segundo tomo de las poesías dramáticas de Grabbe. Frankfurt, 1827.

ambos atributos al mismo tiempo; ese gigantesco enano, ese exiguo gigante, ese divino preparado homeopático en el que, aun si acaso se oscurece muchas veces la divinidad, sin embargo, siempre existe. ¡Ah! ¡por moderación y decoro, no hablemos demasiado de la heroicidad de este héroe!

La misma verdad y fidelidad que demuestra Shakespeare en lo que á la historia se refiere, la encontramos en lo que respecta á la naturaleza. Suélese decir que reproduce la naturaleza como un espejo; pero esta frase es reprochable, porque induce á error en lo que atañe á la relación entre el poeta y la naturaleza. En el alma del poeta no se refleja la naturaleza, sino que engendra en ella una imagen suya que se parece á la fidelísima imagen del espejo; lleva al mismo tiempo consigo un mundo parecido al mundo, y cuando, despertando de la soñadora infancia, llega á la conciencia de sí propio, le es ya perceptible cierta parte del mundo de los fenómenos externos en el conjunto de todas sus relaciones, pues en efecto, lleva en su espíritu una imagen del todo, conoce la razón última de los fenómenos todos que en el espíritu vulgar se hallan en misteriosa penumbra, y que, por el camino de la investigación ordinaria, sólo trabajosamente pueden comprenderse ó no se comprenden. Como el matemático á quien se da solamente el más pequeño segmento de círculo puede determinar en un momento la totalidad del mismo y su centro, así también el poeta, á cuya intuición se dé el más pequeño fragmento del mundo de la realidad ve igualmente en él la total universalidad de sus relaciones; conoce igualmente la circunferencia y el

centro de todas las cosas; concibe el todo en su más amplio circuito y en su más profundo centro.

Pero ese fragmento del mundo de los hechos debe ofrecérsele siempre al poeta antes de que tenga lugar en él ese maravilloso proceso de integración universal. Esa percepción de la verdad se verifica por medio de la inteligencia, y es al mismo tiempo el dato externo con arreglo al cual se condicionan las revelaciones internas que debemos á la obra artística del poeta. Cuanto mayores sean éstas, tanta mayor curiosidad tenemos de conocer los hechos exteriores que en primer término dieron ocasión á ellas, y buscamos con afán noticias referentes á las circunstancias de la vida real del poeta. Esta curiosidad es demasiado necia, pues, como de lo dicho resulta, la grandeza de los datos exteriores no está en relación alguna con la grandeza de la creación que mediante ellos se haya producido. Esos hechos externos pueden ser muy pequeños é insignificantes, y lo son, por lo regular, como la vida exterior del poeta, que es en el caso presente en extremo vulgar, pequeña é insignificante. Y digo insignificante y pequeña, porque no quiero servirme de más enérgicas palabras.

El poeta se presenta al mundo con todo el esplendor de sus obras, y, especialmente cuando se las mira de lejos, queda uno cegado por su brillo. ¡No miremos jamás de cerca sus defectos! Son como alegres lucecillas que brillan tan pomposamente en las tardes de estío entre las hojas y el césped, que pudiera creerse fueran estrellas de la tierra, diamantes y esmeraldas, preciosas joyas que el rey de los niños que en el jardín

jugaban prendiera á su pecho y de allí se desprendieran. Podría creerse fueran brillantes gotas de sol que se habían perdido entre las altas hierbas, y ahora en la fresca noche se vivifican y brillan alegres, hasta que llega la mañana y las reabsorbe en la roja llama de su frente. ¡Ah! ¡no busquéis durante el día rastro de aquellas estrellas, piedras preciosas y gotas de luz solar! En vez de ellas veréis un pobre gusanillo de color que camina arrastrándose miserablemente, cuyo aspecto os disgusta, pero al que no queréis, por misteriosa compasión, destrozad con el pie.

¿Cuál fué la vida privada de Shakespeare? A pesar de todas las investigaciones practicadas, casi nada ha podido saberse, y es una fortuna. Sólo se han ido sucediendo unas á otras toda clase de gratuitas leyendas japonesas acerca de la juventud y la vida del poeta. Dícese que á su padre, que era carnicero, le robaba las vacas. Estas últimas fueron quizá los antepasados de aquel comentador inglés que, probablemente por envidia póstuma, le hallaba por doquier plagado de insensateces y faltas artísticas. Después, quizá fué tratante en lanas y debió hacer malos negocios (1). ¡Pobrecillo! ¡pensaría, cuando se hizo tratante en lanas, que al fin podría sentarse en blando! No creo absolutamente nada de estas historias; mucho ruido y poca lana. Más incli-

(1) Parece comprobado con exactitud que su padre, Juan Shakespeare, se estableció en 1551 en Stradford del Avon y que, en la calle de Herley, tenía en 1556 un comercio de guantes, pieles, madera, granos y ganado, productos todos de sus propiedades.

nado estoy á creer que nuestro poeta se hiciera en realidad cazador furtivo y que, procesado por haber cogido un cervato, exclamara: «También alguna vez se ha robado honradamente una vaca», como dice un refrán alemán. Después debió huir á Londres y allí, mediante una propina, tenía los caballos de los grandes señores á las puertas del teatro. Esto es, poco más ó menos, lo que cuentan las fábulas, que en la historia de la literatura una vieja refirió á otras (1).

Las noticias auténticas de las circunstancias de la vida de Shakespeare son sus sonetos, que, no obstante, no he querido discutir, y que, precisamente por las profundas miserias humanas que en ellos se manifiestan, pudieran haberme inducido á error en las consideraciones precedentes sobre la vida privada del poeta.

Fácil es explicar la carencia de noticias precisas referentes á la vida de Shakespeare, si se piensa en que las borrascas políticas y religiosas que sobrevinieron poco después de su muerte, trajeron durante algún tiempo la dominación completa de los puritanos, que tuvo más tarde deplorables consecuencias, y no sólo anuló sino que sumió en completo olvido la época de Isabel, siglo de oro de la literatura inglesa (2).

(1) Véase, si se quiere conocer más datos, la obra de Guizot *Shakespeare et son temps. Étude littéraire*, cuyo primer esbozo cita más adelante Heine con encomio.

(2) Una observación análoga hicimos once años ha respecto de nuestro bachiller Rojas en nuestro estudio-descubrimiento bibliográfico literario: *La Celestina* (publicado en la *Revista Moderna* y después en el *Boletín de Archivos, Bibliotecas y Museos*) contra los críticos ligeros.

Cuando, al principio de la pasada centuria, volvian á reaparecer las obras de Shakespeare, faltaban todas aquellas tradiciones que hubieran sido necesarias para la interpretación del texto, y los comentadores hubieron de refugiarse en una crítica cuya *ultima ratio* se fundaba ó en un empirismo prosaico ó en un miserable materialismo. A excepción de *William Hazlitt*, no ha producido Inglaterra un solo comentarista importante de Shakespeare; por doquiera tenderil pequeñez, insuficiencia pagada de sí misma, entusiasmos nebuloso, hinchazón erudita y que casi hizo reventar de risa cuando, como si el pobre poeta fuese una especie de grabador de antigüedades, cartas geográficas ó tablas cronológicas, quisiese sostener y demostrar que, desgraciadamente, no conoció á los antiguos en su lengua original, y apenas si poseía los pocos conocimientos que se adquieren en la escuela. ¡Que pone sombrero á los romanos, que hace navegar á los buques por los campos de Bohemia y que en tiempo de Troya cita á Aristóteles! ¡Esto era más de lo que podía soportar un erudito inglés graduado en Oxford de *magister artium*! El único comentador de Shakespeare que por excepción cito, y que en este respecto es el solo que merece recordarse es Hazlitt, espíritu tan brillante como profundo, mezcla de Diderot y Börne, con el más ferviente entusiasmo por la Revolución, al lado del más brillante concepto del arte, siempre rebotando numen é ingenio (1).

Mejor que los ingleses han comprendido los alema-

(1) En el texto *verve und Esprit*.

nes á Shakespeare. Y aquí he de citar en primer término ese querido nombre que por doquier se encuentra y que fué el de una gran iniciativa entre nosotros. Gotthold Ephraim Lessing fué el primero que en Alemania alzó la voz en pro de Shakespeare. Él aportó los más difíciles materiales para erigir un templo al más grande de todos los poetas, y, lo que aun es más digno de alabanza, se tomó el trabajo de limpiar de viejos escombros el suelo sobre que ese templo había de construirse, pues llevado de su celo de constructor, echó sin piedad por tierra los frágiles teatrillos franceses que se extendían sobre aquel sitio. Gottsched sacudió tan desesperadamente los rizos de su peluca, que tembló todo Leipzig y las mejillas de su esposa palidiecieron, bien á causa del pesar ó del exceso de polvos. Pudiera afirmarse que toda la dramaturgia de Lessing fué escrita en interés de Shakespeare.

Después de Lessing hay que citar á Wieland. Con su traducción de los grandes poetas proporcionó un medio más eficaz de darlos á conocer en Alemania. Es particular que el poeta de Agathón y Musarión, el frívolo *cavalière servente* de las Gracias, el adepto é imitador de los franceses, sea el que de una vez se apoderase de la seriedad británica, y que él mismo alzase sobre el pavés de la victoria al héroe que había de poner fin á su propia soberanía.

La tercera autorizada voz que resonó en Alemania en pro de Shakespeare pertenece á nuestro amado y respetado Herder, que con incondicional entusiasmo se pronunció por él. También Goethe le rindió homenaje á son de trompeta; en fin, un brillante cortejo de mo-

narcas fueron uno tras otro depositando en la urna su voto, y eligieron á Guillermo Shakespeare emperador de la literatura.

Este emperador ocupó con firmeza su trono cuando el caballero Augusto Guillermo Schlegel y su escudero el consejero áulico Luis Tieck se adelantaron á besarle la mano y aseguraron á todo el mundo que se había consolidado para siempre el reinado, el milenario reinado del gran Guillermo.

Sería una injusticia que yo fuese á negar el servicio que prestó el Sr. A. G. Schlegel (1) con su traducción de los dramas de Shakespeare y con sus conferencias sobre ellos. Pero confieso con toda lealtad que estas últimas carecen completamente de base filosófica, divagan siempre superficialmente en torno de un frívolo *dilettantismo*, y se entrevén por doquiera algunas segundas intenciones impregnadas de odio, y no faltaba más sino que, á pesar de todo, me atreviera yo á añadir mi incondicional alabanza. El entusiasmo del señor A. G. Schlegel es, interiormente considerado, la farsa artística intencionada de una sobreexcitación sin entusiasmo, y para él, como para el resto de la escuela romántica, al hacer la apóteosis de Shakespeare se trataba indirectamente de rebajar la estimación de Schiller.

La traducción de Schlegel es ciertamente la que hasta ahora ha logrado más éxito y responde á las condiciones que pueden exigirse á una traducción en verso. La naturaleza femenina de su talento pone también

(1) Adolfo Guillermo.

al traductor en situación ventajosa, pues su habilidad artística desprovista de carácter, puede plegarse fiel y amorosamente en un todo al espíritu de otro. No obstante, confieso que, á pesar de esta virtud, daría á veces la preferencia á la antigua traducción de Eschenburg, que está hecha completamente en prosa, y esto por las razones siguientes:

La lengua de Shakespeare no es de su propiedad, no es más que la que sus predecesores y coetáneos le entregaron; es la lengua que se acostumbraba á usar en el teatro, la de que tenía que servirse entonces el poeta dramático, conviniera ó no conviniera á su genio (1). No se necesita más que hojear rápidamente la *Collection of old plays* de Dodsley, y se nota que en todas las tragedias y comedias de aquel tiempo domina la misma forma de lenguaje, el mismo eufemismo, la misma hiperbólica ternura, la misma artificiosa formación de palabras, los mismos *concetti* y juegos de ingenio, los mismos discreteos que encontramos también en Shakespeare, y que son ciegamente admirados por estrechos meollos, mas no por el lector inteligente para el que, ya que no censurables, son disculpables todo lo más, como una mera exterioridad, como una condición de la época que necesariamente había de cumplirse.

Sólo en los pasajes en que aparece todo el genio de Shakespeare, donde se manifiestan sus más altas revelaciones, es donde se despoja de esa tradicional lengua

(1) Lo mismo sucedía en el español, maestro hasta cierto punto del inglés, como sostiene el mismo Guizot, según se verá en la conclusión de este estudio.

del teatro y se muestra en una desnudez noble y bella, en una sencillez que rivaliza con la naturaleza desprovista de todo afeite y nos hace estremecer de placer. Si, en tales parajes ofrece Shakespeare también cierta propiedad de lenguaje que el traductor en verso, preocupado por el rítmico enlace de las palabras, no puede reflejar, ni mucho menos. En la traducción en verso estos pasajes extraordinarios se pierden en medio de la acostumbrada rutina del lenguaje de teatro, y el Sr. Schlegel no puede sustraerse á esta fatalidad. ¿A qué tomarse el trabajo de hacer una traducción en verso si precisamente se ha de perder lo mejor del poeta y sólo ha de reproducirse lo censurable? Una traducción en prosa que aunque sin pompa, pedestremente, reproduzca con natural y sencilla castidad más fácilmente ciertos parajes, merece ser preferida á la en verso (1).

Algún mérito ha contraído Luis Tieck, inmediato continuador de Schlegel como comentador de Shakespeare. Esto se ve principalmente en sus *Hojas dramáticas*, que hace catorce años aparecieron en la *Gaceta de la tarde* (*Abendzeitung*), y gozan de la mayor estima entre actores y aficionados al teatro. Pero reina, desgraciadamente, en estas hojas un tono ampliamente contemplativo, solemne, doctoral, de que los amables *pícaros* (2), como los llama Gutzlow, han sacado parti-

(1) ¿Y por qué, Sr. Heine, traduce usted á continuación en verso á Shakespeare? Porque no critica la traducción en verso, sino la falta de crítica que ha presidido á la realización de la del famoso *dilectante* Schlegel, su antiguo maestro.

(2) *Tangentchits* (gente non sancta).

do, con cierta secreta malignidad. Lo que referente al conocimiento de las lenguas clásicas se le escapa, lo dice con un empaque, con una cómica autoridad, que le parece á uno ver á Sir John ocupar su sitial para dirigir al príncipe un discurso político. Mas á pesar de su excesiva y ampulosa gravedad doctrinal, bajo la que el pequeño Luis procura ocultar su falta de creencia y su *ignorantia* (1) filológica y filosófica, encuéntranse en las hojas citadas sutilísimas observaciones acerca del carácter de Shakespeare, y también se tropieza acá y allá con esa capacidad de intuición poética que siempre hemos admirado, y con gusto reconocido, en los primeros escritos de Tieck.

¡Ah! Este Tieck, que un tiempo fué un poeta á quien si no entre los más elevados, podía contarse al menos entre los que trataban de subir, ¿cómo ha decaído desde entonces! ¡Cuán lamentable es la vacía tarea que ahora diariamente nos ofrece, comparada con las libres manifestaciones de su musa en los primitivos cuentos de las épocas del mundo, llenos de resplandor de luna! Tan amable como un día nos parecía, hoy nos es antipático por la impotente envidia con que en sus gárrulas novelas difama los más íntimos dolores de la juventud alemana. Pueden perfectamente aplicársele las palabras de Shakespeare: «Nada hay que repugne al paladar como las cosas dulces cuando entran en descomposición; nada tiene olor más nauseabundo que una azucena podrida».

(1) Así, en latín, en el original, sin duda por eufemismo, en vez de *unwissenheit*.

Entre los comentadores alemanes del gran poeta, no puede dejar de citarse al difunto Francisco Horn. Sus aclaraciones sobre Shakespeare, digase lo que se quiera, son las más completas, pues ocupan cinco tomos. Hay en ellas ingenio, pero un ingenio tan borroso, tan rarefacto, que aun se nos hace más desagradable por la limitación de sus dotes. Cosa extraña: este hombre que, por amor á Shakespeare, ha dedicado la vida entera á su estudio, y que es uno de sus más fervientes admiradores, tiene un alma mate y débil de pietista. Pero quizá el sentimiento íntimo de lo apagado de su matiz anémico despertó en él una admiración constante hacia la fuerza de Shakespeare, y cuando el titán británico en su dolorosa escena arroja el Pelión sobre el ossa y se precipita sobre la ciudad del cielo, tal era la admiración del pobre comentador, que se le caía la pluma de la mano y sollozaba y lloraba de ternura. Como pietista, su piadosa manera de ser debió detestar á semejante poeta, cuyo espíritu, siempre ebrio de brillantes y divinas aspiraciones, en cada palabra respira el más apasionado heroísmo; debía aborrecer á ese conocedor de la vida que va á parar en la religión de la muerte, y embriagado en las más dulces tristezas del antiguo heroísmo, nada quiere saber de las tristes beatitudes de la humildad y renuncia de los placeres ni siquiera de la cuelga de cabezas. Pero él le amaba, no obstante, y en su incansable amor procuraba su póstuma conversión á la verdadera Iglesia. Comentaba un pensamiento cristiano que en su fondo existe; sea error piadoso ú obsesión suya, ese cristiano pensamiento le descubre por doquiera en los dramas de

Shakespeare, y las piadosas aguas de sus aclaraciones son una especie de bautismo en cinco tomos, que derrama sobre la cabeza del gran pagano.

Pero, lo repito, estas aclaraciones no están completamente desprovistas de gracias. Á veces, da Francisco Horn con una buena ocurrencia acerca del mundo; entonces hace toda clase de persistentes y agridulces gesticulaciones, lloriquea, voltea y se retuerce en el sillón obstetricial del pensamiento; y cuando, por fin, ha dado á luz la feliz ocurrencia, contempla ya tranquilizado el cordón umbilical, y sonríe con aire creador, como una joven madre. En efecto, no es más que una enojosa broma el engendro realizado por nuestro pobre pietista al comentar á Shakespeare. En una comedia de Grabbe está tratado el asunto de donosísima manera: Shakespeare, que después de muerto ha ido al infierno, quiere escribir unas aclaraciones á las aclaraciones de Francisco Horn (1).

Más que las glosas y la cáfila de notas y aclaraciones y el trabajoso pleito-homenaje de los comentadores, influyó en la popularización de Shakespeare el amor apasionado con que actores llenos de talento representaron sus dramas, así como también el favorable juicio del público que acudía á verlos. Lichtenberg, en sus Cartas de Inglaterra, nos da una importante noticia acerca de la maestría con que se representaban á me-

(1) Burla, sátira, ironía y profunda significación. (*Scherz, satire, ironie und tiefere Bedeutung.*) Comedia en tres actos. Poesías dramáticas de Grabbe. Tomo II. El pasaje que se recuerda se halla en la escena segunda del segundo acto, página 125, según Strodtrnan.

diados del pasado siglo en Londres los caracteres de Shakespeare. Y digo caracteres, no la totalidad de la obra, porque hasta la hora presente los actores ingleses no han pensado más que en lo característico, pero de ningún modo en la poesía, y aun menos en el arte.

Tal particularismo de concepción hállase, aunque no en tan alto grado, en los comentadores, que nunca pudieron ver á través del polvoriento brillo de su erudición, la extremada sencillez, la sólida trabazón, la naturaleza, en los dramas de Shakespeare. Garrick vió con más claridad el pensamiento de Shakespeare que el Dr. Johnson, ese John Bull de la erudición, sobre cuya nariz debió dar la reina Mab los más burlescos saltos, mientras escribía sobre el *Sueño de una noche de verano* (1), aunque él no llegó á saber por qué sentía más tililación en la nariz y más placer en estornudar cuando criticaba á Shakespeare, que cuando criticaba á los demás poetas.

Mientras el Dr. Johnson disecaba como cadáveres los caracteres de Shakespeare, y exponía, como en escaparate, su burda ignorancia en un inglés cicéroniano, y con íntima satisfacción de dómine se balanceaba sobre las antítesis de sus períodos contruidos á la lati-

(1) El texto dice: *Sommernachts Traum*, sin *Mitter*: por eso lo traduzco así, y no el título inglés *Midsommer-Nichts Dream*, que significa *Sueño de una noche de San Juan*. Literalmente, *Midsommer* significa: la *mitad del estío*; quizá se consideraba así un tiempo el solsticio de verano, contando esta estación del equinoccio de primavera al de otoño, y de éste á aquél el invierno, sin contar las estaciones intermedias. La palabra *prima vera* está en abono de esta idea.

na, Garrick hacía estremecer desde la escena á todo el pueblo inglés, volviendo á la vida, con misterioso conjuro, á aquellos muertos que llevaban á cabo, á vista de todos, sus terribles, sangrientos ó sonrientes propósitos. Este Garrick amaba al gran poeta, y en premio de tal amor, yace sepultado en Westminster, junto al pedestal de la estatua de Shakespeare, como un perro fiel á los pies de su dueño.

En Alemania debemos el establecimiento de la interpretación de Garrick al famoso Schröder, que refundió también por vez primera, para la escena alemana, algunos de los mejores dramas de Shakespeare. Como Garrick, tampoco Schröder comprendió la poesía ni el arte que en aquellos dramas se revelaban, sino que tenía constantemente fija su mirada en la naturaleza, que era la que más de cerca le hablaba; mucho menos procuró reproducir la divina armonía y la interna perfección de una obra, sino más bien el único carácter que había de imitar con exclusiva fidelidad del natural. Me autorizan á formar este juicio de su trabajo, tanto las tradiciones que hasta hoy se han conservado en la escena de Hamburgo, cuanto sus mismas refundiciones de Shakespeare, en las que todo arte y toda poesía han sido borrados, y sólo aparece cierta vulgar naturalidad accesible á todo el mundo, mediante el resumen de los rasgos más salientes en la pintura de los caracteres principales.

En este sistema de la naturalidad desenvólviase también la interpretación del gran Devrient, al que ha tiempo vi representar en Berlín, y también en compañía del gran Wolf, si bien este último rendía más bien

culto al sistema del arte. Aunque partiendo de tan opuesto punto de vista, aquél de la naturaleza y éste del arte, como ambos se elevaban en busca de la perfección, encontráronse en la poesía, y, por tan opuestos medios, estremecieron y arrebataron los corazones de sus espectadores.

Menos de lo que de ellas podía esperarse han hecho las musas de la música y de la pintura para glorificar á Shakespeare. ¿Estaban acaso envidiosas de sus hermanas Melpómene y Talía, que cifieron su inmortal corona gracias al gran poeta británico? Fuera de *Romeo y Julieta* y *Othello*, ninguna otra obra de Shakespeare ha inspirado á compositor alguno importante tan grandes creaciones. No necesito encomiar el valor de esas flores musicales que exhalara Zingarelli de su alegre corazón de ruiseñor, y mucho menos las dulcísimas quejas con que ha cantado el cisne de Pésaro la ensangrentada ternura de Desdémonea y la negra llama de su amado (1).

La pintura y, sobre todo, las artes del dibujo, han prestado aún más mezquino apoyo á la gloria de nuestro poeta. La llamada Galería de Shakespeare del *Pall-Mall* demuestra, si acaso, buena voluntad, pero también la fría impotencia de los pintores ingleses. La componen sobrias pinturas del antiguo estilo francés, pero sin el gusto que jamás aquéllas *desmienten*. Hay algo en que los ingleses son tan adobes (2) como en la

(1) Heine no conoció á Verdi, ni que á éste ha seguido Thomas.

(2) Pfuscher, fr. *bousilleurs*.

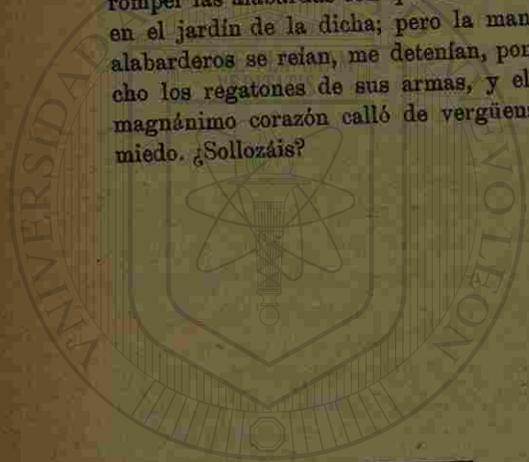
música, y es precisamente la pintura. Sólo en la especialidad del retrato han logrado distinguirse, y cuando el retrato está hecho á buril, no en colorido, sobrepujan á los artistas del resto de Europa. ¿Cuál es la razón del fenómeno de que los ingleses, cuyo sentimiento del color tan poquísimos promete, sean, no obstante, extraordinarios grabadores, y puedan producir obras maestras de grabado en cobre y en acero? Que el hecho es éste, lo atestiguan los retratos de las damas y doncellas de los dramas de Shakespeare que aquí presento (1), y cuya excelencia no necesita comentario. Aquí no se trata de dilucidar esta cuestión, ni mucho menos. Las anteriores páginas vienen á ser tan sólo una rápida introducción á tan linda obra, algo así como un saludo usual é ineludible.

Soy el portero que os abre esta galería, y lo que hasta ahora habéis oído no es más que el ruido de las llaves. De paso que os guío, de vez en cuando intercalaré alguna frase breve entre vuestras observaciones; imitaré á veces á esos *cicerones* que no dejan que se abisme uno en la contemplación de un cuadro, sino que saben sacarnos pronto de nuestro éxtasis con alguna de sus fútiles observaciones.

En todo caso, creo producir una alegría, con esta publicación, á desconocidos amigos. La contemplación de estos bellos semblantes de mujer pudiera entristecerles de modo que se creyeran autorizados á saltarse

(1) Estas páginas fueron primitivamente el texto que acompañaban á los 46 grabados en acero que formaban la obra de este título.

la tapa de los sesos. ¡Ah! ¡que no pudiera ofreceros algo más real que estas siluetas de belleza! ¡Que no pueda ocultaros la brutal realidad! Quise un tiempo romper las alabardas con que se os impedía penetrar en el jardín de la dicha; pero la mano era débil, los alabarderos se reían, me detenían, poniéndome al pecho los regatones de sus armas, y el presuntuoso y magnánimo corazón calló de vergüenza, pero no de miedo. ¿Sollozáis?

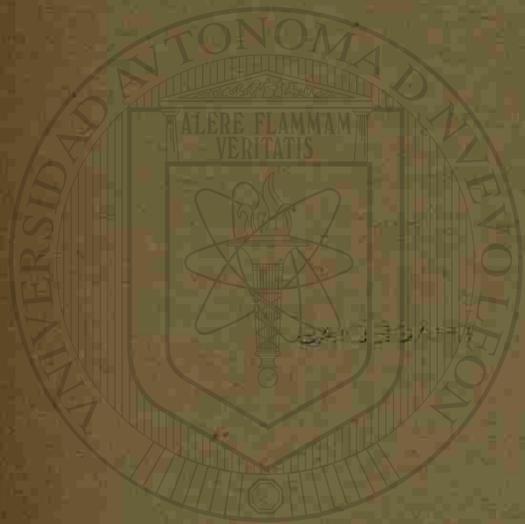


TRAGEDIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CRESSIDA

(TROILO Y CRESSIDA)

La festejada hija del sacerdote Calchas es la primera que presento al respetable público. Su tío era Pandaro, activo casamentero; pero su actividad mediadora había resultado, no obstante, casi inútil. Troilo, uno de los numerosos hijos de Priamo, fué su primer amante; ella cumplió todas las formalidades, le juró fidelidad eterna, pero faltó á todas las conveniencias, y tiene un sollozante monólogo acerca de la debilidad del corazón femenino, antes de entregarse á Diomedes. El oyente Thersites, que siempre, de la menos galante manera, da á las cosas sus verdaderos nombres, la llama... cortesana; pero muy luego dulcifica su expresión primera, pensando es posible que, de héroe en héroe y descendiendo la bella cada vez más, al fin pueda caberle en suerte ser su dulce amante.

No sin muchas razones he puesto á la puerta de esta galería el retrato de Cressida. Ciertamente que ni por su virtud ni por ser un carácter femenino vulgar, la he colocado en primer término, delante de tantas magníficas é ideales figuras creadas por Shakespeare. No; abro la serie con el retrato de esta dama equívoca, porque si yo publicara las obras completas de nuestro

poeta, colocaría la titulada *Troilo y Cressida* delante de todas las demás; Steevens hace lo mismo en su lujosa edición de Shakespeare, y no sé por qué; dudo si la misma razón que acabo de indicar será la que ha determinado también á hacerlo al editor inglés.

Troilo y Cressida es el único drama de Shakespeare en que éste ha dejado intervenir á los mismos héroes que los poetas griegos elegían para sus espectáculos dramáticos; así que comparándole con la forma y manera en que los antiguos poetas trataron el mismo asunto, se nos manifiesta claramente el procedimiento de Shakespeare. Mientras los poetas clásicos griegos tendían á la más elevada transformación de la realidad y volaban en pos de la idealidad, nuestro moderno trágico penetra más en la profundidad de las cosas; cava con su cortante azada espiritual en el inmóvil suelo de los acontecimientos, y descubre á nuestra vista sus recónditas raíces. En oposición á los antiguos trágicos, que, como los antiguos escultores, sólo corrían en pos de lo bello y de lo noble, y hacían resplandecer la forma aun á costa del contenido, Shakespeare más bien dirige su mirada á la verdad y al contenido; de aquí su maestría en lo característico, con la cual, no rara vez, sin caer en repugnante caricatura, desnuda los héroes de sus brillantes arneses y nos los hace ver en traje de dormir.

Los críticos que juzgan *Troilo y Cressida* con arreglo á los principios que Aristóteles abstraigo de los mejores dramas griegos, hubieron de encontrarse en las mayores perplejidades, cuando no caer en los errores más cómicos. Como tragedia, esta pieza no les parecía bas-

tante sería ni bastante patética, porque todo en ella pasa del modo más natural, casi como entre nosotros; y los paganos se portaban tan necia si no tan vulgarmente como nosotros; el protagonista es un Juan Lanas y la mujer... una hembra, como los que con frecuencia vemos entre nuestros más próximos conocidos, y tan festejadísimos y linajudos que les parecen bien miserables los más renombrados de la antigüedad heroica, tales como el pélide Aquiles, el valiente hijo de Thetis.

Por otra parte, no puede considerarse la obra como una comedia, pues corre en ella la sangre á torrentes, y bastantes quejas se destacan en el discurso larguísimo de la sabiduría, como, por ejemplo, las consideraciones que hace Ulysses sobre lo necesaria que es la autoridad, las cuales hasta la hora presente han merecido la más alta consideración.

No; una obra en que tales discursos pueden cambiarse, no es una comedia, decían los críticos; pero menos aún podían admitir que un pobre diablo de titiritero, vestido de mallas, que apenas conocía el latín, sin entender nada de griego, se hubiese atrevido á emplear los celebrados héroes clásicos en una comedia.

No; *Troilo y Cressida* no es ni una comedia ni una tragedia, en el acostumbrado sentido de las palabras; esta obra no pertenece á un arte poético determinado, ni mucho menos puede medirse por los patrones usuales; es una creación de Shakespeare. Podemos reconocer su alta excelencia sólo en general; para formar un juicio adecuado sería preciso una nueva estética que aun no se ha escrito.

Como registro este drama bajo el epigrafe de las tragedias, debo mostrar para en adelante la extensión que doy á dicho título. Mi antiguo profesor de Poética del Gimnasio de Düsseldorf hacia notar ya con gran penetración: «Toda pieza en que no se respira el regocijado espíritu de Talia, sino el rudo espíritu de Melpómene, pertenece al dominio de la tragedia». Quizá estaba indeleblemente grabada en mi mente esta definición cuando se me ocurrió la idea de colocar á *Troilo y Cressida* entre las tragedias. Y, en efecto, reina en ella cierta amargura jovialmente expuesta, cierta ironía que á todo afecta, y que no se halla jamás en las obras de la musa cómica. Más bien es la trágica musa la que se deja ver en esta pieza, solo que aquí actúa alegre, y puede permitirse una broma. Y hay, como hemos visto Melpómenes en bailes de *grisetas*, bailando el *chahut*, cuyos pálidos labios ríen provocativos, y que llevan la muerte en el corazón.

CASSANDRA

(TROILO Y CRESSIDA)

La hija de Priamo, la vidente de la verdad es la que en esta lámina os presento. Lleva en el corazón la previsión triste de lo futuro; conoce previamente que Troya será destruida, y en este momento, en que se arma Priamo para luchar con el terrible Pélide, ella llora y se lamenta. Ve ya en su espíritu al amado hermano sangrar por sus mortales heridas abiertas. Llora y se lamenta. ¡Es en vano! Nadie da crédito á sus vaticinios, y precisamente, tan sin salvación como todo el cegado pueblo, cae en el abismo de un obscuro destino.

Escasas y no muy importantes son las palabras que Shakespeare dedica á la joven vidente; no es para él más que una vulgar profetizadora de desdichas, que exhalando gritos de dolor corre de un lado á otro por la engañada ciudad:

Su vista gira errante,
Su crencha va flotante,

como muestra la figura.

Con más amor la ha celebrado nuestro gran Schiller en una de sus más bellas poesías. En ella, con entrecortados y plañideros acentos, quéjase al pítico dios

de la desdicha que á su sacerdotisa amenaza. Yo mismo tuve que declamar en unos exámenes esta poesía, y me atasqué en las palabras:

¿Cuando horrores amenazan
Ir la sierpe á despertar?
Sólo el error es la vida,
Y la muerte es la verdad.

ELENA

(TROILO Y CRESSIDA)

Esta es la bella Elena, cuya historia no voy á referiros ni á explicaros por entero; pues para hacerlo tendría realmente que comenzar por el huevo de Leda.

Su padre titular se llamaba Tyndaro, pero su verdadero progenitor secreto fué un dios que, bajo la figura de un ave, había disfrutado de su bendita madre, pues cosas como ésta eran frecuentes en la antigüedad. Casada muy pronto, se trasladó á Esparta, pero, dada su extraordinaria belleza, fácil es comprender que allí se vería pronto perseguida, y su esposo el rey Menelao se pondría como un gallo.

Señoras mías, la que entre ustedes se sienta completamente pura, que arroje la primera piedra á su pobre hermana. No quiero decir con esto que no pueda existir una mujer completamente fiel. Lo fué la primera mujer, la famosa Eva, modelo de fidelidad conyugal. Sin el más ligero pensamiento adúltero, paseábase al lado de su esposo el famoso Adam, que entonces era el único hombre que había en el mundo, y vestía un delantal de hojas de higuera. Solamente conversaba gustosa con la serpiente, y esto sólo por la hermosa lengua francesa, que, por este medio, iba apropiándose;

porque sobre todo era inclinada á instruirse. ¡Oh, hijas de Eva, qué ejemplo tan hermoso os dió vuestra primera madre!

La señora Venus, la diosa inmortal de todas las delicias, procuró al príncipe Paris el favor de la bella Elena; él olvidó las santas costumbres de la hospitalidad, y huyó con su hermosa presa en dirección á Troya, la fortaleza segura, lo que todos en semejantes circunstancias hubiéramos hecho. Todos nosotros, y entre ellos comprendo particularmente á nosotros los alemanes, que somos tan eruditos como otros pueblos y que desde jóvenes nos hemos ocupado en el estudio de los cantos de Homero. La bella Elena es nuestra primer amada, y aun en la infancia, cuando nos sentábamos en los bancos de la escuela y el maestro nos explicaba los hermosos versos griegos en que los ancianos de Troya quedaron entusiasmados á la vista de Elena..., latían ya los dulces sentimientos en nuestros jóvenes é inexpertos corazones. Con las mejillas encendidas y balbuciente lengua contestábamos á las preguntas gramaticales del maestro...

Después, cuando somos mayores y completamente instruidos y nos convertimos hasta en directores de brujas, y aun podemos evocar al diablo, entonces pedimos al servicial espíritu que nos proporcione la bella Elena de Esparta. Ya lo he dicho otra vez (1); el Juan Fausto es el verdadero representante de los alemanes,

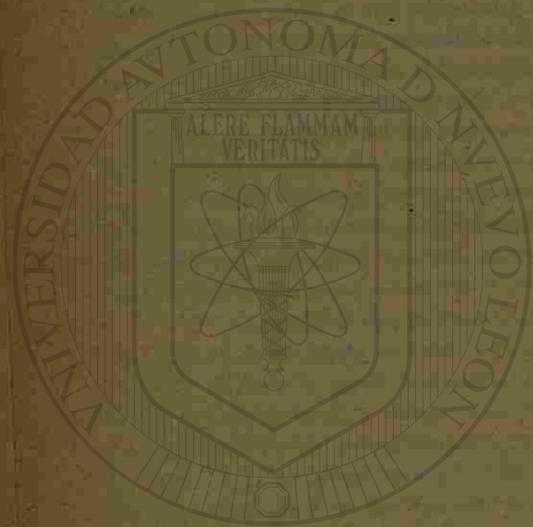
(1) Con ocasión de la polémica sobre el *Fausto de Goethe ó La escuela romántica*, libro 1.º, tomo VI de la colección de las obras de Heine (en alemán), pág. 94.

del pueblo que cifra su placer en saber y no en vivir. Y aun este famoso doctor, el alemán normal, después de devorado y marchito por la llama del pensamiento, no busca el objeto de sus anhelos en los floridos campos de la realidad, sino en el limo erudito del mundo de los libros; y mientras que un nigromante francés ó italiano hubiera obtenido de Mefistófeles la más hermosa mujer de los tiempos presentes, el alemán Fausto pide una mujer que ha mil años que estaba sepultada, la Elena de Esparta, que sólo correspondía á sus sonrisas como hermosa silueta de un antiguo pergamino griego. ¡Cuán perfectamente caracteriza este deseo la íntima manera de ser del pueblo alemán!

Tan brevemente como á Casandra ha bosquejado Shakespeare en esta obra, *Troilo y Cressida*, á la bella Elena. La vemos aparecer al lado de Paris, cambia algunas alegres y burlonas frases con el viejo casamentero Pandaro. Bromea con él, y, por último, le ruega que con su cascada voz de viejo cante una canción de amor.

Pero las dolorosas sombras del pasado, el sentimiento de un fin desastroso, oprimen á veces su corazón abierto á la alegría; por entre las frases de más subido color de rosa asoman sus negras cabezas las serpientes, y delatan cuál es su estado de ánimo las siguientes palabras:

«Oigamos una canción de amor... ese amor nos llevará á todos al precipicio. ¡Oh Cupido! ¡Cupido! ¡Cupido!»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

VIRGILIA

(CORIOLANO)

Es la esposa de Coriolano una tímida paloma que ni aun á arrullar se atreve en presencia de su soberbio esposo. Cuando éste vuelve victorioso del campo de batalla, y todos llenos de júbilo salen á su encuentro, ella cae sin sentido al verle, y el héroe la llama sonriendo «¡Mi querida silenciosa!» En este silencio estriba todo su carácter; calla como la encendida rosa, como la púdica perla, como la melancólica estrella de la tarde, como el extático corazón humano; es todo un costoso y ardiente silencio, que dice más que toda locuacidad, que todo desbordamiento retórico de palabras. Es una pudorosa y dulce mujer, y su amorosa y adicta ternura forma el más marcado contraste con el de su suegra, la romana loba Volunnia, que un día amamantara á sus férreos pechos al lobo Cayo Marcio. Sí, esta última es la verdadera matrona en cuyo patrio seno no bebió el joven vástago más que ánimo salvaje, feroz independencia y desprecio hacia el pueblo. Como un héroe, mediante las virtudes y los vicios adquiridos desde el regazo materno, conquista la corona de laurel de la gloria, pero pierde la mejor, la corona de encina del ciudadano, y al fin llega á cometer el más

horrible de los crímenes, el de traición á la patria, para morir ignominiosamente; esto es lo que Shakespeare nos muestra en su drama trágico titulado *Coriolano*.

Después de *Troilo y Cressida*, en el que nuestro poeta tomó su primera materia de la antigua edad heroica griega, me paso al *Coriolano*, porque en él vemos cómo supo tratar la época romana. En este drama pinta también la lucha entre patricios y plebeyos en la antigua Roma.

No afirmaré precisamente que dicha pintura esté conforme, en todos sus detalles, con los anales de la historia romana; pero lo esencial de aquella lucha, lo ha concebido y presentado nuestro poeta con la mayor profundidad. Podemos juzgarlo así, con tanta más razón cuanto que nuestra época presente nos ofrece acontecimientos que se asemejan á los de la desoladora escisión que reinara un tiempo entre los privilegiados patricios y los despreciados plebeyos. Pudiera creerse muchas veces que sea Shakespeare un poeta de nuestros días, que viva en el Londres de hoy y que bajo la máscara romana quiera pintarnos los actuales *tories* y *radicales*. Lo que aun pudiera fortalecernos en semejante pensamiento es la gran analogía que existe sobre todo entre los antiguos romanos y los ingleses actuales y entre los hombres de estado de ambos pueblos.

En efecto; cierta dureza carente de poesía, la codicia, el espíritu sanguinario, la incansabilidad, la firmeza de carácter, son tan propias de los actuales ingleses como de los antiguos romanos, sólo que éstos fueron más bien ratones terrestres que ratas de agua; en cuanto á la propiedad de hacerse aborrecibles, en la

que ambos llegaron al pináculo, los dos son iguales. La misma singularísima afinidad obsérvase en la nobleza de ambos pueblos. El noble inglés, como el romano de otros tiempos, es patriota: siente amor por la patria; á pesar de todas las diferencias de derechos políticos, se alia con la mayor intimidad á los plebeyos, y este simpático lazo hace que los ingleses, tanto aristócratas como demócratas, como un tiempo el romano, formen todos un solo pueblo.

No ocurre lo mismo en otros países en que la nobleza está menos ligada al suelo, sino que lo está más á la persona de los príncipes, ó se dedican por completo á mantener los particulares intereses de su clase.

Encontramos, pues, en la inglesa, como un tiempo en la nobleza romana, la tendencia á conseguir autoridad, como lo más alto, lo más glorioso, y también, cuando es indirecta, como lo más insoportable, y digo lo más insoportable cuando es mediata ó indirecta, porque, como un día en Roma, en Inglaterra ahora, el ejercicio de los más elevados cargos del Estado se paga sólo con mal empleado influjo y tradicionales exacciones. Esos cargos son el punto de mira de la educación de la juventud en las altas familias de Inglaterra, lo mismo que antes entre los romanos; y como entre éstos, también entre aquéllos se consideran como los mejores medios de conseguir autoridad, el arte de la guerra y el don de la palabra. Como entre los romanos, también entre los ingleses existe la tradición de que los gobiernos y las administraciones son patrimonio de las familias nobles; y precisamente por eso los *tories* ingleses se verán acaso privados del poder duran-

te todo el tiempo que ellas los disfruten, como las familias senatoriales de la antigua Roma.

Pero nada más parecido al estado actual de Inglaterra que aquella caza de votos que vemos pintada en el *Coriolano*. ¡Con qué melosa ironía y tascando la cólera, mendiga el *tory* romano los votos de los buenos ciudadanos, á quienes tan profundamente desprecia en el fondo de su alma, pero cuyos votos le son indispensables para ser cónsul! Sólo que la mayor parte de los lores ingleses, que han ganado sus heridas, no en batallas, sino en cacerías de raposas, y cuyas madres los han instruido mejor en el arte del disimulo, en las actuales elecciones parlamentarias no dan el espectáculo de su cólera y su miel, como el rudo Coriolano.

Como siempre, también en este drama ha procedido Shakespeare con la mayor imparcialidad. El aristócrata está en su derecho al despreciar á los plebeyos, sus señores electores, pues siente que él fué más valiente en la guerra, lo que constituía la más alta virtud entre los romanos. Los pobres señores electores, el pueblo, no obstante, está también en su derecho, al oponerse demasiado á esta virtud, cuando aquél ha manifestado sin rebozo que siendo cónsul aboliría el reparto de pan. «El pan es el primer derecho del pueblo».

PORCIA

(JULIO CÉSAR)

El fundamento de la popularidad de César fué la magnanimidad con que trataba al pueblo, y su liberalidad. El pueblo presentía en él al que abría la era de los mejores tiempos que había de pasar bajo sus sucesores los Césares, pues éstos conservaron al pueblo su primer derecho: le daban el pan de cada día.

Con gusto perdonamos á los emperadores la sangrienta tiranía con que trataron á un centenar de familias patricias, burlándose de sus privilegios; reconocemos en ellos, y les damos gracias, á los exterminadores de aquella aristocracia que sólo concedía al pueblo miserables recompensas por los más costosos sacrificios; les estimamos como salvadores del mundo, que derribando á los encumbrados y elevando á los humildes, trajeron la igualdad política. Quédese para el abogado de lo pasado, para el patricio Tácito el describir con ponzoñosa poesía los pecados secretos y las locuras de los Césares; por él sabemos lo mejor, que alimentaron al pueblo.

César es quien conduce á su ruina á la aristocracia romana y prepara el triunfo de la democracia. Entretanto, muchos viejos patricios se conservan fieles al

espíritu republicano; no pueden tampoco soportar la soberanía de uno solo; no pueden vivir donde uno solo levanta su cabeza por encima de las suyas, aunque ésta sea la cabeza soberana de un Julio César, y aguzan sus puñales (1) y le dan muerte.

La democracia y la monarquía no son cosas contrarias entre sí, como falsamente en nuestros días se afirma. La mejor democracia será siempre aquella en que uno solo se halle en el pináculo del Estado como encarnación de la voluntad del pueblo, como Dios en el pináculo del gobierno del mundo; bajo éste, que encarna la voluntad del pueblo, como bajo la majestad de Dios, florece la más segura igualdad humana, la más honrada democracia. El aristocratismo y el republicanismismo tampoco son entre sí inconciliables, y esto lo vemos de la manera más clara en el presente drama, en el que se manifiesta, precisamente en los más magnánimos aristócratas, el espíritu republicano en sus rasgos más salientes y caracterizados. En Cassio, aun más que en Bruto, se ofrecen á nuestra consideración estos rasgos.

Ya hemos hecho también observar que el espíritu del republicanismismo consiste en cierto mezquino é insaciable deseo de rivalizar, que no quiere sufrir sobre sí nada; en cierta envidia de pigmeos, enemiga de todo lo que se eleva; que no podría ver representada la virtud por un hombre, por temor de que tal representante no fuese á hacer valer su alta personali-

(1) Parece que fué con los aguzados estílos con que escribían en sus tablillas enceradas.

dad. Los republicanos son hoy día por esto deístas atacados de la manía de la moderación, que verían con gusto en el hombre sólo tristes figuras de impura arcilla, que salieron modeladas de las manos de un creador y que debían abstenerse de todo magnánimo deseo de distinguirse, de todo ambicioso deseo de brillar. Los republicanos ingleses rindieron tributo un día á un principio análogo, al puritanismo, y lo mismo sucedió á los antiguos republicanos de Roma, llamados estoicos.

Cuando se piensa en esto no puede uno menos de admirar con qué penetración pintó Shakespeare á Cassio, especialmente en su diálogo con Bruto, al oír cómo saluda el pueblo con gritos de júbilo á César, á quien quería hacer rey:

Yo no sé lo que tú y aun otros hombres
De esta vida pensáis; de mí te digo
Que amable no me es, si he de pasarla
Temiendo á otro hombre que es mi igual ¡oh Bruto!
Libre nació cual César, cual tú lo eres;
Bien nutridos estamos, y podemos
Como él ambos sufrir del cierzo el frío.
Cierta día nublado y tormentoso
Que el Tíber sus riberas ensanchaba,
Dijome César: ¿Te atrevieras, Cassio,
Á arrojarte cual yo al revuelto río
Y á nadar hasta allí? — No bien lo oyera,
Vestido como estaba en él me arrojo,
Y espero que él me siga, cual lo hace.
Bramaba la corriente, más luchamos,

Con vigorosos brazos apartámosla
 Y nadamos los dos en competencia;
 Casi al llegar al punto que él marcara,
 Gritó César: ¡Socorro, Cassio! ¡Me hundo!
 Yo, como Eneas, nuestro heroico abuelo,
 De las llamas de Troya sacó á hombros
 Al viejo Anchises, de las ondas saco
 Al ya cansado César. ¡Á ese hombre
 Le miran como á un dios y Cassio es solo
 Triste ser que doblar debe su espalda
 Si César do él está, sin verle mira!
 Cuando en España estuvo, dióle fiebre;
 Del ataque al comienzo, bien he visto
 Su temblor. ¡Sí, ese dios, ese, temblaba!
 Del labio huía la cobarde sangre,
 Su mirada, que todo el mundo teme,
 Perdió su brillo, y le senti quejarse.
 Sí, la boca que Roma cree profética,
 Cuyas palabras en sus libros copia,
 «¡Ah, Ticiano! — exclamó. — ¡Dame que beba!»
 Cual débil niña. ¡Dioses! No comprendo
 Que un hombre así, de natural tan débil,
 Sea la estrella del altivo mundo,
 Y la palma se lleve (1).

César mismo conoce bien á su hombre, y en un día-

(1) Acto 1.º Escena 2.ª Traducido del original inglés, como lo serán todos los trozos que sigan, evitando, como en los dos tomos de los cuadros de viaje, los tapices dos veces vueltos del revés.

logo con Antonio, se le escapan las siguientes profundas palabras:

Rodearme quiero de hombres corpulentos,
 Cabezas lisas, sueños reposados;
 Flaco es Cassio y hambrienta su mirada;
 Piensa demás, es hombre peligroso.
 ¡Fuera obeso no más!—No le temiera
 Aunque á mi nombre fuera anejo el miedo.
 Nadie conozco á quien más pronto evite
 Que á ese Cassio tan parco. Lee mucho;
 Es gran observador; penetra al fondo
 De los actos humanos; no ama el juego,
 Cual tú, Antonio; la música no escucha,
 Se ríe rara vez, y ¡de qué modo!
 Me parece desprecia aun en su ánimo
 Cuanto pudiera provocar la risa.
 Tales hombres no están nunca tranquilos
 Mientras otro más alto que ellos vean.
 Y por esto son hombres peligrosos.

Cassio es republicano, y, como en tales hombres ocurre con frecuencia, tiene más aptitud moral para cultivar la noble amistad de los hombres que el tierno amor de las mujeres. Bruto, al contrario, se sacrifica por la república, no porque descienda de republicanos, sino porque es un héroe de la virtud, y porque en aquel sacrificio ve un altísimo deber. Es accesible á todos los dulces sentimientos y su alma tierna le enlaza á su mujer Porcia.

Porcia, hija de Catón, completamente romana, es,

no obstante, digna de amor, y en los altísimos vuelos de su heroísmo revela un espíritu completamente femenino y una femineidad espiritualísima. Con amorosos y angustiados ojos espía las sombras que aparecen en la frente de su marido y delatan sus dolorosos pensamientos. Quiere saber lo que sufre, y quiere compartir con él el peso del secreto que oprime su alma... Y cuando al fin le sabe, es aun mujer, y agobiada casi por terribles presentimientos, no puede disimularlos y confiesa ella misma (Acto 2.º, escena 4.ª):

Mi alma es de varón, de hembra mi fuerza.
¡Duro es á una mujer tomar consejo!

CLEOPATRA

(ANTONIO Y CLEOPATRA)

Si, esta es la famosa reina de Egipto, la que condujo á Antonio á su ruina.

Él lo sabía perfectamente, sabía que por esta mujer caminaba á su perdición; quiso romper la cadena de sus encantos...

Pronto de aquí salir debo.

Y huyó..., pero solo, á pesar de todo, para volver bien pronto al alfarero Egipto, al lado de su serpiente del viejo Nilo, como él la llamaba... Pronto volvió á sentirse con ella sumido en el pomposo lodo de Alejandría, y allí refiere Octavio:

En la plaza, de plata en la tribuna,
Él y Cleopatra, sobre sillas de oro,
Reyes se coronaron. A sus plantas
Estaba Cesarión, que dicen hijo
Ser de mi padre, y la bastarda prole
Que hasta hoy en sus placeres ha engendrado,
Desde que entre ellos enloquece. Él dióla
Egipto en propiedad, y á más le ha hecho

De Siria baja, Chipre y aun de Lidia
La reina soberana.

.....
Do los públicos juegos se celebran,
Sus hijos proclamó cual rey de reyes;
Dió la Media mayor, Partia y Armenia
A Alejandro; asignando á Ptolomeo
Siria, Cilicia y la Fenicia: ella
Vistiendo el traje de la diosa Isis
Se mostraba en tal día, y aun da audiencias
Frecuentes en tal guisa ataviada.

La maga egipcia aprisionó no sólo su corazón, sino también su cerebro, y hasta desconcertó su talento militar. En vez de pelear en tierra firme, donde hubiera salido victorioso, libró la batalla en el mar inseguro, donde menos podía utilizar su bravura; y allí, donde la caprichosa mujer que á todo trance se había empeñado en seguirle, emprendió repentina fuga, juntamente con todas sus naves, precisamente en el momento crítico de decidirse la batalla; y Antonio, «como salvaje ansar en celo», desplegando las alas de la victoria, voló tras ella, empeñando en la partida su honor y su fortuna.

Mas no sólo por la femenil volubilidad de Cleopatra sufrió el héroe infeliz la más ignominiosa caída; más tarde realizó contra él la más negra traición, haciendo que su flota se pasara al enemigo en secreta inteligencia con Octavio. Le arrastró á la bajeza más insoportable para salvar sus propios bienes en el naufragio de su ventura, ó quizá aún por sacar de él

alguna mayor ventaja. Le condujo á la desesperación y á la muerte con astucia y engaño. Y no obstante, él la amó hasta el último momento con todo su corazón; sí, cada traición que ella le hacía encendía más la llama de su amor. Él huye, es verdad, de su perfidia de siempre, conoce todas sus fragilidades, y con brutales injurias se desahoga de todas sus sospechas, diciéndole las verdades más amargas:

¡Quisíerolo no más, y perecieras!
¡Ah! ¿Para esto dejé yo en Roma intacto
Mi lecho, renunciando á la esperanza
De legítimos hijos, á la joya
De mi esposa, por verme así engañado,
Por quien gusta de que otro la festeje?
.....
Hipócrita y no más tú siempre fuiste:
Hemos de ser los dos aun más malvados,
Pues—¡oh desdicha!—sabios dioses cierran
Nuestros ojos en propio cieno
Nuestro claro pensar sepultan; hacen
Nuestro error adoremos, y se rien
Cuando al abismo resbalando vamos.

.....
Cual fría mordedura
La llave te encontré del muerto César;
¿Qué eras más que un despojo de Pompeyo?
Por no pensar en otras y otras horas
De amor, que no sabidas, voz del pueblo
No pudo repetir, y voluptuosa
Aun gozaste...

Pero como la lanza de Aquiles, que también podía curar las heridas que causaba, así la boca del amante pudo curar con sus besos las mortales punzadas con que su acerada frase había lesionado el alma de la amada. Tras cada infamia que la serpiente del viejo Nilo realizaba contra el pueblo romano, y tras cada injuria que éste vomitaba contra ella, se prodigaban mutuamente las más tiernas palabras; hasta en la muerte oprimió él con un último beso aquellos labios en que tantos estampara.

Pero también ella, la serpiente egipcia, ¿de qué modo amaba á su lobo romano! Sus continuas traiciones sólo son circunvoluciones externas de su malvada naturaleza de reptil, procede así más bien mecánicamente que por innata ó habitual maldad; pero en el fondo de su alma tiene su asiento el inmutable amor á Antonio. Ella misma no sabe que este amor es tan fuerte, y cree muchas veces poder vencerle ó, al menos, poder jugar con él; pero se engaña, y este error se le pone de manifiesto en el instante en que pierde para siempre al hombre amado, y se exhala su dolor en estas notables palabras:

¡Soñaba que hubo un tiempo un héroe, Marco Antonio!—
¡Si tuviera el mismo sueño,
Otra vez y á tal hombre á ver volviera!

.....
Su rostro

Era del cielo copia. En él estaban
El sol, la luna; ambos á dos girando
Alumbraban la tierra exigua. ¡Oh!

.....

Sus plantas

Océanos describían, y su alzado
Brazo en su mano sujetaba un mundo;
Su voz de las esferas la armonía
Era al llamar sus gentes; si pensaba
Domar el universo, estremeciéndole
Retumbaban los truenos. Sus bondades
Nunca el invierno, eran otoño siempre
Más rico cada vez. Cual los delfines
Eran sus regocijos, que la espalda
Del elemento sacan do se ocultan.
En su traje alternaban los colores
De reyes, y coronas á millares,
Y reinos y coronas de él caían
Cual monedas de bolsa.

Esta Cleopatra es una mujer. Ama y hace traición al mismo tiempo. Es un error creer que las mujeres cuando nos hacen traición es que han dejado de amarnos. Siguen sólo sus tendencias naturales; y si no quieren vaciar la copa prohibida, quisieran muchas veces probar un poquito, lamer el borde, para gustar al menos el sabor del veneno. Después de Shakespeare, en la presente tragedia, nadie ha pintado mejor este fenómeno como nuestro viejo Abate Prevost en su novela *Manón Lescaut*. La intuición del gran poeta está de acuerdo aquí con la cuerda observación del fresquísimo prosista.

¡Si, Cleopatra es una mujer en la más encantadora y maldita significación de la palabra! Ella me recuerda aquella sentencia de Lessing: «¡Cuando Dios crió á la

mujer tomó la arcilla más fina. La excesiva delicadeza de su materia rara vez se conforma con las exigencias de la vida. Esta criatura es demasiado buena y demasiado mala para este mundo. Sus más amables rasgos vienen á ser aquí causa de las más desagradables rupturas. Desde la aparición de Cleopatra pinta Shakespeare con la más arrebatadora verdad la abigarrada y caprichosa volubilidad que bulle continuamente en la cabeza de la bella reina, y que se desborda más de una vez en sus más delicadas cuestiones y placeres, y quizá por esto debe considerarse como la razón última de todo lo que hace ó deja de hacer. Nada más característico que la quinta escena del primer acto, en que pide á su joven camarista que le dé á beber mandrágora para pasar en el sueño de la embriaguez todo el tiempo que Antonio esté alejado de ella. A poco se le ocurre llamar al diablo de su eunuco Mardían. Éste pregunta servilmente qué desea su señora, «No quiero oírte cantar, le contesta ella, pues en este momento nada me place de cuanto es propio de eunucos; pero dime: ¿sientes tu desgracia?»

MARDIÁN

Sí, mi reina

CLEOPATRA

¿De veras?

MARDIÁN

No de veras,

Pues que nada he de hacer yo más, señora,
De lo que con decoro hacerse puede;

Mas siento pena, y pienso en lo que pudo
Con Venus Marte hacer.

CLEOPATRA

¡Oh, Charmiano!

¿Dónde está ahora? ¿Está de pie? ¿Se sienta?

¿Se pasea ó más bien ahora cabalga?

¡Feliz corcel, el que su peso sufre!

Sé valiente, ¿no sabes á quién llevas?

¡Medio Atlas de la Tierra, cuyo brazo

Del hombre el yelmo es! Conversa ahora

Ó murmura: «¿Do se halla mi serpiente

Del viejo Nilo?» — porque así me llama.

Si he de decir todo mi pensamiento, sin temor á malévolas y difamatorias sonrisas, confesaré lealmente que este desorden de sentimiento y de pensamiento de Cleopatra, consecuencia del desordenado, ocioso é intranquilo curso de su vida, me recuerda cierta clase de mujeres disipadas, cuyos costosos dispendios domésticos están sostenidos por una liberalidad extraconjugal, y que hacen felices y hasta atormentan á sus esposos titulares á fuerza de amor y fidelidad, y no raras veces de solo amor, pero siempre con versatilidad loca. ¿Era, quizá, en el fondo, otra cosa esa Cleopatra que con las rentas de su corona podía sostener su linjo inaudito y recibió de Antonio, su amante romano, como presentes, los más ricos tesoros de todas las provincias; no era, en el sentido recto de la palabra, una reina entretenida?

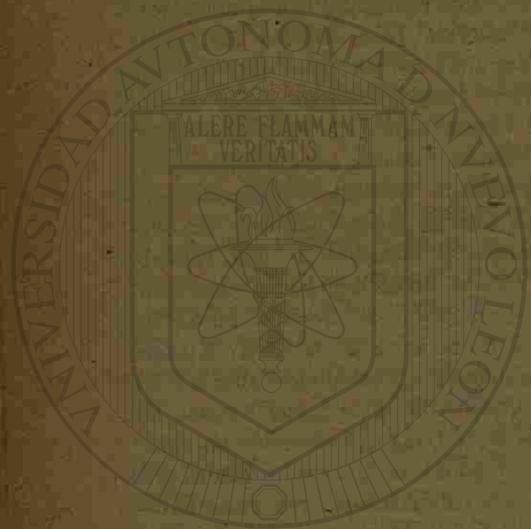
Es el movable, inquieto y extremoso carácter de Cleopatra, que tan pronto se deprime como se dilata y brilla á modo de meteoro, un espíritu sensual, salvaje y cetrino que más nos aterra que regocija. Plutarco nos da de él una idea que se explica más bien por los hechos que por las palabras, y que, cuando aun iba á la escuela me hizo reir con toda mi alma del mistificado Antonio, que fué de pesca en compañía de su real amada, y no sacó en su anzuelo más que peces salados; pues la maliciosa egipcia había hecho colocar secretamente una multitud de buzos que debajo del agua fueran sucesivamente enganchando un pez salado en el anzuelo del amado romano. Cierto es que nuestro maestro puso una cara muy seria al leer la anécdota, y censuró no poco la frívola presunción con que tomaba á juego la reina la vida de sus pobres súbditos, los buzos, sólo por llevar á cabo semejante broma. Nuestro maestro no era seguramente amigo de Cleopatra y nos hizo reparar insistentemente en que por causa de esta mujer perdió Antonio toda su *carrera política*, se enredó en desagradables cuestiones de familia y, al fin, murió desdichadamente.

Si, mi viejo maestro tenía razón, y es á todas luces peligroso contraer íntimas relaciones con una persona como Cleopatra. Un héroe, no obstante, puede arrojarse al precipicio, pero solamente un héroe; á las amables medianías no les amenaza aquí, como en ninguna parte, peligro alguno.

El carácter de Cleopatra, así como su localización, son á todas luces una humorada. Esta mujer burlona, sedienta de placer, caprichosa y febril coqueta, esta

antigua parisién, esta diosa de la vida, luce todas sus gracias y hasta es reina en Egipto, ¡en la muda y rígida tierra de los muertos! Bien conocéis ese Egipto, ese misterioso Misraim, ese estrecho valle del Nilo que parece un ferétero. Entre las altas cañas llora el cocodrilo, ¡el hijo abandonado de la revelación! Templos de roca con pilares colosales, ante los que se inclinan animales de extraña catadura, abigarradamente pintados. Ante las puertas parece llamaros con leve movimiento de cabeza el sacerdote de Isis, cubierto con su jeroglífico bonete. En las lujuriantes *villas* duermen su siesta las momias, y las doradas larvas les protegen del volador enjambre de la nada. Alzanse cual mudos pensamientos los esbeltos obeliscos y las voluminosas pirámides. Allá en el fondo saludan las etiópicas montañas de la Luna que esconden las fuentes del Nilo. ¡Por doquiera la muerte, la piedra y el misterio! ¡Y sobre este país alzábase como reina la bella Cleopatra!

¡Qué humorista es Dios!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LAVINIA

(TITO ANDRÓNICO) (1)

Vemos en *Julio César* las últimas convulsiones del espíritu republicano que en vano lucha contra el advenimiento de la monarquía; la república ha pasado, y Bruto y Cassio no pueden hacer más que asesinar al hombre que primero quiso ceñirse la corona; pero de ningún modo consiguen matar la monarquía, que está profundamente arraigada en las necesidades de la época.

En *Antonio y Cleopatra* vemos que, en lugar del un César muerto, tres otros Césares extienden sus atrevidas manos hacia el símbolo de la dominación universal; la cuestión principal está resuelta, y la lucha que estalla entre estos triunviros es solamente una cuestión personal. ¿Quién ha de ser emperador, señor de todos los hombres y países?

La tragedia titulada *Tito Andrónico* nos muestra que también este ilimitado señorío de uno solo sigue en el imperio romano la ley de todos los fenómenos terrestres, había de convertirse en descomposición; nadie podía figurarse el lamentable cuadro que ofre-

(1) Lavinia y la emperatriz Tamora. Pues habla de ambas.

cieron aquellos últimos Césares que á sus locuras y los crímenes de los Neronés y Calígulas habían de añadir aún la fanfarrona debilidad. Éstos sufrieron el vértigo allá en la altura de su omnipotencia; pretendieron elevarse por encima de toda la humanidad, y se convirtieron en seres ajenos á ella; teniéndose á sí mismos por dioses, se hicieron ateos; mas á causa de su monstruosidad, apenas, con asombro, podemos considerarles como *entidades* concebibles. Los últimos Césares, al contrario, son más bien objeto de nuestra compasión, de nuestra indignación, de nuestro asco; les falta la *autodeificación* pagana, la embriaguez de su exclusiva majestad, de su terrible irresponsabilidad. Están cristianamente arrepentidos, y el negro confesor ha hablado á su conciencia y presienten ahora que no son más que pobres gusanillos que dependen de la gracia de una más alta divinidad; y que un día por sus terrenales pecados, serán cocidos y asados en el infierno.

Aunque en *Tito Andrónico* aun domina la pompa exterior del paganismo, se manifiesta ya en esta obra la época cristiana posterior y el carácter moral de las costumbres y de la política es completamente bizantino. Esta obra es seguramente uno de los primeros trabajos de Shakespeare, aunque muchos críticos discuten que sea su autor. Reina en ésta esa crueldad, esa marcada preferencia por lo horrible, esa titánica lucha con los poderes divinos que suele hallarse en las primeras producciones de los grandes poetas. El héroe, en oposición con la desmoralización completa de cuanto le rodea, es un verdadero romano, un resto del antiguo rígido período. ¿Existirían entonces tales hom-

bres? Es posible; pues la naturaleza gusta conservar algún ejemplar de cada una de las criaturas cuya especie se extingue ó se transforma, aunque no sea más que petrificada, como suelen hallarse en las cumbres de las montañas. Tito Andrónico es uno de esos romanos petrificados, cuya fósil virtud es una verdadera curiosidad en tiempo de los últimos Césares.

La del ultraje y mutilación de su hija Lavinia es una de las escenas más horribles que se encuentran en autor alguno. La historia de Filomela de las *Metamorfosis* de Ovidio no es tan horrible ni mucho menos, pues á la infeliz romana también la van á cortar las manos porque no pudo rechazar al autor de la cruel infamia. Como el padre recuerda á la hija la alta estima en que tuvieron su dignidad las mujeres con arreglo á las costumbres del pasado, ella no teme la muerte, sino el deshonor, y son conmovedoras las castas palabras con que procura disuadir á su enemiga la emperatriz Tamora, para que ésta no entregue á su hijo el cuerpo de la infeliz:

Quiero una muerte pronta, y á más de esto,
Lo que á toda mujer nombrar repugna;
Á su lascivia arráncame, terrible
Más que la muerte para mí, y arroja
Á la tumba mi cuerpo, donde yazga
Libre de las miradas de los hombres.
Haz lo que pido, y aun al darme muerte
Compasiva serás.

Dotada de esta virginal pureza forma Lavinia el más completo contraste con la citada emperatriz Ta-

mora, pues en éste, como en la mayor parte de sus dramas, presentaba Shakespeare dos figuras de mujer cuyo moral es completamente opuesto, y cuyos caracteres nos pone de relieve por medio del contraste. Esto vemos en *Antonio y Cleopatra*, donde al lado de la pálida, fría, vulgar y archiproscaica y casera Octavia, se destaca tanto más plásticamente nuestra cetrina, desenfrenada, orgullosa y ardiente egipcia.

Pero también esa Tamora es una bella figura y me parece una injusticia que el buril inglés no haya trazado su retrato en esta galería de mujeres de Shakespeare. Es una mujer bella y majestuosa, una hechicera figura imperial que lleva en su frente el sello de la caída divinidad, y una pasión en sus ojos capaz de consumir el mundo, magnífica pecadora, sedienta de roja sangre. Como mujer es dulce, según nuestro poeta siempre la presenta, mas desde la primera escena, en que aparece Tamora, justifica ya todos los horrores que ejecuta luego contra Tito Andrónico. Pues este rígido romano, intranquilo por el dolorosísimo ruego de su madre, deja que ejecuten á su amada hija casi en su presencia; así que Tamora ve un nuevo artificio de venganza en el rayo de esperanza de la solicitada gracia del joven emperador, deja escapar de sus labios con júbilo estas siniestras palabras:

Lo que quiere decir voy á mostrarle
Que una reina en la calle se arrodille
Y gracia en vano implore.

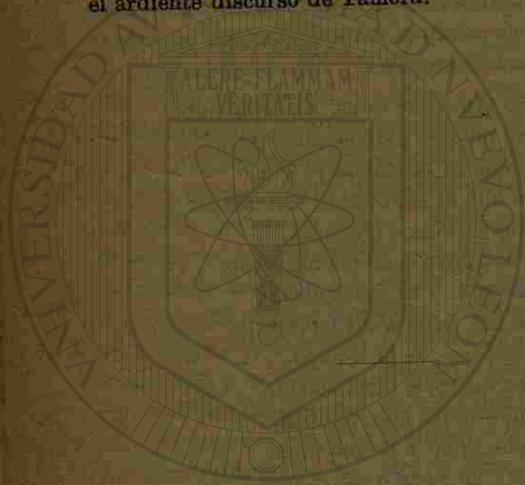
Como su crueldad es disculpable por el exceso del tormento sufrido, también lo aparece la criminal diso-

lución con que se entrega á un horrible moro, ennoblecida hasta cierto punto por la romántica poesía en que está expuesta. Si, pertenece á esos mágicos cuadros tristes y dulcísimos de la poesía romántica aquella escena en que durante la caza la emperatriz Tamora ha abandonado á su comitiva y á solas departe en el bosque con su amado moro.

¿Por qué tan triste estás, Aarón amigo,
Si en torno nuestro todo es alegría?
Canta doquier en la maleza el ave;
La culebra allá al sol duerme enroscada;
Fresca brisa el follaje balancea,
Que traza extrañas sombras fugitivas.
Sentémonos aquí á su dulce abrigo
En tanto el eco imita á los lebreles,
Y repite los sonos de la trompa,
Cual de dos cacerías; toma asiento
Y desoigamos todos sus rumores.
En una lucha igual á la que dicen
Sostuvo Dido un tiempo con Eneas,
Cuando amiga tormenta sobrevino
Y en intrincada gruta se ocultaron;
Brazo á brazo engolfémonos briosos,
Y gozado el placer, dorado sueño
Nos repare; y en tanto perros, trompas
Y las aves con dulce melodía
Vendrán á ser de la nodriza el canto
Que al niño arrulla y en la cuna aduerme.

Mientras brotan de los ojos de la bella emperatriz torrentes de voluptuosidad y dirigen sus tiros contra

el negro semblante del moro, como focos magnéticos, como lenguas de fuego; piensa éste en más importantes cosas, en la realización de la más vergonzosa intriga, y su contestación forma el más rudo contraste con el ardiente discurso de Tamora.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONSTANZA

(EL REY JUAN)

Era el 29 de Agosto del año 1827 del nacimiento de Cristo, cuando, poco á poco, me fui quedando dormido en la primera representación de una nueva tragedia de E. Raupach.

Al público ilustrado que no va al teatro y que sólo conoce la literatura verdaderamente tal, debo aquí advertirle que el citado Raupach es un hombre muy útil, que escribe tragedias y comedias y que cada mes proporciona á la escena de Berlín una nueva obra maestra. La escena de Berlín es una importante institución, especialmente útil para los filósofos hegelianos que quieren descansar en las primeras horas nocturnas del duro trabajo del pensamiento. Regocijase aquí el ánimo aun más naturalmente que en Wisotzki. Se va al teatro, se extiende uno perezosamente en las lunetas, se mira de reojo á las vecinas y á las piernas de las *Mimis* que en aquel momento aparecen en escena, y si los pobres diablos de comediantes no se desgañitan, se duerme uno tranquilamente, como yo lo hice, en efecto, el 29 de Agosto del año 1827 del nacimiento de Cristo.

Cuando desperté, todo en torno mío estaba á obscu-

ras, y al mortecino resplandor de una lámpara reconocí que me hallaba completamente solo en el vacío teatro. Decidí pasar allí el resto de la noche, buscar donde volverme á dormir cómodamente, lo que no logré hacer tan bien como algunas horas antes, cuando se me entraba en la nariz el vaho de adormideras de los versos de Raupach; además me molestaba en extremo el escarceo y los chilliditos de los ratones.

No lejos de la orquesta se agitaba ruidosamente toda una colonia ratonil, que no sólo entendía los versos de Raupach, sino también la lengua de todos los demás animales, y sin querer escuché la conversación de tales gentes. Hablaron de cosas que deben interesar sobre todo á una criatura pensadora: sobre las razones últimas de todos los fenómenos, sobre la esencia de las cosas en sí y por sí mismas, sobre el destino y la libertad de la voluntad, sobre la gran tragedia de Raupach que, poco antes y produciéndoles todos los sobresaltos imaginables, á sus propios ojos tuvo principio, desenvolvimiento y fin.

Vosotros, los jóvenes, dijo lentamente un viejo y rico ratón, no habéis visto más que una sola obra y menos aún obras tales; pero yo soy viejo y he visto muchas más, y todas las he examinado con suma atención. Así he encontrado que todas se parecen en lo esencial, y que casi todas ellas no son más que variaciones sobre el mismo tema, que muchas veces ofrecen en un todo la misma exposición, el mismo nudo y el propio desenlace. Siempre son los mismos hombres y las mismas pasiones, que cambian solamente de traje y de figura de dicción. Siempre son los mismos movi-

mientos fundamentales del comercio de la vida: amor ú odio ú honor ó celos; el héroe, ya vista una toga romana ó un arnés alemán antiguo, un turbante ó un sombrero de fieltro, esté caracterizado á la antigua ó á la romántica, sencillo ó florido, siempre se expresa en malos yambos ó en peores troqueos. La historia entera de la humanidad, que pudiera dividirse, si se quisiera hacerlo, en diferentes obras, actos y escenas, es siempre la misma historia; es tan sólo una repetición enmascarada de la misma naturaleza y de los mismos acontecimientos, una carrera circular orgánica que siempre vuelve á empezar por el principio; y cuando repara uno una vez en que si ya no se disgusta de lo malo no se regocija mucho más con lo bueno, acaba por reirse de la necedad de esos héroes que se sacrifican por ennoblecer y hacer feliz á la especie humana, y se divierte uno con sabia indiferencia.

Una aguda vocecilla, que parecía pertenecer á un agudo ratoncillo, repuso á su vez precipitadamente: también yo he hecho mis observaciones, y no sólo desde un punto de vista, pues no me he perdonado salto alguno necesario; abandoné el *parterre* y me puse á observar las cosas entre bastidores, y allí he hecho extraños descubrimientos. Ese héroe á quien se admira no es un héroe, pues vi que un mozalbete le llamaba holgazán y borracho y le aplicó algunos puntapiés que él soportó tranquilamente. Aquella virtuosa princesa, que parece sacrificarse en aras de su virtud, ni es princesa, ni virtuosa; he visto cómo tomaba rojo de un botecillo de porcelana, lo extendía sobre sus mejillas, y esto le servía después para parecer roja de vergüen-

zá; pero hecho esto se arrojó bostezando en brazos de un teniente de guardias, quien la juraba por su honor haber encontrado en su cuarto una buena (1) sardina salada junto á un vaso de ponche.

Lo que tomáis por truenos y relámpagos, no es más que el rodar de un cilindro con chapa metálica, y la llama de un tubo cargado de pez griega. Pero también esos lucios y honrados ciudadanos que parecen ser encarnación del desinterés y de la magnanimidad, disputaban interesadísimo con un hombre delgaducho á quien llamaban señor Intendente general, y á quien exigían el pago de algunos *thalers*. Sí, todo lo he visto actuar por mis propios ojos, y lo he oído por mis propios oídos; todo lo grande y noble que aquí se ha visto es mentira y engaño; el egoísmo y el interés son el secreto impulso de todas las relaciones, y ningún ser racional se deja engañar por las apariencias.

Pero alzóse en contra una voz suspirante y llorosa que me pareció conocida, aunque no por eso sabía si pertenecía á ratón macho ó hembra. Empezó quejándose de la frivolidad de los tiempos que corren, se lamentó de la falta de fe y de la tendencia á la duda, y juró y perjuró mucho respecto de su amor hacia todos. Os amó, suspiraba, y os digo la verdad. Pero la verdad se me reveló por medio de la gracia en una hora bendita. Deslizábame siempre en torno de las últimas razones de los abigarrados acontecimientos que sobre la escena se habían verificado, para desentrañarlos y al

(1) *Juten*, imitando la prononciación popular, en vez de *gutten*.

mismo tiempo encontrar un trocillo de pan con que acallar mi hambre de amor; porque yo os amo. Entonces, de repente, descubrí un más que regular agujero, ó más bien una caja en la que se acurrucaba un hombrucillo descarnado que tenía un rollo de papel en la mano y en voz baja y monótona decía para sí y tranquilamente todos los parlamentos que arriba, en la escena, se declamaban en voz tan alta y con tanta pasión.

Místico temor contrajo mi piel; á pesar de mi indignidad había obtenido la gracia de contemplar el *sancta-sanctorum*, y hállabame, ¡oh, bienaventurado!, próximo á la misteriosa causa primera, al espíritu puro cuya voluntad gobierna el mundo corpóreo, con su palabra le crea, con su palabra le vivifica y con su palabra le aniquila; pues vi que los héroes de la escena, que poco antes admiraba yo tanto, sólo con seguridad hablaban cuando repetían fielmente sus palabras, y, por el contrario, balbuceaban con angustia y aun se perdían, cuando orgullosamente se alejaban y no podían entenderle; vi que todos eran sólo criaturas dependientes de él; él era el único que por sí propio existía en su sacratísima caja, y á cada lado de ésta brillaban las misteriosas lámparas, sonaban los violines y las flautas; en torno suyo estaban la luz y la música, se bañaba en armoniosos rayos é irradiaba armonías...

Tan nasal y lacrimosamente murmurado fué el final de este discurso, que muy poco más pude entender; sólo á veces percibía estas palabras: — Librame de gatos y de ratoniles catástrofes..., dame mi trocito de pan de cada día..., yo os amo. ¡En la eternidad! Amén.

Mediante la exposición de este sueño podía yo manifestar, hasta ilustrándolos, mi opinión acerca de diferentes puntos de vista filosóficos, con arreglo á los que suele juzgarse la historia universal, porque en estas ligeras páginas no cuestiono acerca de la historia inglesa con filosofía alguna propia.

Ante todo, mi deseo es no explicar dogmáticamente los poemas dramáticos en que Shakespeare celebró los grandes acontecimientos de la historia inglesa, sino sólo decorar con algún arabesco literario los retratos de las mujeres que en ellos como flores se destacan.

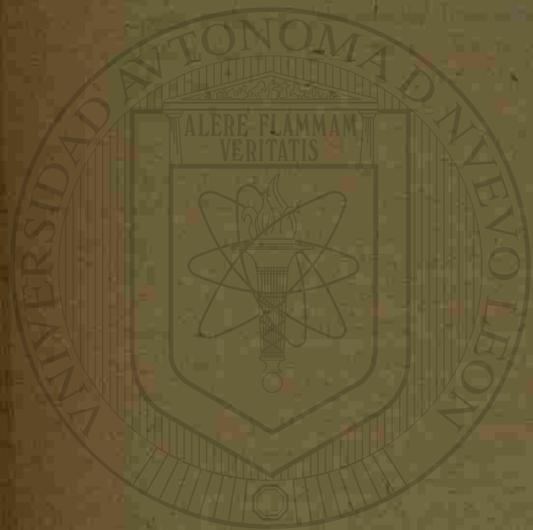
Y tanto menos hablaré de ellas, cuanto que en estos dramas históricos ingleses, desempeñan las mujeres nada menos que papeles principales, y el poeta no las presenta jamás, como en los otros, para pintar figuras y caracteres femeninos, sino más bien porque la historia que está representando exige su inmición.

Constanza da comienzo á la serie, y ciertamente con doloroso aspecto. Como la *Mater dolorosa*, lleva en brazos un niño :

Pobre niño, por quién será expiado
Cuánto los suyos pecaran.

Ha tiempo vi perfectamente interpretada en la escena de Berlín esta triste reina por Madama Stich, entonces en boga. Menos brillante era la buena María Luisa, que por los tiempos de la invasión interpretó á la reina Constanza en el teatro francés de la Corte. Entretanto, se mostró pobrísima en este papel cierta Madama Carolina que hace algunos años anda tra-

bajando por provincias, especialmente en la Vendée; le faltaba talento y pasión, pero tenía, en cambio, un abdomen demasiado abultado, lo cual perjudica siempre á una actriz cuando tiene que representar á la viuda de un rey.



LADY PERCY

(EL REY ENRIQUE IV)

Imaginábame yo su semblante y, sobre todo, su talle, menos metido en carnes de como aquí está representado. Pero acaso el contraste de los finos rasgos y del talle esbelto de que sus palabras dan idea y que revelan su fisonomía espiritual, se nos hace más interesante por medio de las redondeadas formas de su configuración externa.

Es alegre, afectuosa y sana de cuerpo y alma. El príncipe Enrique quizá tenga gusto en hacernos antipática esta amable figura, y la parodie como á su Percy.

«Sin embargo, tampoco tengo el alma de Percy el ardiente espuela (*Hotspur*) del Norte, que me mata unas seis ó siete docenas de escoceses por vía de almuerzo, se lava las manos y dice á su mujer:—«¡Detesto esta tranquila vida! ¡Hay que hacer algo!»—«¡Oh, mi dulce Enrique!—dice ella.—¿Cuántos has matado hoy?»—«Da de beber á mi caballo roano» (1). Y una hora

(1) De tres pelos: blanco, gris y bayo (dorado bajo). Más generalmente suele llamarse *pio* al caballo de esta piel; pero, la palabra *pio*, sólo indica *piel manchada* de varios colores, sin determinar cuáles sean éstos.

después contesta: — «Unos catorce, ¡poca cosa, poca cosa!» (1).

¡Cuán breve y arrebatadora es la escena en que vemos la verdadera vida doméstica de Percy y de su mujer, en que ésta subyuga al fogoso héroe con las frases del más confiado amor!

Ven aquí, papagayo, á contestarme
Concretamente á lo que yo pregunto.
El dedo más pequeño he de romperte
Si no me dices la verdad entera.

PERCY

¡Adelante, loquilla! ¿Amar? No te amo.
¿Tal te pregunto yo? ¿Quizá es el mundo
Lucha de besos, juego de muñecas?
Hay que, por la nariz, verter la sangre
Y la rota corona aun hoy en pleito
Del todo poseer. ¡Dios! ¡Mi caballo!...
¿Qué dices, Catalina? ¿Qué me quieres?

LADY PERCY

¿No me ama? ¿Es verdad que no me ama?
Bien está; pues, ¡si no me amáis, Enrique,
Ya á mí misma no me amo! Pero, esposo,
Decid si habláis en broma ó si es de veras.

PERCY

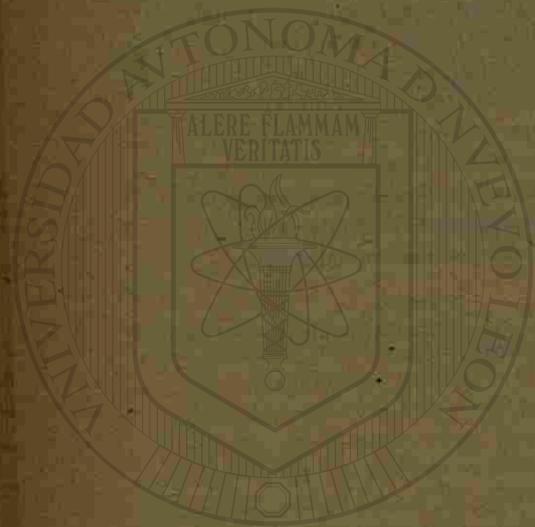
Ven, ven. ¿No; el verme cabalgar te agrada?
Cuando á caballo esté podré jurarte

(1) Acto 2.º Escena 4.ª

Que es eterno mi amor. Mas oye, *Kate* (1),
No me atormentes más con tus preguntas.
¿Do voy? Pues piensa luego: ¿donde debo!
¿Dónde debo? Do voy. En fin, esposa,
Esta tarde dejarte me es preciso;
Por prudente te tengo, mas no tanto
Cual esposa de Enrique. Eres constante;
Pero mujer al fin. Como un secreto
No hay mujer que le guarde, es preferible
Que tú no sepas más de lo que debes,
Más de lo que yo deba confiarte (2).

(1) Léase *Kette*, abreviación familiar inglesa de Catalina.

(2) Acto 2.º Escena 3.ª Ídem.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LA PRINCESA CATALINA

(EL REY ENRIQUE V)

¿Ha descrito Shakespeare con toda realidad la escena en que la princesa Catalina toma lección de inglés, y están, sobre todo, en ella todas esas locuciones francesas que tanto regocijan á John Bull? Lo dudo. Nuestro poeta hubiera podido producir el mismo efecto cómico por medio de una jergonza inglesa, tanto más, cuanto que la lengua británica tiene la propiedad de que, sin prescindir de las reglas gramaticales, con el mero uso de palabras y construcciones neolatinas, puede hacer que aparezca cierto giro francés. De análoga manera un poeta dramático inglés puede hacer que resulte una jerga germánica con sólo servirse de expresiones y giros del antiguo sajón, puesto que la lengua inglesa consta de dos elementos heterogéneos, el neolatino y el germánico, que no se hallan combinados en un orgánico todo, sino en mera agregación; y fácilmente se va cada uno por su lado, sin que se sepa determinar con precisión en cuál se halla el inglés legítimo. Compárese no más la lengua del Dr. Johnson ó la de Addison con la lengua de Byron ó de Cobbett, y se

verá que Shakespeare no tuvo necesidad de hacer que la princesa Catalina dejase de hablar francés (1).

Esto me lleva á hacer una observación que ya en otro lugar hice; esto es, que hay una falta en los dramas históricos de Shakespeare, y es la de que ha dejado de poner de manifiesto el contraste existente entre el espíritu franconormando de la alta nobleza y el saxobretón del pueblo por medio de sus genuinas formas de lenguaje. Walter Scott lo ha hecho en sus novelas y ha conseguido por este medio los más pintorescos efectos.

El artista que ha trazado para esta galería el retrato de la princesa francesa, probablemente con inglesa malicia, le ha prestado rasgos más cómicos que bellos. Tiene una verdadera fisonomía de volátil, y sus ojos miran como á hurtadillas. ¿Son quizá plumas de papagayo las que lleva en la cabeza, y con ellas se quiere dar á entender su rápido modo de aprender lenguas? (2). Tiene las manos pequeñas, blancas é indis-

(1) Más propia es la escena francoinglesa del último acto en el campo de batalla, entre soldados.

(2) Véase *King Henry V.* Acto 3.º Escena 4.ª Catalina y Alicia. En ella, después de preguntar muchas palabras á Alicia y repetir las mal, hace alarde de su memoria.

ALICE. «Il est trop difficile, madame, comme je pense.

KATH. Excusez-moi, Alice; écoutez: de hand, de *finger*, de nails, de *arma*, de *elbow*.

ALICE. De elbow, madame.

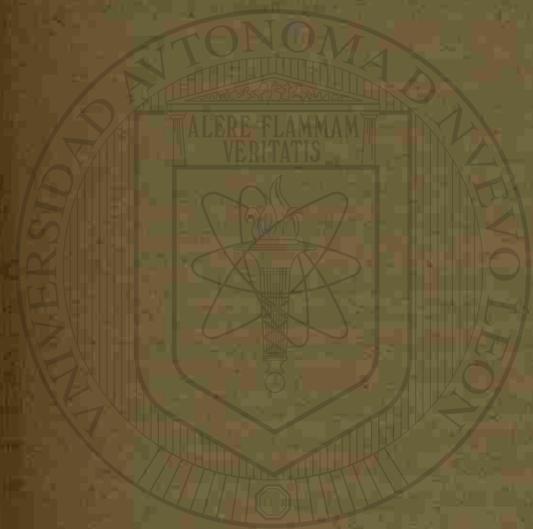
KATH. O Seigneur Dieu, je m'en oublie! etc.».

Para dar idea de la mala pronunciación de la princesa, Sha-

cretas. Todo su ser revela la pasión por el lujo y el deseo de agradar, y sabe manejar monísimamente el abanico. Apuesto que sus pies coquetean con el suelo cuando anda.

Shakespeare escribe de él artículo *the; fringes*, por *finger*; *arma*, por *arm*, etc.

Hemos creído necesaria esta nota que Heine no pone.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

JUANA DE ARCO

(EL REY ENRIQUE VI.—PRIMERA PARTE)

¡Salve, oh Schiller, insigne alemán que has purificado esta gran figura de la sátira obscena de Voltaire y de la negra mancha que también Shakespeare le imputara!

... Sí, fuera el odio nacional ó preocupaciones de la Edad Media lo que nublara su espíritu, nuestro poeta ha presentado á la heroica doncella como una bruja aliada con los oscuros poderes del infierno, y partiendo de este concepto justifica su terrible ejecución.

Profunda indignación se apoderó de mí paseando una vez por la pequeña plaza y mercado de Rouen, donde fué quemada la doncella, y una mala estatua eterniza tan perverso acto. ¡Oh atormentados muertos!

¡Esta era ya vuestra manera de tratar á los enemigos victoriosos! ¡Últimamente la roca de Santa Elena dió á la plaza de Rouen el más elevado testimonio de la magnanimidad de los ingleses!

¡Si, también Shakespeare se ha hecho culpable para con la doncella, y donde no con decidida enemistad, trata sin amistad y sin amor á la noble virgen que libertó á su patria, y que aun haciéndolo con auxilio

del infierno, no por eso dejaba de merecer admiración y gloria!

¿O tendrán razón los críticos que niegan que sea obra del gran poeta la en que aparece la doncella, como también la segunda y tercera parte de *Enrique VI*? Afirman éstos que dicha trilogía pertenece á sus más antiguos dramas, que eran sólo refundiciones. De buena gana suscribiría á esta opinión; pero los argumentos aportados son insostenibles, y estos discutidos dramas llevan en muchos pasajes estampado el sello del genio de Shakespeare (1).

(1) Sintiendo en esto como Heine, y buscando una razón que disculpe su injusticia, se me ocurra una observación. Suscribiendo á la clarividente penetración crítica de Heine, y dando á Shakespeare por indudable autor de la *Trilogía*, á la que impondría el sello de su genio, aun cuando esté fundada en obra ajena, es fácil pensar que hubiera sido del poeta y del poeta necesitado, si pertenece á su primera época, si rompiendo con la opinión general de su pueblo, de su público, hubiese atacado á la gloria nacional por defender á un enemigo, aunque éste sea una pobre doncella. No sé si algún poeta de estos tiempos se atrevería á hacer otro tanto, sin ser horriblemente silbado é insultado por doquiera:

«¡Vive Dios que no fué él;
Fué su tiempo quien lo hizo!»

Y aun el más despreocupado crítico actual dijera al autor de defensa semejante: «Eso deben escribirlo sus compatriotas, no nosotros». ¡Ya lo escribió Voltaire!—(L. G. A.)

MARGARITA

(EL REY ENRIQUE VI. — PRIMERA PARTE)

Aquí vemos á la bella hija del conde Reignier, cuando aun era una doncella. Suffolk aparece conduciéndola en calidad de prisionera, mas pronto se repara en que ella es la que le ha encadenado. Nos recuerda en un todo al recluta que desde el puesto en que estaba de centinela gritaba á su capitán: «¡He hecho un prisionero!» — «Traedle á mi presencia, contestó el capitán». — «No puedo, replicó el pobre recluta, porque mi prisionero no me suelta».

Suffolk dice:

Nadie te ofenderá, milagro hermoso,
Puesto que á mí tu guarda se encomienda,
Y como el cisne haré que sus hijuelos
Conserva prisioneros bajo el ala.
Mas si esta dulce esclavitud te enoja,
Vete, sé libre y de Suffolk amiga. (Hace ella que se va.)
¡Tente! No puedo soportar te alejes:
Mi mano te hace libre, no mi pecho.
Cual juega el sol en límpida corriente
Brillando en otros de él copiados rayos,
Así mis ojos tu beldad deslumbran.

Quisiera hablarte y la expresión no encuentro;
 ¿Tinta y pluma es preciso y que te escriba?
 ¡Quita! ¿Así te amilanas *De la Pole*?
 ¿Lengua no tienes y presente á ella?
 ¿De una mujer te turba la mirada?
 Tal es la majestad de tu hermosura,
 Que sentidos y lengua se entorpecen.

MARGARITA

Di, conde de Suffolk, si así te llamas :
 ¿Qué rescate es aquese que me exiges?
 Pues ya veo que soy tu prisionera.

SUFFOLK (aparte)

¿Cómo quieres que acceda á tu demanda
 Si á decirle tu amor aun no te arriesgas?

MARGARITA

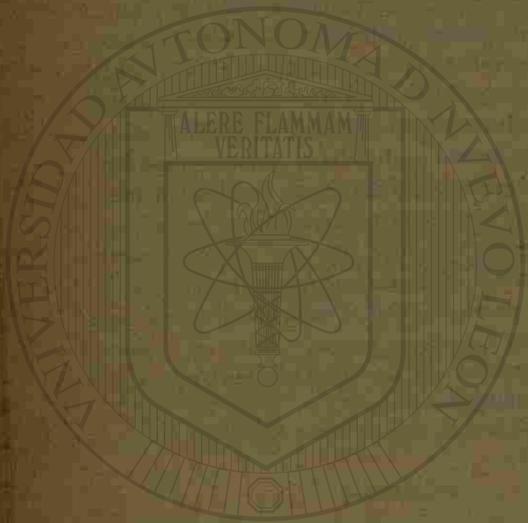
¿No hablas? ¿Qué rescate pagar debo?

SUFFOLK (aparte)

Es hermosa, y, por tanto, hay que rendirla;
 Es mujer, y, por tanto, hay que lograrla (1).
 Encuentra por fin el mejor medio de conservar su
 prisionera, pues la casa con el rey, y al mismo tiempo
 que públicamente es su vasallo, secretamente es su
 amante.

(1) Acto 5.º, escena 3.ª

¿Estas relaciones entre Margarita y Suffolk están fundadas en la historia? No lo sé. Pero Shakespeare, con su vista adivinatoria, ve con frecuencia cosas de las cuales las crónicas nada dicen, y, sin embargo, son verdad. Conoce también esos sueños fugitivos del pasado que Olio se olvidó de anotar. ¿Quizá aun permanecen olvidadas en el escenario de los acontecimientos toda clase de figuras multicolores que no se desvanecen como vulgares sombras al par que los fenómenos de la realidad, sino que permanecen cual tenaces fantasmáticas aferrados al suelo, sin ser notados por los hombres abstraídos en sus rutinarias tareas que, sin presentirlos, pasan sobre ellos en la fiebre de sus negocios, pero que á veces se hacen visibles en colores y formas determinadas á los clarividentes ojos de esos elegidos que llamamos poetas?



LA REINA MARGARITA

(EL REY ENRIQUE VI.—SEGUNDA Y TERCERA PARTES)

En este retrato vemos á la misma Margarita ya reina y esposa de Enrique VI. El botoncillo se ha abierto y ahora es toda una lozana rosa; pero un repugnante gusano yace oculto en ella. Se ha hecho una mujer frívola y dura. Terrible, sin ejemplo en el mundo de la realidad como en el de la poesía, es la escena en que ofrece al lloroso York el horrible pañuelo empapado en la sangre de su hijo, y se burla de que pueda secar con él sus lágrimas. Espantosas son sus palabras:

Mira, York, este lienzo en sangre tinto,
Que de Clifford valiente el duro acero
Del pecho del doncel hizo brotase;
Y si tus ojos por su muerte lloran,
Te le doy por que enjugues tus mejillas.
¡Ah, pobre York! Aunque te odiaba á muerte,
He de sentir tu miserable estado.
Ruégote llores, me pondrás gozosa.
¡Qué! ¿El fiero corazón está tan seco
Que una lágrima á Rudlan no dedica?
¿Por qué sufrido estás y no frenético?

De ti me burlo y que tu furia estalle.
Pelea y ruge, mientras canto y bailo (1).

Si el artista que ha dibujado la bella Margarita para esta galería la hubiera representado con los labios un poco más abiertos, podríamos reparar en que tiene dientes aguzados como los animales carniceros.

En el siguiente drama, en *Ricardo III*, aparece ya físicamente horrible, pues el tiempo le ha arrebatado hasta los aguzados dientes; ya no puede morder, y si sólo maldecir; como las brujas y los espectros, vaga por las cámaras reales, y su desdentada y fea boca murmura infernales palabras y horribles imprecaciones.

Shakespeare nos hace también saber que á causa de su amor á Suffolk, al rudo Suffolk, no disfrutó de tranquilidad alguna esta inhumana mujer. Cuanto más criminal es este amor tanto más debemos considerarle falto de verdad y de intimidad. Sin embargo, ¡qué arrebatadoramente bella es la despedida de los dos amantes! ¡Qué ternura hay en las palabras de Margarita!

¡Vete, no me hables, no! ¡Márchate al punto!
¡Espera! Dos amigos condenados
Diez mil veces se abrazan y se besan.
¡La ausencia es peor cien veces que la muerte!
¡Adiós, adiós, mi vida va contigo!

(1) Parte tercera, acto 1.º, escena 4.ª

Suffolk contesta :

¡Qué importa en qué país, si en él te encuentro!
Un desierto le juzga bien poblado
Suffolk en tu celeste compañía;
Do tú estás allí solo el mundo se halla,
Con cada uno y todos sus placeres;
Do tú no estás, desolación hay sólo (1).

Cuando después, con la ensangrentada cabeza de su amado en la mano, expresa Margarita su salvaje desesperación, nos recuerda á la terrible Chriemhilda de la leyenda de los Nibelungos. ¡Qué acorazado dolor, para expresar el cual, las más hiperbólicas palabras resultan impotentes!

Ya he indicado, de paso, que prescindiría de todo género de consideraciones históricas y filosóficas respecto á los dramas de Shakespeare, fundados en la historia de Inglaterra. El tema de estos dramas no será completamente dilucidado en tanto que dure la lucha de las modernas necesidades industriales con los restos del feudalismo de la Edad Media, en todas sus diversas transformaciones. Aquí no es tan fácil como en los dramas romanos formular un juicio determinado, y cualquier sinceridad podría ser mal acogida. No rehusaré, sin embargo, una observación única.

Es incomprensible para mí cómo algunos comentaristas alemanes se declaran decididamente partidarios de los ingleses cuando hablan de esas guerras con

(1) Segunda parte. Acto 3.º Escena 2.ª

Francia que se hallan representadas en los dramas históricos de Shakespeare. Á la verdad, en esas guerras, ni el derecho ni la poesía estaban del lado de los ingleses que, por una parte, con el frívolo pretexto de sucesión ocultaban la más brutal sed de pillaje, y, por otra parte, las hacían en provecho de vulgares intereses mercantiles; lo mismo que en nuestros tiempos, sólo que en el siglo XIX se trataba más bien del café y del azúcar, y en los siglos XIV y XV de la lana de ovejas.

Michelet, en su libro genial titulado *Historia francesa*, dice textualmente:

«El secreto de las batallas de Crecy, de Poitiers, etc., se halla en los escritorios de los comerciantes de Londres, de Burdeos, de Brujas». «La lana y la carne fundaron la primitiva Inglaterra y la raza inglesa. Antes de que Inglaterra fuese para el mundo todo un gran centro de tejidos de lana y manufacturas de hierro, era una fábrica de carnes. Siempre este pueblo se dedicó principalmente á la guarda del ganado y se alimentó con manjares de carne. De aquí esa frescura de color, esa belleza (de nariz corta y sin occipucio). Permitaseme recordar algunas impresiones personales acerca de este asunto.

»Había visitado Londres y una gran parte de Inglaterra y Escocia; había admirado más que comprendido. Antes de mi viaje de regreso, cuando fui de York á Manchester, atravesando la isla por su parte más ancha, me formé el concepto verdadero de Inglaterra. Era una mañana nebulosa y húmeda; la tierra, no sólo parecía rodeada por el Océano, sino sumergida

por él. El pálido sol apenas coloreaba la mitad del paisaje. Las casas nuevas de ladrillo rojo contrastaban por doquier con la jugosa y verde hierba; esos dos chillones colores eran los únicos que no podía desvanecer aquel ondulante mar de niebla. Suculentos pastos cubiertos de ovejas, y arriba las flamantes chimeneas de los hornos de las fábricas. Ganadería, agricultura, industria, todo se confundía en aquel pequeño espacio, una sobre otra, una alimentando á la otra; el césped vivía de la niebla, la oveja del césped, el hombre de sangre.

»En este clima devorador, siempre azotado por el hambre, sólo por medio del trabajo puede el hombre prolongar su vida. La naturaleza le obliga á él. Pero él sabe burlarse de ella: la hace trabajar, subjugándola con el hierro y el fuego. Toda Inglaterra jadea en esta lucha. El hombre está allí como encolerizado, como fuera de sí. Mirad ese rojo semblante, esos brillantes y errabundos ojos... Pudiera fácilmente creerse que está ebrio. Pero su cabeza y su mano están firmes y seguras. Sólo está ebrio de sangre y de fuerza. Se trata á sí propio como una máquina de vapor, á la que atraca desmedidamente de alimento para obtener más actividad y rapidez de la que otro cualquiera pudiera conseguir de ella.

»En la Edad Media era el inglés poco más ó menos lo que ahora, excesivamente alimentado, inclinado al comercio y guerrero á falta de ocupación industrial.

»Inglaterra, aunque inclinada á la agricultura y á la ganadería, aun no fabricaba. Carecían los ingleses de primera materia; sabían trabajar en otras cosas. La

lana estaba á un lado del canal, el trabajador estaba al otro. Mientras que los príncipes guerreaban y se querellaban, los tratantes en ganados ingleses y los fabricantes de paños flamencos vivían en la mejor armonía y en la más indestructible alianza. Los franceses, que quisieron romper esta liga, tuvieron que expiar esta fatuidad con un siglo de guerra. Cierta es que los monarcas ingleses quisieron conquistar la Francia, pero el pueblo sólo deseaba la libertad de comercio, lugares de libre importación, mercados libres para la lana inglesa. Reunidos en torno de un gran saco de lana celebraron consejo los Comunes acerca de las exigencias del monarca, y de buen grado le concedieron cuantioso subsidio en dinero y en ejércitos.

»Semejante mezcla de industria y caballería da extraño aspecto á toda esta historia. Aquel Eduardo que sobre la mesa redonda (1) hizo el orgulloso juramento de conquistar la Francia; aquellos gravetontos caballeros que llevaban, al perseguir el logro de su oferta, un ojo cubierto con un paño encarnado, no son locos tan desatinados, como á costa nuestra lo mostraron en el campo de batalla. La piadosa bonhomía de las cruzadas no era ya propia de esta época. Estos caballeros no son en el fondo más que mercantiles mercenarios, pagados agentes de comercio, viajantes armados por los mercaderes de Londres y de Gante. El mismo

(1) Es un error llamar á la Orden fundada por este Eduardo, *Caballeros de la tabla redonda*, puesto que *table* (francés é inglés) y *tavola* (italiano), no significan más que *mesa*. En el texto se ve el origen de la denominación.

Eduardo tiene que allanarse mucho, tiene que prescindir de toda altivez, tiene que obtener con halagos el beneplácito de los gremios de tejedores y comerciantes de paños, tiene que descender hasta su compadre el cervecero Artevelde, el de la mano cortada (1), hasta la mesa escritorio de un tratante en ganados para hablar al pueblo.

»Las tragedias inglesas del siglo XIV tienen cosas muy cómicas. En cada uno de aquellos nobilísimos caballeros hay algo de Falstaff. En Francia, en Italia, en España, en los hermosos países del Sur, muéstranse los ingleses tan glotones como valientes. Son el Hércules devorador de bueyes. Vienen, en el verdadero sentido de la palabra, á comerse el país; pero éste ejerce represalias y triunfa por medio de sus frutos y sus vinos. Sus príncipes y armadas se atiborran de comer y beber y mueren de indigestión y de disentería».

Compárese con estos héroes asalariados y glotones á los franceses, el pueblo más sobrio, que menos se embriaga con sus vinos, si bien mucho más con su natural entusiasmo. Este ha sido siempre la causa de sus desgracias históricas (2), y así vemos ya á mediados del siglo XIV, cómo, en lucha con los ingleses, fueron vencidos precisamente por exceso de caballería. En Crecy fué donde los franceses aparecieron más caballeros en su derrota que los ingleses en su victo-

(1) Origen del nombre de la ciudad de *Amberes*, latín ANTWERPIA (*Hand-worpen*).

(2) Y de las nuestras también. ¡Qué desgraciada actualidad tienen para nosotros estas páginas!

ría, pues de nada caballeresca manera pelearon, sino á pie. Hasta entonces había sido la guerra nada más que un gran torneo de caballeros de igual noble nacimiento; pero en Crecy, esa caballería romántica, esa poesía fué ignominiosamente fusilada por la infantería moderna, por la prosa, en el severo y usado modo de pelear; sí, aquí hacen también su aparición los cañones. El anciano rey de Bohemia, que ciego y cargado de años, asistió á esta batalla como vasallo de Francia, observó bien que comenzaba una nueva época, que la caballería tocaba á su fin, que el vigor del hombre y el caballo sería sobrepujado por el del hombre á pie, y habló así á sus caballeros: «¡Ruegoos encarecidamente que me sigáis mientras os sea posible en el combate, que todavía puedo matar con un buen tajo de mi espada!» Le oyeron, unieron sus caballos al del monarca, corrieron con él á la bárbara pelea, y á la mañana siguiente encontróse á todos muertos sobre los cadáveres de sus caballos, todavía unidos entre sí.

Como este rey de Bohemia y sus caballeros, cayeron los franceses en Crecy y en Poitiers; murieron, pero á caballo. De los ingleses fué el triunfo, de los franceses la gloria. Sí, hasta en su derrota saben los franceses hacer sombra á sus contrarios. Los triunfos de los ingleses son siempre una vergüenza para la humanidad, desde los días de Crecy y de Poitiers, hasta el de Waterloo. Clio es siempre mujer, y á pesar de su fría imparcialidad, siempre le son simpáticas la caballería y el heroísmo, y convencido estoy de que, sólo con el corazón estremeado, consigna en sus recordatorias tablas las victorias de los ingleses.

LADY GRAY

(EL REY ENRIQUE VI. — TERCERA PARTE)

Era ésta una pobre viuda, que se presentó temblando ante el rey Eduardo á suplicarle devolviese á sus hijos unos cortos bienes que á la muerte de su marido habían caído en poder de un enemigo. El voluptuoso rey, que no pudo amansar su castidad salvaje, tan encantado quedó de sus hermosas lágrimas, que le puso la corona en la cabeza. La historia cuenta cuántos pesares acarreó este acto á uno y otro.

¿Ha pintado realmente Shakespeare con histórica fidelidad el carácter del citado rey? Habré de recordar la observación que hice de que sabía llenar los vacíos de la historia. Sus caracteres de reyes están siempre tan bien dibujados, que, según observa un escritor inglés, muchas veces es cosa de pensar que haya sido durante toda su vida ese canciller del rey que hace actuar en alguno de sus dramas. Habla en pro de la verdad de la pintura la admirable semejanza que existe entre sus antiguos reyes y los reyes actuales, que como contemporáneos podemos juzgarlos mejor.

Lo que Federico Schlegel dice del historiador, es propia y completamente aplicable á nuestro poeta: «Es un profeta que mira á lo pasado». Si permitido

me fuera poner el espejo delante á uno de nuestros más famosos contemporáneos coronados, vería que Shakespeare, doscientos años ha, había trazado su retrato. En efecto, al considerar á éste grande, excelente y hasta seguramente glorioso monarca, nos asalta ese cierto sentimiento de terror que á veces experimentamos cuando á la clara luz del día encontramos una figura que ya en el nocturno sueño hemos visto. Cuando le vimos, hace ocho años, á caballo por las calles de la capital, «descubierta la cabeza y saludando humildemente á todos lados», pensamos una vez más en las palabras con que pinta York la entrada de Bolingbroke en Londres (1). Su primo, el nuevo Ricardo II, le conoció muy bien, no apartaba de él sus ojos, y decía como el antiguo :

Nosotros mismos, Green, Bagot y Bushy,
 Vimos lo que del pueblo demandaba,
 Cómo quería su favor ganarse
 Con su cordial y humilde cortesía;
 Qué aprecio dispensaba á los vasallos;
 Su sonrisa captábase al obrero,
 Y recompensa, al esperar tranquilo,
 Su ambición desterrar ya se figura.
 Descubrióse cortés ante una ostrera;
 Dos carreros le dicen : «¡Dios os guíe!»
 Y él, al verlos que doblan la rodilla,
 ¡Gracias, buenos amigos; muchas gracias!

(1) Probablemente se trata de Federico Guillermo III de Prusia, que reinó cuarenta y dos años (1798-1840).

Sí, es terrible la semejanza. Completamente como el antiguo, se desplegaba ante nuestros ojos el actual Bolingbroke, que después de la caída de su real primo escaló el trono, y poco á poco se iba afirmando en él : un héroe hábil, un gigante rastrero, un titán del disimulo, terrible, que sube tranquilo, sí, con las garras enguantadas y con ellas acariciando el manifiesto pensamiento, acechando de lejos el botín y no saltando nunca sobre él hasta que no lo tiene cerca y seguro. Quizá logre vencer siempre á sus fatigados enemigos y mantener la paz del reino hasta la hora de su muerte, en la que dirá á su hijo aquellas palabras que ha tiempo Shakespeare escribió para él :

Ven, hijo mío, siéntate en mi lecho,
 Y oye el consejo último, que pronto
 Creo voy á morir. Hijo, Dios sabe
 Por qué secretas y tortuosos vías
 La corona logré; sé por mí mismo
 Lo que pesó también sobre mi frente.
 Pasa á ti ya, de hoy más, con más reposo,
 Mejor razón y con sanción más firme;
 Las manchas del lograr conmigo bajan
 A la tumba. Una honra en ella viendo
 De la corona así con fuerte mano;
 Muchos también instáronme oficiosos,
 Para que con su auxilio la adquiriera;
 Luchas moví y aun derramé la sangre,
 A la par prefiriendo herir sañudo.
 En aquestos horrores, cual no ignoras,
 He perdurado á riesgo de mi vida;

Pues todo mi gobierno fué comedia,
 Mi papel declamé, mas ahora todo
 Mi muerte va á cambiar; lo que usurpara
 Recae en tí con más bello derecho,
 Pues por herencia llevas la corona.
 Si seguro te ves, más que yo un día,
 Bastante no lo estás mientras las quejas
 Recientes aun subsistan; mis amigos,
 Que también tus amigos hacer debes,
 Son dientes y aguijón poco ha embotados,
 Que me ayudaron con valiente esfuerzo,
 Pero cuyo poder temor infunde
 De otra destitución; para evitarla
 Los degradé y hasta pensé cuidadoso
 Muchos de ellos llevar á Palestina,
 No en silencio y tranquilos, aquí cerca
 Mi gobierno juzgasen. Hijo mío,
 Ocupa siempre al que en su fe vacila
 En lucha ajena, que al que lejos lucha
 Los pasados recuerdos se le borran.
 Mas no puedo; mi aliento ves se acaba,
 Y á más largo discurso ya se niega.
 ¡Cómo al trono subí, mi Dios, olvida!
 ¡La verdadera paz dame en tu seno!

LADY ANA

(EL REY RICARDO III)

El favor de las mujeres, como la dicha, por lo general es un don libre, que se recibe sin saber cómo y sin saber por qué. Pero hay hombres que pretenden arrancarse al destino á fuerza de bravatas, y éstas consiguen su objeto; bien por medio de caricias, bien infundiéndole miedo á las mujeres ó bien excitando su compasión les proporcionan ocasión de sacrificarse. Esto último, el ser sacrificadas, es el papel de que más gustan las mujeres; ¡viste tan bien ante las gentes y les guarda también en la soledad tantos lacrimosos y dolorosos goces!

Lady Ana fué vencida por todos esos medios al mismo tiempo. ¡Qué miel virgen brotaba de las cariñosas palabras de los temibles labios! Ricardo la acarició, el mismo Ricardo que le inspiraba todos los terrores del infierno, que había dado muerte á su amado esposo y á su paternal amigo, que á ella misma la llevó á la tumba. Mandó con voz imperiosa á los que conducían el cadáver que dejaran el féretro, y en este momento dirigió su amorosa demanda á la bella compasiva. El cordero miró con terror los carnívoros dientes del lobo, pero éste aguzó de pronto el hocico para emitir los más acariciadores aullidos.

Las cariñosas manifestaciones del lobo hicieron estremecer de tal modo al pobre cordero, de tal manera le embriagaron, que todos sus sentimientos experimentaron en ella un cambio repentino. El rey Ricardo habló de sus penas, de sus sufrimientos, de modo que Ana no pudo negarle su compasión, tanto más cuanto este hombre feroz no era quejumbión por naturaleza. Este infeliz asesino tiene remordimientos; habla de arrepentirse; una buena mujer podía quizá guiarle por el mejor camino, si quisiera sacrificarse por él, y Ana se decidió á ser reina de Inglaterra.

LA REINA CATALINA

(EL REY ENRIQUE VIII)

Tengo una invencible prevención contra esta princesa, cuyas altísimas virtudes, no obstante, debo reconocer. Como esposa fué un modelo de fidelidad conyugal. Como reina se condujo con la mayor dignidad y majestad. Como cristiana fué la piedad misma. Pero al Dr. Johnson le inspiró el elogio más inmenso; ésta es, entre todas las mujeres de Shakespeare, el amor de sus amores, y habla de ella con ternura y emoción. Esto es insoportable.

Shakespeare ha consagrado todo el poder de su genio en magnificar á la pobre señora, pero este trabajo queda reducido á nada cuando se ve que el Dr. Johnson, el gran cántaro de cerveza, es presa del más dulce arrebató al considerarla, y espumara jea los más altos elogios. Si fuera mi esposa creo que me separaba de ella con motivo de tan encomiásticas frases.

Tal vez no fué por los encantos de Ana Bullen (1) por lo que el pobre rey Enrique se divorció, sino por el entusiasmo con que se expresara algún Dr. Johnson

(1) Castellanzado vulgarménte bajo la forma de *Ana Bolena*, mas los apellidos no deben traducirse.

de entonces elogiando á la fiel, dignísima y piadosa Catalina. ¿Acaso Tomás Morus que, á pesar de toda su excelencia era algo pedante y tan fastidioso é indigesto como el Dr. Johnson, elevó hasta los cielos á la reina? Ciertamente pudo costarle caro su entusiasmo al austero canciller; no obstante, el rey le elogió por ello otro tanto.

No sé lo que más debo admirar: si el que Catalina soportara á su esposo durante quince años, ó que él soportara á su esposa durante tanto tiempo. El rey, no sólo era muy caprichoso y fácilmente irritable, sino que estaba en contradicción perpetua con todas las inclinaciones y gustos de su mujer. Esto lo vemos en muchos matrimonios que se llevan perfectamente, á pesar de vivir en perpetua querrela; pero el rey era también músico y teólogo, y en ambas cosas completamente digno de lástima. Hace tiempo, y como regocijada curiosidad, he oído un coral suyo, y, en efecto, es tan malo como su tratado *De septem sacramentis*. Seguro es que debía tener aburridísima á la pobre señora con sus composiciones musicales y sus escritos teológicos.

Lo mejor en Enrique era su afición por las artes plásticas, y en su predilección por la belleza estribaban quizá sus peores simpatías y antipatías. Catalina de Aragón era tan linda á los veinticuatro años, como Enrique lo era á los diez y ocho, y se casaron, aunque ella era ya viuda de su hermano. Pero su belleza no aumentó probablemente con los años, tanto más, cuanto que ella maceraba sus carnes con flagelaciones, ayunos, vigiliias y pesares. Quejábase con harta fre-

cuencia su esposo de estos ascéticos ejercicios, y creemos que, en efecto, debían ser muy perjudiciales á una mujer.

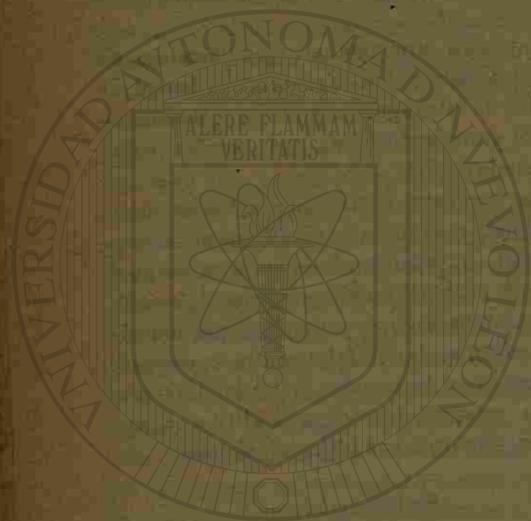
Pero aun hay otra circunstancia que fortalece mi juicio en contra de esta reina. Era hija de Isabel de Castilla y madre de la sanguinaria María. ¿Qué he de pensar del árbol procedente de tan mala semilla, y que tan mal fruto produjo? (1).

Aunque no se encuentra en la historia huella alguna de su crueldad, manifiéstase á cada paso la fiera altivez de su raza, en cuanto se refiere á su rango ó puede afectarle. Á pesar de tantos ejercicios de humildad cristiana, montaba alguna vez en casi pagana cólera, cuando se cometía alguna falta contra la etiqueta tradicional ó cuando se le negaba el título de reina. Hasta la muerte conservó esta ingénita altivez, y, según Shakespeare, estas son sus últimas palabras:

.... Embalsamadme.

Si reina sin corona, ¡mi sepulcro
De reina debe ser hija de reyes!

(1) La semilla era buena; el injerto fué el malo, y de ahí el fruto. Heine no habla aquí como alemán, sino como hebreo, y recuerda en Isabel la Católica á la que arrojara á los judíos, á la que estableciera la Inquisición. Por poco no alcanza á ver en su país actuar la protestante. Su odio está fresco. Por lo demás, reconoce que la historia no presenta á Catalina como cruel, sino como altiva, con la hermosa altivez castellana que encontró un entusiasta admirador en el gran poeta inglés.



ANA BULLEN

(EL REY ENRIQUE VIII)

Aquí viene á cuento la opinión vulgar de que el rey Enrique tenía remordimientos de conciencia por haber roto su matrimonio con Catalina á causa de los encantos de la bella Ana. También Shakespeare participa de esta opinión, y cuando en la comitiva de la coronación aparece la nueva reina, pone en boca de un noble doncel las siguientes palabras :

..... ¡Dios te bendiga!
¡Jamás vi como el suyo dulce rostro!
Por mi vida, Señor, parece un ángel.
El rey tiene las Indias en sus brazos,
Y mucho más, si á esa mujer estrecha.
Su conciencia no tacho.

El poeta nos da, en la escena siguiente, una idea de la belleza de Ana Bullen, y en ella describe el efecto que su vista produjo en el acto de la coronación.

Cuánto amaba Shakespeare á su soberana la alta Isabel, se ve quizá más que en nada en la escrupulosidad de los detalles con que presenta la coronación de su madre. Todos estos detalles sancionan el derecho de

la hija al trono, y el poeta supo hacer ver al público todo la legitimidad de su reina. Pero, ¿merecía esta reina tan amoroso celo? No creía olvidar en nada su dignidad real cuando consentía al poeta que presentase en la escena á sus antecesores, y aun á su propio padre con terrible imparcialidad. Y no sólo como reina, sino también como mujer, no quiso nunca atentar contra los derechos de la poesía; al par que toleraba á nuestro poeta las mayores libertades de expresión respecto á la política, y le exigía las frases más castas en lo que se refiere á las relaciones sexuales, no ponía reparo alguno á las más expansivas manifestaciones de una sana ingenuidad, y ella, *the maiden queen*, la virgen reina, deseaba que Sir John Falstaff se mostrase alguna vez enamorado. Sus risueñas advertencias me recuerdan *Las alegres comadres de Windsor*.

No pudo cerrar mejor Shakespeare la serie de sus dramas históricos que haciendo aparecer en escena al final del *Enrique VIII* á la recién nacida Isabel, como anuncio de un porvenir mejor.

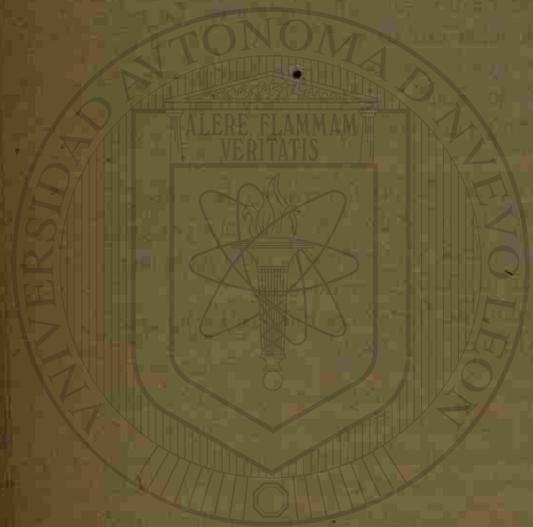
Pero, ¿ha descrito realmente Shakespeare de un modo completamente histórico el carácter de Enrique VIII, padre de su reina? Si, aunque no con la desnuda franqueza que en sus restantes dramas; también aquí ha dicho la verdad, y si el toque es más delicado, en cambio esto hace más profundos los reproches.

Este Enrique VIII fué el peor de todos los reyes, pues en tanto que todos los otros malos príncipes sólo se enfurecían contra sus enemigos, éste se enfurecía contra sus amigos, y su amor era tan peligroso como su odio. Las historias matrimoniales de este regio

Barba-azul son terribles. Cuando mandó dar muerte á Ana Bullen, le hizo antes saber que le había procurado el más hábil verdugo de toda Inglaterra. La reina le agradeció sumisa tan tierna atención, y en el tono alegre y ligero que le era peculiar, rodeando con sus blancas manos su cuello, exclamó: Soy bien fácil de decapitar; no tengo más que un cuellecito corto y delgado.

Tampoco el hacha con que le cortaron la cabeza le tenía mayor. Me la enseñaron en la cámara posterior de la torre de Londres, y mientras la tenía en la mano se me ocurrieron extraños pensamientos.

Si yo fuera reina de Inglaterra hubiera hecho arrojar ese hacha al fondo del Océano.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LADY MACBETH

(MACBETH)

Del drama propiamente histórico paso á esa tragedia cuya fábula, ó es pura invención, ó está basada en las antiguas sagas y novelas. *Macbeth* constituye una transición á esa poesía en que el genio del gran Shakespeare despliega sus alas con la mayor libertad y atrevimiento. La materia, aunque tomada de una antigua leyenda (1), tiene, no obstante, algunos derechos á la fe histórica, porque en ella intervenía el antiguo fundador de las casas reales de Inglaterra. *Macbeth* fué también representada bajo Jacobo I, el que, sabido es, pretendía descender del escocés Banquo. En este sentido ha entremezclado el poeta en su drama algunos vaticinios en honor de la dinastía reinante.

Macbeth es la obra favorita de los críticos, que encuentran en ella ocasión de discutir largo y tendido sus opiniones acerca del destino antiguo en la tragedia, en comparación con el concepto del *fatum* entre los trágicos modernos. Sólo me permitiré hacer una ligera observación sobre este asunto.

(1) De la *Crónica de Holinshed*, tragedia en latín, representada en la Universidad de Oxford (1605).

La idea del destino de Shakespeare es tan distinta de la de los antiguos como lo son las mujeres adivinatoras, las prometedoras de coronas de las antiguas leyendas noruegas que encuentran á Macbeth, de esa hermandad de brujas que vemos aparecer en la tragedia.

Esas mujeres extrañas, en las antiguas leyendas noruegas, son, á todas luces, walkirias, terribles diosas del aire que se ciernen sobre los campos de batalla, que reparten la victoria ó la derrota y que deben ser consideradas como verdaderas desviadoras del destino humano, pues de éstas dependía, las más veces, para el guerrero norso el resultado de un combate personal (1). Shakespeare las transformó en brujas perniciosas, las despojó de todas las terribles gracias de la mitología escandinava, convirtiéndolas en infames y equívocas mujeres que saben provocar visiones monstruosas y cometer crímenes, con infame y cruel alegría, ó por orden del infierno; son las servidoras del mal, y el que se deja alucinar por sus vaticinios da en el abismo en cuerpo y alma. Shakespeare ha traducido también al cristianismo las antiguas divinidades del destino pagano y sus imponentes y mágicas frases, y la perdición de su héroe no se verifica á causa de esa fatalidad predeterminada, de esa rígida inevitabilidad del antiguo *fatum*, sino que es la consecuencia de esa

(1) Como en el de Siemundo y Hunding en la *Walkiria* de Wagner. Tetralogía del *Anillo del Niebetungo*. Jornada primera acto segundo. Puede consultarse sobre este asunto el libro de Louis Pilate de Brinn'Gaubast. París, E. Dentu, 1894.

atracción del infierno que sabe aprisionar en sus finisimas redes el corazón humano: Macbeth sucumbe al poder de Satán, al genio del mal.

Es curioso comparar las brujas de Shakespeare con las de otro poeta inglés. Nótese que Shakespeare no supo emanciparse por completo de la manera de ver del paganismo antiguo, y por esto sus hermanas hechiceras resultan, por su origen, más grandiosas y más respetables que las brujas de Middleton; éstas revelan más bien un mal natural cortesano, obran con una perfidia más miserable, sólo dañan al cuerpo, tienen escaso poder sobre el espíritu, y á lo más saben endurecer nuestro corazón con celos, disgustos, concupiscencia y otras análogas manifestaciones de la sensibilidad.

La fama de Lady Macbeth, á quien durante dos siglos se ha tenido por una mala persona, se ha mejorado algo ha unos doce años en Alemania, y muy en ventaja suya. El piadoso Francisco Horn también hizo la observación en la revista de Brockhans, *Conversations-Blatt*, de que la pobre *Lady*, hasta ahora completamente desconocida, amaba mucho á su marido, y ante todo manifiesta un espíritu amoroso. Signió esta opinión Luis Tieck, y la apoyó con toda su sabiduría, erudición y profundidad filosófica, y, poco tiempo después, vimos á Madame Stich en el Teatro Real arrullar apasionadamente como una tórtola, haciendo el papel de Lady Macbeth de tal modo, que no quedó corazón en Berlín que no se conmoviera ante aquellos acentos de ternura, y muchos ojos derramaron lágrimas ante el aspecto del buen Macbeth.

Esto ocurrió, como digo, ha unos doce años en aquella dulce época de la restauración, en que teníamos en el cuerpo tantos amores.

De entonces acá ha habido una verdadera bancarrota, y la generalidad tiene la culpa de que no consagremos ahora á cierta coronada persona el amor que se merece, y que, como la reina de Escocia, desbalijó completamente nuestros corazones durante el periodo de la restauración.

No sé si sigue aún agitándose en Alemania la cuestión de la amabilidad de la citada Lady Macbeth. Desde la revolución de Julio se han cambiado los pareceres acerca de muchas cosas, y quizá se ha llegado á ver también en Berlín que los buenos Macbeth son una mala bestia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MEXICO
BIBLIOTECA DE MEXICO
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTENEGRO, MEXICO

OFELIA

(HAMLET)

Esta es la pobre Ofelia á quien el danés Hamlet amara.

Era una muchacha rubia y balla, especialmente había en sus palabras un encanto que me conmovía el corazón ya entonces, cuando quise ir á Wittenberg, á casa de su padre, para saludarle. El anciano señor era tan bondadoso, que me dió, para el camino, todos aquellos consejos de que él hacía poco uso, y, por último, dijo á Ofelia que nos trajera vino para, á fuerza de beber, hacer menos dolorosa la despedida.

Cuando la amable niña, pudorosa y encantadora, llegó ante mí con la bandeja, y alzó sus grandes y radiantes ojos, en mi distracción, tomé una copa vacía en vez de una llena. Sonrió ante mi equivocación. Su sonrisa era ya entonces admirablemente brillante, y cubriéronse sus labios con ese matiz embriagador que probablemente debe su origen al beso de los *elfos* que acechaban desde los ángulos de su boca.

Cuando volví de Wittenberg, como la sonrisa de Ofelia se me representaba en todo su esplendor, olvidé todas las sutilezas escolásticas, y mis disquisiciones consistían sólo en estas amorosas preguntas: ¿Qué

significa esa sonrisa? ¿Qué significa esa voz, ese misterioso y tenue sonido aflautado? ¿De dónde tomaron aquellos ojos sus celestiales rayos? ¿Es un reflejo del cielo, ó resplandece el cielo solamente por el reflejo de esos ojos? ¿Está esa sonrisa en relación con la muda música del baile de las esferas, ó es sólo la notación terrestre de sus suprasensibles armonías? Un día, en que paseábamos por el jardín del castillo en Helsingör, bromeando y conversando tiernamente... No puedo olvidarlo, ¡qué miserablemente contrastaba el canto del ruiseñor con el hálito celestial de la voz de Ofelia, y qué pobres ó inexpressivas parecían las flores con sus pintados semblantes, sin sonrisa, si se las comparaba con la boca celestial de Ofelia! ¡Qué aérea y amorosamente se balanceaba su esbelto talle al marchar á mi lado!

Sí, es la maldición de los hombres débiles que, cuando una iniquidad les sale al paso, descargan su enojo siempre sobre lo mejor y más amado que poseen. El pobre Hamlet destruyó primero su inteligencia, su más excelsa joya, se precipitó á sí propio, al afectar extravíos mentales, en el abismo terrible de la locura verdadera, y atormentó á su pobre amada con el aguijón de sus melosos discursos. ¡Pobre niña! Faltaba aún que el amado tomara á su padre por un ratón y le atravesase. ¡Entonces precisamente debió ella volver en su acuerdo! Pero su extravío no es tan negro ni se incuba en la obscuridad como el de Hamlet, sino que ravelotea en torno de su cerebro enfermo, suavizándose con dulces canciones. Su dulce voz se disuelve completamente en cantos, y flores y más flores se en-

trecruzan en todos sus pensamientos. Canta y teje coronas y adorna con ellas su frente, y sonríe con su radiante sonrisa. ¡Pobre niña!

Sobre el arroyo dóblanse los sauces,
La clara linfa su follaje pinta,
Con que teje fantásticas coronas
De ortigas, margaritas y ranúnculos.
Encaramóse á las frondosas ramas,
De las ya casi inmersas suspendióse,
Y, al quebrarse una débil, se sepultan
Sus silvestres trofeos y ella misma
En las aguas llorosas. Sus vestidos
Del líquido al henchirse, dilatados,
Sostiénenla un instante cual sirena,
Y ella entretanto antiguos aires canta,
Sin la noción del inminente riesgo,
Como un ser que naciera con destino
Para elemento tal. Pero bien pronto
Las hidrópicas telas de su traje
A la niña infeliz, desde su canto
Hacen pasar á la fangosa muerte.

Pero, ¡á qué contaros esta penosísima historia! La conozco toda desde mi juventud más temprana, y la he llorado con frecuencia sobre la antigua tragedia del danés Hamlet, que amaba á la pobre Ofelia; que la amaba más que pudieran amarla mil hermanos en su amor colectivo. Enloqueció por habérsele presentado el espectro de su padre; porque el mundo huyó de sus ojos, y se sintió demasiado débil para volverle á hacer

entrar en sí mismo; porque en la alemana Wittenberg había sabido, sin género alguno de duda, sus amores, y estaba en la duda de si debía volverse loco ó cometer un acto de violencia, y porque, sobre todo, como hombre llevaba en sí gran propensión á la locura.

Conocemos á ese Hamlet como conocemos nuestra propia cara, que con frecuencia tal la vemos en el espejo, y que, no obstante, no es menos conocida de lo que pudiéramos creer; pues si encontráramos en la calle á uno que fuera nuestro vivo retrato, miraríamos estupefactos su extraño y, no obstante, bien conocido semblante, de un modo instintivo y con terror secreto, pero sin reparar en que eran los rasgos de nuestro propio rostro los que estábamos mirando (1).

(1) Heine confunde aquí intencionalmente con los de la Ofelia de Shakespeare, una aventura de amor suya.

CORDELIA

(EL REY LEAR)

En esta obra, dice un escritor inglés, hay lazos y trampas para el lector. Esta tragedia, observa otro, es un laberinto en que el comentador se pierde, y hasta puede correr el peligro del minotauro, de ser estrangulado en él; quizá sólo en propia defensa debe usar la vara de medir de la crítica. Y, en efecto, siempre es arriesgada empresa el criticar á Shakespeare, á él, cuyas palabras nos salen siempre al encuentro, riéndose de la crítica más sutil de nuestros propios pensamientos y actos. Es casi imposible juzgarle en esta tragedia en que su genio se eleva en rauda vuelo á las más vertiginosas alturas.

Á las puertas de esta maravillosa fábrica, á la exposición, es á lo único que me atrevo á llegar, que ya basta para producirnos asombro; porque, sobre todo, son admirables las exposiciones de las tragedias de Shakespeare. Por medio de estas primeras escenas de introducción se nos arranca á nuestros sentimientos y pensamientos habituales, y se nos coloca en medio de esos extraordinarios acontecimientos con que el poeta quiere sacudir y purificar nuestra alma. Así comienza la tragedia de Macbeth con el encuentro de las brujas,

entrar en sí mismo; porque en la alemana Wittenberg había sabido, sin género alguno de duda, sus amores, y estaba en la duda de si debía volverse loco ó cometer un acto de violencia, y porque, sobre todo, como hombre llevaba en sí gran propensión á la locura.

Conocemos á ese Hamlet como conocemos nuestra propia cara, que con frecuencia tal la vemos en el espejo, y que, no obstante, no es menos conocida de lo que pudiéramos creer; pues si encontráramos en la calle á uno que fuera nuestro vivo retrato, miraríamos estupefactos su extraño y, no obstante, bien conocido semblante, de un modo instintivo y con terror secreto, pero sin reparar en que eran los rasgos de nuestro propio rostro los que estábamos mirando (1).

(1) Heine confunde aquí intencionalmente con los de la Ofelia de Shakespeare, una aventura de amor suya.

CORDELIA

(EL REY LEAR)

En esta obra, dice un escritor inglés, hay lazos y trampas para el lector. Esta tragedia, observa otro, es un laberinto en que el comentador se pierde, y hasta puede correr el peligro del minotauro, de ser estrangulado en él; quizá sólo en propia defensa debe usar la vara de medir de la crítica. Y, en efecto, siempre es arriesgada empresa el criticar á Shakespeare, á él, cuyas palabras nos salen siempre al encuentro, riéndose de la crítica más sutil de nuestros propios pensamientos y actos. Es casi imposible juzgarle en esta tragedia en que su genio se eleva en rauda vuelo á las más vertiginosas alturas.

Á las puertas de esta maravillosa fábrica, á la exposición, es á lo único que me atrevo á llegar, que ya basta para producirnos asombro; porque, sobre todo, son admirables las exposiciones de las tragedias de Shakespeare. Por medio de estas primeras escenas de introducción se nos arranca á nuestros sentimientos y pensamientos habituales, y se nos coloca en medio de esos extraordinarios acontecimientos con que el poeta quiere sacudir y purificar nuestra alma. Así comienza la tragedia de Macbeth con el encuentro de las brujas,

y la mágica predicción de éstas, no solamente subyuga el corazón del guerrero escocés, á quien vemos aparecer en la embriaguez de la victoria, sino también nuestro propio corazón de espectadores, que ya no puede sustraerse al encanto hasta que todo se cumple y se termina.

Como en *Macbeth*, se apodera de nosotros desde el principio el vasto y estupefaciente crepúsculo de aquel fantástico y sangriento mundo, nos produce escalofrío el espectáculo del pálido fantasma, en la primera escena de *Hamlet*, y ya no podemos desasirnos de esas pesadillas nocturnas plagadas de visiones, de esa opresión de angustia íntima (1), hasta que todo acaba, hasta que el ambiente de Dinamarca, que estaba saturado de humana podredumbre, vuelve á quedar completamente puro.

Del mismo modo, en la primera escena de *Lear*, inmediatamente nos vemos implicados en el extraño destino que á nuestros ojos se declara, despliega y desencadena. El poeta nos ofrece aquí un drama mucho más espantoso que todos los horrores del mundo de la magia y de los espectros; nos muestra el drama de la pasión humana, que rompe todos los diques de la razón, que rugiendo dentro de la terrible majestad del extravío de un príncipe, rivalizando con su elevada naturaleza, llega al más salvaje desorden. Creo que éste es el límite del extraordinario poder con que Sha-

(1) *Alpdrücken*, opresión del Alp ó Elf, pretendido y legendario fantasma que oprime á los que duermen, según la creencia vulgar alemana.

kespeare, como si jugara con él, sabe siempre dominar, á su arbitrio, un asunto; aquí domina á su propio genio aun más que en las tragedias citadas *Macbeth* y *Hamlet*, pues con artística serenidad, junto á las más oscuras sombras de la noche del sentimiento, sabe pintar las más rosadas luces del ingenio, junto á los actos más feroces la más alegre y tranquila vida.

Si, en la tragedia *Macbeth* sonriemos, por contraste, una naturaleza dulce y alegre; en los frisos de las ventanas de los castillos, donde se cometen los más sangrientos crímenes, anidan las inofensivas golondrinas; en toda la obra se respira un alegre verano de Escocia, sin exceso de calor ni frescura; por doquiera hermosos árboles y verde follaje, y al final, un bosque entero que marcha, el Birman-Wald, que viene hacia Dunsinan. También en *Hamlet* contrasta la amable naturaleza con el sofocante calor de la acción; dura aún la noche en el pecho de los héroes, y ya brilla el sol en torno, por lo menos con crepusculares resplandores; Polonio es un necio divertido. Se representa la tranquila comedia, y la pobre Ofelia se sienta entre las flores, y las teje lozanas en su corona. Pero en *Lear* no domina ninguno de estos contrastes entre la acción y la naturaleza, sino que los desenfrenados elementos aullan y rugen en torno del lecho del enloquecido monarca. ¿Influye también un hecho moral de extraordinario modo sobre esa naturaleza llamada inerte? ¿Existe entre ésta y el sentimiento humano una afinidad exteriormente visible? ¿La ha reconocido nuestro poeta y quiere presentarla?

En la primera escena de esta tragedia nos vemos

transportados, como queda dicho, al foco de los acontecimientos, y con la misma claridad que en el cielo, un ojo experto puede predecir el tiempo futuro. Como que es una nubecilla en la inteligencia de *Lear* la que más tarde se condensa hasta llegar á convertirse en negrísima noche de su espíritu. El que de esta manera lo da todo, está ya loco. Lo mismo que el espíritu del héroe llegamos á conocer el carácter de las hijas ya en la escena de exposición, y se nos revela también la silenciosa ternura de Cordelia, la Antígona moderna, y que aun sobrepuja á su antigua hermana en profundidad íntima de sentimiento.

Sí, es un alma pura, cuya pureza sólo el rey en su locura percibe. ¿Completamente pura? Creo que un sí es no es terca, pero esta faltilla es herencia paterna. El verdadero amor es ruboroso y aborrece las palabras que pueden exhibirle; ella no sabe más que llorar y derramar su sangre. La melancólica amargura con que Cordelia alude á la hipocresía de sus hermanas, es de lo más delicado, y lleva en sí todo el carácter de esa ironía de que solía servirse el Maestro de todo amor, el héroe del Evangelio. Descarga su alma del peso de su justísima indignación y manifiesta al mismo tiempo toda su nobleza en estas palabras:

«En verdad, nunca me casaré como mis hermanas, para amar solamente á mi padre».

JULIETA

(ROMEO Y JULIA)

En efecto, cada obra de Shakespeare tiene su clima especial, su estación del año determinada y sus caracteres particulares de localidad. Como las personas tienen su fisonomía especial, en cada uno de estos dramas también la tienen el cielo y el suelo en ellos visible. Aquí, en *Romeo y Julia*, hemos atravesado los Alpes y nos hallamos de repente en el hermoso jardín, llamado Italia:

¿Viste el país donde el limón florece,
La naranja en la fronda se enrojece?... (1).

Es Verona, la ciudad caldeada por el sol, la que esta vez ha elegido Shakespeare como escenario para los heroísmos del amor que quiso celebrar en *Romeo y Julia*. Sí, no la famosa pareja humana, sino el amor mismo es el héroe de este drama. Aquí vemos aparecer al amor con su juvenil petulancia, pidiendo á todas las

(1) Véase la nota del tomo II, pág. 119, donde está completa la estrofa de Goethe.

Hemos puesto el epígrafe *Julietta*, porque nos es más conocido el nombre de la heroína en su diminutivo italiano.

circunstancias hostiles que le opongan resistencia y vencíendolo todo. Como nada teme, en su descomunal combate, toma á la muerte por su más terrible, pero también más seguro aliado. ¡Y el amor aliado con la muerte es invencible!

¡Oh amor! Él es la más alta y la más triunfadora de todas las pasiones. Su fuerza, domadora del mundo, consiste en su magnanimidad sin límites, en su altruismo casi inconcebible, en su desprecio de la vida y en su anhelo de sacrificio. Para él no existe el ayer ni se piensa en el mañana. Sólo en el hoy concentra sus anhelos, pero éste le desean entero, inabreviable, inextinguible. No quiere dejar nada para lo futuro y desprecia los restos supervivientes del pasado. «Noche ante mí y tras de mí la noche». Es una llama errante entre dos tinieblas. ¿Dónde tomó origen? De una chispa infinitamente pequeña. ¿Cómo acaba? Se extingue sin dejar huella del más inconcebible modo. Cuanto más vivamente arde, tanto más pronto se extingue. Pero esto no le impide abandonarse completamente á su ardiente carrera, como si este fuego hubiera de ser eterno.

¡Ah! Cuando por segunda vez en la vida se siente uno presa de su intensa llama, falta ya, desgraciadamente, la fe en su inmortalidad, y la dolorosa experiencia nos dice que al fin, por sí misma, se extingue. De aquí la diferencia que existe entre la melancolía del primer amor y la del segundo. En el primero pensamos que sólo puede terminar nuestra pasión en trágica muerte, y, en efecto, cuando de otro modo no pueden allanarse las dificultades que á su logro se opo-

nen, nos decidimos fácilmente á bajar á la tumba en compañía del amado. Al contrario, en el segundo amor, tenemos ya la convicción de que nuestros más indómitos y avasalladores sentimientos se cambian con el tiempo en acomodaticia tibieza; que los ojos, los labios, los talles que ahora nos hacen estremecer de placer, habremos de contemplarlos un día con indiferencia. ¡Ah! ¡este pensamiento es aun más melancólico que aquel presentimiento de muerte! ¡Es un irresistible sentimiento el que produce el pensar con prudente austeridad y calma en medio de las más ardientes embriagueces, y saber por experiencia que las pasiones heroicas y llenas de poesía tienen fin tan miserable!

¡Oh, poéticas y heroicas pasiones! Como las princesas de bastidores, se cubren de afeites, se pintan de rojo, se visten ostentosamente, se adornan con deslumbrantes joyas, se pasean altivas y declaman en rítmicos versos. Pero cuando cae el telón, vuelve á vestirse la princesa su traje de diario, se quita el colerete de las mejillas, tiene que entregar sus galas al jefe del guardarropa, y se ase vacilante del brazo de cualquier juez municipal que habla un detestable alemán berlinés, sube con él á un desván y bosteza, y éste, con ronca voz, le habla al oído, sin que se perciba más que esta dulce protesta: «Por mi honor, que trabaja usted divinamente».

No es que me atreva á tildar en lo más mínimo á Shakespeare, sino solamente quisiera manifestar mi sorpresa de que haya hecho á Romeo concebir una pasión por Rosalinda antes de llevarle cerca de Julia. A pesar de que se abandona por completo á su segundo

amor, anídase en su alma cierto escepticismo que se manifiesta en irónicas frases, que no pocas veces hacen recordar á Hamlet. O ¿es que el segundo amor es en el hombre más fuerte, precisamente porque puede ser en propia conciencia claramente comparado? (1). En ambos no hay segundo amor, su naturaleza es demasiado delicada para que pudieran soportar por segunda vez tan pavoroso terremoto anímico. ¡Contemplad á Julia! ¿Se hallaría en estado de sobrellevar por segunda vez tal cúmulo inmenso de felicidad y de terror, de solicitar otra vez todas aquellas angustias y obstinaciones, de apurar la terrible copa? Creo que hizo bastante la vez primera esta venturosa infeliz, esta víctima pura de tan gran pasión.

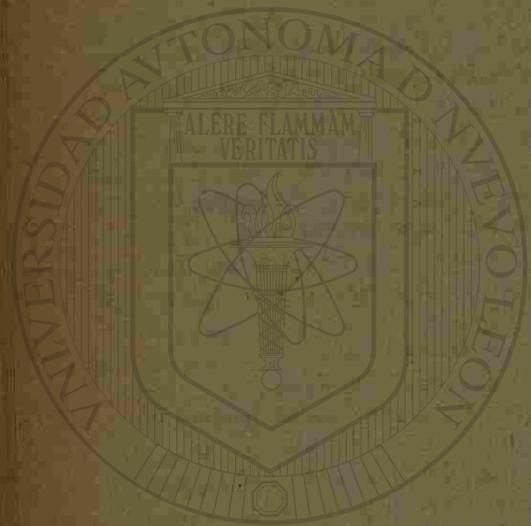
Julia ama por primera vez, y ama completamente sana de alma y cuerpo. Tiene catorce años, es una italiana, lo que equivale á diez y siete años en el Norte. Es un botón de rosa el que los labios de Romeo besan á nuestra vista, y que se despliega en toda su pompa juvenil. No ha aprendido en libros profanos ni religiosos qué cosa es amor; el sol se lo ha dicho, se lo ha repetido la luna, y su corazón ha contestado como un eco, sorprendiendo sin saberlo los secretos de la noche. Pero Romeo está bajo su balcón, oye sus palabras y las toma al pie de la letra. El carácter de su amor es el ser verdadero y sano. La doncella respira salud y

(1) También hay que tener en cuenta que para aumentar esta pasión entran en juego el amor propio por parte Romeo, y que el acicate de los obstáculos la agranda en ambos. —(L. G. A.)

verdad, y es cosa que conmueve á cuantos lo oyen, cuando dice:

Sabes, aunque mi rostro sombras velan,
Que, cual doncella, mi mejilla ardía
Al decirle á la noche lo que oíste.
Fácil me fuera, por pudor, negarte
Lo que dije: mas ¡lejos cumplimientos!
¿Me amas? Bien sé ¡ay! que has de decirlo,
Y te habré de creer; mas, aunque jures,
Puedes serme traidor: de amor perjurios
Diz que Júpiter ríe. ¡Oh, buen Romeo!
Si es que me amas, lealmente dílo;
Mas si me juzgas fácil y liviana,
Ceño pondré y aun te diré no sigas,
Por verte en pos de mí. ¡No á tal me obligues!
Romeo, es cierto, te amo demasiado
Y pienso que has de ser luz de mi vida;
Cree, doncel, que más leal me porto
Que las que afectan ser indiferentes.
Debiera aparentarlo, lo confieso;
Mas lo que oíste, delató ya antes
Mi fiel pasión; por tanto, me perloná:
No tengas por ligero amor que brilla
Y de noche en las sombras se descubre (1).

(1) Acto 2.º, escena 2.ª



DESDÉMONA

(OTELLO)

Ya he hecho notar incidentalmente que el carácter de Romeo tiene algo del de Hamlet. En efecto, cierta seriedad propia del Norte, arroja su toque de sombra sobre este ardiente carácter. Compárense Julia y Desdémona, y se percibirá también en aquélla ese elemento del Norte; en medio de la violencia de su pasión, siempre es dueña de sí; tiene clara conciencia de sí misma, y es señora de sus actos. Julia ama y piensa y actúa. Desdémona ama y siente y está atenta, no á su propia voluntad, sino al impulso del más fuerte. Su excelencia consiste en que en su noble naturaleza no puede ejercer el mal la influencia que el bien. Seguramente hubiera permanecido toda su vida en el palacio de su padre consagrada como una tímida niña á los quehaceres domésticos; pero la voz del moro penetró en su oído, y, aunque bajaba los ojos, vió su rostro en sus palabras, en sus narraciones, ó como ella dice, «en su alma»..., y este sufrido, magnánimo, bello, puro rostro del alma obró en su corazón el irresistible y arrebatador encanto. Sí, tiene razón su padre, su sapientísima señoría el senador Brabantio: la culpa de todo la tenía una poderosa magia que la medrosa y tierna niña sen-

tía emanarse del moro, que disipaba su temor hacia aquella odiosa y negra máscara que la generalidad tomaba por el verdadero semblante de Otelo.

El amor de Julia es activo, el de Desdémona pasivo. Es el girasol que ni aun sabe que siempre vuelve su cabeza hacia el alto lumínar diurno. Es la verdadera hija del Mediodía, tierna, sensible, paciente, como aquellas esbeltas mujeres de grandes y brillantes ojos que se destacan radiantes en la poesía sánscrita, tan amables, tan dulces, tan soñadoras. Siempre me recuerda á la Sacúntala de Kalidasa, el Shakespeare de la India.

El grabador inglés á quien debemos el presente retrato de Desdémona, ha puesto en sus grandes ojos una expresión quizá excesivamente apasionada. Mas creo haber indicado ya que el contraste del rostro y del carácter siempre produce interesante atractivo. En todo caso es este rostro muy bello, y especialmente al autor de estas páginas tiene que agradarle mucho, porque le recuerda la elevada belleza, que, ¡loado sea Dios!, en su semblante jamás tuvo mancha y hasta ahora sólo en su alma ha visto.

Su padre me quería y me obsequiaba;
Saber quiso la historia de mi vida
Año por año, sitios y combates,
Y la suerte que en ellos me cupiera.
A partir de los días de mi infancia,
Llegué al momento en que saberla quiso.
Le referí sucesos desastrosos,
Accidentes narré de mar y tierra

En que á dos dedos de la muerte estuve,
Cuál prendióme enemigo que insolente
Me hizo esclavo y vendió; cómo fui libre.
Hube de hacer la historia de mis viajes:
De vastos antros y arenales muertos,
Montañas cuya cumbre al cielo llega (1),
Tuve que hablar, y aun que añadir noticias
Del caníbal que uno á otro se devora,
De antropófagos y hombres que las crece
Al nivel de los hombros la cabeza.
Esto oír á Desdémona gustaba;
Descuidaba domésticos quehaceres
O dábase más prisa en terminarlos
Para acercarse á regalar su oído
Con mis discursos; observélo. Un día
Que más de una hora hablé, buscó ella medio
De rogar, seriamente interesada,
Mi peregrinación le repitiera,
Porque á intervalos sólo pudo oírlo,
Y esto sin intención. Consentí en ello.
Lágrimas tiernas vi que derramaba
Al referirle dolorosos lances
Por que, aun joven, pasé. Mi historia acabo
Y un mundo de suspiros da á mis penas.
«¡Qué extraña historia! — dice — ¡Más que extraña!
¡Qué lastimosa! ¡Extraña y lastimosa!»

(1) Shakespeare dice, según mi texto. «The Globe Edition. Philadelphia J. B. Lippincott et C^o». *Rough quarries, rocks and hills whose heads touch heaven*: Escarpadas canteras, rocas y colinas cuyas cumbres llegan al cielo. Esto traduce también Heine en dos versos.

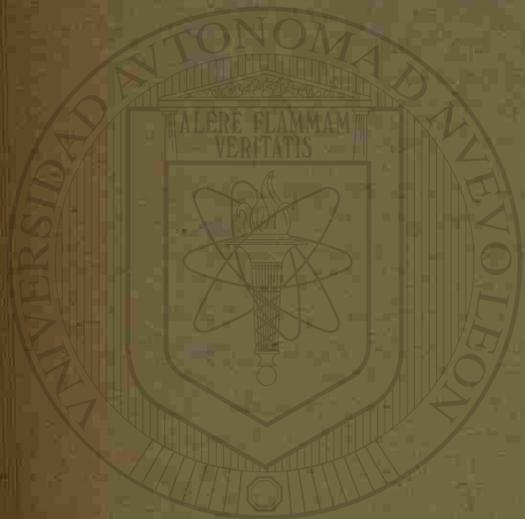
No haberla oído deseó, y que el cielo
 Depárele hombre así. Las gracias dióme,
 Me rogó, si un mi amigo la quisiera,
 Y á contarle mi historia le enseñaba,
 Á pretenderla fuese. De esto hablamos.
 Por los peligros que corré me ama,
 Y yo la amo, pues piedad le inspiran (1).

Esta tragedia debe ser uno de los últimos trabajos de Shakespeare, á *Tito Andrónico* la he considerado como su primera producción. Aquí, como allí, se trata, sobre todo, de la pasión de una mujer hermosa por un aborrecible moro. El hombre maduro vuelve otra vez al problema que ya en su juventud le preocupara. ¿Ha encontrado realmente ahora la solución? ¿Es esta solución tan verdadera como bella? Sombria tristeza se apodera de mí muchas veces, cuando cedo al pensamiento de que quizá el honrado Yago no anduviera del todo descaminado en su mala glosa referente al amor de Desdémona hacia el moro. Al contrario, me conmueven extraordinariamente las observaciones de Othello acerca de las húmedas manos de su esposa.

Precisamente un ejemplo tan aventurado y significativo de amor hacia un moro, como los que vemos en *Tito Andrónico* y *Othello*, se encuentra en las *Mil y una noches*, en donde una bella princesa, que al mismo tiempo profesa la hechicería, tiene á su marido amarrado y rígido como una estatua y le apalea todos los días por haber dado muerte á su amado, que era un

(1) Acto 1.º Escena 3.ª

horrible negro. Desgarran el corazón los lamentos de la princesa al lado del negro cadáver, al que por medio de sus mágicas artes sabe dotar de una especie de apariencia de vida, y al que cubre de desesperadísimos besos, y aun por medio de una magia más grande, la del amor, pudiera despertar al semidifunto al completo goce de la vida real. De muchacho me dejó ya absorto, al leer el cuento árabe, este cuadro de doloroso é inconcebible amor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

JESIKA

(EL MERCADER DE VENECIA)

Cuando vi representar en Drurylane esta obra, en una butaca, detrás de mí, vi á una bella y pálida inglesa que, al final del cuarto acto, lloraba desesperadamente y exclamaba á intervalos: *The poor man is wronged!* (¡El pobre hombre está ofendido!) Tenía un semblante del más nobilísimo corte griego, y sus ojos eran negros y grandes. ¡Nunca he podido olvidar aquellos grandes y negros ojos que lloraron por Shylock!

Pensando en aquellas lágrimas debo contar al *Mercader de Venecia* entre las tragedias, aunque el marco de la obra esté provisto de alegres máscaras, cuadros satíricos y amoríos, y aunque el autor en realidad haya querido hacer una comedia. Quizá se propuso Shakespeare regocijar á la muchedumbre presentándole enjaulado un hombre-lobo, un jarulfo, fabulosa y aborrecida criatura sedienta de sangre, y burlarse de él porque, á guisa de expiación, se queda sin ducados y sin hija. Pero el genio del poeta, el espíritu cosmopolita que en él domina, va más allá del alcance de su público, y así ocurre que en Shylock, además de la ridícula caricatura, está expuesta la justificación de una secta infeliz castigada por la providencia, por mis-

teriosas razones, con el odio del pueblo, tanto en sus clases ínfimas como elevadas, y este odio no siempre con amor puede pagarse.

Pero, ¿qué digo? El genio de Shakespeare se eleva por encima de las rencillas de los partidarios de ambas creencias, y su drama nos muestra en realidad, no al judío ni al cristiano, sino al opresor y al oprimido; nos hace oír los gritos de júbilo doloroso y loco de este último cuando puede reembolsar con usura á sus presuntuosos atormentadores sus acumulados sufrimientos. No aparece en él la huella más insignificante de la cuestión de diferencias religiosas, y Shakespeare no presenta en Sylock más que un hombre á quien la naturaleza manda odiar á su contrario, como en Antonio y sus amigos no pinta en manera alguna á los discípulos del divino Maestro, que nos manda amar á nuestros enemigos. Cuando Shylock dice al que quiere que le preste dinero á rédito, estas palabras :

Signor Antonio, varias, muchas veces,
Insultado me habéis en el Rialto
Á causa de mi oro y mis usuras;
De hombros me encogí, y callé sufrido;
De nuestra raza es el sufrir la herencia.
Me llamasteis herético y verdugo,
Y escupisteis mi hebraica gabardina,
Todo porque uso bien de lo que es mío.
Está bien; hoy mi auxilio es necesario,
Eso es; vais á mi casa. ¿Á qué? Á decirme:
«Sylock, queremos oro». Decirlo osa
El que escupió en mis barbas, insolente,

Y de su casa me arrojó cual perro
Se arroja á puntapiés. ¡Queréis moneda!
¿Qué os debo contestar? Decir no debo:
«¿Un perro tiene oro? ¿Le es posible
Acaso á un can prestar tres mil ducados?»
Ó bien debo cual siervo así inclinarme
Humilde, balbuciente y aturdido
Decir: «Señor, el miércoles pasado
Me escupisteis; me disteis otro día
Con vuestro pie y aun me llamasteis perro;
Correspondiendo á tanta cortesía,
¿Cuánto dinero os plaza he de prestaros?»

Contesta Antonio :

Fácil me fuera aun otra vez llamártelo,
El escupirte y con mis pies lanzarte (1).

¡He aquí la caridad cristiana! En verdad que Shakespeare hubiera hecho una sátira contra el cristianismo, si le hubiera querido representar por las personas que tal enemiga tienen contra Sylock, porque después de todo apenas sirven para descalzarle el zapato. Antonio, el banquero en quiebra, es un espíritu sin energía, sin fuerza para aborrecer y también sin fuerza para amar, un corazón de gusanillo, sin transparencia, cuya carne realmente no podría servir para nada mejor que para «cebo de peces». Además, no devuelve al engañado judío la suma de tres mil ducados que pres-

(1) Acto 1.º, escena 3.ª

tara. Tampoco Bassanio le devuelve á él el dinero, porque, según la frase de un crítico inglés, es un verdadero cazador de fortunas (1); pues toma dinero á préstamo para rodearse de algún lujo, hacer una rica boda y embolsarse un cuantioso dote; dice á su amigo:

No os es desconocido, amigo Antonio,
Lo mucho que mi hacienda malgastara
Anhelando arribar á mejor puerto
Hasta donde mis medios permitian.
No me voy á quejar de lo que hiciera
Por tal deseo; mi mayor cuidado
Es el salir con honra de las deudas
Que en el tiempo en que fui sobrado pródigo
Tuve que contraer (2).

En cuanto á Lorenzo, es cómplice de uno de los más infames robos domésticos, y con arreglo á las leyes de Prusia, tenía la pena de quince años de prisión correccional, ser marcado á fuego y expuesto á la pública vergüenza; aunque éste, no sólo por los ducados y joyas robadas, sino también por las bellezas naturales y paisajes á la luz de la luna, es susceptible de ser puesto en música. Respecto á los otros nobles venecianos que vemos aparecer acompañando á Antonio, no parecen tampoco aborrecer mucho el dinero, y para su pobre amigo, cuando le ven sumido en la desgracia, no tienen otra cosa que palabras, aire amonedado.

(1) *Fortune-hunter.*

(2) Acto 1.º, escena 1.ª

Nuestro buen pietista Francisco Horn hace respecto de este asunto una trivial, pero completamente exacta observación: «Aquí se le ocurre á uno preguntar: ¿cómo es posible que llegara á tanto la desgracia de Antonio?»

Toda Venecia le conocía y estimaba, todos sus buenos amigos sabían con exactitud los términos de la terrible obligación, y que el judío no consentiría en que se borrara un punto de ella. No obstante, dejan transcurrir un día tras otro, hasta que al fin han pasado los tres meses, y con ellos toda esperanza de salvación.

También hubiera sido muy fácil á aquellos buenos amigos, que parecen enteramente constituir un haz en torno del regio comerciante, reunir la suma de tres mil ducados para salvar la vida de un hombre, aun la de un cualquiera; pero esto es siempre un poco molesto, y así hacen los amigos queridos, precisamente porque no son más que amigos, ó si se quiere, medio amigos ó tres cuartos de amigos, es decir, nada, nada y nada. Compadecen intimamente al excelente comerciante, que les disponía antes tan hermosas fiestas, pero con la conveniente comodidad; dirigen inventivas á Shylock hasta donde el corazón y la lengua se lo permiten, lo que, en todo caso, podían hacer sin peligro alguno, y piensan, al fin, todos unánimes que tienen que cumplir los deberes de la amistad.

Cuanto más aborrezcamos á Shylock, tanto menos tenemos que censurarle el que desprecie un poco á esta gente, en lo que tal vez hacía bien. Sí, hasta parece, por último, confundir á Graciano, que disculpa su ausencia, con aquéllos y confundir á todos en un mis-

mo calificativo, cuando opone la primitiva inacción á la verbosidad presente en esta tajadora respuesta :

Mientras no borres de mi escrito el sello
Te cansarás en vano hablando á gritos.
A tu genio recurre ó caerá, joven,
Por tierra todo. Estoy en mi derecho. (1).

¿O habrá que considerar quizá á Lancelot Gobbo como representante del cristianismo? En ninguna parte se ha explicado Shakespeare tan claramente acerca de esto, como en un diálogo que este criado sostiene con su ama. A la frase del Jessika:

«Me salvaré, gracias á mi marido que me ha hecho cristiana».

Contesta Lancelot Gobbo:

«A la verdad, es eso muy censurable. Ya éramos antes bastante cristianos, precisamente cuantos podían vivir bien, unos al lado de otros. Esa manera de hacer cristianos va á motivar la carestía de la carne de cerdo; y aunque todos nos dedicásemos á venderla, no tendríamos dentro de poco un torrezno en las ascuas por moneda». (2).

Verdaderamente, á excepción de Porcia, es Shylock el personaje más respetable de toda la obra. Ama el oro, pero no disimula este amor, le confesaría á gritos en la plaza pública. Pero hay algo que estima aún más que el dinero, y esto es la reparación de las injurias que laceran su corazón, el derecho de devolver una á

(1) Acto 4.º, escena 1.ª

(2) Acto 3.º, escena 5.ª

una las indecibles ofensas recibidas, y aunque le ofrecen diez veces la suma prestada, replica que ni los tres mil ni los diez veces tres mil ducados siente perder si con ellos compra una libra de carne del corazón de su enemigo. ¿Qué harás con esa carne?— le pregunta Saladino. Y él contesta:

«Cebad peces. Si nadie se alimenta con ella, se alimenta con ella mi venganza. Me ha ofendido y retenido medio millón; se ha reído de mis pérdidas y burlado de mis ganancias; ha despreciado mi raza; se ha cruzado en mis contratos, enfriado á mis amigos y encendido á mis enemigos. ¿Cuál es la razón de todo esto? Que soy un judío. ¿Un judío no tiene ojos? ¿No tiene un judío manos, órganos, dimensiones, sentidos, afectos y pasiones? ¿No se alimenta con los mismos manjares, es herido con las mismas armas, está sujeto á las mismas enfermedades, y es curado por los mismos medios, caldeado y enfriado por el mismo verano é invierno que un cristiano? Si nos punzáis, ¿no sangramos? Si nos hacéis cosquillas, ¿no reímos? Si nos envenenáis, ¿no morimos? Y si nos ofendéis, ¿no hemos de vengarnos? Si en lo demás nos asemejamos á vosotros, también debemos asemejarnos en esto. Si un judío ofende á un cristiano ¿cuál es su humildad? La venganza. Si un cristiano ofende á un judío ¿cuál debe ser su sufrimiento según el ejemplo del cristiano? Pues, la venganza. Vosotros me ensañáis la villanía, yo la ejecutaré; si soy más duro, es que quiero sobrepujar á mis maestros». (1).

(1) Acto 3.º, escena 1.ª

No, Shylock ama el dinero, pero hay cosas que ama más aún, entre otras su hija, «Jessika, mi niña». Aunque en el colmo de su ira la maldice y desea verla muerta á sus pies con las joyas en las orejas y los ducados en el féretro, la ama aún más que á los ducados y las joyas. De la vida pública, de la Sociedad cristiana, vuelve al estrecho espacio de su casa, asilo de su felicidad doméstica, sí, porque al pobre judío sólo le restan las afecciones de familia, y éstas han huido de su lado llevándose consigo la tranquilidad de su hogar. La turquesa, el anillo que un día le regalara su esposa, su Lea, no los hubiera él dado «por un bosque de monos». Cuando en la escena del juicio dice Bassanio á Antonio las siguientes palabras :

«Antonio, soy casado, y á mi esposa
Amo aun mucho más que á mi existencia;
Existencia, mujer, el mundo todo,
Menos caros me son que lo es tu vida.
Todo lo diera, sí, y sacrificara,
De este demonio sólo por librarte».

A las que Graciano añade:

«Tengo una esposa á quien os juro que amo;
Quisiérala en el cielo, si pudiera
Desde él domar el odio del judío».

se despierta en Shylock la angustiosa idea de la futura suerte de su hija, que se ha casado con uno de aquellos hombres que se atreven á sacrificar sus mujeres á

sus amigos, y no alto, sino «aparte», dícese á sí propio:

¡Qué cristianos esposos! Tengo una hija
¡Que de la estirpe de Barnabas sea,
Su marido prefiero que un cristiano! (1).

Este pasaje, esta frase á media voz, es la base del juicio condenatorio que debemos emitir acerca de la bella Jessika. No era un padre sin amor al que olvidaba, al que hacía traición. ¡Qué vergonzosa traición! Hace causa común con los enemigos de Shylock, y cuando éstos en Belmonte dirigen toda clase de invectivas contra él, no baja Jessika los ojos, no palidecen los labios de Jessika, sino que Jessika es la que peor habla de su padre. ¡Qué horrible frivolidad! No tiene sentimientos, sólo tiene espíritu aventurero. Se aburría en la rigurosamente cerrada, en la «honrada» casa del amargado judío, que al fin llegó á parecerle un infierno. Atraían en extremo su frívolo corazón los alegres sonos del tamboril y de la flauta travesera.

¿Quiso Shakespeare pintar en ella una judía? Probablemente no; pinta solo una hija de Eva, una de esas hermosas aves que, en cuanto llegan á volar, transponen el nido paterno en pos del hombre amado. Así siguió Desdémona al moro é Imogen á Póstumo. Es costum-

(1) Acto 4.º, escena 1.ª. Hemos preferido en el 2.º verso del aparte de Shylock el nombre *Barnabas* más exacto; que usa Heine, al vulgar *Barrabas* del texto de Shakespeare, corrupción parecida á la del *Miramamolín* de nuestra historia por *Emir-al-mumenín* (principa de los creyentes), y otras.

bre femenina. En Jessika es especialmente digno de notarse cierto tímido reparo que no puede dominar, cuando tiene que presentarse embarazada. Quizá en este rasgo se pudiera reconocer esa castidad singular propia de su raza, que tan admirable encanto presta á sus hijas.

La castidad de los judíos acaso es consecuencia de la oposición que desde remotos tiempos hicieron á aquella sensualidad oriental y á aquellos sensuales servicios que un tiempo estaban en todo su apogeo entre sus vecinos los egipcios, fenicios, asirios y babilonios, y se han mantenido en perpetua transformación hasta hoy. Los judíos son un pueblo casto, inclinado á la abstinencia, casi pudiera decir: un pueblo abstracto, y que en cuanto á pureza de costumbres es el más próximo á la raza germánica. La castidad de las mujeres quizá no tiene aprecio en absoluto entre judíos y germanos, pero cuando aparece, causa la impresión más amable, graciosa y aun conmovedora. Conmovedor hasta hacer derramar lágrimas es, por ejemplo, cuando después de la derrota de cimbrios y teutones, las mujeres mismas imploran de Mario que las entregue como esclavas, no á sus soldados, sino á las sacerdotisas de Vesta.

Es, en efecto, notable la íntima afinidad que existe entre ambos pueblos judío y germano respecto de la castidad. Esta afinidad no tiene por fundamento causas históricas, porque casi casi la Crónica de las grandes familias judaicas, la Biblia, sirviera de libro educativo á todo el mundo germánico, ó porque judíos y germanos, desde muy antiguo, los más inconciliables

enemigos de los romanos, fueron por ello sus naturales aliados; tiene una causa más honda, y ambos pueblos son originariamente tan semejantes, que se pudiera considerar la Palestina de otros tiempos como una Alemania oriental, como pudiera tenerse á la Alemania de hoy por la patria de la palabra divina, por la tierra madre del profetismo, por la fortaleza de la espiritualidad pura.

Pero no es solamente Alemania la que tiene la fisonomía de Palestina, sino que también el resto de Europa se elevó hasta los judíos. Digo que se elevó, porque los judíos llevaban ya en sí, en sus comienzos, el principio moderno que solamente hoy se ha desplegado visiblemente en los pueblos europeos.

Griegos y Romanos se adhieren con entusiasmo al suelo, á la patria. Los inmigrantes del Norte que invadieron el mundo griego y romano, se adhieren á la persona de su caudillo, y en lugar del antiguo patriotismo entra en la Edad Media la fidelidad del vasallo y la dependencia de los príncipes. Pero los judíos, desde remotos tiempos, se adhieren sólo á la ley, al pensamiento abstracto como nuestros nuevos republicanos *cosmopolíticos*, que no consideran como lo más alto la tierra en que nacieron ni la persona de los príncipes, sino las leyes. Si, el cosmopolitismo brotó propia y completamente de la tierra de Judea, y Cristo, el que, á pesar del disgusto del hamburgués citado al principio de estas páginas, era judío real y efectivo, fué el que, con toda propiedad hablando, dió origen á la propaganda de la ciudadanía universal. En lo que se refiere al republicanismo de los judíos, recuerdo haber

leído en Josefo que hubo republicanos en Jerusalén que se opusieron á las ideas monárquicas de los herodianos, pelearon valerosísimamente, á nadie dieron el nombre de *Señor*, y aborrecieron rabiosísima aunque secretamente el absolutismo romano; libertad é igualdad era su religión. ¡Qué desatino!

Pero ¿cuál es la última razón de ese odio que hasta el presente observamos en Europa entre los adeptos de la ley mosaica y los de la doctrina de Cristo, y del cual el poeta nos ha presentado un terrible cuadro en el *Mercader de Venecia* mediante esa intuición de lo general en lo particular? ¿Es el primitivo odio entre hermanos que ya desde la creación del mundo vemos encenderse á causa de diferencias de culto entre Cain y Abel? ¿O, después de todo, la religión es sólo un pretexto, y los hombres se odian por odiarse, como por amarse se aman? ¿Cuál de ambos contendientes es el culpable de esta querrela? Para contestar á esa pregunta me veo en el caso de insertar un pasaje de una carta particular que justifica también á los contrarios de Shylock:

«No condeno el odio con que el vulgo persigue á los judíos; condeno sólo los desdichados errores que le engendraron. El pueblo siempre tiene razón en la cosa; su odio como su amor obedece siempre en el fondo á un instinto completamente certero, sólo que no sabe formular rectamente sus sentimientos, y en lugar de encaminar su odio contra la cosa, lo encamina por regla general contra la persona, contra el inocente odre de pecados, según las circunstancias de lugar ó tiempo. Padece el pueblo escasez, le faltan medios de

subsistencia, y aunque el sacerdote de la religión del Estado les asegura «que en la tierra se está para sufrir y para obedecer á pesar del hambre y sed de justicia», el pueblo tiene secreta y viva inclinación hacia los medios de los ricos, y por esto odia á los que los acumulan en bolsas y cajas; odia á los ricos, y se alegra cuando la religión le permite manifestar á sus anchas este sentimiento. El vulgo odió siempre en el judío no más que al poseedor de dinero; siempre fué el acuñado metal el que encendió el relámpago de su cólera contra los judíos. No obstante, el espíritu de cada época asignó una razón á este odio. En la Edad Media llevaba ésta el obscuro color de la Iglesia Católica y se golpeó, mató y saqueó sus casas á los judíos, «porque crucificaron á Cristo», completamente con la misma lógica con que en Santo Domingo algunos negros cristianos en la época de la matanza (1) de blancos corrían con una imagen del Salvador crucificado y gritaban fanáticamente: «Los blancos le mataron, matemos á los blancos» (2).

»Amigo mío, se ríe usted de los pobres negros; yo le aseguro que los plantadores de las Indias occidentales no se refan entonces, y fueron asesinados en expiación de la muerte de Cristo, como algunos siglos antes los judíos europeos. Pero los negros cristianos de Santo Domingo tenían también razón en la cosa. Los blancos vivían ociosos, en la abundancia de todos los bie-

(1) En el original, massacre.

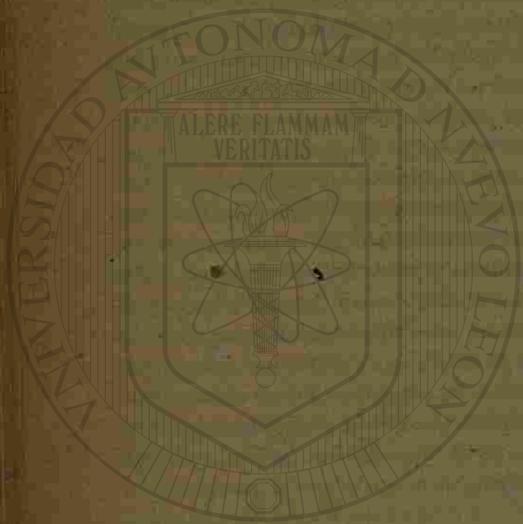
(2) En el original, *Les blancs l'ont tué, tuons nous les blancs!* por ser esta lengua la que hablan los negros de Haiti.

nes, mientras el negro tenía que trabajar para ellos, con el sudor de su rostro negro, y no recibía como recompensa más que un poco de harina de arroz y muchos latigazos; los negros eran el vulgo.

»Ya no vivimos en la Edad Media, también se ha ilustrado el vulgo y ya no golpea y mata á los judíos ni embellece su odio con la religión; nuestra época no es ya tan sencilla y fervorosamente creyente; la tradicional querrela se reviste de modernas formas y el pueblo, lo mismo en los satabancos que en las Cámaras de diputados, declama contra los judíos con argumentos mercantiles, industriales, científicos y hasta filosóficos. Sólo algunos astutos cocodrilos dan todavía hoy á su odio colorido religioso y persiguen á los judíos en nombre de Cristo; la inmensa mayoría confiesa francamente que sólo se trata en el fondo de intereses materiales, y quiere impedir á los judíos, por todos los medios posibles, el ejercicio de sus aptitudes industriales. Aquí, en Francfort, por ejemplo, sólo se permite casar anualmente á veinticuatro adeptos á la fe mosaica, con lo que su población no aumenta y no puede hacer una excesiva competencia á los comerciantes cristianos. Aquí está la verdadera razón del odio á los judíos, con su verdadero rostro á la vista; no tiene aspecto alguno de ardiente fanatismo monacal, sino que es la pusilánime preocupación declarada de un tendero que se angustia ante la posibilidad de que remonte su vuelo por doquiera el espíritu mercantil israelita.

»Pero ¿es culpa de los judíos el que este espíritu de los negocios se haya desenvuelto en ellos de un modo tan temible? Toda la culpa está en aquella sinrazón

con que en la Edad Media se desconoció la importancia de la industria y se consideró el comercio como cosa innoble, y hasta como ignominiosos los asuntos de dinero. Por esta razón la parte más lucrativa de esta rama de la industria, los negocios en metálico, cayeron en manos de los judíos, y así éstos, á quienes estaba prohibido dedicarse á todas las demás industrias, necesariamente habían de hacerse los más refinados comerciantes y banqueros. Se les obligó á hacerse ricos y se les odió después á causa de su riqueza; y aunque ahora ha desechado la cristiandad su prejuicio contra la industria, y los cristianos han llegado á hacerse en ella y en el comercio tan fulleros y tan ricos como los judíos, no obstante continúa el tradicional odio popular contra éstos últimos, porque el pueblo sigue viendo en ellos á los representantes de los adinerados y les odia. Vea usted, en la historia del mundo cada cual tiene razón, lo mismo el martillo que el yunque.»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

PORCIA

(EL MERCADER DE VENECIA)

«Tan deslumbrados y encantados quedaron, á lo que parece, todos los críticos ante la dignidad del carácter de Shylock, que no llegaron á reconocer á Porcia su derecho, pues si es cierto que el carácter de Shylock no es muy artístico en su clase, aún es más acabado que el de Porcia en la suya. Ambas brillantes figuras son dignas de loa, y lo son porque ambas revisten graciosa forma en el verdadero dominio de una poesía pomposa y encantadora. Al lado del terrible é inexorable judío, frente á su poderosa sombra, dibujada en plena luz, aparece ella como un elegante Ticiano exuberante de belleza al lado de un magnífico Rembrand.

»Porcia tiene su correspondiente parte de esas graciosas cualidades que siempre prodigó Shakespeare, principalmente en sus caracteres femeninos; al lado de la dignidad, la dulzura y la ternura que sobre todo asigna á su sexo, y le hizo otros dones especiales completamente apropiados, tales como gran fuerza de espíritu, ánimo levantado, firmeza decidida y una vivacidad completamente aérea. Estas son cualidades innatas; pero además le asignó otras propiedades exteriores que resultan de su posición y sus relaciones. Es heredera de un nombre de príncipes y posee una

incalculable riqueza; la ha rodeado siempre un cortejo dispuesto á proporcionarle goces; desde su niñez ha respirado una atmósfera saturada de suaves aromas y ceremoniosas lisonjas. De aquí su gracia soberana, su distinguida y gárrula elegancia, su espíritu pomposo en todo cuanto hace y dice, propio del que desde su nacimiento todo lo ha contemplado brillante. Se acerca como si cruzase un palacio de mármoles, entre áureos techos y pavimento de cedro y mosaicos de jaspero y pórfido, ó por un jardín con estatuas, flores y fuentes y misteriosa y susurrante música. Tiene una sabiduría completamente insinuante, una ternura sincera y un ingenio vivo. Pero como jamás ha conocido la escasez, la aflicción, el miedo á los contratiempos, su sabiduría no tiene rasgo alguno de obscuridad ni falta de transparencia; todos sus movimientos llevan en sí la fe, la esperanza y la alegría, y su ingenio no es malévoló ni mordaz en lo más mínimo.»

He tomado las observaciones que preceden de una obra de Mistres Jameson, titulada: *Caracteres femeninos morales, poéticos é históricos*. Se trata en este libro sólo de las mujeres de Shakespeare, y los pasajes citados atestiguan el ingenio de la autora, que probablemente es de origen escocés. Lo que dice de Porcia, en contraposición con Shylock, no es sólo bello, sino también verdadero.

Si consideramos á este último, como generalmente se hace, como representante de la rígida y severa Judea enemiga del Arte, se nos aparece Porcia, al contrario, como representante de ese florecimiento póstumo del genio griego que, partiendo de Italia en el siglo xvi,

esparció su hermoso aroma por el mundo, y que aún apreciamos y amamos bajo el nombre de Renacimiento. Porcia es al mismo tiempo la representante de ese éxito feliz que se opone á las sombrías desgracias históricas que Shylock representa. ¡Qué lozano, qué rosado, qué clarisonante es cuanto ella piensa y dice; qué enjambre de alegrías sus palabras, qué bellas todas sus imágenes, al menos las tomadas de la mitología! ¡Qué tristes, incisivas y odiosas son, al contrario, las ideas y las frases de Shylock, que no usa en sus réplicas más que comparaciones tomadas del Antiguo Testamento! Su ingenio es nervioso y cáustico, busca sus metáforas en las circunstancias más diversas, y aun sus palabras son conjuntos de sonidos oscuros y enrevesados, ya erizados de *erres*, ya mezclados con murmullos y rechinar de dientes.

Según son las personas así son sus costumbres. Como vemos que el servidor de Jehová no puede soportar en su «honrada casa» una imagen de Dios, ni aun del hombre, su degenerada semejanza, y hasta tapa sus oídos y cierra las ventanas para que no penetren en su vivienda los rumores de las paganas fiestas, vemos, al contrario, la vida espléndida y llena de buen gusto, la *villeggiatura*, en el hermoso palacio de Belmonte, do todo es luz y música, do entre pinturas, estatuas de mármol y altos laureles, los engalanados amantes discurren alegremente y resuelven amorosos enigmas, y en medio de todo esto descuella su magnificencia la Signora Porcia, brillante como una divinidad,

Que el cabello de luz ciñe á sus sienes...

Mediante semejante contraste llegan á individualizarse de tal modo los dos personajes principales del drama, que pudiera jurarse que no son creaciones fantásticas de un poeta, sino seres humanos reales, nacidos de mujer. Si, aun nos parecen dotados de más vida que las criaturas naturales ordinarias, porque ni el tiempo ni la muerte pueden afectarlas en nada, y late en sus venas una sangre inmortal, la eterna poesía.

Cuando vas á Venecia y pasas por delante del Palacio ducal, sabes muy bien que ni en la sala de los senadores ni en la escalera de los gigantes vas á encontrar á Marino Faliero; puedes recordar al antiguo Dandolo quizá en el arsenal, pero no buscarás al ciego héroe en ninguna dorada galera; ves en un ángulo de la calle Santa una serpiente tallada en piedra, y en el opuesto un león alado que tiene entre sus garras la cabeza de la serpiente, y entonces quizá acude á tu memoria, aunque sólo por un instante, el altivo Carmagnola. Pero aun más que en todos estos personajes históricos piensas en Venecia, en el Shylock de Shakespeare, que siempre vive, en tanto que aquéllos há tiempo se pudrieron en sus tumbas; y cuando subes al Rialto buscan por doquiera tus ojos, y piensas que pudiera estar por allí, detrás de algún pilar, con su gabardina hebraica y su desconfiado y calculador semblante, y hasta crees á veces oír su voz chillona que dice: «¡Tres mil ducados... bueno!».

Yo, al menos, como viajero caza-sueños que soy, miré por doquiera en el Rialto, por ver si encontraba á Shylock en alguna parte. Hubiera tenido que darle

noticia de algo que tal vez le hubiera causado placer; por ejemplo, que su primo, el Sr. de Sylock, de Paris, (1) había llegado á ser el príncipe más poderoso de la cristiandad, y había obtenido de su Católica Majestad la cruz de Isabel la Católica, la que fundara esta Orden para arrojar los judíos y los moros de España. Pero por ninguna parte le descubrí en el Rialto, y me alejé de allí para buscar á mi antiguo conocido en la sinagoga.

Precisamente celebraban los judíos el día de su santa reconciliación y estaban envueltos en sus blancos trajes talaes, y con su inquietante movimiento de cabeza parecían una reunión de espectros. Los pobres judíos estaban allí ayunando y orando desde la madrugada, desde la tarde anterior no habían comido ni bebido, habiendo suplicado antes á todos sus conocidos confesasen con ellos á Dios sus pecados, en previsión de que pudiera acontecerles alguna desgracia en el trascurso del año; hermosa costumbre que, de tan extraño modo, se conserva entre esas gentes que aun continúan siendo completamente ajenas á la doctrina de Cristo.

Al tratar de reconocer al viejo Shylock, examinando atentamente todos aquellos pálidos y dolientes rostros judíos, hice un descubrimiento que, desgraciadamente, no puedo callar. Aquel mismo día había visitado la casa de enajenados de San Carlos, y ahora se me ocurría en la sinagoga que en la mirada de los ju-

(1) Rothschild.

dios llameaba el mismo siniestro fulgor, medio fijo y medio errabundo, medio sarcástico y medio imbecil, que poco antes observara en los ojos de los alienados de San Carlos. Esta indescriptible y misteriosa mirada no atestiguaba propiamente la ausencia de la razón, sino más bien el predominio de una idea fija. Quizá la fe en ese Dios tonante y extramundano de que habla Moisés, ha venido á ser la idea fija de todo un pueblo que, á pesar de llevar puesta hace dos mil años la camisa de fuerza y administrársele duchas, no quiere abandonarla; como aquel abogado loco que vi en San Carlos, que tampoco salía de su tema de que el sol era un queso inglés, y sus rayos no consistían más que en gusanos rojos, y que uno de aquellos rayos le perforaba la frente.

De ningún modo pretendo combatir con esto el valor de esa idea fija; sólo quiero decir que los mismos que la padecen son demasiado débiles para enseñorearse de ella, y por esto se ven oprimidos y como fuera de la misma naturaleza. ¡Qué martirios han sufrido ya á causa de esta idea! ¡Cuántos mayores martirios les quedan aún que sufrir! Me estremezco ante este pensamiento, y una infinita compasión hace sangrar mi pecho.

Durante toda la Edad Media hasta hoy no estuvieron las creencias dominantes en el mundo en contradicción directa con esa idea que Moisés impuso á los judíos, atándolos con sus sagradas correas, y cortando de su propia carne; sí, no se diferencian esencialmente de cristianos y mahometanos; no se diferencian en una síntesis contrapuesta, sino sólo en la interpretación y

en ser los vencidos (1). Pero si un día vence Satán, es decir, el pecaminoso panteísmo, ante el cual podríamos probar cuánto hay de santo en el Antiguo y Nuevo Testamento, como también en el Corán, suscitará sobre la cabeza de los pobres judíos una borrasca de persecuciones que ha de sobrepajar en mucho á las ya sufridas.

A pesar de que busqué por todas partes en la Sinagoga de Venecia, no pude en ninguna descubrir el semblante de Shylock. Aun me parecía que pudiera estar allí oculto bajo alguno de aquellos blancos trajes

(1) El texto de Heine dice: *sino sólo en la interpretación y en el schibboleth*. Frase proverbial entre los hebreos.

La palabra hebrea שִׁבּוּלֵת (schibboleth) significa *espiga*, y gramaticalmente es el nombre que se da á uno de los puntos diacríticos que acompañan á las letras del alfabeto hebreo, siendo el *schibboleth* el que acompaña siempre al ש, colocándose encima ya á la izquierda ya á la derecha, para modificar su pronunciación; así: ש = sh, ש = sch.

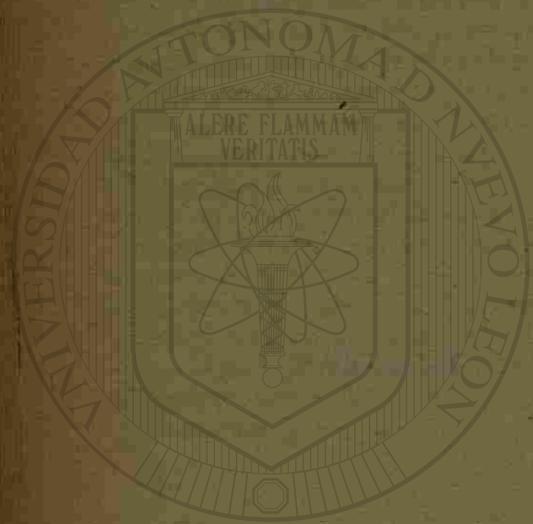
Pero el origen de esta denominación es histórico, y se halla en el Antiguo Testamento: «Jueces, cap. XII, versículo 6.º, cuando derrotados los de Efraim por los de Galaad, al mando de Jefté, tomaron los de éste los vados del Jordán, en acecho del regreso de los fugitivos efraimitas. Según iban llegando, suplicaban á los galaaditas que les dejasen pasar. Preguntábanles éstos: ¿No eres de Ephraim? A lo que contestaban que no. Entonces los de Galaad, para asegurarse de si eran de los vencedores ó de los vencidos, recurrieron al seguro expediente de la pronunciación hebrea, que era dialectal en los vencidos de Ephraim, y les decían: «Pues di: schibboleth», y el efraimita pronunciaba sibboleth, (pues en su dialecto no existía el sonido schi (letra ש, schin; la confundían con el ש, samed,) y entonces asían de él y le degollaban», lo cual ocurrió hasta á cuarenta y dos mil efraimitas».

talares, rogando fervorosamente como los demás hermanos en religión, con salvaje fiereza; sí, elevando frenético su plegaria al trono de Jehová, al fuerte rey de los reyes. ¡Pero no le vil! Mas á la caída de la tarde, cuando, según la fe de los judíos, se cierran las puertas del cielo, y ninguna plegaria tiene ya entrada, oí una voz ahogada en lágrimas como si nunca con los ojos hubiera llorado. Eran unos sollozos que hubieran movido á compasión á una piedra. Era una manifestación de dolor que sólo podía exhalarse de un pecho que hubiera reunido en sí todos los martirios que todo un atormentado pueblo está sufriendo hace diez y ocho siglos. ¡Era el estertor de un alma que sucumbe á su mortal cansancio á las mismas puertas del cielo! Y esta voz me parecía muy conocida, me parecía que la había oído antes, cuando un tiempo en el extremo de su desesperación exclamaba: «¡Jessika, hija mía!»

COMEDIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

Considera, querido lector, el apuro en que el pobre traductor castellano se encuentra, cuando después de estampado el epígrafe «Comedias» vuelve la hoja y se encuentra con que ésta sección está compuesta solamente de trozos de Shakespeare puestos debajo de los epígrafes que indican el personaje femenino que la lámina á que acompañaban representa, pero sin una observación, sin nada de esos comentarios graciosos, profundos, hasta tristes á veces para nosotros, al ver que ya eran viejas en el mundo cosas que ignorábamos, ó de las que no hemos sabido sacar enseñanzas.

¿Qué hacer? ¿Traducir esos fragmentos que sin la lámina que explica nada son? ¿Para qué? Pero son obra de Heine; prosa y versos tan bien escritos como él sabe hacerlo. Para los alemanes sí, son fragmentos de lindísima poesía, y que, como traducción, podrán llegar á veces á ese último límite á que le es dado llegar al traductor, á hacer hablar al autor inglés en alemán como él mismo lo hubiera hecho, si en alemán escribiera. Pero si los trasladáramos al castellano, ¿qué resultaría? Pues los más perfectamente traducidos frag-

mentos no se parecerían apenas á su original, porque ese límite último ofrece en cada lengua un aspecto distinto, y lo que en una lengua está bien dicho y bien expresado, en otra resulta gramaticalmente disparatado, y lógicamente obscuro. Por eso los versos y citas de Shakespeare intercalados en los artículos de la sección anterior están traducidos de Shakespeare, que, sobre ser el original, ofrece una gramática más sencilla, aunque germánica, y un vocabulario románico en gran parte, aunque muy desviado á veces en la acepción.

No hay, pues, en esta sección obra original de Heine; nada tenemos que traducir, pues carece de objeto la traducción, de la traducción. Sin embargo, llevando al extremo nuestro deseo de dar idea completa del trabajo de Heine, y por si alguno de nuestros lectores tuviera necesidad de ello ó tuviese el gusto de hacer el estudio de los restantes tipos femeninos de que consta esta galería, daremos una lista de los personajes, acompañando á cada nombre el título de la obra á que pertenece, y determinando el acto y la escena á que en ella corresponde el pasaje dado como característico de cada uno, lo cual facilitará su busca, en las obras originales de Shakespeare, ó en sus traducciones.

He aquí la serie:

- MIRANDA. — *La tempestad*. Acto III, escena 1.^a
 TITANIA. — *Sueño de una noche de S. Juan*. Acto II, escena 2.^a (Titania viene con su comitiva).
 PERDITA. — *Cuento de invierno*. Acto IV, escena 3.^a
 IMOGEN. — *Cymbelino*. Acto II, escena 2.^a

- JULIA. — *Los dos veroneses*. (1). Acto IV, escena 4.^a
 SILVIA. — *Id. id.* Acto IV, escena 4.^a
 HERO. — *Mucho ruido para nada*. Acto IV, escena 1.^a
 BEATRIZ. — *Mucho ruido para nada*. Acto III, escena 1.^a
 ELENA. — *Finis coronat opus* (Buen fin, todo bueno) ó *Todo es bien si bien acaba*. Acto I, escena 3.^a
 CELIA. — *Como gustéis*. Acto I, escena 2.^a
 ROSALINDA. — *Id. id.* Acto III, escena 2.^a
 OLIVIA. — *Lo que queráis*. Acto I, escena 5.^a
 VIOLA. — *Id. id.* Acto II, escena 5.^a
 MARÍA. — *Id. id.* Acto I, escena 3.^a
 ISABEL. — *Medida por medida*. Acto II, escena 4.^a
 PRINCESA DE FRANCIA. — *Trabajo de amor perdido*. Acto III, escena 1.^a
 LA ABADESA. — *La comedia de los errores*. Acto V, escena 1.^a
 LA SEÑORA PAGE. — *Las alegres comadres de Windsor*. Acto II, escena 2.^a
 LA SEÑORA FORD. — *Id. id. de id.* Acto I, escena 3.^a
 ANA PAGE. — *Id. id. de id.* Acto I, escena 1.^a
 CATALINA. — *La fierecilla domada* (2). Acto II, escena 1.^a

Terminado el entremés, cambia benévolo lector de

(1) También se la ha titulado *Los dos nobles de Verona*.
 (2) El Sr. Matoses dió este título á su traducción de 1895 y en la edición del 97 la titula: *La indómita*.

hoja y hallarás la conclusión del presente estudio en la que si sigo hablando, Heine es quien me dicta, y vuelvo á actuar de *truchimun* (1) en el diplomático y solemne sentido de la palabra, prometiéndote seguir siendo fiel aunque no lo he jurado.

(1) También se dice *trujeman* y *trujiman*.

CONCLUSIÓN

(DE HEINE)

En las páginas que sirven de proemio á esta galería de retratos, he dado cuenta de por qué caminos se legó á popularizar á Shakespeare en Inglaterra y Alemania, y cómo aquí y allá hubo quien contribuyera á dar conocimiento de sus obras. Por desgracia no podría ofrecer tan gratas noticias respecto de los países románicos. En España el nombre de nuestro poeta sigue siendo hasta ahora desconocido (1). Italia, quizá de intento, le ignora á causa de la fama de sus grandes poetas, protegido por el coqueteo transalpino, y Francia, la patria del buen gusto y el buen tono, creía tiempo ha honrar cumplidamente al gran poeta lla-

(1) No sólo era desconocido por la generalidad, sino mal entendido por los eruditos, gracias á la traducción del Hamlet hecha por Moratín, quien, siguiendo el juicio de los franceses, le conceptúa monstruoso. Después se han emprendido varias traducciones: la del Marqués de Dos Hermanas, la de Clark y la de Macferson, publicada en esta misma Biblioteca. Desgraciada empresa ha sido en España la de traducir á Shakespeare; las tres traducciones citadas han quedado incompletas por muerte de sus autores. La primera en prosa, la segunda y tercera en verso, resultan pobres por ser sus autores más versados en inglés que en castellano.

mándole bárbaro genial, y burlándose de su brutalidad algo menos de lo que pudiera.

No obstante, la revolución política que experimentó este país, ha producido también otra literaria que acaso sobrepuse á aquélla en terrorismo, y en estas circunstancias Shakespeare ha sido alzado sobre el pavés de la victoria. A la verdad, lo mismo que en sus ensayos de revolución política, rara vez son los franceses honrados en sus revoluciones literarias; en aquéllas, como en éstas, estiman y celebran á un héroe cualquiera, no por su verdadero valor intrínseco, sino por la momentánea ventaja que su causa puede sacar de tal aprecio ó encomio; y así sucede que hoy elevan hasta el cielo lo que han de despreciar mañana, y viceversa.

Hace diez años que para el partido que trabaja en la revolución literaria, es Shakespeare objeto de ciega adoración. Pero ¿ha encontrado, merced á estos hombres, el movimiento una aceptación real y verdadera, ó más bien, ha sido verdaderamente comprendido? Esta es la gran cuestión. Los franceses son demasiado hijos de su madre y han mamado tanto con la leche de sus nodrizas la mentira social, que no podrán gustar mucho de un poeta que respira en cada una de sus palabras la verdad de la naturaleza, si es que le entienden.

Cierto es que de algún tiempo acá domina en sus escritores una desenfadada tendencia hacia un naturalismo análogo; se arrancan del cuerpo desesperadamente las ligaduras del convencionalismo y se muestran en la más espantosa desnudez. Pero algún retal que otro de la moda, á que siempre siguen sujetos, de-

lata su tradicional falta de naturalidad y arranca al espectador alemán una irónica sonrisa. Estos escritores me recuerdan siempre las láminas de ciertas novelas que representan los impúdicos amores del siglo XVIII, en las que, á pesar del paradisiaco traje natural de caballeros y damas, han conservado ellos sus pelucas de coleta y ellas sus peinados á guisa de torre y sus zapatos altos de tacón.

No por crítica directa, sino indirectamente, por medio de algunas creaciones dramáticas más ó menos imitadas de Shakespeare, llegaron los franceses á tener algún conocimiento del gran poeta. Quien merece singularísimo elogio en este sentido es Víctor Hugo, y no quiero de ningún modo decir con esto que haya de considerársele como un mero imitador del inglés, en el usual sentido de la palabra.

Víctor Hugo es un genio de primera magnitud, siendo dignos de admiración su vuelo y su fuerza creadora; él posee la imagen y la palabra; es el poeta más grande de Francia; pero su Pegaso tiene una aversión enfermiza hacia las ruidosas borrascas del presente y no va gustoso á beber allí do la luz del día se mira en la fresca corriente, sino más bien, bajo las ruinas del pasado, busca alguna olvidada fuente en que abrevarse, do un tiempo el alado corcel de Shakespeare fuera á apagar su sed inextinguible. Por eso es por lo que tales antiguas fuentes, medio agotadas y excesivamente fangosas ya, no pueden proporcionar sana bebida.

Esto basta para que los poemas dramáticos de Víctor Hugo contengan más de turbio limo que del vivificante espíritu del inglés hipocrene; le falta la alegre

claridad y la salubridad armoniosa, y debo decirlo, á veces se apodera de mí el terrible pensamiento de que ese Víctor Hugo sea el espectro de un poeta inglés de la época floreciente de Isabel, de un poeta muerto, que se levanta malhumorado de su tumba para escribir en otro país y en otra época una obra póstuma, seguro ya de no tener que sufrir la competencia del gran Guillermo.

En efecto, Víctor Hugo me recuerda á gentes como Marlow, Decker, Heywood y otros, que en el lenguaje y manera, tan semejantes eran á su gran coetáneo, y sólo carecían de su profunda manera de ver, de la belleza de sus pensamientos, de su temible y sonriente gracia y de su naturalidad evidente. Y ¡ah! á los defectos de Marlow, de Decker y de Heywood, únese en Víctor Hugo aun lo más insoportable: carece de vida.

Su prurito de bullidora superfluidad, ese bárbaro exceso de cuadros sangrientos y su consiguiente exposición poética ya había sido escrito con todos sus suspiros, gritos y lamentos; pero en Víctor Hugo, dicho sea con todo el respeto que me inspira, hay algo de mortuorio, de siniestro, de rumor de fantasmas y de vampiros que se alzan de las tumbas. No despierta en nuestro corazón el entusiasmo, sino que nos le absorbe. No se capta nuestros sentimientos por medio de su poética exposición, sino que los aterra con esa diversidad de cuadros de exterminio. Tiene debilidad por la muerte y por lo horrible.

Una señorita que se hallaba cerca de mí, se esponenteaba ha poco acerca del anhelo por lo horrible de

la musa de Víctor Hugo en estas oportunísimas palabras poco más ó menos: La musa de Víctor Hugo me recuerda esos cuentos de admirables princesas que sólo querían casarse con hombres horribles, y con este designio hacían circular por todos los países su proposición matrimonial, para que todos los solteros que poseyeran las monstruosidades que en ella se indicaban, en determinado día se reuniesen ante su castillo como candidatos á su mano. Y aquí dió una selecta de contrahechos y caricatos, que le parecía á uno estar viendo el personal de una obra de Hugo. Pero Cuasimodo se llevó á casa la novia.

Después de Víctor Hugo debo citar á Alejandro Dumas; también éste ha servido de medio para dar á conocer á Shakespeare en Francia. Si aquél con su extravagancia por lo horrible acostumbró á los franceses á buscar en el drama nada más que el hermoso ropaje de la pasión, logró Dumas que sus compatriotas dieran gran importancia á la expresión natural de ella. Pero llevó la pasión hasta sus últimos límites, y en sus obras poéticas usurpó ésta el puesto de la poesía. Por esto seguramente influyó tanto más en la escena. Acostumbró al público, en esta esfera de la representación de las pasiones, á los mayores atrevimientos de Shakespeare; y una vez que obtuvo éxito en *Enrique III* y *Ricardo Darlington*, no se quejó más de la falta de gusto que hallaba en *Othello* y *Ricardo III*.

El reproche de plagiarlo que un tiempo quiso dirigirsele, era tan teórico como injustificado. Cierto es que en las escenas pasionales de Dumas hay acá y allá algo tomado de Shakespeare, pero también lo tie-

ne nuestro Schiller, sin tan atrevidos toques, y sin que nadie se lo haya afeado. Y hasta el mismo Shakespeare ¡cuánto no tomó á sus predecesores! También le ocurrió á este poeta que un hipocondriaco libelista afirmó «que el mejor de sus dramas estaba tomado de los antiguos *misterios*» (1). Con tan risible motivo Shakespeare fué llamado ladrón, que como el pavo de la fábula, se había adornado con extrañas plumas. El cisne del Avon se calló y pensó tal vez allá para sus divinos adentros: «¡Ni soy ladrón ni pavo!» y se balanceó descuidado sobre las azules gasas de la poesía, sonriendo á veces á las estrellas, esos áureos pensamientos del cielo.

También debo consignar aquí un recuerdo al conde Alfredo de Vigny. Este escritor, que conocía el idioma inglés, estudió profundísimamente las obras de Shakespeare, tradujo algunas de ellas con gran habilidad, y este estudio ejerció también el más beneficioso influjo en sus trabajos originales. Dada la delicada manera de oír y de ver que debe reconocerse á su temperamento artístico, es preciso confesar que había observado y sorprendido el espíritu de Shakespeare como los más perspicaces de sus compatriotas. Pero el talento de este hombre, así como su manera de pensar y sentir, están trazados de una manera elegante y como en miniatura, en sus obras, que son singularmente preciosas por la delicadeza con que están trabajadas. Bien puedo creer que muchas veces quedaría intimidado ante esas belle-

(1) Representaciones dramáticas que tenían lugar en las catedrales.

zas monstruosas que Shakespeare ha esculpido como en los más poderosos bloques graníticos de la poesía. Él las consideraba, es cierto, con ansiosa admiración, como una joya de esas que en Florencia le dejan á uno estático ante las colosales puertas del Baptisterio, joya que es sólo de metal fundido, pero no obstante tan delicada y bella cual si fuere cincelada, cual lo parecen los trabajos de bisutería.

Si aun es bastante difícil á los franceses entender las tragedias de Shakespeare, les es casi completamente imposible entender sus comedias. Les es accesible la poesía de la pasión; conciben, hasta cierto punto, la verdad de lo característico, pues sus corazones han aprendido á encenderse; por esta razón, su flaco es lo apasionado, y con su talento analítico saben descomponer en sus más delicados elementos un carácter dado, y calcular las fases bajo que cada vez se le considera, cuando choca con realidades universalmente determinadas. Pero en el jardín encantado de las comedias de Shakespeare les sirve de poco todo este saber experimental.

Ante las mismas puertas quedan su inteligencia y su corazón suspensos, sin darse cuenta de nada, pues les falta la misteriosa varita mágica á cuyo contacto el castillo se desvanecería. Miran con admirados ojos á través de la dorada reja, y ven cómo caballeros y damas, pastores y pastoras, necios y sabios se pasean bajo los altos árboles; cómo los amantes y sus amadas se sientan á la fresca sombra y entablan tiernos diálogos; cómo de cuando en cuando pasa corriendo un animal fabuloso, quizá un ciervo de plateados cuernos, ó

bien salta de entre la maleza un casto unicornio y las hermosas doncellas ocultan la cabeza en el regazo. Ven cómo las ninfas acuáticas emergen con sus cabellos verdes y sus brillantes velos, cómo de pronto sale la luna y entonces se oye cómo cantan los ruiseñores, y sacuden sus ladinas cabecillas la inconcebible turba de bufones. Si, los franceses pueden en todo caso comprender el sol, pero no la luna, y menos que todo los beatíficos sollozos y melancólicos y arrebatadores trinos de los ruiseñores.

Si, ni su empírico conocimiento de las humanas pasiones, ni su positivo conocimiento del mundo, les es á los franceses de utilidad alguna cuando quieren describir las visiones y los cantos que brillan y resuenan en el encantado jardín de la comedia de Shakespeare. Muchas veces creen ver un rostro humano en lo que, visto de más cerca, es un paisaje, y lo que tomaban por unos ojos oscuros era un avellano; la nariz era una roca, y la boca una fuentejilla como las que vemos en las conocidas figuras de sorpresa. Al contrario, los pobres franceses toman por un extravagante árbol ó una maravillosa piedra, lo que se presenta á la atenta consideración como un rostro humano de expresión monstruosa. Acaso después de hacer gran esfuerzo para oír, logran sorprender el secreto de un diálogo de dos amantes que están sentados á la sombra de los árboles, mas no logran salir de otras mayores perplejidades. Oyen palabras conocidas, pero éstas tienen un sentido completamente distinto; y entonces afirman: «Esta gente no entiende de ardientes sentimientos, de grandes pasiones, es hielo espiritual lo que mutuamente

se envían para refrigerarse, no ardiente elixir de amor».

Y no reparan en que estas gentes no son más que aves disfrazadas que conversan en un lenguaje de sociedad que sólo en sueños ó en la primera infancia puede aprenderse. Pero lo peor es que les ocurre á los franceses que, hallándose fuera de las enrejadas puertas de la comedia de Shakespeare, muchas veces una racha de alegre viento del Oeste pasa por encima de un acirrate de flores de ese jardín encantado, y el más inesperado buen olor les va á dar en la nariz, haciéndoles exclamar: ¿Qué es esto?

Exige la rectitud que recuerde aquí á un escritor francés que ha imitado con alguna habilidad la comedia de Shakespeare, y que ya por la elección del modelo, revela aptitudes para la verdadera poesía. Este es Alfredo de Musset. Hará unos cinco años que escribió un dramita que por su construcción y manera revela completamente la imitación de Shakespeare. Especialmente lo que domina en él es el capricho, no el humor, pero ha sabido apropiarle á la ligereza francesa. Tampoco falta en esta linda obrita algo de esa poesía quizá de más delicada trama, pero también de buena ley. Sólo es lástima que el entonces joven autor, que además de la traducción francesa de Shakespeare, había leído también la de Byron, se empeñara en afectar ese hastío y cansancio de la vida que en aquel período era moda en París entre la gente joven. Los muchuelos más rosados, los jóvenes aturdidos más llenos de salud, afirmaban entonces que su capacidad para el placer se había agotado, y simulaban una grisácea

frialdad de ánimo, dándose aspecto de arruinados y hastiados.

Verdad es que nuestro pobre M. Musset ha vuelto de su error y no juega ya al *blasé* en sus poesías; pero ¡ah! sus poesías contienen ahora, en vez de la simulada ruina, las inequívocas huellas de un verdadero decaimiento de sus fuerzas corporales y anímicas. Este escritor me recuerda esas ruinas artísticas que solían construirse en los jardines de los castillos del siglo XVIII, caprichos de imaginación infantil que con el tiempo llegan á merecer nuestra dolorosa compasión, cuando se han alterado seriamente y cubierto de musgo, convirtiéndose en verdaderas ruinas.

Según queda dicho, son los franceses poco apropiados para concebir el espíritu de las comedias de Shakespeare, y entre sus críticos, á excepción de uno solo, no hallé ninguno que tuviera siquiera el presentimiento de su extraña esencia. ¿Quién es éste? ¿Quién es esa excepción? Gutzkow dice: «el elefante es el doctrinario entre los animales». Y un elefante, tan inteligente como pesado, es el que ha comprendido de la más clarividente manera la esencia de la comedia de Shakespeare. Sí, parece casi increíble, M. Guizot es el que mejor ha escrito acerca de esas graciosas, juguetonas y aéreas creaciones de la musa moderna, y para admirar é instruir al lector traduciré aquí un pasaje de un escrito que apareció en 1822 en *L'advocat*, de París, y que se titula «*De Shakespeare et de la Poésie dramatique, par F. Guizot*».

«Esas comedias de Shakespeare no se parecen ni á las comedias de Molière ni á las de Aristófanes ó á las

de los romanos. Entre los griegos y, en los tiempos modernos, entre los franceses, consiste la comedia en una libre, pero atenta observación del mundo real que se propuso traducir en la escena. La distinción entre el género cómico y el trágico se encuentra ya en los comienzos del Arte, y con el perfeccionamiento del mismo se ha ido señalando cada vez más determinadamente la separación de ambos géneros. Ésta tiene su fundamento en las cosas mismas. Tanto el destino como la naturaleza del hombre, sus pasiones y sus negocios, los caracteres y los acontecimientos, todo en nosotros y en torno nuestro tiene su lado serio y su lado cómico, y puede ser considerado y representado desde el uno ó desde el otro punto de vista. Este doble aspecto del hombre y del mundo ha abierto á la poesía dramática dos vías naturalmente distintas; pero al dividirse para recorrerlas no se ha separado nunca el Arte de la observación y reproducción de la realidad. Que Aristófanes flagеле con la más ilimitada libertad de imaginación los vicios ó las locuras de los atenienses; que Molière retrate los defectos de la credulidad, la avaricia, los celos, la pedantería, la frivolidad cortesana, la vanidad burguesa, y hasta los de la virtud misma, esto consiste en que los dos poetas tratan asuntos completamente distintos; en que el uno ha llevado á la escena toda la vida y á todo un pueblo, y el otro, al contrario, asuntos de la vida privada, la intimidad de la familia, y cuanto hay de risible en el individuo; esta diferencia de materia cómica es resultado de la diferencia de tiempo, de lugar y de civilización. Pero así en Aristófanes como en Molière, la realidad, el mundo real, es lo que

sirve de base á sus pinturas. Son las costumbres y las ideas de su siglo, los vicios y las necedades de sus conciudadanos, y, sobre todo, la naturaleza y la vida humana lo que inflama y sustenta su vena poética. La comedia brota del mundo que rodea al poeta, y se ciñe mucho más estrechamente que la tragedia á los hechos externos de la realidad.

No así en Shakespeare. En su tiempo existía en Inglaterra la materia del arte dramático, la naturaleza y el destino humanos, pero aun no había sido dividida, y dividida por el Arte.

Cuando el poeta quiso trabajar esta materia para la escena la tomó en su totalidad, con todas sus mezclas, con todos los contrastes que en ella se encuentran, y el gusto del público de ningún modo cayó en la tentación de quejarse de semejante proceder. Lo cómico, esta parte de la realidad humana, tenía derecho á ocupar su lugar allí donde la verdad exigiese ó consintiese su presencia; y estaba completamente dentro del carácter de aquella civilización, que á la tragedia se le adicionase lo cómico, en cierta medida, para que de ningún modo menoscabase la dignidad de la verdad. En tal estado la escena y con tal inclinación el público. ¿qué podía ser la comedia propiamente dicha? ¿Cómo podía ésta considerarse como un género especial y recibir el determinado nombre de *comedia*? Logró todo esto cuando se desasíó de esas realidades en que su dominio natural no era respetado ni reconocido.

Esta comedia no se limitó á la representación de determinadas costumbres y sus consiguientes caracteres;

no trató de pintar los hombres y las cosas bajo un aspecto ridículo, pero verdadero, sino que vino á ser una obra de carácter fantástico y romántico, una especie de refugio de todas esas regocijadas inverosimilitudes que la fantasía, en su pereza ó en su locura, se complace en enhebrar en un finísimo hilo, para formar con ellas toda clase de abigarradas combinaciones, que nos alegran é interesan, aunque sin provocar el juicio de nuestra inteligencia. Cuadros graciosos, sorpresas, la curiosidad que acompaña al movimiento de una intriga, decepciones, *quidproquos*, juegos de ingenio que puede producir un disfraz, tal era el fondo de esta diversión sin consecuencias. La contextura de las comedias españolas (1), cuyo gusto comenzaba á introducirse en Inglaterra, proporcionaba á estos juegos de imaginación cuadros numerosos y seductores modelos; después de las crónicas y las baladas, las colecciones de novelas francesas é italianas eran, con los libros de caballería, la lectura favorita del público.

¿Tiene algo de extraño que esta mina fecunda y este género fácil atrajeran desde luego la mirada de Shakespeare? No debe asombrarnos que su joven y brillante imaginación se apresurase á vagar á su capricho por tales asuntos, libre del yugo de la verosimilitud, dispensado de buscar combinaciones serias y fuertes. Este poeta, cuyo espíritu y mano, según se dice, marchaban con igual rapidez, cuyos manuscritos apenas ofrecen correcciones, se entregaba sin duda con delicia á esos

(1) En el Teatro Español tampoco hay verdadera separación entre lo trágico y lo cómico.

juegos erráticos, en que se desplegaban sin trabajo sus vivas y ricas facultades. Podía introducir de todo en sus comedias, y así lo ha hecho, en efecto, lo ha introducido todo, salvo lo que repugnaba á semejante sistema, es decir, el conjunto que haciendo concurrir cada parte al mismo fin, revela á cada paso la profundidad del propósito y la grandeza de la obra. Dificilmente se encontrará en las tragedias de Shakespeare una concepción, una situación ó un acto pasional, un grado de vicio ó de virtud, que no se encuentren igualmente en alguna de sus comedias; pero lo que en sus tragedias es profundo, fértil en consecuencias, y está fuertemente ligado á la serie de las causas y sus efectos, no está más que apenas indicado en sus comedias, y se ofrece un instante á la vista para producir un efecto pasajero, y desaparecer al punto en una nueva combinación. (1)

En efecto, tiene razón el elefante: la esencia de la comedia de Shakespeare consiste en ese caprichoso y pintoresco mariposeo en que va saltando de flor en flor sin apoyar, sino rara vez, sus plantas en el mundo de la realidad. Sólo puede decirse algo concreto de la comedia de Shakespeare oponiéndola á la comedia realista de los antiguos y de los franceses.

La noche pasada estuve discurriendo largo tiempo, y, sin embargo, no pude dar con una explicación positiva acerca de esa infinita é ilimitada comedia de Sha-

(1) Estos pasajes los reprodujo Guizot casi textualmente en su libro: *Shakespeare et son temps, étude littéraire*, Paris, Didier, 1852., en las páginas 75-86. con las que están cotejados.

kespeare. Tras largo pensar y más pensar en uno y otro sentido, al cabo me dormí y tuve este sueño: Era una noche serena en que las estrellas se ostentaban fulgurantes y yo cruzaba en diminuto esquife un mar vasto, vastísimo, por el que bogaban toda clase de barcas llenas de máscaras, provistas de músicos y de servidores que llevaban hachones encendidos, y llegaban hasta mí, ya de cerca, ya de lejos, sus cantos y los reflejos de las luces. Allí había trajes de todos los tiempos y de todos los países, antiguas túnicas griegas, mantos de caballeros de la Edad Media, turbantes orientales, sombreros de pastores con ondulantes cintas, y caretas de animales, tanto salvajes como domésticos. A veces me hacía señas una figura que me era muy conocida... A veces me saludaban respetuosamente... Pero todo esto pasaba siempre con rapidez, y estaba escuchando las notas de la alegre melodía que me dirigían desde una barca que á cierta distancia se resbalaba, cuando de pronto, en vez del alegre violín, exhaló junto á mí su melancólico sonido una trompa de caza de otra barca... Muchas veces trajo el viento de la noche hasta mí al mismo tiempo ambos sonidos, que formaban en sus mezclados sonos no sé qué celeste armonía... Las aguas hacían repercutir inauditas y bien concertadas voces y radiaban reproduciendo en mágicos reflejos las luces de los hachones y los variados colores de las empavesadas lanchas de recreo, con sus fantásticas y enmascaradas gentes, que nadaban en luz y música... Una graciosa figura de mujer que iba al timón de una de aquellas barcas, exclamó, al paso, dirigiéndose á mí: «¿No es cierto, amigo mío,

que de buena gana querrias una definición de la comedia de Shakespeare?» No sé si dije que sí, pero la hermosa mujer sumergió en aquel momento su mano en el agua y me lanzó al rostro una rociada de sonantes chispas, resonó una carcajada general y me desperté.

¿Quién era aquella linda figura de mujer que de tal modo hacia señas en mi sueño? Sobre su idealmente hermosa cabeza habia puesto un multicolor casquete de bufón con cuernos y cascabeles, un traje de raso blanco con flamantes cintas ceñía sus casi excesivamente esbeltos miembros, y en el pecho llevaba una lozana y roja flor de cardo. Quizá era la diosa del capricho, esa musa singular que asistiera al nacimiento de las Rosalindas, Beatrices, Titánias, Violas y otras deliciosas hijas de la comedia de Shakespeare, tan puras como ella, y les diera un beso en la frente. Ella les infundió, al besar sus tiernas cabecitas, toda su vivacidad, todo su espíritu soñador, todo su idealismo, influyendo á la vez en su corazón. Como en los hombres, en las mujeres de la comedia de Shakespeare la pasión está completamente desprovista de aquella terrible seriedad, de aquella fatalidad ineludible con que se manifiesta en sus tragedias. El amor lleva en ellas, es cierto, su venda, su carcaj y sus flechas; pero estas flechas están en ella más bien adornadas de vistosas plumas que mortalmente aguzadas, y el pequeño dios mira á veces á hurtadillas picarescamente por encima de la venda. Las llamas lucen en ella más que arden, aunque siempre son llamas, y como en las tragedias de Shakespeare, también en las comedias el amor reviste completamente el carácter de la verdad. Sí, siempre es

la verdad el rasgo característico del amor en Shakespeare, sea cualquiera la figura en que aparezca, ya se llame Miranda, Julia ó Cleopatra.

No obstante, aunque estos nombres los he citado juntos, más bien por casualidad que de propósito, debo hacer la observación de que ellos representan los tres tipos más importantes del amor. Miranda es la representante de un amor que, aunque sin influencia histórica, á la manera de las flores, sólo en una atmósfera pura pudiera exhalar su dulce aroma y desplegar su idealidad suprema. Las melodías de Ariel han formado su corazón, y jamás se le aparece la sensualidad más que bajo la terrible y odiosa forma de un canibal. El amor que Fernando despierta en ella es, no ya verdaderamente inocente, sino de una ingenuidad celeste, de una primitiva y casi terrible pureza. El amor de Julia, como la época y el medio en que vive, tiene un carácter más mediceval y romántico, el opuesto y florescente carácter del Renacimiento; luce brillantes colores como la corte de los Scaliger, y al mismo tiempo es fuerte como esos nobles linajes de Lombardia, que se rejuvenecieron con la infusión de la sangre germánica, y que amaban con la misma fuerza que odiaban. Julia representa el amor de una época juvenil, aun algo ruda, aunque no corrompida, sino rebosando salud. Está saturada del fuego de la pasión y de la fuerza de la fe de su época, y ni aun el frío hálito de la tumba puede hacer vacilar su fe ni apagar su llama. Nuestra Cleopatra, ¡ah!, esa representa el amor de una civilización enfermiza, de una época cuya belleza está marchita, cuyos cabellos están rizados con todo arte y

aromatizados con todos los perfumes, con los que no logra, sin embargo, ocultar sus canas; de una época en que, cuanto más exhausta está la copa, más deseo tiene de apurarla. Amor sin fe, sin lealtad, pero no por eso menos salvaje y ardiente. Comprendiendo con inquietud que la llama va á extinguirse, la impaciente mujer la atiza con nuevo combustible y se arroja cual las bacantes en su encendida hoguera. Es cobarde, y, sin embargo, camina gustosa á su propia destrucción. El amor es siempre una especie de extravío, más ó menos bello; pero en la reina de Egipto éste se eleva á la más espantosa locura. Este amor es un terrible cometa que se precipita en el espacio, describiendo con su encendida cola nunca vistas espirales, aterra á cuanta estrella encuentra en su camino, ya que no puede causarles daño, y al fin estalla miserablemente y se deshace como una raqueta en millares de chispas.

Si, bella Cleopatra, te asemejas á un temible meteoro, y ardiste, no sólo para tu propia perdición, sino que también anunciaste desdichas á tus coetáneos. Con Antonio halló fin lamentable el antiguo y heroico imperio romano.

¿Mas con qué debo compararos á vosotras, Julia y Miranda? Miro de nuevo al cielo y busco en él vuestra imagen. Quizá se encuentra detrás de esas estrellas, allá donde no alcanza la mirada. Acaso cuando el ardiente sol posea la suavidad de la luna pueda, ¡oh Julia!, compararte con él, y si la suave luna alcanzara la brillantez del sol, quizá, Miranda, pudiera compararla contigo.

FIN

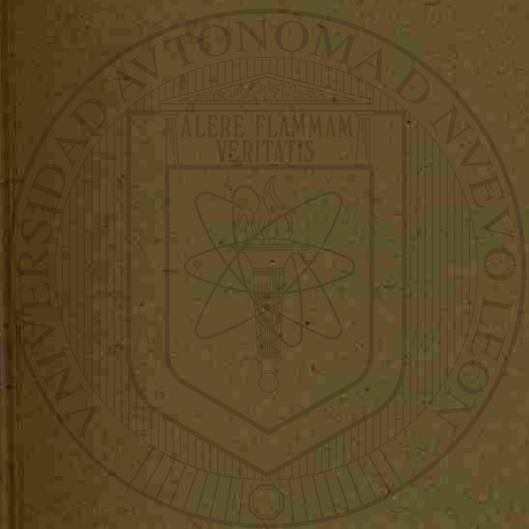
LA POESÍA DE HEINE

SEGÚN EL LIBRO RECIENTE DE JULES LEGRAS

FOR

RENATO DOUMIC

De la *Revue des Deux-Mondes*, 1887.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LA POESÍA DE HEINE

Hace algunos años, se puso sobre el tapete la cuestión de saber si debía erigirse en Maguncia un monumento en honor de Enrique Heine; un escritor de allá abajo, el Sr. Fischer, tuvo la ocurrencia de recoger, sobre tan grave asunto, las opiniones de aquellos de sus compatriotas más dignos de ser tenidos en cuenta, y abrió, en la *Gaceta de Francfort*, una de esas exploraciones que son algo así como una apelación á la tontería de los hombres de ingenio.

Las cosas pasaron como suelen pasar entre nosotros; las contestaciones fueron tan absurdas como pudiera desearse. El Sr. Fischer las ha reunido en un volumen (1), y si las publicaciones de este género llegan á la posteridad, testificarán cruelmente en contra nuestra.

Lo que resulta de esta consulta es que Enrique Heine no puede tener una estatua en Alemania, primero, porque ha hablado demasiado mal de los alemanes; pero, sobre todo, porque era judío. Por otra parte, es poco probable que nosotros erijamos el busto del desterrado en alguna de nuestras plazas públicas; una

(1) *Enrique Heine á la luz de nuestro tiempo* (Heinrich Heine in Licht unsrerer Zeit), Munich, un vol.

lápida satisfaría el celo de sus más fervientes admiradores.

Así es como el destino del poeta continúa siendo idéntico á sí mismo, á despecho de la muerte; su sombra sigue incierta y errante; por haber tenido dos patrias, no tiene ninguna.

No dudo de que esta desventura póstuma lo apene; era vanidoso, á la manera de los poetas; tenía, como todos los burlones, una suspicacia sombría. Pero el verdadero modo de honrar á los poetas no es erigirles monumentos, sino mantener en torno de su obra despierta y viva la curiosidad.

Desde este punto de vista, Heine se ve privilegiadamente tratado. Los alemanes pueden maldecir al libelista, pero saben de memoria los versos del poeta. Editores, biógrafos, críticos de ultra-Rhin le han consagrado trabajos importantes. Entre nosotros, es el único de los poetas alemanes que disfruta del privilegio de tener público.

No niego que tengamos un justo respeto para otros, para Göthe, por ejemplo; admiramos á Göthe, pero no sentimos afecto hacia él; por el contrario, el autor del *Intermezzo* es para algunos franceses de Francia, uno de esos escritores que llevamos en el corazón, y esto estriba en varias razones, entre ellas algunas puramente externas.

Heine ha vivido largos años entre nosotros; hablaba nuestra lengua, aunque con fuerte acento germánico, y la escribía, aunque de una manera muy incorrecta; nos ha alabado, aunque con bastante impertinencia; se ha mezclado en nuestra sociedad; ha estado en relación

con nuestros escritores, con nuestros artistas y hasta con nuestros hombres políticos. Nos hemos habituado á considerarle como uno de los nuestros, y su gracejo, acentuadamente alemán, pasa aún por haber sido una de las formas auténticas del *esprit* parisién.

Nuestra simpatía por Heine se funda, además, en otros motivos de más valor. Posee algunas de las cualidades que nos son queridas: su estilo es claro, sus composiciones son cortas. Gustamos de esos *lieds*, algunos de los cuales duran sólo lo que dura un suspiro, lo que un breve sollozo. Su brillo puro nos parece el de la gota de rocío que el sol talla á modo de diamante, ó el de la lágrima que brilla en una sonrisa. Por ellos ha llegado hasta nosotros lo mejor del sentimentalismo alemán, ó, para hablar con más exactitud, la poesía de Heine representa un matiz particular de sensibilidad que él ha creado y nosotros hemos acogido, y también éste debe tener su puesto en la historia de la poesía lírica de Francia. Así como hay una crítica alemana de la obra de Heine, también conviene que, paralelamente á aquélla, haya una crítica francesa.

El libro que M. Jules Legras acaba de consagrar á Enrique Heine como poeta (1), tendrá un honroso puesto en la literatura de *sujet*. Es una monografía elegante, cuidadosamente escrita y de agradable lectura. M. Legras se ha encerrado, digámoslo así, en la obra lírica de Heine, y, sin querer percibir nada de cuanto le rodea, rompiendo violentamente toda comu-

(1) *Henri Heine, poète*, par M. Jules Legras. Calmann Levy. Un vol. 8.º

nicación, ha hecho el estudio interno del desenvolvimiento de las facultades del poeta. Ha seguido rectamente el plan que á sí propio se había trazado, y ha hecho en efecto el libro que quería hacer. Probablemente se contentará con este elogio, y nos dejará en libertad de desear que hubiera concebido su trabajo con arreglo á un plan enteramente distinto.

Es un principio generalmente admitido el de que debe juzgarse á un autor con arreglo á sus intenciones, y que no hay derecho á pedirle cuenta de ellas; pero este principio es falso, porque si se le antoja á uno sostener una cosa absurda, por más habilidad que en ello demuestre, no dejará la cosa de ser una absurdidad hábilmente sostenida. M. Legras ha restringido por capricho el interés de su estudio; se ha prohibido severamente á sí propio señalar el puesto que la obra de Heine ocupa en la literatura alemana, y, con el mismo rigor, ha rehusado mostrar qué lazos le unen á la historia del pensamiento y de la sensibilidad en Francia; de suerte que este estudio, en que no se ve punto de partida ni de llegada, de nada parte y en nada queda.

Hay en esto para M. Legras una cuestión de método: se explica en este punto con una franqueza que no carece de elevación. De propósito deliberado ha afectado ignorar que Heine no ha escrito en el centro de un desierto. Ha querido reaccionar contra el procedimiento de una crítica demasiado sistemática. «Señalar corrientes literarias, dependencias incesantes entre el escritor, por una parte, su país, su tiempo y sus colegas, por otra; tal ha sido la tarea preferente de la generación bajo cuyo prisma hemos estudiado. Sólo que,

á fuerza de detenerse en el continente, ha descuidado á veces el contenido; ha hecho recaer nuestro interés en agrupaciones artificiales, y ha olvidado con harta frecuencia hacernos conocer á fondo las unidades. Verdad es que un escritor genial depende de su medio moral y físico, pero también depende de sí propio, de sus aptitudes y de sus antecedentes».

No es preciso tanto ruido ni derribar puertas que están abiertas. Todo el mundo concede hoy que no es preciso absorber á un escritor en su medio, y que todas las influencias que ha sufrido no son nada, si se han combinado con la originalidad del individuo; pero esta originalidad individual es un elemento irreductible que bravea toda explicación, si no todo análisis, dejándonos reducidos á hacer meramente constar su existencia, y al hacerlo, declaramos que no podemos llevar más allá nuestro estudio. La última palabra de la crítica, pareja en esto de la ciencia, es, pues, una mera confesión de impotencia; sin embargo, no debe resignarse á pronunciarla sino cuando ha agotado todos sus recursos: tanto se la empobrece cuando se la niega el derecho de enumerar y clasificar todos los elementos de que se ha servido el genio para realizar su obra.

En cuanto á Enrique Heine, en último resultado, debemos hacer constar que estaba dotado para la poesía lírica, que tenía una imaginación viva, una sensibilidad exquisita y que era hombre de ingenio; pero esto es no decir nada. Es, en efecto, uno de esos individuos en que vemos más vigorosamente impreso el sello de la raza, de la educación, del temperamento y de las circunstancias de la vida. Es judío; este es el

rasgo fundamental, del que derivan toda clase de consecuencias tan evidentes como numerosas. La religión, que en el curso de los siglos ha modelado el alma de un pueblo y que, á su vez, refleja su espíritu, esa religión que consoló á nuestros padres y por la cual lucharon hasta sacrificar su vida, es uno de los elementos más activos del sentimiento nacional; pero Heine, como perteneciente á una raza cosmopolita, se aferra menos que otros al suelo en que naciera; el destierro, insostenible para otros, le es más tolerable; persigue durante su vida toda el sueño de la fraternidad universal de los pueblos.

En la ciudad en que se deslizó su infancia, la raza judía era tenida por inferior, y la sociedad se cerraba ante sus representantes; esto fué para el niño causa de crueles sufrimientos y origen primero de la simpatía con que acogió las ideas de aquella revolución que acababa de conceder á los judíos el derecho de ciudadanía.

Por otra parte, no tuvo menos que sufrir de sus correligionarios, que le tuvieron por sospechoso, y el porvenir probó que no se habían equivocado. Soñador en un medio bancario y negociante, pariente pobre en una familia rica, siente pesar sobre sí el desprecio, se refugia en la ironía y adquiere desde entonces el pliegue del sarcasmo, del odio. Tiene, como todos los de su raza, la flexibilidad de la aptitud, la violencia natural, la tenacidad de los sentimientos, la aspereza de los rencores, y, por una herencia lejana, que no logra interrumpir, en estas familias cerradas, la mezcla de sangre extranjera, algo que subsiste en él de esa ima-

ginación semítica cuya sombría magnificencia se ve brillar en los libros hebraicos.

«Vine al mundo—escribe Heine—al fin de un siglo muy escéptico y en una ciudad en la que no sólo reinaba Francia, sino también el espíritu francés». La barrera del Rhin no es tan ancha que el viento procedente de Francia no pudiera entonces soplar de una á otra orilla. La madre de Enrique Heine, muy instruída, había leído nuestros libros y estaba henchida del espíritu de Rousseau. Ocupaban la ciudad nuestros soldados victoriosos, y el niño veía en ellos, más que invasores, héroes de una gloriosa epopeya. El tambor Legrand le comunicaba su entusiasmo sencillo por el emperador, y él mismo se acordaba de haberle visto pasar en medio de aclamaciones. Tan viva había sido la impresión recibida, que es una de las primeras que en él encuentra traducción poética, y que, por una intuitiva convergencia con el entusiasmo popular, él ha contribuido á hacer entrar en el arte la leyenda napoleónica.

Del mismo modo experimentaba íntimamente el encanto que produce la tierra alemana. La Alemania tierna y melancólica, la Alemania que sueña en las profundidades de sus bosques y á orillas de sus estanques, la de las leyendas, de los cuentos fantásticos, de las baladas y de los romances, la Alemania tradicional y convencional, es la que primero meció su espíritu. Tuvo una niñez dulce y recogida, rodeada de afecciones de familia y regocijada por infantiles amistades. «¡Oh Dios!—dice—en otro tiempo era tan bella la tierra y las aves cantaban sus eternos locres, y la peque-

ña Verónica me miraba con tranquilos ojos, é íbamos á sentarnos ante la estatua de mármol de la plaza del castillo..., del viejo castillo devastado, donde aparecen espectros, donde se pasea por la noche una dama sin cabeza, vestida de negro, con su larga cola flotante».

Al pie del devastado castillo de Düsseldorf extiende el Rhin sus aguas, de las que emerge, á la luz de la luna, todo un pueblo misterioso. Es la ondina que se baña; la ola se desliza sobre sus hombros y brazos encantadores. Allá arriba, la hermosa virgen Loreley está sentada, como aparición maravillosa; peina sus cabellos de oro, y la canción que entona atrae á los marineros hacia el abismo donde les espera la muerte. Las danzas de los *elfos*, las rondas de los *nixos*, los juegos de los *kobolds*, toda esa fantasmagoría á que nadie da crédito en Francia, ni aun nuestros niños, ya críticos avispados, tiene allí sus creyentes.

Y es que, en efecto, no se encuentran tales huéspedes en nuestros bosques soleados ni en nuestras claras fuentes, ni soportan el viaje. Pero es preciso aceptar la confesión del poeta: «Cuando yo era aun muy joven, no pensaba más que en historias de encantamientos y de maravillas, y cada bella dama que veía, con sus plumas de avestruz en la cabeza, era para mí una reina de los *sifos*, y, si observaba que la parte inferior de su túnica estaba mojada, la tenía por un hada ondina». Añadid la impresión de las primeras lecturas. Heine lee con pasión los libros de tradiciones populares y de canciones infantiles; se prenda vivamente de la poesía romántica que ensalzaba los recuerdos de la Edad Media caballeresca y legendaria. Uhland y Bürger son

sus maestros; está en relación con Lamotte-Fouqué y con Chamisso. Sello es éste que nunca se borrará.

Viene entretanto la prueba dolorosa que remueve hondamente la sensibilidad, despierta en lo más íntimo del corazón lejanos ecos y hace vibrar todo su ser; este dolor, ávido de expresión, encontrará prontamente su forma, y el alado coro de los sueños de antaño le dará prestigioso cortejo. Conocemos este episodio, en torno del cual han venido á concretarse los juveniles sufrimientos del poeta.

Es la historia ordinaria de una pasión violenta y desgraciada, «es una vieja historia eternamente nueva». Amelia, la hija del banquero Salomón Heine, era notablemente bella, rica y obsequiada; para ella era bien poco un pobre enamorado, un primo, obscuro oficinista, sin habilidad para los negocios y tan sin porvenir como sin vocación. El se dió cuenta de su indignidad, no confesó este amor, que hubiera sido desdeñado, y tras un martirio de tres años, cuando se hubo cazado la bella prima, el sufrimiento acumulado y contenido explotó en una serie de cantos dolorosos. Este es el tema principal cuya expresión sólo hace variar el poeta en toda la primera serie de sus *lieds*, y que recibe su forma más acabada en las dos colecciones del *Intermezzo* y el *Regreso*. Más tarde, después de las múltiples aventuras y los tristes extravíos, en los tiempos de su larga agonía, aun vuelve á hallar el poeta, en la parte más sana de su corazón, su amargo y exquisito recuerdo.

Lo que constituye el encanto de estas primeras poesías, es que en ellas tiene ya el arte tanta seguridad y

maestría como frescura el alma que se nos ofrece en ellas; que, á la vez que la intensidad de la pasión, hay en ella toda la candorosidad del amor juvenil. La expresión está por doquier floreada de puerilidades y novadas, en cuanto es conveniente; la sensiblería se ostenta en ella sin falso pudor. En el vasto mundo, en la naturaleza, no percibe nada el poeta que no le recuerde su sufrimiento y que no sea símbolo de su amor: es su propio dolor el que oye gemir en la queja de las muertas generaciones; él es el sombrío convidado que se ve aparecer en el banquete de boda y que murmura al oído de la desposada la olvidada promesa; para él es el sudario que lava en el agua de la fuente la doncella del bosque encantado, y las burlas de los espectros, reunidos en torno del fantástico violinista, escarnecen dolores parecidos á los suyos.

Los mismos cuidados que asaltan sus días, hostigan sus noches, y sus ensueños le ofrecen las mismas obsesiones imágenes: «todas las noches te miro en sueños»; «mi antiguo sueño se ha reproducido»; «me vi la otra noche en sueños...»; «lloraba en sueños»; «soñé que habías muerto...» La naturaleza es su confidente: los árboles le hacen al paso signos de inteligencia; las violetas tienen miradas para él; las estrellas sonrisas y las sonrisas lágrimas. «La noche era fría y muda, yo recorría tristemente el bosque». «Sacudía el sueño de los árboles; ellos inclinaban su cabeza con aire de compasión». Amó verdaderamente con toda su alma, con todas las fuerzas de su energía juvenil, con todos los tesoros de su imaginación de poeta. Por esto es preciso que el féretro que se le busque sea tan grande,

más aun que el gran tonel de Heidelberg, más largo que el puente Maguncia, pues en él depositará su amor y sus sufrimientos.

El primer amor del poeta yace en la tumba; pero lo más triste de la vida es que dejamos en el camino queridos compañeros que eran nuestro propio ser. Volverá á florecer el corazón de Heine en una *Nueva primavera*, pero ésta ya no valdrá lo que la otra, ó más bien este corazón, al compás de sus pasajeras alianzas, irá envileciéndose continuamente. «Estoy condenado — dirá — á no amar más que lo que hay en el mundo de más bajo y de más loco; comprended, pues, cuánto debe atormentar esto á un hombre altivo y de mucho ingenio». Desde entonces vamos desfilando por sus obras una serie de figuras de mujer cada vez más vulgares. Acabará por enlazar su suerte á la de una *grisette*, tan necia como bella, la guanterera Matilde.

El hogar de la vida interior se ha extinguido; en sus ojos, fijos en otro tiempo en pálidas visiones, se refleja ahora el móvil espectáculo de las cosas. Heine se ha hecho un admirable pintor de la naturaleza externa. Pinta las marinas de *El mar del Norte*, pintará las montañas del Hartz y los montes Pirineos. Llega á París, se mezcla en política y escribe en periódicos; frecuenta los salones y, en el baile de la *Grand-Chaumière*, se hace presentar á princesas y á Chicard. Se hace ocurrente de profesión, y esto sí que es grave, como, con razón, escribe M. Jules Legras: «No puedo menos de ver, en el desenvolvimiento exclusivo y anormal de la *mot d'esprit*, en la obra de Heine, una influencia nefasta de su permanencia en París». En efecto, nada

ha contribuido más á afirmar su renombre entre nosotros que su reputación de hombre ingenioso; sus ocurrencias felices se han hecho clásicas. Pero estas frases felices no están sacadas de sus obras; han llegado hasta nosotros repetidas de boca en boca, desde los contemporáneos del poeta. Por estas frases, y no por su valor poético, conquistó un puesto en el *boulevard* y en los salones de París.

El *sprit* vino á ser para él una necesidad, una especie de *nobleza obliga*, y tomó la costumbre, cosa bien fácil para él, dado su natural cáustico, de emplearle constantemente. Por otra parte, el aislamiento moral en que vivió, le privó de la facultad de apreciar el alcance de sus «jocosidades satíricas». El hombre de ingenio perjudicó al poeta. En sus nuevas colecciones se burla de la sinceridad de las precedentes. Se repite, se toma á sí mismo procedimientos, se hace, en fin, una retórica. Reemplaza los ensueños amorosos con imágenes licenciosas; siembra sus versos de bromas groseras, de equívocos y alusiones obscenas. Sus mejores páginas, la caza fantástica de *Alta Troll*, la vuelta al hogar materno en *Germania*, le son inspiradas por el recuerdo de su país natal.

Decididamente, el aire de París no fué favorable á su fantasía lírica; en él se agotó, en él se embasteció su gusto. Le ocurrió la misma desgracia que á nuestro Voltaire le produjo su estancia en Prusia. Es que, fuera de su patria, el escritor deja de estar en sí mismo; aunque, en nuestra vanidad, creemos ser dueños de nuestra fortuna y que podemos llevarla bajo extranjero cielo, lo mejor de nuestro espíritu y de nuestra sensi-

bilidad no proviene de nosotros mismos, sube del suelo natal cultivado por nuestros abuelos y al cual nos ligan misteriosas y profundas raíces.

Probablemente Enrique Heine se dió cuenta de ello y por eso no nos ha querido. Parece una paradoja, y, sin embargo, es una verdad: Heine detestó á Prusia y no amó á Francia. Ha vivido entre nosotros, ha encontrado toda suerte de ventajas, que se guardó bien de desconocer: la libertad, una pensión, una acogida lisonjera, satisfacciones de amor propio, goces fáciles; nos dió su ingenio, pero no nos concedió su afecto, ni aun creo que su estima.

Era la antítesis de un patriota; pero, en lo íntimo de sus sentimientos, permaneció fiel á esa tierra alemana donde un día entretejió sus tiernas rimas con el perfume de las violetas y los rayos de la luna. «Alemania — dice, — mi amor lejano, cuando pienso en ti, se me saltan las lágrimas; la Francia me parece triste; este pueblo ligero me pesa de un modo abrumador». «A veces me parece que oigo sobre mi cabeza el rumor de las encinas de Alemania; me hablan susurrantes de una futura vuelta, pero no es más que un sueño, desaparecen. A veces creo oír cantar, como en otro tiempo, los ruiseñores alemanes. ¡Qué dulcemente me envuelven sus acordes! Pero no es más que un sueño, se callan!» Recuerdos pasajeros, quejas á medio suspirar y sin esperanza. No se trata ya de volver, pues va á comenzar la agonía que durará siete años, y va á clavar al moribundo en esa tumba de colchones que no ha de cambiar más que por la del cementerio.

El poeta reaparece en el moribundo, y aquello que

parecía agotado ó deslucido, la enfermedad lo renueva y depura. El autor de los *Reisebilder* había escrito estas líneas que, leídas después, nos conmueven á modo de un presentimiento doloroso: «Sólo el enfermo es hombre; sus miembros cuentan una historia de sufrimientos: se han espiritualizado». Tal fué, al menos, la influencia del padecer físico sobre su talento.

Aquella que «apoyando tiernamente la cabeza sobre su corazón» había hecho blanquear sus cabellos, cerrarse sus ojos y paralizarse sus miembros, «la mujer negra», fué para él una musa, á quien debemos el *Romancero* y el *Libro de Lázaro*. Ella ha hecho de Heine uno de los poetas que mejor han expresado la angustia de la enfermedad y de la muerte; ella le ha arrancado gritos patéticos sobre la fealdad de este mundo que encanta y sobre la secreta voluptuosidad del dolor; ella ha enseñado al escéptico burlón una piedad nueva para con los sufrimientos de la humanidad; ella ensanchó su corazón y le reveló la importancia de enigmas más graves que el de la traición de una mujer. «¿Por qué el justo se arrastra ensangrentado bajo el peso de su cruz, mientras el malvado, feliz cual triunfador, se pavonea sobre su corcel altivo?... Tales son las preguntas que sin cesar nos hacemos, hasta que se nos cierra la boca con un puñado de tierra;—pero, ¿es esto una respuesta?» Visiones macabras pueblan su cerebro; se le aparece el mundo en atroces cuadros. La ironía del destino que se mofa de la inofensiva ironía de los infelices humanos, da como epílogo á la obra de este burlón, abundante en frases chistosas, estos poemas de desolación.

Ahora poseemos ya los elementos que, al combinarse, van á permitirnos definir la sensibilidad de Heine. Hallamos en su base la enfermedad; porque la parálisis final no fué más que la última etapa del mal que padeció Heine toda su vida. Por lejos que nos remontemos en su correspondencia, en sus recuerdos, en los de sus amigos, le encontramos siempre en lucha con alguna manifestación del mal anterior. Esta enfermedad nerviosa que se traduce por la inquietud de todo su ser, por esos cambios sin causa aparente, esas bruscas reacciones, ese humor caprichoso, esa inestabilidad de carácter, ese choque de impresiones, esa especie de desgarramiento continuo.

Ocurre en otros que tales disposiciones pueden ser combatidas, atenuadas ó aniquiladas por influencias saludables y por una paciente educación de la voluntad. Pero, precisamente, todas las influencias que experimentó Heine contribuyeron á acrecentar esta movilidad natural. Nace en Alemania en tiempo de la ocupación francesa; es judío y educado por sacerdotes católicos; más tarde se convierte al protestantismo, y él mismo se desprecia por haberse convertido: «El sábado último—dice—fuí al templo y tuve la alegría de oír con mis propios oídos las frases impetuosas del doctor Salomón contra los judíos bautizados, contra esas gentes—decía, con una intención mordaz muy particular,—que, por la sola esperanza de llegar á algo (*ipsissima verba*), se dejan arrastrar hasta hacerse infieles á la creencia de sus padres. Te aseguro que la predicación fué buena...»

Admira á Blücher y escribe *Los dos granaderos*; tie-

ne la vocación de las letras y se le destina al comercio; aristócrata por gustos, es revolucionario por profesión; soñador, se convierte en hombre de combate; ruiseñor alemán, anida en la peluca de Voltaire; romántico desenfrailado, se ve imbuido en las ideas de la Enciclopedia; soldado indisciplinado, acribilla con sus dardos las causas mismas que defendía; aflige á sus amigos y desanima á sus más fervientes partidarios. Está fuera de su país, fuera de su clase, fuera de su casta y fuera de su carácter. Expatriado, desarraigado, incapaz de hallar un sostén, vivió como ausente de sí mismo, sin poder adherirse á una idea ni fijarse en un sentimiento. Hay en Enrique Heine dos seres que se observan y contrarían; las emociones del uno acaban en la risa del otro. No es posible aun dilucidar si un hombre presa de este dualismo se ve penosamente afectado por él, ó si en él encuentra un perverso placer, el malvado goce del renegado.

Esto explica la manera que Heine tiene de concebir el amor, concepción que, tal como ella se desprende del conjunto de sus obras, es la que le da vida para nosotros. Heine ocupa un lugar aparte entre todos los que han hablado del amor, y le debe á esa sensibilidad exasperada é inquisita de que estaba dotado.

Bien sabido es que la manera en que los poetas han hablado de este sentimiento no procede de la experiencia; á despecho de los mentis que la realidad ha podido darles, han continuado percibiéndole sólo á través del sueño que ellos habían creado, y este sueño le han tejido con la tela de su propia alma, con sus disposiciones naturales y sus íntimos sentimientos, con su me-

lancolía ó su entusiasmo, su delicadeza ó su violencia. Han vestido objetos indignos con matices seductores; vendidos, han bendecido sus sufrimientos, é inconstantes y engañadores, han ido de buena fe cuando prometían. Bajo la roca que se pulveriza, á la faz del móvil cielo, han cambiado juramentos de eternidad. Esto es el amor: la vanidad que dispone de lo infinito, la ilusión de la eternidad en que sueña la criatura de un día.

Esta ilusión no ha engañado un solo momento á Enrique Heine. Ser dichoso por medio del amor es el deseo absurdo nunca logrado, pues se costea la isla encantada sin poder tomar tierra en ella:

«Ambos, mi amor, juntos íbamos
Tristes, en barca ligera;
En muda noche surcábamos
Líquida extensión inmensa.

Isla encantada y bellísima
La luna acusaba apenas,
Do suenan de amor los cánticos
Y giran rondas de niebla.

A más y mejor cantábase,
Danzábase por doquiera;
Pero nosotros bogábamos
Tristes por la mar inmensa» (1).

(1) *Intermezzo*: 42.

No se le engaña, pues, con vanas promesas: ¿no sabe él que todo lo que hay en la tierra de más bello tiene que perecer miserablemente? ¿El mismo, en el momento en que expresa su dolor, no tiene la conciencia de que al expresarle le agota? Dejad pasar un poco tiempo y ya no habrá en la nueva canción huella de las penas pasadas.

«Todavía, ¡si en lugar del amor pudiera contentarse con el placer! Muchas veces lo ensayara y creyó haber exorcizado el fantasma de un sueño imposible:

«Tú no me amas, tú no me amas;
Pero eso poco me apena:
Si logro ver tu semblante
Más gozo un rey no tuviera» (1).

Pero no está contento. El placer sensual no le basta. En los brazos de sus amadas de ocasión se ve perseguido por la inmaterial imagen de la muerta María.

Hay siempre el mismo juego de contradicciones, el mismo desacuerdo consigo mismo. Por consecuencia, y á la inversa, nunca está Heine más cerca de hallarse realmente conmovido que en el preciso momento en que se burla de su emoción. Se reprocha su necedad; sabe que el sol, la luna y las estrellas estallan de risa: «¡Yo me río de ellos... y me muero!» Se da cuenta de que representa la comedia de los discursos amorosos, y, preso en sus propias redes, la burla se convierte entonces para él en una cosa seria: «Al fin—dice—llegó

(1) *Intermezzo*: 32.

la hora de renunciar prudentemente á mi locura; hace largo tiempo que, como un histrión, represento conmigo mismo la comedia. Las magníficas decoraciones estaban pintadas al alto estilo romántico; yo vestía manto de caballero, chispeante de oro, y estaba perfumado con los más delicados sentimientos. ¡Ay! ahora que me he hecho prudente y he renunciado á ese sentimentalismo loco, me siento tan desgraciado como si siguiera representando la comedia. ¡Oh, Dios mío! ¿Es que bromeando y sin tener conciencia de ello he expresado lo que realmente experimentaba, y tenía la muerte en el corazón cuando hacía el papel de gladiador moribundo?»

Sentir con tal viveza y permanecer tan clarividente; no poder ni aun engañarse á sí mismo; desprenderse hasta cierto punto de quimeras á las que no se puede renunciar; renegar de las emociones cuya herida lleva uno en sí propio; tal es el suplicio. No es exacto decir que todo irónico es un sentimental, pues la mayor parte de las veces la ironía no delata más que la sequedad del corazón. Y, al mismo tiempo, es verdad que el sentimentalismo se compagina de buen grado con la necedad. Pero la mezcla de la ironía con el sentimentalismo es un compuesto de un sabor extraño, extrañamente amargo.

Tal es la nota que pertenece en propiedad á Enrique Heine. Si se piensa en ello, se verá que antes de él nada semejante se había hallado en nuestra literatura. No son estos los ardores insaciables; no es esta la retórica del romanticismo, ni la meditación completamente religiosa de Lamartine, ni la inspiración robusta de Víctor Hugo, ni el pesimismo científico de

Vigny, ni las alternativas de desesperación y de ligereza descuidada de Musset; ni aun el lloriqueo de los elegíacos nos ofrecen una mezcla análoga. Pero, al contrario, el eco de esta frivolidad irónica le encontramos entre aquellos de nuestros escritores que fueron amigos, lectores ó traductores de Heine, citándose notables ejemplos en Théófilo Gautier, en Banville, y, sobre todo, en Gerardo de Nerval, mejor preparado por sus propias disposiciones á sufrir el contagio. Es uno de los elementos que han impreso á la poesía de Baudelaire su carácter voluptuoso y enfermizo, y de la imitación de Baudelaire ha surgido toda una escuela que, de decadencia en decadencia, ha llegado hasta los representantes del *decadentismo* reciente.

Una vez hallada la fórmula, no podía menos de llegar á ser de dominio común; la vemos utilizar en torno nuestro por nuestros más insignificantes cronistas. Mas no es nuestra intención hacer responsable á Enrique Heine de las torpes imitaciones que de su manera se han hecho; antes bien, es justo ver en la especie particular de su sensibilidad un principio que, introducido en nuestra literatura, ha producido una floración de un encanto seductor y morboso.

HEINE

INTERMEDIO LÍRICO

(INTERMEZZO)

POEMA EN CANCIONES (LIEDS)

Versión en metro castellano de la 55.ª edición alemana

POR

LORENZO GONZÁLEZ AGEJAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

 UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALEONCO REYES"
 1949, 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

AL LECTOR

Deseosos los editores de cumplir su compromiso de dar un tomo de 400 páginas, y habiéndose visto el traductor en el caso de añadir el precedente estudio sobre *La Poesía de Heine*, lindo é interesante trabajo que completa, en cierto modo, el que pusiera al frente del tomo primero, no ha bastado éste para llegar al prescrito número de páginas, por haberse adoptado ya en los dos tomos anteriores, pródigamente, un tipo impropio de trabajos tales como el de una traducción de Heine que, por su dificultad y por exigirse el doble esfuerzo del literato y del poeta, no debieron imprimirse casi en una edición diamante, perjudicial al traductor, á los editores, al público y al autor mismo, que merecía que se le hubiera consagrado mucho más papel.

Vuelvo á verme instado por la insaciable caja de imprenta á añadir algo más. ¿Qué añadido? Después de rehusarme en nombre de la seriedad del trabajo, porque ni los editores ni el público tampoco, que sabrán apreciar la buena fe del traductor, duden de su generosidad, ahí va con qué llenar el hueco que hice al pres-

cindir de dos pliegos del original inútiles en esta versión española, por las razones en su lugar apuntadas:

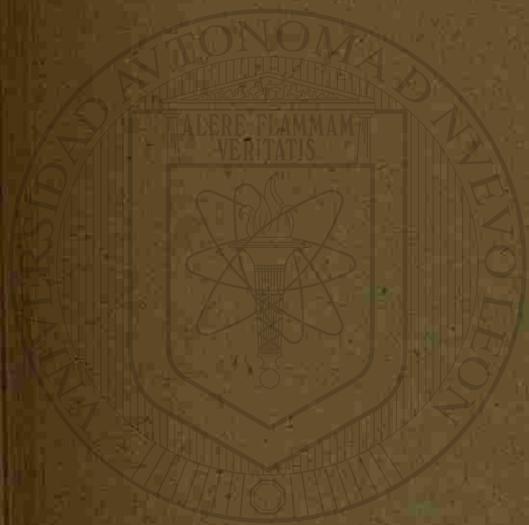
Escogemos el *Intermezzo* (1), á pesar de ser traducción métrica, no sólo por su tamaño, sino porque Donmje le señala en las páginas 345-347 como «la prueba dolorosa que remueve hondamente la sensibilidad» de Heine, la pasión juvenil que concibe por su prima Amelia, la hija del banquero, á quien valientemente la dedica.

Tampoco el traductor peca aquí de cobarde, pues este poema ha sido varias veces dado á luz en castellano; mas por lo mismo, créese más obligado á darle á conocer según su original, dejando al lector en libertad completa de hacer comparaciones, teniendo en cuenta que en esta versión ni falta ni sobra nada. ¡Ojalá sirva para dar una idea más exacta de la obra de Heine!

L. G. A.

(1) Véase la razón del título, tomo 1. Prólogo, pág. XLIX, párrafo 2.º

INTERMEDIO LÍRICO



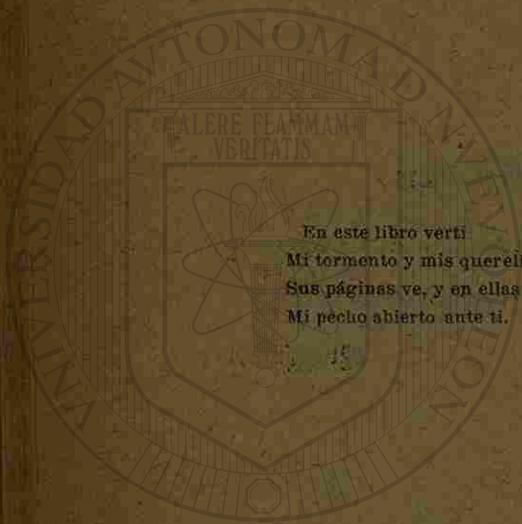
Salomón Heine:

Recibe nuevamente estas páginas en
prueba del respeto y cariño de

El Autor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



En este libro vertí
Mi tormento y mis querellas;
Sus páginas ve, y en ellas
Mi pecho abierto ante ti.

PRÓLOGO

Era un hidalgo triste y silencioso,
Pálido, de mejillas macilentas,
Que iba sin norte, incierto y perezoso,
Mente y vista á sus sueños sólo atentas;
Tan seco, rudo y torpe le encontraban,
Que flores y doncellas se burlaban
De verle ir caminando como á tientas.

De su casa en el cuarto más sombrío
Con frecuencia del mundo va á ocultarse,
Y, los brazos tendiendo á un desvarío,
Su labio, casi acierta á desplegarse;
Mas la hora al sonar de los encantos,
Se comienzan á oír extraños cantos
Y llamar quien procura recatarse.

Abre, y entra su amada sigilosa,
Que de crugiente espuma se vestía,
Tan lozana y fragante cual la rosa,
Bajo un velo de rica pedrería.
Bucles de oro su rostro acariciaban;

Sus ojos amorosos hechizaban;
Cariñosa sus brazos le tendía.

Estréchala el hidalgo enloquecido,
En fuego ya trocado el que era hielo,
Despierto el soñador, enardecido,
La timidez fundida y el recelo.
Ella, maligna, excita su terneza,
Cubriéndole mañosa la cabeza
Con su escarchado y diamantino velo.

En palacio de linfa cristalina
Encuétrase el hidalgo, por encanto,
Do, suspenso, su vista se alucina
Ante tanto cambiante y brillo tanto.
Ann la ondina le abraza cariñosa;
Él es su esposo y ella de él esposa;
Las ninfas al laúd unen su canto.

Cantan y tocan con destreza suma;
El baile ya su leve planta inquieta;
Del hidalgo la mente flota en bruma;
Más en sus brazos á la ondina aprieta...
Apáganse las luces de repente;
Sentado y solo se halla nuevamente
En su obscuro tugurio de poeta (1).

(1) Teodoro Llorente en sus *Amorosas*, bajo el título de *El amor del poeta*, le parafrasea en un romance castellano, como también otros números de este poema; todos ellos escritos con su conocida maestría, pero carentes de fidelidad y sin dar el sentimiento del poeta.

1

En el bello mes de Mayo,
Cuando toda flor se abre,
Senti dentro de mi pecho
El amor abrir su cáliz.

En el bello mes de Mayo,
Cuando canta toda ave,
Declaréle yo á mi amada
Mis anhelos, mis afanes.

2

De las lágrimas que vierten
Mis ojos, brotan mil flores,
Y en coro de ruiséñores
Mis suspiros se convierten.

Si me das, niña, tu amor,
Las flores acepta ufana,
Y oirás ante tu ventana
El canto del ruiséñor.

3

De rosa, azucena, de sol y paloma
Amé con delicia bellezas y aroma;
Mas ya no les amo, mi amor hoy apura
La breve, la linda, la sola, la pura...;
Porque ella, de origen amor sólo toma,
Es rosa, azucena y sol y paloma.

4

—
 Cuando en tus ojos me miro
 Caden mi pena y dolor;
 Pero se curan, mi amor,
 Cuando tus besos aspiro.

—
 Gozo placer celestial
 Sobre tu seno hechicero;
 Mas si me dices: «¡Te quiero!»
 Vierto de llanto un raudal.

5

—
 Tú faz amada, tu faz tan bella,
 Ha poco, en sueños, mirar creí;
 Cual la de un ángel suave destella;
 Pero ¡ay! ajada, triste la vi.

—
 Sólo tus labios estaban rojos;
 Mas ¡ay! la muerte los fué á besar,
 Y la celeste luz de tus ojos,
 Tan candorosa, logró apagar.

6

—
 En mi mejilla la tuya imprime;
 Que nuestros lloros juntos resbalen;
 Contra mi pecho tu pecho oprime,
 Que en igual llama los dos se exhalen.

—
 Cuando, ante incendio que tanto avanza,
 De nuestro llanto brote el torrente,
 Cuando te estreche con más pujanza,
 Muera en las ansias de amor ardiente.

7

—
 En un cáliz de azucena
 Quiero mi alma sepultar,
 Que así á mi amor pueda alzar
 Aromada cantilena,

—
 Que dé espasmo y calofrío,
 Como de su boca el beso,
 En horas de amante exceso,
 Dulcísimo al labio mío.

8

—
 Siempre fijas permanecen
 Las estrellas en el cielo;
 Miles de años ha se miran
 Con amante y triste aspecto.

—
 El idioma en que se hablan
 Es tan rico como bello,
 Aunque, hasta hoy, ningún filólogo
 Ha logrado comprenderlo;

—
 Pero yo, bien le he aprendido
 Y nunca olvidarle puedo,

Pues sirvióme de gramática
El rostro que yo más quiero.

9

He de llevarte, mi amada,
En alas de mis cantares,
Do sé de un hermoso sitio,
A las orillas del Ganges.

Allí hay un jardín vistoso
Do su luz la luna abate,
Y la flor de loto espera
A sus hermanas amantes.

Violetas charlan y ríen
Con los astros encarándose;
Al oído aromosos cuentos
Las rosas suelen narrarse.

Allí triscan y se acechan
Gacelas mansas y ágiles,
Y, al lejos, de la onda sacra
Las brumas se ven alzarse.

Allí á sentarnos iremos
De las palmas so el ramaje,
Gustando amor y reposo,
Entre ensueños inefables.

10

La flor del loto se angustia
Cuando el sol pomposo brilla,

Y espera llegue la noche,
Cabizbaja y adormida.

La luna, á fuer de su amante,
Despiértala con luz tibia,
Y le alza afectuosa el velo
Que su semblante cubría.

Florece, luce, enrojeca,
Al cielo extática mira,
Fragancia da, llora y tiembla,
De amor y dolor henchida.

11

Del Rhin la hermosa corriente
Retrata, como un espejo,
La catedral de Colonia
Con su domo gigantesco.

Hay en el domo una imagen
Pintada en dorado cuero,
Que luz radió cariñosa
De mi vida en el desierto.

Flotan en torno á la Virgen
Flores y angelitos bellos;
Sus labios, mejillas y ojos
Son los de mi amado dueño.

12

Tú no me amas, tú no me amas,
Pero eso poco me apena;
Si logro ver tu semblante,
Más gozo un rey no tuviera.

Tú me odias, tú me odias,
Le dicen tus rojos labios;
Déjame darles un beso,
Niña, y me habré consolado.

13

No jures, bésame sólo;
Votos de mujer no creo.
Si dulces son tus palabras,
Muy más dulces son tus besos:
Bésame y podré creerte;
Palabras son humo y viento.

* *

Jura, mi amor, jura siempre;
Por tu palabra te creo
Cuando en tu seno reposo;
Por bien dichoso me tengo:
Creo que tu amor, mi vida,
Será eterno, aun más que eterno.

14

Dediqué á los ojuelos de mi amada
Los más bellos cantares;

Escrible á su boca diminuta
Los tercetos más fáciles;
Hícele á sus mejillas adoradas
Estancias admirables...
Y si mi amada corazón tuviera,
Un bonito soneto le escribiera.

15

El mundo es necio y es ciego;
Cada vez más displicente,
Dice de ti, hermosa niña,
Que buen carácter no tienes.

El mundo es necio y es ciego:
¡Siempre ha de desconocerte!
¡Cuán dulce es tu beso ignora,
Cómo abrasa dulcemente!

16

Hoy, mi amor, vas á decirme:
¿No eres creación de un sueño
Que brotó, en ardiente siesta,
De un poeta en el cerebro?

Pero no; tan linda boca,
Esos ojos hechiceros,
Tan amable y dulce niña,
De un poeta obra no creo.

Basiliscos y vampiros,
 Monstruos y dragones feos,
 Animales fabulosos
 De un poeta engendra el fuego.

—
 Pero á ti, con tu malicia,
 Con tu rostro zalamero,
 Tu mirar falso é inocente...
 Obra suya no te creo.

17

Cual Venus, hija de espuma,
 Radiante mi amada está,
 Pues vese de un extranjero
 Esposa elegida ya.

—
 ¡Oh pecho, pecho paciente,
 No la odies por su traición!
 ¡Sufre y aun disculpa, sufre
 De necia amiga el error!

18

—
 ¡No te aborrezco, aunque mi pecho rasgas,
 Oh amor, que para siempre ya he perdido!
 Rayos de luz de tus diamantes brotan;
 Ni uno en la sombra de tu pecho miro.

—
 ¡Hace tiempo lo sé! Te vi en un sueño:
 ¡La noche vi en tu corazón vacío,
 Las sierpes que tu pecho devoraban!
 ¡Que eres bien desgraciada en él he visto!

19

—
 ¡Desgraciada eres, sí; no te aborrezco!
 Desgraciados seremos ya los dos
 ¡Hasta que muerte nuestros pechos hiera,
 Desgraciada serás, cual lo soy yo!

—
 La burla veo que en tu labio flota;
 De tus ojos altivos el fulgor,
 Tu seno miro que orgulloso se alza...
 ¡Desgraciada eres tú, cual lo soy yo!

—
 Secreto llanto tu mirada enturbia;
 Tu labio agita incógnito dolor;
 Tu altivo seno lleva oculta herida...
 ¡Desgraciados seremos ya los dos!

20

—
 Escucho el violín, la flauta,
 Los cornetines sonar;
 ¡Danza en su baile de boda
 La que amo en el mundo más!

—
 Oigo las notas del óboe,
 El redoble del timbal,
 ¡Y, entre ellos, del ángel bueno
 El gemir y sollozar!

21

—
 Echaste por completo ya en olvido
 Cuánto tiempo tu amor he poseído;

Tu corazón traidor, dulce y pequeño,
Que otro más dulce y falso hallar es sueño.

Sin duda amor, dolor, diste al olvido,
Que mi pecho á la vez han oprimido.
Cuál de ambos fué mayor no me demandes;
Sólo sé que los dos fueron muy grandes.

22

¡Ay! si las flores supieran
Qué herida mi pecho abrió,
Conmigo á llorar vendrían;
Curáranme este dolor.

Si el ruiseñor comprendiera
Cuán triste y enfermo estoy,
Dejara escuchar sus trinos,
Recreo de la aflicción.

Si mis pesares supiesen
Los astros de áureo fulgor,
Desde su altura bajaran
A darme resignación.

Todos saberlo no pueden;
Sólo una ve mi dolor;
Mas ¡ay! esa ha desgarrado
Impía mi corazón.

23

¿Por qué están ya las rosas tan pálidas?
¡Oh! di, mi amor, ¿por qué?
¿Por qué ya, sobre el césped, tan mustia
La viola azul se ve?

¿Por qué se oye, con voz dolorida,
La alondra así cantar?
¿Por qué hedor de cadáver, no aroma,
La hierba exhala ya?

¿Por qué el sol al bañar la pradera
No da luz ni calor?
¿Por qué está ya la tierra sombría
Cual tumba sin verdor?

¿Por qué estoy tan enfermo y tan triste
Yo mismo, niña, di?
¿Por qué, di, sólo amor de mi alma,
Olvidasme tú así?

24

Muchas cosas te contaron;
Urdieron muchos enredos;
Mas de lo que mi alma sufre,
De eso nada te dijeron.

Diéronse aire de importancia
Augurios tristes haciendo;

Me trataron de demonio,
Y á todo lo diste asenso.

—
Pero, á fe, que lo más malo
No llegaron á saberlo;
Lo peor..., lo más estúpido,
Lo llevo oculto en el pecho.

25

Flor daba el tilo, el ruiseñor cantaba,
El sol reía con gozoso aspecto,
Y tú me besaste, me echaste los brazos;
Y tú me estrechaste á tu mórbido seno.

—
Cae la hoja, grazna el cuervo ronco,
El sol envía pálidos destellos;
Entonces cambiamos adiós harto triste;
Cortés te inclinaste, y yo etiquetero.

26

Uno por otro mucho hemos sufrido;
No obstante, hemos sabido tolerarnos.
Jugando con frecuencia á los esposos,
Ni reñimos, ni sé que nos pegáramos.
Juntos lanzamos gritos de alegría,
Cambiamos besos, dimonos abrazos.
Por fin, *al escondite*, como niños,
Jugamos por el bosque y verde prado,
Y escondernos tan bien hemos sabido,
Que ya no volveremos á encontrarnos.

27

Fiel mucho tiempo me fuiste
Y por mí te interesaste;
Me procuraste consuelo
En mi estrechez y pesares.

—
Manjar me diste y bebida
Y dinero me prestaste;
Proveísteme de ropas
Y pasaporte de viaje.

—
¡Dios largo tiempo, amor mío,
De frío y calor te guarde;
Pero que nunca te premie
Tus dispensadas bondades!

28

—
Á la tierra, por largo tiempo estéril,
Mayo cambiaba ya en exuberante;
Todo reía, todo se alegraba;
Tan sólo á mi reír no me era dable.

—
Se abre la flor, resuenan campanillas,
Charlan, como en las fábulas, las aves;
Pero á mí conversar no me era grato;
Yo todo lo encontraba miserable.

—
La especie humana toda me aburría,
Hasta el amigo tolerado antes.

¿Por qué? Porque llamábase *señora*,
Mi dulce amor, tan dulce y tan amable.

29

Ya tanto, ya tanto pasé entretenido
En tierras extrañas, en goces y sueños,
Y el tiempo tan largo se le hizo á mi amada,
Que fué su vestido de boda cosiendo,
Y en sus tiernos brazos recibió á un esposo
Que entre necios jóvenes él era el más necio.

Tan tierna y hermosa encuentro á mi amada,
Que siempre en imagen presente la tengo;
Sus ojos violados, mejillas de rosa,
Son flores que siempre florecen de nuevo.
De tan bella niña saber apartarme,
De mis necios actos fuera él el más necio.

30

De tus ojuelos las florecillas,
La roja rosa de tus mejillas,
Tus blancos lirios, que manos son,
De florecencia son maravillas;
Sólo está seco tu corazón.

31

Tan bello es el mundo — y el cielo tan diáfano,
Los céfiros soplan — tan dulces y blandos,
Y atraen las flores — en fértiles campos

Que brillan de gotas — lucientes bañados,
Y alégrase el hombre — doquiera le hallo...
Que dentro una fosa — quisiera yacer
Y muerta en mis brazos — mi amada tener.

32

Cuando en la tumba yazgas, amor mío,
En negra tumba exánime,
Yo hasta tu lado descender te ofrezco,
Y contra ti estrecharme.

Besos y abrazos te daré convulsos,
Pálida, muda y fría;
Gritaré, temblaré, verteré llanto,
Hasta quedar sin vida.

Que á las doce levántanse los muertos;
Danza impalpable el bando;
Los dos nos quedaremos en la tumba;
Yo yaceré en tus brazos.

Que en el día del juicio se levantan
En pos de gloria ó infierno;
Pues nosotros, á todo indiferentes,
Tranquilos yaceremos.

33

Elévase solo un pino
Del Norte en cumbre pelada;

Dormita, de hielo y nieve
Cubierto por blanca sábana.

Con una palmera sueña
Que allá en Oriente, lejana,
Consúmese, muda y sola,
De un monte en la ardiente falda.

34

(Habla la cabeza.)

¡Ah! si yo al menos el cejín fuera
Do de mi amada los pies descansan,
Por muchos golpes que ellos me dieran,
Yo ni una queja nunca exhalara.

(Habla el corazón.)

¡Ah! si yo al menos fuera acerico
En que alfileres mi niña clava,
Por más punzadas que ellos me dieran,
En sus punzadas goce encontrara.

(Habla la canción.)

¡Ah! si yo al menos el pápel fuera
Con que sus bucles riza mi amada,
Cuanto en mí vive, cuanto en mí siente,
Quedo, al oído, le murmurara.

35

Desde que se fué mi amada
El regocijo perdí;

Cualquiera un mal chiste rie,
Y yo no puedo reír.

Desde que perdí á mi amada
No tengo lágrimas ya;
Mi pecho el dolor destroza
Y yo no puedo llorar.

36

Sobre mis grandes dolores
Hice cantares pequeños
Que hacia su pecho dirigen
Su alado y sonoro vuelo.

Hasta él abriéronse paso,
Mas clamorosos volvieron:
Lloran, y decir no quieren
Qué es lo que han visto en su seno.

37

Burgueses endomingados
Por prado y bosque pasean,
Gritan y triscan cual cabras,
La bella creación celebran.

Con ojos ávidos miran
Cual todo flores ostenta,
Y del gorrión con los cánticos
Gozan sus largas orejas.

Yo corro ante la ventana
De mi cuarto negra tela,
Porque, á su diaria visita,
Así mis fantasmas vengán.

—
Mi antigua amada aparece;
De la muerte el reino deja;
Siéntase á mi lado, llora,
Y mi corazón apena.

38

Imágenes de otros días
De la tumba se levantan;
Me muestran cómo á tu lado
Mi vida un tiempo pasara.

—
Cual sonámbulo, de día
Las calles atravesaba,
Viendo todos con asombro
Mudez y tristeza tanta.

—
De noche, mejor ya era;
Por las calles solitarias
Vagábamos yo y mi sombra,
Yo callado, ella callada.

—
Al atravesar el puente
Con resonantes pisadas,

La luna, rasgando nubes,
Muy seria me saludaba.

—
Ante tu casa parábame,
Y allí, en éxtasis el alma,
A tus ventanas mirando,
El corazón me estallaba.

—
Bien sé yo que con frecuencia
Desde allí abajo mirabas,
Y que, á la luna, me viste.
Inmóvil como pilastra.

39

Un joven ama á una niña
Que de otro prendada está;
Este otro, que amaba á otra,
Con ésta enlázase ya.

—
La doncella, por despecho
Se casa, sin meditar,
Con el primero que encuentra,
Y al joven le sienta mal.

—
Esta es una vieja historia
De eterna veracidad,
Y que el corazón desgarrá
De sus héroes sin piedad.

40

Cuando escucho las canciones
Que á mi amor cantar he oído,
Estallar quiere mi pecho
Que el dolor oprime impio.

— Por secreto impulso corro
De la selva á lo más íntimo,
Y allí se disuelve en llanto
El inmenso dolor mio.

41

Soñaba de un monarca con la hija,
De tez húmeda y pálida,
Que, sentados al pie de un verde tilo,
Amor nos enlazaba.

— No, yo no quiero de tu padre el trono,
No quiero su áureo cetro.
No quiero su corona diamantina,
A ti sola te quiero.

— Eso no puede ser — ella me dijo. —
En fría tumba yazgo.
Solamente de noche hasta ti vengo,
Porque te he amado tanto!

42

Ambos, mi amor, juntos íbamos
Tristes, en barca ligera;

En muda noche cruzábamos
Líquida extensión inmensa.

— Isla encantada y bellisima
La luna acusaba apenas,
Do suenan de amor los cánticos,
Y giran rondas de niebla.

— A más y mejor cantábase,
Danzábase por doquiera;
Pero nosotros cruzábamos
Tristes por la mar inmensa.

43

Según el antiguo cuento,
A un signo de blanca mano,
Voces é instrumentos suenan
En un país encantado,

— Do grandes flores suspiran
Del crepúsculo á los rayos,
Y se miran tiernamente
Con rostro de enamorados,

— Donde hablan todos los árboles
Y, á coro, entonan un cántico,
Y brotan sonoras fuentes,
De música al son bailando.

— Y tan tiernamente suenan,
Con acentos no escuchados,

Que, al fin, mil dulces deseos
El alma van fascinando.

¡Ah! ¡que á él llegar no pudiera!
¡Allí mi pecho angustiado
Sus tormentos desechara,
Libre y feliz siendo al cabo!

¡Oh comarca de delicias,
En sueños á verte alcanzo;
Pero, al despuntar la aurora,
Vana espuma te has cambiado!

44

Yo te he amado y te amo todavía;
Si el mundo se arruinara con fragor,
De entre sus rotos restos se alzaría
La llama de mi amor.

45

Por el jardín me paseo
En bella estival mañana;
Voy y vengo silencioso,
Las flores murmuran y hablan.

Murmuran y hablan las flores,
Dicen, al verme, apenadas:
«No estés, joven, triste y pálido,
Quejoso de nuestra hermana».

46

Mi amor el brillo ha logrado,
Por lo pomposo y sombrío,
De un triste cuento narrado
En una noche de estío.

«Por el pensil de flores
Va, sola y muda, una pareja amante;
Gorjean ruiseñores;
La luna está radiante.

La doncella es un mármol silencioso;
El paladín la acata;
Del desierto presentase el coloso;
Medrosa huye la ingrata.

Da el caballero, ensangrentado, en tierra;
Marcha el gigante á su guarida lento...»
¿Qué falta? Se me entierra,
Y aquí dió fin el cuento.

47

Ellas me han atormentado
Y hecho perder el color:
Las unas con su cariño,
Las otras con su aversión.

El pan me han emponzoñado,
Y emponzoñado el licor:

Las unas con su cariño,
Las otras con su aversión.

—
Pero ella, quien más tormento,
Ira y tristeza me dió,
Esa, ni nunca me ha odiado,
Ni nunca me tuvo amor.

48

Está del cálido estío
En tu mejilla el diseño;
Hállase el invierno frío
En tu corazón pequeño.

—
Mas ten por cosa sencilla,
Que han de cambiarse, amor mío,
El invierno á tu mejilla
Y al corazón el estío.

49

Dos que van van á separarse,
Danse la mano á estrechar,
Dan rienda suelta á su llanto,
No cesan de suspirar.

Nosotros dos no lloramos,
No exhalamos ¡ay! ni ¡ah!;
Las lágrimas, los suspiros,
Vinieron más tarde, más.

50

Estaban tomando el te
Y sobre amor discutían,
Estéticos los varones,
Las damas enternecidas.

—
«Debe el amor ser platónico»,
Togado escuálido chilla.
Ríe su mujer irónica
Y un ¡ay! á la vez suspira.

—
Gran boca abriendo el canónigo,
«No ha de ser carnal — explica, —
Que es á la salud nocivo».
«¿Cómo?» — murmura una niña.

—
«Amor es una pasión»
Tierna, la condesa indica,
Y ofrece, con mano franca,
Al barón la taza henchida.

—
Quedaba en la mesa un sitio;
Faltabas tú allí, alma mía.
¡Con qué primor tu concepto
Del amor expuesto habrías!

51

¡Que hay ponzoña en mis cantares!
¿Y cómo así no ha de ser?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

¡Tú mi juventud florida
Emponzoñaste cruel!

—
¡Que hay ponzoña en mis cantares!
¡Y cómo así no ha de ser?
Serpientes llevo en el pecho,
Y á ti, mi amada también.

52

Soñé otra vez aquel antiguo sueño :
Que una noche de Mayo,
Sentados á la sombra de los tilos,
Fe eterna nos jurábamos.

—
Un diluvio era aquello de protestas,
Sonrisas, besos y caricias miles,
Y, porque el juramento no olvidara,
La mano me mordiste.

—
¡Oh amada mía, de los claros ojos,
Tan bella y mordedora,
El juramento en su lugar estaba,
Pero el mordisco sobra!

53

—
Estaba en lo alto de un monte,
Y halléme sentimental :
Si yo fuera pajarillo,
Mil veces suspiré ¡ah!

Si fuera una golondrina,
Volara á ti con afán,
Y fabricara mi nido
De tus ventanas á par.

—
Si ser ruiñeñor pudiera,
Volara donde tú estás,
Y, de noche, te enviara,
Desde el tilo, mi cantar.

—
Si chorlito me volviera,
Volara á tu seno ya,
Que amiga eres de chorlitos,
Y de sus penas curar.

54

—
Mi coche lento rodaba
A través de alegres bosques,
Y de encantadores valles
Que al sol matizan sus flores.

—
Iba pensando y soñando;
Pensaba en ti, en tus amores;
Salúdame tres fantasmas
Inclinándose ante el coche.

—
Saltan haciendo visajes
Horribles y al par burlones,
Giran los tres cual la niebla,
Y, riendo, huyen veloces.

55

¡Cómo en sueños he llorado!
Soñé en la tumba yacías;
Me desperté, y aun las lágrimas
Rodaban por mis mejillas.

¡Cómo en sueños he llorado!
Soñé me olvidabas, niña;
Me desperté, era mi llanto
Más amargo todavía.

¡Cómo en sueños he llorado!
Soñé amándome seguías;
Me desperté, y, como siempre,
Un mar de llanto vertía.

56

Por la noche, en mis sueños te miro;
Me saludas con riente mirada,
Y, rompiendo yo en llanto y sollozos,
Me arrojó á tus plantas.

Tú me miras con faz conmovida,
Triste mueves tu blonda cabeza,
Y de llanto las gotas tus ojos
Desprenden cual perlas.

Breve frase, en secreto, me dices,
De ciprés me regalas un ramo;

Me despierto, y el ramo no existe,
La frase he olvidado.

57

Es una noche de otoño,
Muge el viento y lluvia azota;
Quizá por esto no salga
Mi pobre niña medrosa.

Hela, allí está, á la ventana
De su solitaria alcoba:
Llenos los ojos de llanto,
Las negras tinieblas sonda.

58

La noche es oscura y fría,
Sacude el viento los árboles,
Solo y bajo obscuro manto,
Cabalgo entre matorrales.

Y, cual yo, también cabalgan
Mis pensamientos delante;
Me llevan, raudos y alegres,
De mi amada á los umbrales.

Ladran los perros, criados
Sacan hachas oscilantes;
Me lanzo escalera arriba,
Sonando los acicates.

En rica estancia alfombrada,
Do está al abrigo y fragante,
Allí mi amada me espera;
Vuelo en sus brazos á echarme.

Murmura el viento en las hojas;
Dice la encina agitándose:
«Necio hidalgo, y ¿tú qué quieres
Con tu sueño extravagante?»

59

Precipitase una estrella
De la centellante altura;
El astro es de los amores
Que en el polvo se sepulta.

Cáense de los manzanos
Floreillas y hojas mustias,
Llegan céfiros inquietos
Y, jugando, las impulsan.

Canta el cisne en el estanque,
De extremo á extremo le surca,
Y, siempre dulce cantando,
En las ondas se sepulta.

Es todo silencio y sombra;
Hojas y flores se truncan;
Muere chispeando el astro;
La voz del cisne está muda.

60

Al castillo, Morfeo, de un gigante
Me llevó do luz y áura al par ardía,
Y abigarrada multitud fluctuante
Por salas y más salas discurría.
Por do salir, con pálido semblante,
Espanto y ansiedad, puerta inquiría;
Damas y caballeros se agitaban,
A mí mismo, en tumulto, me arrastraban.

Me hallo de pronto solo; en un momento
Rauda la multitud se ha disipado;
Yo prosigo; errabundo, sin aliento,
Cruzo de estancias dédalo intrincado.
Plomo es mi pie, en mi pecho angustia siento,
De salida encontrar desesperado.
Llego á la última puerta; al fin respiro;
Voy á salir... ¡Oh Dios! ¿qué es lo que miro?

Era mi amor la que en la puerta estaba;
Vi en sus labios dolor, ceño en su frente.
Retroceder su mano me ordenaba:
¿Era cuidado ó cólera inclemente?
Mas en sus ojos, en que amor radiaba
Fuego, que el corazón transe y la mente,
Tan severo mirar y extraño advierto,
Si lleno de pasión, que me despierto.

61

Media noche era, silenciosa y fría;
 Por el bosque, gimiendo, discurría.
 Los árboles del sueño despertaban;
 Sus cabezas, con lástima, inclinaban.

62

En la encrucijada entierran
 Al que se arranca la vida;
 Allí una flor azul brota:
 La flor del alma precita.

Llegué al cruce y di un suspiro;
 La noche era triste y fría;
 Vi, á la luna, estremecerse
 La flor del alma precita.

63

Donde estoy, todo, en torno, lo oscurece
 Niebla profunda y densa,
 Desde que no me alumbran fulgurantes
 Tus ojos, dulce prenda.

Para mí ya extinguióse la áurea pompa
 De la amorosa estrella.
 Un abismo bosteza ya á mis plantas;
 El caos ya me acepta.

64

La noche estaba en mis ojos,
 Tenía plomo en los labios,
 Inertes pecho y cerebro;
 Hallábame sepultado.

Ignoro ya cuánto tiempo
 Llevaba en aquel letargo
 Cuando desperté; en mi tumba
 Llamaba con golpes blandos.

«—¿No te levantas, Enrique?
 De eterna luz mira el rayo;
 Ya los muertos resucitan
 A eterna gloria llamados».

«—Mi amor, alzarme no puedo.
 ¡Ay! para siempre he cegado.
 De tanto llorar, mis ojos
 Del todo sin luz quedaron».

«—Con que yo te bese, Enrique,
 La noche huirá de tus párpados;
 Contemplarás á los ángeles
 Y el esplendor de los astros».

«—Mi amor, alzarme no puedo,
 Porque siempre estoy sangrando

Por do mi pecho punzaste
Con un agudo vocablo».

«—Pondré suavemente, Enrique,
En tu corazón mi mano;
Verás cómo más no sangra;
Queda su dolor curado».

«—Mi amor, alzarne no puedo.
Mi cabeza está sangrando,
¡Ay! que le alojé una bala
Cuando á mí te arrebataron».

«—Con mis cabellos, Enrique,
Vendaré tu herido cráneo;
Yo restañaré la sangre;
Sabré dejártelo sano».

Tan blandamente rogaba,
Que de oponerme no trato,
Y pretendí levantarme
Y de mi amada ir al lado.

Abriéronse mis heridas,
Un mar de sangre brotando
De mi cabeza y mi pecho,
Y vi... Había despertado.

Ya de sepultar es hora
Rudos y viejos cantares;

Sueños tristes y enojosos.
Amplio féretro buscadme.

Quiero encerrar tantas cosas,
Por más que no diga cuáles,
Que ha de ser de más cabida
Que el mismo tonel de Hèidelberg (1).

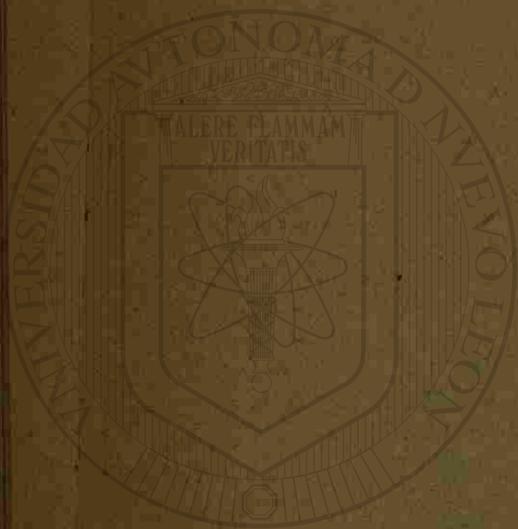
Traedme un fúnebre hueco
De tablas gruesas, tenaces,
Y que de Maguncia al puente
En longitud aventaje.

Buscadme doce colosos
Aun más forzudos, si cabe,
Que del Domo de Colonia
El San Cristóbal gigante.

Ellos llevarán el féretro
Y al mar habrán de arrojarle,
Que á tal ataúd conviene
Dar sepultura tan grande.

¿No sabéis por qué le quiero
De peso y grandeza tales?
Porque también mis amores
Y mis sufrimientos guarde.

(1) Léase *Heidelberg*.



ÍNDICE

| | Págs. |
|--|-------|
| PRÓLOGO | 7 |
| I. — FRAGMENTOS INGLESES. | |
| Prólogo de Heine á la primera edición. | 15 |
| I. — Diálogo en el Támesis | 19 |
| II. — Londres | 27 |
| III. — Los ingleses | 37 |
| IV. — John Bull (Juan Toro) | 47 |
| V. — La vida de Napoleón Bonaparte, por Walter Scott | 55 |
| VI. — Old-Bayley (La bailía vieja) | 67 |
| VII. — Los castigos corporales en Inglaterra | 73 |
| VIII. — El nuevo Ministerio | 77 |
| IX. — La Deuda (inglesa) | 81 |
| X. — Los partidos de oposición | 97 |
| XI. — La emancipación de los católicos | 115 |
| XII. — Wellington | 131 |
| XIII. — La emancipación (de los pueblos) | 139 |
| II. — DONCELLAS Y DAMAS DE SHAKESPEARE. | |
| Introducción (de Heine) | 153 |
| TRAGEDIAS | |
| Cressida (Troilo y Cressida) | 183 |
| Cassandra (íd. íd.) | 187 |
| Elena (íd. íd.) | 189 |
| Virgilia (Coriolano) | 193 |
| Porcia (Julio César) | 197 |
| Cleopatra (Antonio y Cleopatra) | 203 |

| | <u>Págs.</u> |
|---|--------------|
| Lavinia (Tito Andrónico)..... | 218 |
| Constanza (El rey Juan)..... | 219 |
| Lady Percy (El rey Enrique IV)..... | 227 |
| La princesa Catalina (El rey Enrique V)..... | 231 |
| Juana de Arco (El rey Enrique VI, primera parte)..... | 235 |
| Margarita (id. id.)..... | 237 |
| La reina Margarita (El rey Enrique VI, segunda y tercera partes)..... | 241 |
| Lady Gray (El rey Enrique VI, tercera parte)..... | 249 |
| Lady Ana (El rey Ricardo III)..... | 253 |
| La reina Catalina (El rey Enrique VIII)..... | 255 |
| Ana Bullen (Bolena) (id. id.)..... | 259 |
| Lady Macbeth (Macbeth)..... | 263 |
| Ofelia (Hamlet)..... | 267 |
| Cordelia (El rey Lear)..... | 271 |
| Julietta (Romeo y Julia)..... | 275 |
| Desdémona (Otelo)..... | 281 |
| Jessika (El Mercader de Venecia)..... | 287 |
| Porcia (id. id.)..... | 303 |

COMEDIAS

| | |
|--|-----|
| Advertencia del traductor y lista de los personajes femeninos de las comedias de Shakespeare, citados en la segunda parte de este estudio..... | 313 |
| Conclusión (de Heine)..... | 317 |
| La poesía de Heine, según el libro de Jules Legrás, por Renato Doumic..... | 337 |
| El intermedio lírico (<i>Intermezzo</i>) de Heine, poema en canciones (<i>lieder</i>)..... | 357 |



U.A.B.C.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

17
TEC
J